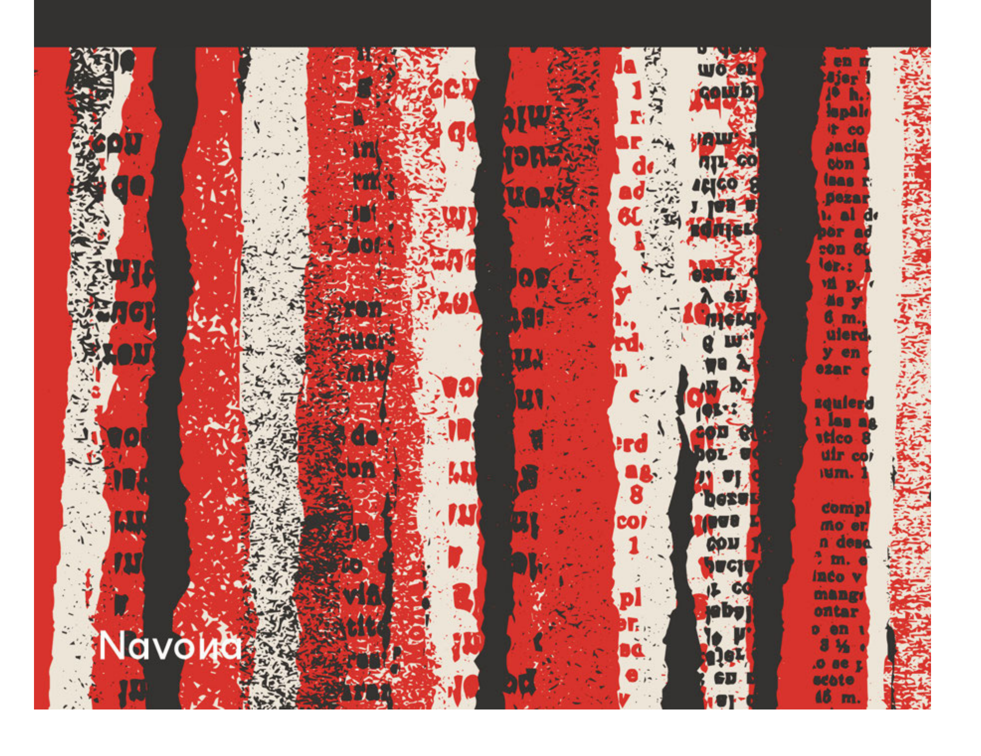
Bru Rovira

Matar al director

Una novela periodística



Bru Rovira

Matar al director

Navona

Primera edición
Febrero de 2024

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Gomis 47, 08023 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Estefanía Martín
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Editec Ediciones
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19552-93-8

Para Ramón Lobo.
Para Emma, que llegó cuando Ramón se iba.

«… y de repente Scobie experimentó un sentimiento de exilio. Allí donde se arrodillaban todas aquellas personas, había un país al que jamás regresaría».

El revés de la trama, Graham Greene

1

José Llopis, director del diario Las Noticias, le ha dicho al chófer que esté preparado a las siete y media de la tarde.

Son las ocho.

«Que espere», alza la voz levantando la barbilla como si se dirigiera a un consejo de administración en un despacho vacío.

Ha quedado en llamar a su esposa, Marta, desde el coche cuando salga del diario.

Que espere también.

Tienen tiempo de sobra.

Incluso mejor si llegan un poco tarde: la imagen de hombre ocupado es una buena manera de mantener la autoridad en un matrimonio donde lo mejor que le ofrece a su esposa es una vida social a la que ninguno de los dos podría haber imaginado aspirar hacía sólo un par de años.

En el perchero que hay junto a la puerta que da a la antesala del despacho cuelga un traje recién salido de la tintorería, todavía dentro de su funda de plástico.

José Llopis rasga el plástico. Coloca el traje encima del escritorio. Se desnuda con indolencia dejando caer la ropa sobre la moqueta. Entra en el baño arrastrando con el pie los calzoncillos, que se le han quedado atrapados en un tobillo.

Su cuerpo desnudo frente al espejo refleja la figura de un hombre poco agraciado. Demasiado bajito. Demasiada barriga. Sólo unos ojos eléctricos destacan en una cara de piel lechosa, pero la vivacidad de la mirada queda disminuida por la flacidez de sus facciones, evidenciando un desajuste melancólico entre una voluntad nerviosa, irascible, y una naturaleza endeble; fuego en una cárcel de hielo.

José Llopis abre la ducha y deja que los vapores lo liberen de la imagen perturbadora de sí mismo. Trata de concentrarse en el placentero masaje sobre la piel del sofisticado sistema de hidromasaje que le recomendó instalar Alberto Villabona, el dueño del diario, al que todos sus empleados llaman don Alberto.

Al salir de la ducha, los útiles para el afeitado lo esperan alineados junto a la toalla impoluta que ha colocado la asistenta encima de la repisa. El director remueve la brocha de pelo de tejón en la cazoleta de plata hasta conseguir dar volumen a la espuma y empieza a enjabonarse.

También fue don Alberto quien le hizo descubrir el afeitado a navaja. Y fue también él quien le encargó al corresponsal en Londres que le hiciera llegar un equipo completo de la centenaria casa Taylor

—«para el nuevo director».

—Mi abuelo Enrique ya les compraba sus lociones hace más de cien años —le explicó Villabona a Llopis durante una de sus primeras comidas en el restaurante Via Veneto, de la calle Ganduxer, donde el propietario de Las Noticias dispone todos los días de una mesa reservada, la utilice o no.

—¿Usted cree que el corresponsal debería…? —titubeó aquel día Llopis sin terminar la pregunta, pues entonces, recién nombrado director, todavía tenía ciertos escrúpulos sobre el trato y el respeto que merece el trabajo de los periodistas.

—Tú déjame a mí, José —lo tranquilizó don Alberto alargando la mano a través del mantel, posándola encima del brazo de Llopis en un gesto de paternal confianza que turbó al director.

—¿José o Pepe? ¿Cómo prefieres que te llame?

—Todos me llaman Pepe —contestó Llopis dubitativo.

—Pepe, pues. Y a partir de ahora será mejor que nos tuteemos. Al menos en privado —sonrió don Alberto retirando la mano.

En el diario, «la casa», como todos los empleados suelen llamar familiarmente a Las Noticias, circulan muchas anécdotas sobre las visitas del abuelo Villabona a las capitales europeas. Y sobre cómo en más de una ocasión el contable tuvo que ser enviado urgentemente con una maleta llena de dinero para sacarlo de algún prostíbulo, o rescatarlo de la mesa de juego de un casino, preferentemente el de Montecarlo.

El carácter roñoso del viejo fundador de la empresa familiar queda muy bien reflejado en la anécdota de un corresponsal en París que se veía obligado a acompañarlo en sus visitas a una conocida casa de citas, pero mientras Villabona disfrutaba con las señoritas, al corresponsal se lo hacía esperar en la antesala del prostíbulo, sentado en un sillón.

«El ejercicio del poder exige humillación», piensa José Llopis al recordar aquella primera conversación en el restaurante Via Veneto. «Hay que saber marcar el territorio», fantasea con la cara llena de espuma, embelesado por la suave caricia de la brocha de pelo de tejón sobre la piel.

El director de Las Noticias está convencido de que una de las virtudes del poder es la de protegerte de las elucubraciones éticas o morales, porque el verdadero poder no admite discusión.

«No es no», sonríe frunciendo el ceño.

«¡No es no!», grita gesticulando hacia el espejo, señalando con el dedo índice a su propia imagen velada por los vapores.

El grito, la vehemencia, el teatro, no se ajustan, sin embargo, a su carácter más bien retraído. Lo suyo es el silencio. El silencio como el

arma más consistente del ejercicio del poder. Un silencio espeso, que a veces se eterniza en el tiempo.

Con los corresponsables del diario pronto descubrió que era mucho más eficaz encomendarles pequeños favores —espuma de afeitar en Londres, una botella de Dom Pérignon en París, caviar Beluga en Moscú, una corbata en Roma…— que discutir con ellos sobre política internacional o cualquier otro asunto que pudiera ponerlo en evidencia. Un gran silencio sobre las cuestiones importantes y algunas pequeñas humillaciones para marcar territorio funcionan a la perfección y le son muy útiles para reafirmar su poder, evitándole cualquier embrollo —siempre acompañado del ridículo— en el que suele derivar una discusión profesional.

El palo y la zanahoria. Ésta es su divisa. Su manera de gobernar. Sea con un corresponsal cargado de premios y de vanidad, un «puto redactor», un jefe de redacción resabiado, el conserje, el chófer o el último pelacañas de la casa.

En su relación con don Alberto, sin embargo, hay algo que le inquieta. Un ángulo ciego que le impide saber si en el trato paternal del dueño de Las Noticias no existe, acaso, un punto de sarcasmo, de desprecio. Si su talante desprendido, tan distinto al carácter impulsivo, directo y brutal del viejo Villabona, no esconde en realidad una sofisticada forma de dominación, una sombra de sadismo, el oscuro placer narcisista de los hombres sin amigos que gozan humillando a los demás.

José Llopis recuerda el día en que don Alberto le recomendó el afeitado a navaja. ¿No fue precisamente aquella vez en la que Llopis llevaba una pequeña y ridícula tirita pegada en la mejilla para disimular una herida que se había producido al afeitarse? ¿No fue también durante una de las comidas en el restaurante Via Veneto a la que Llopis llegó sudoroso después de una cita con el presidente Pujol en el Palau de la Generalitat, el día en el que don Alberto frunció perceptiblemente la nariz y le recomendó instalarse una ducha de hidromasaje en el propio despacho?

Desde que Villabona lo nombró director de Las Noticias, el trato ha sido, ciertamente, educado y paternal. Incluso cariñoso. Pero es esta misma calidez la que hace dudar a Llopis sobre su propia posición, pues la idea según la cual nadie hace nada a cambio de nada ocupa un lugar privilegiado entre sus convicciones más sólidas. El odio preventivo tiene en Llopis una solidez granítica: mejor empezar a odiar antes de que te odien porque sin duda te odiarán por lo que todavía no has hecho, pero ya barruntas hacer.

«Parece que te sientes más a gusto con aquellos que te detestan que con los que te aprecian», suele decirle Marta, su esposa, cada vez que acuden a un acto social y él es incapaz de corresponder a los halagos

sin mostrar desconfianza, poniéndose en guardia ante el primer comentario amable, bajando incluso la vista como si se preparara para un ataque.

Llopis busca a tientas la navaja de afeitar entre los útiles que la asistenta le ha colocado junto a la toalla.

Contrariado, el director de Las Noticias limpia el vaho de las gafas con un trozo de papel higiénico. Echa un vistazo dentro del armario. Allí se encuentra, efectivamente, la caja de madera de anigre, una madera oscura africana de una gran belleza. Abre la tapa, pero la caja está vacía. Se pone a gatas. Busca arrastrandose por el suelo. La navaja no se ve por ningún lado.

«Puta asistenta».

Decide marcar el número de la secretaria desde el teléfono del baño.

—¡Cristina! ¿Mi navaja? ¿Sabes dónde está la navaja?

—¿La navaja? ¿Qué navaja?

—¡La navaja de afeitar!

Cristina no lo sabe.

Cristina está rellenando un formulario para pedir una olla programable Newcook con los puntos de la tarjeta de crédito del director —tarjeta de empresa, tarjeta black, por supuesto—, tal y como éste le ha encargado a primera hora de la mañana, después de pasar diez minutos debatiéndose entre si pedía la olla o se quedaba con unas tijeras multiuso Zwilling de fabricación alemana, con las «hojas de acero inoxidable endurecidas al hielo».

—¿Quiere que vaya y busque la navaja? —pregunta la secretaria solícita.

—Estoy en el baño, con la cara enjabonada…

El director iba a decir «en pelotas», pero se contiene a tiempo: su cuerpo rechoncho no da para demasiadas demostraciones de virilidad, ni siquiera por teléfono.

—¡Ya tendría que estar en el Liceu! —grita enojado, sobreponiéndose al malestar que le produce imaginar su desnudez a los ojos de la secretaria.

—¿Quiere que mande a Ruiz a El Corte Inglés a comprar unas cuchillas?

—¿Sabe quién me regaló la navaja? ¿Sabe cuánto cuesta una navaja como ésa? —grita el director.

Cristina hace una señal con la cabeza a Ruiz, el chófer del director, que espera a su lado, en la antesala del despacho.

Sin quitarse el jabón de la cara, Llopis, irritado, se anuda una toalla a la cintura y sale del baño para esperar sentado tras la mesa del despacho a que Ruiz regrese de El Corte Inglés.

Junto a la pila de los diarios, la secretaria le ha dejado el programa

de mano de la función del Liceu.

Guillermo Tell, de Rossini.

«¿Rossini?», se pregunta Llopis leyendo por encima el argumento de la obra con el único interés de poder demostrar sus conocimientos en el caso de que alguien, especialmente algún periodista memo, lo interpele para conocer qué opinión le merece la representación.

El reloj colgado en la pared del despacho indica las ocho y media.

El director pulsa el interfono y le dice a la secretaria que llame a casa para explicarle a Marta que se retrasará un poco. Rebusca entre los diarios colocados encima de la mesa hasta que encuentra el mando a distancia. Enciende el televisor de plasma que ha hecho empotrar en una de las paredes, rodeado de varias pantallas más pequeñas programadas con las distintas cadenas nacionales e internacionales.

Los informativos todavía no han empezado.

Pulsa una vez más el interfono. Ordena a la secretaria que le ponga con el jefe de cierre.

—¿Cuántos fotógrafos has mandado al Liceu? —pregunta sin más preámbulos.

—¿Fotógrafos? —contesta Domingo Domínguez.

Domínguez es perro viejo. Un sabueso curtido en mil batallas que ha visto de todo y tiene la prevención de contestar a una pregunta con otra pregunta o, simplemente, repitiendo la última palabra de la pregunta. Esta estrategia resulta muy útil con Llopis porque siempre ofrece algo de margen antes de la tormenta que suele acompañar a las salidas de tono del director.

—¿Dos fotógrafos? ¿Sólo dos? —pregunta irritado Llopis.

—Dos.

—Dos, claro, pero ¿¡qué dos, Domínguez!? ¡Coño, Domínguez!

—Serrat y Mercedes.

—¿También ha ido Mercedes?

—Y Serrat.

—¡Menos mal que también ha ido Mercedes! —cuelga el director, airado.

Serrat es del comité de empresa. Un tipo soberbio al que Llopis no soporta. A veces, el muy capullo, incluso se permite intervenir durante las entrevistas. En una ocasión que Llopis cometió el error de llevárselo para entrevistar al presidente Jordi Pujol, Serrat, mientras colocaba al molt honorable delante de la ventana del Palau de la Generalitat diciendo que quería aprovechar el halo de un contraluz del atardecer, le pidió al president cuál sería, a su parecer, la principal seña de identidad de Cataluña si tuviera que escoger entre Montserrat, el F.C. Barcelona, la Sagrada Familia o las mongetes amb botifarra.

«¡Cabrón!», se irrita Llopis descolgando de nuevo el teléfono para marcar directamente el número de Domínguez sin pasar por la

secretaria.

—¡Domínguez!

—¿Sí?

—Llama a Mercedes. Dile que yo llegaré cuando pueda. Que vayan haciendo fotos al alcalde y al president. Y al rey, claro. Al rey y a la reina. Pero aguanta la edición hasta que yo vea las fotos. Cuando las tengas me las mandas al Liceu con la prueba de la portada.

—¿Al Liceu? —pregunta Domínguez sin cambiar el tono de voz antes de oír, con secreta satisfacción, un golpe seco como única respuesta.

La secretaria aprovecha que el director ha colgado para llamar por el interfono y comunicarle que Ruiz ya ha regresado de El Corte Inglés con las cuchillas.

—Ya no las necesito —contesta José Llopis limpiándose el jabón de la cara utilizando la camisa sucia que recoge del suelo.

El reloj de pared marca las nueve. Hora de salir.

José Llopis, director del diario Las Noticias, se anuda la corbata frente al espejo. Recoloca las hombreras de la americana. Abre la bragueta del pantalón. Camina en dirección al váter con el pene en la mano. Apunta hacia la taza rociando a conciencia la porcelana impoluta, dejando que las últimas gotas de orín dibujen, a medida que el chorro pierde fuerza, un reguero ocre y pegajoso sobre las baldosas.

«Que lo limpien», se sube satisfecho la cremallera de la bragueta.

Ruiz lo está esperando en la antesala del despacho.

Justo cuando la puerta del ascensor está a punto de cerrarse, el redactor de cultura encargado de la crítica cinematográfica, Bartolomé Warner, consigue meter un pie y colarse. Llopis, contrariado, gira la cabeza dándole la espalda. Se lleva el teléfono a la oreja y simula una conversación con un interlocutor inexistente en un teléfono apagado. El director no soporta coincidir en el ascensor con los periodistas de la casa. Tiene pánico a que alguno de ellos inicie una conversación o, todavía peor, le aguante la mirada. Quizás debería decirle a don Alberto que le ponga un ascensor sólo para él como ya tiene el director de uno de los principales diarios de la capital.

—Good nigth, and good luck —saluda el crítico de cine mientras Llopis sale a toda prisa del ascensor sin girar la cabeza.

Son las nueve y cinco minutos de la noche cuando José Llopis sube al coche que le espera aparcado frente a la puerta del diario.

El director de Las Noticias nunca llegará al Liceu.

2

Matilda Serra, subinspectora de los Mossos d’Esquadra viaja como única pasajera en un tranvía a través de las calles del centro de una ciudad desierta que le recuerda a Sarajevo durante la guerra. A pesar de ser noche cerrada, las aceras están llenas de viandantes que se mueven en la penumbra. Avanzan cabizbajos, completamente ausentes. Arrastran bolsas, garrafas, botellas de agua y todo tipo de bultos, sirviéndose, algunos, de bicicletas o carros de la compra a modo de carretilla. Matilda observa aquella escena de la ciudad asediada a la luz de la ventana del tranvía, completamente expuesta, como si ocupara en solitario el palco iluminado de un teatro en una sala a oscuras. Un anciano en medio de la multitud levanta la vista y la mira fijamente. Tiene el rostro demacrado, los pómulos hundidos, la barba incipiente desaliñada. Viste un grueso abrigo viejo, gorra de lana y bufanda. Sostiene una bolsa en cada mano, y las arrastra a ras de suelo con los brazos estirados y la espalda inclinada hacia delante, en una postura que evoca una figura simiesca. Matilda ha visto centenares de veces aquella misma mirada febril que ahora se clava en la suya. Es la mirada de los que observan más allá de la vida; desde el otro lado. Como si su alma habitara ya la muerte y sólo le quedara esperar la capitulación del cuerpo que se resiste a aceptarla. Matilda siente como propia la tristeza insondable de aquel anciano. La percibe como si se tratara de un reproche. Siente la bofetada. Asustada, aparta la vista en dirección a la cabina del tranvía para descubrir que viaja sin conductor, y que el vagón avanza fuera de control, acelera, se precipita desbocado hasta estrellarse violentamente con una brutal sacudida que la despierta de golpe.

Todavía aturdida, descuelga el teléfono.

Oye una voz familiar.

—Matilda, siento despertarte —dice Nadal, comisario de la División de Investigación Criminal, la DIC.

—Estaba en Sarajevo, comisario.

—Una bonita ciudad.

—Para mí es sólo una ciudad llena de fantasmas. Una ciudad de otra vida. ¿Qué hora es?

—Hora de levantarse. Tenemos un cadáver.

—¿Un cadáver? —pregunta la subinspectora, que lo ha entendido perfectamente pero necesita un tiempo para recuperarse del estado de confusión que le ha provocado su pesadilla.

—Un hombre. Degollado.

—Vaya.

—En los apartamentos Drassanes, del Paral·lel. Los de la científica ya deben de haber llegado. El juez está en camino. ¿Quieres que te recoja Llavaneras en la rambla del Raval?

—Dile que me espere en la puerta de los apartamentos. Iré caminando. Estoy sólo a diez minutos desde mi casa. Dame otros cinco minutos para ducharme y tomar un café.

Todavía desnuda, Matilda Serra se dirige a la cocina, echa unas cuantas cucharadas de Nescafé en una taza, recupera un cazo sucio del fregadero, le pasa un estropajo, lo llena de agua y lo pone a hervir.

Encima del mármol de la cocina, la iguana Chiquita dormita dentro de su jaula.

—Tenemos un cadáver —dice la policía ofreciéndole un brote de apio a través del enrejado.

Chiquita mueve la cabeza en dirección al apio. Empieza a roerlo perezosamente. Se tumba de nuevo.

«Quizás un día se convertirá en un príncipe azul. Quizás un día me haga feliz», piensa Matilda antes de encender el pequeño transistor de sobremesa y entrar en la ducha.

Mientras se seca con la toalla, en Catalunya Ràdio dan la noticia: José Llopis, director del diario Las Noticias ha sido encontrado muerto, probablemente asesinado, en los apartamentos Drassanes, unos apartamentos que pueden alquilarse por horas en la avenida del Paral·lel, de Barcelona. Al parecer, Llopis debía acudir a la representación en el teatro del Liceu de la ópera de Rossini Guillermo Tell, que se representó la noche anterior, con la asistencia de los reyes de España, el president y las principales autoridades de la ciudad. El cuerpo sin vida de Llopis lo ha descubierto una de las mujeres de la limpieza. De momento, la Policía no ha facilitado más información.

¡José Llopis! Matilda conoce bien al director de Las Noticias. También ella había sido periodista durante lo que solía llamar con amargura su «otra vida», y la relación que tuvo entonces con Llopis no fue precisamente lo mejor que le ocurrió durante su truncada carrera de reportera.

«A cada cerdo le llega su San Martín», piensa la subinspectora sorprendiéndose a sí misma del extraño sosiego que le provoca aquella inesperada noticia.

Todavía con el pelo mojado, Matilda Serra coge la rambla del Raval en dirección a la calle Sant Pau. Decide que hablará con Nadal para advertirle que no puede ocuparse de un caso viciado por las emociones. «Incompatibilidad profesional, Nadal», musita dirigiéndose a un perro abandonado que husmea entre las palmeras de los parterres a la altura del bar Café de las Delicias. Hace tiempo, Matilda solía ir a desayunar al bar La Paciencia, en la esquina con Sant Pau. Le gustaba por el nombre. Pero el turismo lo ha convertido en un bar de guiris

donde el café sabe a agua de castañas y los bocadillos aceitosos de lomo frito han sido desplazados por los de aguacate con pan integral y tomate. Así que se ha pasado al Café de las Delicias donde, en sus días libres, suele leer los periódicos sentada a la mesa colocada junto a la cristalera que da al paseo central. Un café, dos cafés, tres cafés, un trozo de tarta casera de zanahoria y los diarios del día. En papel.

Después de haber pasado unos años tormentosos, con una larga depresión incluida, Matilda ha conseguido por fin cierta estabilidad emocional. Precisamente ahora que vive una vida más o menos bajo control, reflexiona, no es cuestión de volver a sumergirse en las turbias aguas en las que se hundió su alma cuando dejó el periodismo antes de hacerse policía.

«Búscate a otra, Nadal», concluye dirigiéndose al perro que la observa atento, vigilante, la mirada de apaleado, derrotado antes de recibir la primera patada del día. El animal protege con los dientes un bocadillo de mortadela a medio comer que ha rescatado de una papelera. Su mirada se dirige ahora a Matilda, ahora a un grupo de indigentes al acecho, dispuestos a birlarle el bocadillo, sentados en uno de los bancos del paseo central, rodeados de xibecas vacías. «¿Por qué los bocadillos abandonados son casi siempre de mortadela?», se pregunta la subinspectora mientras enfila la calle Sant Pau en dirección al Paral·lel.

Las ventanas del gimnasio del polideportivo Can Ricart, una instalación pública que los viernes se convierte en la gran mezquita del barrio, han sido modificadas recientemente con unas planchas de hierro colocadas horizontalmente de manera que los pobres, los indigentes, los borrachos, los que no tenían donde dormir o caerse muertos, no puedan cobijarse al abrigo del invierno y de la lluvia. El turismo de borrachera vomita sin control por las calles del Raval, persigue con la bragueta abierta a las prostitutas nigerianas explotadas bajo las arcadas del Mercat de la Boqueria, pero a los pobres de la ciudad hay que esconderlos. Hace años que el Ayuntamiento decidió modificar el mobiliario urbano para evitar la proliferación de pobres en los espacios públicos. Empezaron por los bancos, construyendo reposabrazos con el fin de impedir que nadie pudiera tumbarse para dormir o echar una siestecita. Pronto aparecieron montones de sillas individuales colocadas aleatoriamente de tal manera que las personas queden aisladas unas de las otras, dificultando así la sociabilidad, la conversación, el contacto entre los ciudadanos.

En el cruce de la calle Riereta una pareja de la policía municipal está abriendo la verja de los jardines de Sant Pau del Camp. Un grupo de sintecho que han pasado la noche en el parque recogen mantas y cartones y los guardan en carros de la compra que tienen atados a los barrotes de la verja. Tomás, uno de los habitantes del parque, saluda a

la subinspectora. Se dirige a la asociación Arrels, en la calle Riereta, donde los pobres del barrio reciben comida, ropa limpia y se les ofrece una ducha caliente.

Arrels tiene una imagen sobre el desarraigo de los pobres y aquellos que viven en los márgenes de la sociedad que a Matilda le parece muy adecuada. Es la imagen de una telaraña. Una telaraña no cae al suelo si rompes los hilos que la componen. Cae cuando rompes los hilos que la sustentan. Lo mismo les pasa a las personas cuando cortas los lazos que las mantienen conectadas socialmente. Los seres humanos pueden sobrevivir a las heridas, al desgarro personal. Pero no son nada si cortas los lazos que los hermanan a los demás. Entonces se derrumban como también lo haría una telaraña rasgada y se convierten en un montón de hilos desparramados.

Después de cruzar el antiguo monasterio románico de Sant Pau del Camp Matilda camina hacia el Paral·lel por la calle del Abat Safont. Llavaneras, vestido de uniforme, la espera en los apartamentos Drassanes, detrás del cordón policial que protege la portería del edificio.

Los furgones de las cadenas de televisión ya están instalados en las aceras y transmiten en directo para los programas de la mañana. Matilda se abre paso a codazos hasta alcanzar a Llavaneras.

—¿Ha llegado el juez? —pregunta la subinspectora.

—Está al llegar. El inspector jefe Matas lleva un buen rato arriba.

—¿Y Nadal?

—Me ha dicho que no lo esperemos. Que lo están volviendo loco con todo tipo de llamadas desde lo más alto. Al parecer ha cundido la histeria entre la clase política.

—José Llopis no era una persona cualquiera…

—Desde luego.

—¿Quién reconoció el cadáver? Cuando Nadal me llamó todavía no sabía de quién se trataba.

—Al parecer fue una periodista de La Sexta que se coló en la recepción haciéndose pasar por una clienta.

—Venga, vayámonos para arriba a ver este pez gordo que ha dejado de respirar —corta Matilda entrando en el portal para dirigirse a las escaleras y subir caminando.

En una de las habitaciones de la segunda planta, la policía interroga a los clientes que todavía estaban durmiendo cuando Llopis fue encontrado muerto. Algunos de ellos están a medio vestir. Ninguno lleva pijama.

—Aquí se viene básicamente a follar —dice Llavaneras mirando de reojo al variopinto grupo.

La habitación que ocupa Llopis es la última del pasillo y tiene la puerta abierta de par en par.

—No es una escena agradable —le previene el inspector Matas.

José Llopis yace tendido encima de la cama con los brazos y las piernas estiradas, atado con cuerdas a los barrotes de la cabecera y a las patas del somier como si fuera un crucificado. Está completamente desnudo. Su piel lechosa presenta un extraño brillo traslúcido, como si hubiera perdido el color natural y la iluminara por dentro una bombilla.

Matilda cierra los ojos ante la primera visión de cadáver. Gira la cabeza en un gesto defensivo. Cuando los abre de nuevo, lo hace buscando la ayuda de Matas, que la está observando. Sólo entonces, sintiendo cómo la acompaña la mirada del inspector jefe, se decide a observar atentamente el cadáver para concentrarse en un examen minucioso, profesional, tratando de cegar las emociones que le produce la visión de Llopis salvajemente mutilado.

—¿Y esto? —musita señalando la cara, dirigiéndose vacilante a Matas.

La frente de José Llopis presenta diversos cortes hechos a navaja. Parece una extraña y burda caligrafía cuneiforme. Los mismos cortes, la misma escritura, surcan el abdomen del director de Las Noticias, desde los pezones hasta el ombligo. Pero no es este extraño alfabeto lo que más llama la atención del cadáver, sino las heridas en las mejillas y la barba, como si hubieran tratado de afeitarle arrancándole un trozo de la piel.

—Parece un ritual… —comenta Matilda.

—Lo de la cabellera arrancada lo había visto, pero la barba… —contesta Matas.

—¿Y el pene? —dice Matilda con una mueca de asco señalando la entrepierna de Llopis.

El inspector Matas la dirige con la mirada para que se fije en la cara.

—¿Lo ves?

—¿En serio?

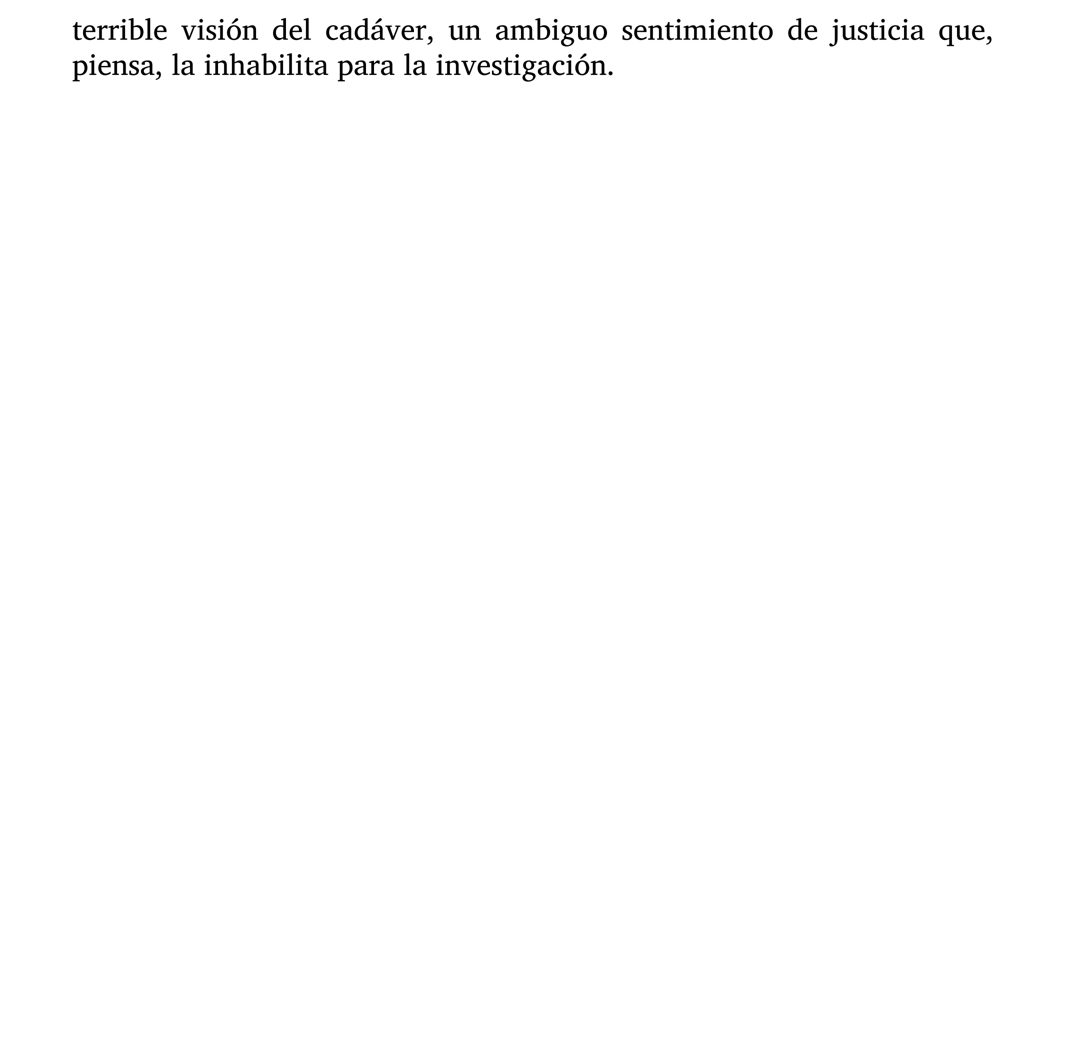
Lo que a Matilda le ha parecido la lengua, ahora sabe que es el pene. El asesino lo ha embutido en la boca de Llopis después de cortarlo de un tajo. El prepucio, disminuido como el dedo meñique de un bebé, no es precisamente la imagen de poder del hombre que se jactaba de tenerlo todo y todo a lo grande.

—No me había fijado… —dice Matilda como si se excusara.

Matas sonríe malicioso.

Cuando al cabo de dos horas los policías abandonan los apartamentos Drassanes, Matilda ya ha decidido que irá a la comisaría a escribir su informe, pero que luego presentará la dimisión al comisario Nadal. Nada bueno puede reportarle ahondar en la vida de José Llopis, cuya muerte sigue produciéndole, incluso después de la

terrible visión del cadáver, un ambiguo sentimiento de justicia que, piensa, la inhabilita para la investigación.



3

La subinspectora Matilda Serra, todavía medio dormida, llega con retraso a la reunión convocada a primera hora de la mañana. No le hace ninguna gracia darse de bruces con el director general de la Policía, Miquel Álvarez, hablando en el pasillo con el comisario Nadal, justamente delante de la máquina del café. Álvarez gesticula ostentosamente. Nadal asiente con la cabeza inclinada, la espalda encorvada, como si se confesara.

—Buenos días —se abre paso la subinspectora hasta alcanzar la máquina del café para tirar unas monedas.

—Buenos días —la saluda el director general echándose a un lado, posando paternalmente la mano en la espalda de Matilda.

—¿Lo tomas sin azúcar?

—Sin azúcar.

—Bien, bien, muy bien. ¡Hay que conservar la línea!

Matilda se fija en la corbata del director general.

—Plaza España, Roma —dice Miquel Álvarez irguiéndose como un pavo real.

—Muy bonita.

—Siempre las compro en la misma tienda.

—También lo hacía José Llopis —observa Matilda recordando las corbatas de Llopis y sus comentarios cada vez que regresaba de un viaje a Roma.

—Claro. Es donde las compra don Alberto —salta divertido Álvarez antes de bajar la voz y ponerse serio para decirle que la acompaña en el sentimiento.

—En realidad, director… —balbucea Matilda—, yo quería… de hecho se lo iba a decir ahora mismo al comisario Nadal…

—Nada, nada, lo comprendemos perfectamente. Debe de ser una pérdida muy sentida para ti. ¿Verdad, Nadal?

—Lo que quería decir es que no puedo… no debería trabajar en este caso —suelta de un tirón la subinspectora.

—¿Por qué? ¡Si eres la más adecuada! Tú conoces bien Las Noticias. Fuiste una de sus mejores reporteras —se sorprende el director general.

—Precisamente.

—¿Precisamente?

—Precisamente. Y si me permite serle franca, le diré que Llopis era un capullo.

—¡No me jodas, Matilda! —Nadal alza la voz, molesto.

—Bueno, bueno —interviene conciliador Álvarez—. Puede que

fuera un capullo, como tú dices, y yo no lo he oído, pero entenderás que éste no es un asunto cualquiera. Las Noticias son Las Noticias… Un director de diario asesinado… de esta manera tan atroz… tú conocías a Pepe Llopis…

—¿Pepe? —sonríe con una mueca la subinspectora.

Nadal baja la cabeza. Álvarez deja escapar un imperceptible gesto de fastidio antes de coger cariñosamente del antebrazo a la subinspectora para dirigirse juntos, arrastrándola, hacia la sala de la División de Investigación Criminal donde se ha convocado la reunión.

—Podéis sentaros —ordena Álvarez saludando a los policías—. Como todos sabéis, el director de Las Noticias, José Llopis, era una persona muy destacable. No nos podemos permitir ningún error. Dispondréis de todos los medios necesarios para esta investigación, que ahora es nuestra prioridad. Cada uno de vosotros es un buen policía y todos juntos sois los mejores. Le he dicho a Nadal que me tenga informado en todo momento. Os dejo en sus manos. Me encantaría quedarme ahora con vosotros, pero me está esperando el conseller. Buen trabajo.

Quin llepat, piensa Matilda mientras lo ve alejarse por el pasillo como si fuera un diplomático camino del Palacio Real.

—¿Empezamos? —gruñe Nadal.

El inspector Matas toma la palabra para explicar que la muerte de José Llopis es anterior a su mutilación y se produjo probablemente, a la espera de la autopsia, debido a un fuerte golpe en la cabeza con un objeto romo. El chapucero afeitado a navaja de la piel de la barba, los cortes en la frente y en el estómago se han hecho con una cuchilla muy fina o, quizás, un cúter. Lo mismo ocurre con la amputación del pene. Aparte de algunos pequeños rasguños en muñecas y tobillos debidos a las cuerdas que lo ataban a la cama, no existe ninguna señal de lucha.

—¿Un juego sexual? —pregunta Nadal.

—Es una hipótesis. Primero lo atan sin violencia. De mutuo acuerdo. Luego lo matan de un golpe y montan la escena. Tenemos estos cortes a navaja. —Matas señala hacia una de las paredes de cristal de la sala donde cuelgan las fotografías del escenario del crimen, destacando sobre las demás imágenes las ampliaciones de los cortes en el cuerpo de José Llopis.

—Parece una especie de escritura cuneiforme —señala la subinspectora.

—Es más simple de lo que parece —interviene Tomás levantándose para acercarse hasta las fotografías.

Tomás es el joven policía en prácticas de la unidad. Un genio de la informática.

—Te escuchamos.

—Se trata del alfabeto ugarítico, de la extinta lengua cananea descubierta en Ugarit, la actual Siria… ¡1.500 años antes de Cristo!

—Caray, Tomás —se sorprende el comisario Nadal.

—Lo he encontrado en Wikipedia —se sonroja el policía en prácticas—. Basta buscar «escritura cuneiforme» y aparecen distintos alfabetos. Cualquiera podría haberlo escrito. Sólo hay que copiar de la plantilla.

—¿Y qué coño dicen todas estas marcas en forma de triángulos, puntas y clavos? —se impacienta Nadal.

Tomás teclea en su ordenador. Proyecta en la pantalla de la unidad varias plantillas sacadas de Wikipedia.

—Como podéis ver, el alfabeto ugarítico tiene treinta y una letras. De momento, aunque los cortes no son muy precisos, he conseguido descifrar algunas de ellas. En la frente, observamos tres posibles palabras separadas, aiba, arias y tera.

—Aiba, arias, tera… —repite Nadal buscándole un sentido.

—Aiba, arias, tera… —salmodian los policías como si recitaran una plegaria.

—Aiba arias tera —entona la subinspectora tratando de recordar una vieja melodía.

Nadal y Matas cruzan una mirada de perplejidad.

—¿Subinspectora? —la anima Nadal.

Matilda Serra levanta el puño.

—¿No lo pilláis? ¡«La internacional», coño! Arriba, parias de la tierra.

—Vaya, la que faltaba —corta el comisario.

Tomás teclea concentrado el ordenador.

Todos pueden leerlo en la pantalla:

«Arriba, parias de la tierra, en pie, famélica legión, atruena la razón en marcha, es el fin de la opresión…».

«Se la considera —lee directamente de Wikipedia— el himno oficial de los trabajadores del mundo entero y de la mayoría de los partidos socialistas y comunistas, así como de algunas organizaciones anarquistas».

—Entonces… ¿estamos ante algo político? —pregunta Nadal con fastidio.

—Político, sexual, laboral… con José Llopis todo es posible. Nada es descartable —sonríe Matilda.

—¿Y los cortes en el abdomen? —pregunta el inspector jefe.

—Son mucho más confusos, más chapuceros, hechos de cualquiera manera, a toda prisa, pero se podría leer algo así como «maciste» y «huerto» —dice Tomás.

—¿Maciste no era el gladiador de las películas de Hollywood? —

comenta Llavaneras.

—Así es: un superhombre justiciero —apunta Matilda.

Tomás, que no sabe lo que fueron los cines de barrio ni la sesión doble con película de gladiadores y película del Oeste incluidas, abre de nuevo una página de Wikipedia en la que se ven algunos fotogramas de Maciste interpretado por Mark Forest y Gordon Scott.

—«La internacional», Maciste… la piel de la barba arrancada como si se tratara de un cazador de cabelleras… ¿Qué sentido puede tener tanta locura? —reflexiona inquieto el comisario.

—¿Y «huerto»? ¿A qué viene «huerto»? ¿Sale la palabra huerto en «La internacional»? —pregunta Llavaneras dirigiéndose a Tomás, que teclea de nuevo en el ordenador y proyecta la letra entera de «La internacional» en la pantalla para que todos la puedan leer y comprobar que ni «huerto» ni «maciste» aparecen en el himno de los trabajadores.

—Revolución, los parias de la tierra, el justiciero Maciste… no me gusta nada. ¿Qué más tenemos, Matas? —se impacienta el comisario.

—Nos acaba de llegar la autorización del juez para entrar en el edificio de Las Noticias y registrar el despacho y los ordenadores de Llopis. Los de la científica ya están en camino. Yo iré cuando terminemos la reunión.

—En marcha, pues. Que te acompañe Tomás. Y pide un par de refuerzos a la Unidad de Informática Forense. ¿Se sabe algo del teléfono de Llopis?

—Desaparecido. La última localización lo sitúa en los apartamentos Drassanes a las 9:30 de la noche. Veinticinco minutos después de haber salido de la redacción. A partir de ese momento, el teléfono dejó de funcionar. Estamos comprobando las últimas llamadas.

Nadal convoca nueva reunión para las cuatro de la tarde.

Echa un vistazo al reloj de pared de la unidad y sale disparado en dirección a su despacho, pero se frena un momento para decirle a Matilda que se ocupe del interrogatorio del chófer de Llopis.

—Hace un buen rato que espera.

—Pero yo…

—Creo que ya lo hemos hablado y el asunto ha quedado zanjado —dice el comisario dándole la espalda, alejándose por el pasillo con el dedo índice levantado señalando hacia la quinta planta, donde se encuentra el despacho de Álvarez.

El chófer del director de Las Noticias espera sentado en la sala de interrogatorios de la comisaría central de los Mossos d'Esquadra.

Viste traje azul de buena calidad. Sostiene la americana entre los brazos apoyados sobre las rodillas, con las piernas abiertas en una posición que revela el cansancio acumulado después de la larga espera. La luz de neón de la pequeña sala da a la escena una imagen fría y aséptica que predispone a la culpa, incluso antes de que las personas sometidas a una investigación hayan abierto la boca.

Matilda Serra lo observa un buen rato a través del espejo-cristal del pasillo. Se toma su tiempo, fiel a un ritual que nunca olvida cuando debe ocuparse de un interrogatorio. Se trata de un hábito heredado del periodismo, donde aprendió que la mejor manera de entrevistar a alguien es enfrentándolo al silencio. Así se lo había enseñado el maestro José Martí Gómez, la mejor pluma de la crónica judicial de la ciudad de Barcelona en aquellos tiempos en que los artículos rebosaban humanidad y transpiraban un escepticismo que apestaba a humo de tabaco, café y alcohol, imprescindibles unos y otros —el escepticismo, la mala vida y la mala hostia— para conseguir la calidad literaria a la que todo periodista de sucesos ha aspirado alguna vez.

Decía Martí Gómez que no hay nada como un largo silencio del entrevistador para que el entrevistado empiece a cantar como una cotorra y termine por decir lo que había decidido callar.

«Habla poco. No des coba. Hazte el tonto. Los periodistas políticamente correctos sólo reproducen declaraciones políticamente correctas, es decir, mentiras».

«Alimenta el ego —insistía—. Todos tenemos un Narciso dispuesto a meter la pata. Sobre todo, los políticos. También los asesinos, claro: unos y otros comparten la misma necesidad de seducir, de pavonearse, de convencer al otro de sus cualidades, de no pasar por un simplón, una cabeza vacía, un tipo sin interés, un panoli».

En el mundo de la investigación policial, hay que añadir a este recurso del periodismo el hecho muy ventajoso de permitir a los agentes mantener a los interrogados en un sitio cerrado, enfrentándolos durante una larga espera a su propia soledad, las dudas, la falta de información. No hay mejor recurso que el de dejar que tome cuerpo la indignación, el qué coño hago yo aquí, reflexión que casi siempre suele dar paso a la letal pérdida de control que anuncia el subsiguiente os vais a enterar, cabrones. Así, el paso del tiempo prepara al interrogado ablandándolo a fuego lento. El desconcierto alimenta las dudas y hace aflorar la pregunta a la que

nadie puede escapar jamás: qué habré hecho mal. Porque algo habrás hecho, sin duda. Todos lo hemos hecho. Y es precisamente ahondando en esta duda existencial, primigenia, como un buen interrogador te puede pillar por los huevos. También hay, por supuesto, quienes prefieren la violencia, acojonar al interrogado. Camino engañoso, sin embargo, que, en opinión de Matilda, suele producir pésimos resultados, sea porque el acojonado acaba por decir cualquier chorrada con tal de que lo dejen en paz, sea porque en una autoafirmación suicida de heroísmo y dignidad decide encerrarse en sí mismo como un molusco.

—¿Entramos? —pregunta Llavaneras.

—Así que este pajarraco vestido de Armani era uno de los nuestros —comenta irónica la subinspectora.

Ruiz se levanta con la mano tendida.

Matilda ni siquiera lo mira.

Sentada frente al chófer repasa en silencio los informes que le han dado sus compañeros.

Francesc Ruiz es un antiguo policía que a su trabajo como chófer suma el de guardaespaldas. Antes de pasarse al sector privado realizó varios cursos de conducción en caso de secuestro, ataque terrorista y fuga en condiciones extremas a cargo del presupuesto de la consejería de Interior. «Vaya», murmura Matilda, que no puede soportar a los espabilados, especialmente a aquellos que utilizan los recursos públicos para formarse y luego se pasan al sector privado. Para acabarla de poner de mal humor, el curso especializado en conducción sobre hielo se había realizado en la estación de esquí de Baqueira Beret.

Según su primera declaración hecha al propio Llavaneras, Ruiz y Llopis salieron del diario tocadas las nueve de la noche. El coche lo tenía aparcado en la misma ronda Sant Antoni, delante de la puerta de Las Noticias, donde el Ayuntamiento tiene reservadas un par de plazas de uso exclusivo para el dueño y el director del diario. Ruiz condujo en dirección a la plaza Universitat, torció por la calle Pelai, bajó por el lateral de las Ramblas y, al llegar a la esquina de la calle Tallers, Llopis le ordenó parar, cosa que Ruiz hizo frenando justo delante de la pizzería Pasta Madre.

El director abandonó entonces el coche sin darle tiempo a reaccionar, y se perdió entre la multitud de la calle Tallers. Cuando Ruiz consiguió aparcar encima de la acera ya era demasiado tarde. El chófer lo estuvo buscando durante más de diez minutos recorriendo la calle Tallers arriba y abajo, entró incluso en la coctelería Boadas, se metió en Discos Castelló, caminó por las callejuelas adyacentes. Pero Llopis había desaparecido.

—Esfumado, visto y no visto… —comenta Matilda levantando por

primera vez la vista para buscar la mirada del chófer.

Ruiz encoge los hombros. Llavaneras permanece de pie junto a la puerta.

—¿Se fijó en si el director recibió alguna llamada durante el trayecto hasta las Ramblas? —pregunta Matilda.

—No podría asegurarlo. Llopis vivía pendiente del teléfono, pero mi impresión es que sólo estuvo mirando los mensajes. A veces solía también jugar al Candy Crush.

—Usted, además de chófer es, era, su guardaespaldas…

—No me dejó opción —replica el chófer.

—¿Qué quiere decir?

—Pues lo que le digo. El señor José Llopis abrió la puerta y se largó sin más. Desapareció entre la gente que circulaba por la calle Tallers. Quizás debería haber dejado inmediatamente el coche y seguirlo, pero…

Matilda imagina el enorme Mercedes del director parado en el lateral de las Ramblas, interrumpiendo la circulación.

—La conducción bajo fuego terrorista no incluye, al parecer, la posibilidad de la fuga voluntaria de la persona a la que se debe proteger —pregunta con sarcasmo, hojeando la carpeta.

—¿Era la primera vez que ocurría una cosa parecida? ¿Solía bajar del coche de sopetón, sin avisar? —interviene Llavaneras.

—Jamás. Quizás por eso no pude reaccionar a tiempo.

—¿Nunca se separaba de él?

—Llopis era un obseso de la seguridad. Siempre que tenía una intervención pública o acudía a algún acto social, quería que yo examinara el lugar antes de que él entrara. Y cuando andábamos por la calle me obligaba a ir pegado a su espalda, de manera que nadie pudiera interponerse entre los dos. Por eso me contrató a mí y despidió al antiguo chófer, Pablito.

—¿Pablito?

—Pablo Martínez, pero todos lo llamaban Pablito —dice Ruiz sin disimular un deje de arrogancia al nombrar al antiguo chófer.

—¿Pablo Martínez no servía como guardaespaldas? —pregunta Matilda.

—El gran Pablito cometió algunos errores.

—¿Puede ser más preciso?

—Errores imperdonables en un oficio como éste. Además, como usted dice… ¿le puedo hablar de tú, subinspectora Serra?

—Mejor no nos tuteemos —corta Matilda.

—Comentaba algo sobre unos errores —interviene Llavaneras.

—Errores graves, sí, nada profesionales.

Matilda empieza a detestar al guardaespaldas. Siente que debe hacer un esfuerzo para controlar la ira. Un leve gesto de los ojos basta

para que Llavaneras tome el relevo.

—¿A qué se refiere exactamente con errores imperdonables? —insiste el policía.

—No creo que venga al caso —se anima Ruiz recuperando la sonrisa, ansioso, sin duda, por responder a la pregunta.

Matilda hace un gesto de resignación dirigido a Llavaneras y ambos dejan que el antiguo policía se explaye a gusto.

Al parecer, cuando Llopis fue nombrado director de Las Noticias recibió muchos regalos, que fueron enviados a su domicilio particular y a la redacción del diario. Incluso recibió un regalo del director de la Policía…

—¿Álvarez?

—Álvarez.

—¿Una corbata?

—Italiana. Comprada en Roma. ¿Cómo lo sabe?

—Prosiga.

—Uno de estos regalos, le decía, era una caja de cartón envuelta en papel que a Llopis le pareció sospechosa, de manera que antes de abrirla decidió llamar a los servicios de seguridad de la empresa. El jefe de seguridad de Las Noticias le ordenó que sobre todo no la manipulara, no tocara nada y que acudiera inmediatamente al diario para que la pasaran por el escáner de seguridad. Así que Llopis mandó a Pablito con la caja hasta el diario, donde lo estaban esperando.

—¿Sin decirle que podía tratarse de un artefacto explosivo?

—Gracias a Dios, la máquina reveló que sólo se trataba de una inocente cafetera. Una cafetera italiana.

—Y Pablo Martínez se cabreó.

—Se largó al comité de empresa para acusar al nuevo director de haber puesto su vida en peligro. Por supuesto, fue inmediatamente relevado.

—¿Despedido?

—No, lo mandaron al archivo, donde sigue todavía haciendo las fotocopias de «el día en que nací».

—¿A qué se refiere? —se extraña Llavaneras.

—Es un buen negocio. Mucha gente quiere la portada del día en que nació. Yo, por ejemplo, nací el mismo día en que mataron a Kennedy, el 22 de noviembre, pero un año después, en 1964.

—Entonces está claro que usted no es Manuel Vázquez Montalbán —sonríe Matilda recordando al maestro.

—¿Montalbán, dice? ¿No fueron los cubanos?

—Nada, Ruiz. Déjelo. Una pequeña digresión. Cosas mías. Decía usted que mandaron a Pablo al archivo y lo contrataron a usted.

—Exactamente.

—No entiendo a qué se refiere cuando lo acusa de tener una

actitud poco profesional.

—Para un chófer, existen dos cosas sagradas —contesta Ruiz satisfecho por la pregunta—. La primera es la fidelidad. La segunda, tan importante como la primera, la discreción. Un chófer que va contando cotilleos de su jefe es un chófer que debe cambiar de oficio.

—Usted sabe muchos secretos de su jefe o, para ser más exactos, de su antiguo jefe —se permite la ironía Matilda.

Ruiz obvia el comentario.

—¿Qué habría hecho en el caso de estar en la piel de Pablo Martínez sabiendo que quizás llevaba una bomba en el coche? —prosigue Matilda.

—No contemplo esta situación tal como usted la describe —contesta Ruiz—. En mi caso, Llopis me habría consultado antes de llamar a seguridad. Y viendo cómo era el paquete en cuestión, a lo mejor lo habría abierto yo mismo con mis propias manos y le habría dicho al jefe que se podían tomar, él y su esposa, un café a mi salud.

—¿Su esposa? —dice.

—La señora Marta.

—¿La trataba usted mucho?

—Lo suficiente para tener una buena relación, una relación muy cordial, diría. Llopis tenía plena confianza en mis servicios y siempre que su mujer lo necesitaba y él estaba libre, me proponía que la acompañara.

Matilda y Llavaneras se miran divertidos.

Dos horas después, Francesc Ruiz abandona la sala de interrogatorios. Cruza el pasillo de la comisaría caminando erguido hasta alcanzar la salida sin que nadie se acerque para despedirlo, incluidos los que lo conocen de su anterior vida de policía.

Matilda y Llavaneras se quedan todavía un rato en la sala de interrogatorios repasando la declaración del chófer guardaespaldas.

Por lo visto, aquella noche Llopis se retrasó por algún motivo que Ruiz desconoce y, antes de salir, tuvo que ir a comprar unas cuchillas de afeitar a El Corte Inglés porque el director no encontraba la navaja. Esta información coincide con lo que les ha explicado la secretaria de Llopis. También la hora de salida, cuando ambos se encontraron en el ascensor con el redactor de cultura y crítico cinematográfico, Bartolomé Warner, sin que Llopis dijera una sola palabra, aunque Warner sí le deseó las buenas noches.

A propósito de Warner, el crítico de cine forma parte de la lista de despedidos de Las Noticias.

—Warner, Pablito, ya tenemos a dos cabreados… —Llavaneras saca la cinta de la grabadora mientras Matilda se despide con un gesto de la mano, dejando abierta a sus espaldas la puerta de la sala de



interrogatorios.

5

La mujer que hunde el tacón del zapato en el pie de Matilda ni siquiera se da cuenta del pisotón.

—¿Permite? —dice restregando sus posaderas en los morros de la policía.

La agradable fragancia a jabón de tomillo que desprende su vestido de algodón suaviza el fuerte olor a café del vagón del primer tren de la mañana.

La mujer se acomoda junto a la ventanilla sin dejar de hablar con el hombre trajeado que toma asiento frente a ella. Se quita la chaqueta, deja caer en cascada su larga cabellera castaña sobre la frente, la recoloca echándola hacia atrás en un seco gesto leonino. Matilda observa maravillada cómo la lustrosa melena perfectamente cortada se posa sobre la espalda de la mujer sin sufrir un solo contratiempo.

—¿Prefieres sentarte en el sentido de la marcha del tren? —pregunta el hombre.

—Está bien así.

—Ya veo que te gusta ir a contracorriente.

—¿Y a ti? —sonríe maliciosa la mujer.

Matilda mira el reloj.

Hasta que lleguen a Madrid queda un largo viaje de casi tres horas. Tendrá tiempo suficiente para repasar los informes que ha preparado Llavaneras. Enchufa el cargador del teléfono en la toma de corriente situada debajo del reposabrazos. Estira las piernas. Le ha tocado el asiento de cuatro plazas encaradas, pero al menos no tiene a nadie sentado enfrente.

A su lado, la pareja bromea alegre, irradiando una vaporosa excitación. La estimulante y pueril ambigüedad de los que alimentan la posibilidad de algo, sin saber todavía si tentar al deseo les deparará vino o vinagre, piensa Matilda.

El teléfono de la mujer parpadea en silencio vibrando sobre la mesa.

«Pol», puede leer de reojo la subinspectora.

—¿No lo coges? —pregunta el hombre.

La mujer le da la vuelta a teléfono y lo deja sobre la mesilla.

—Nada importante. ¿Te apetece un café?

—¡Vamos allá!

—¿Me permite? —se levanta la mujer.

De nuevo, el roce, el olor a tomillo, las prietas posaderas contra los morros; el pisotón.

La pareja se aleja bromeando por el pasillo en dirección a la cafetería. Matilda los observa sin saber todavía si siente más curiosidad que pereza.

El tren cruza el puente del río Llobregat y pronto se dibujan las montañas de Montserrat en la lejanía, iluminadas por el sol naciente. La serra d'or flotando sobre la niebla de la mañana.

A la policía le gusta viajar en tren.

El tren tiene el ritmo adecuado para el ensimismamiento. La relaja dejarse llevar por la sugestión melancólica de los paisajes que aparecen y desaparecen a través de la ventanilla como si fueran sueños, se quedan un instante, los atrapas fugazmente y, justo cuando los quieres saborear en una meditación consciente, desaparecen. En el tren, el paso del tiempo es un estar y un soñar; una errancia entre las cosas y el pensamiento, que es donde Matilda Serra, policía de investigación criminal, antigua reportera de guerra, halla hoy su refugio, pues la realidad se le hace demasiado penosa para poderla vivir y la imaginación demasiado desequilibrante para poderla controlar.

Matilda Serra abre el primer informe.

Lee:

«A este hijo puta habría que cortarlo en pedazos y tirarlo a los cerdos».

El texto lo firma Lluís Gomà. Está sacado de la mensajería del correo interno de Las Noticias. El «hijo puta» es el director, José Llopis. El mensaje va dirigido a la redactora de cultura, Mónica Oliver. «¿Quedamos a la salida? ¿En el Boadas?», responde al correo Mónica Oliver.

Las Noticias —como bien sabe Matilda— dispone de un sistema de mensajería interna que permite a los periodistas comunicarse entre sí. Se trata de mensajes privados que sólo deberían leer sus destinatarios, pero en el ordenador de Llopis la policía ha descubierto que el director espiaba a sus periodistas y lo guardaba todo en una carpeta. Muchos mensajes hablan del propio director. Otros son de tipo personal. Periodistas que ligan entre sí. Que hablan de temas políticos. Critican a un jefe o a un compañero. Incluso hay un periodista que escribe una novela en horas de trabajo —infumable, en opinión de Llavaneras, que ha tenido la paciencia de leerla durante la noche— y consulta sus progresos con una estudiante en prácticas, boba y sentimental.

Lluís Gomà había sido redactor jefe de economía. Un tipo culto, bien informado. Agradable de trato. Vestido siempre con un traje caro, de corte informal, adecuado a su trabajo entre los círculos del dinero y del poder, aunque siempre tuvo la coquetería de no usar corbata, sin duda para señalar que se considera un informador independiente.

Gomà solía llevar en el bolsillo lateral de la americana un ejemplar del Financial Times. Era, pensaba entonces Matilda, su modo de demostrar que hablaba inglés —también él, como muchos hijos de la burguesía catalana, estudió COU en Estados Unidos y pertenece a la primera generación de anglohablantes de un país aislado durante la larga dictadura—, su modo de demostrar, también, que, a pesar de sus ideas socialistas —las del socialismo felipista de las puertas giratorias —, sabe perfectamente lo que hay que leer si quieres que te respeten los que te pagan cuando escribes de economía.

Hoy, Gomà pertenece al grupo de periodistas que fueron defenestrados cuando a Llopis lo nombraron director. Al empezar los recortes le ofrecieron un despido improcedente con una suculenta indemnización. No quiso aceptarlo. Lo castigaron entonces a la sección de sociedad, donde el redactor jefe, Alberto Rodríguez, uno de los secuaces del director, un periodista chaquetero que trabajó en el gabinete de prensa de José María Aznar, lo tiene sometido a un maltrato sin concesiones.

La correspondencia entre Lluís Gomà y Mónica Oliver, además de un diario detallado del acoso laboral que sufre Gomà por parte de Alberto Rodríguez, descubre una turbulenta y apasionada relación amorosa con la redactora de cultura, llena de citas secretas, infidelidades, autocompasión y remordimientos.

Matilda hace una primera lectura echando un vistazo rápido a los asuntos personales, centrándose a continuación en los detalles que tienen que ver con el trato infame de Rodríguez, así como el odio obsesivo que Gomà siente por el director y el mundo en general.

Durante sus primeras semanas como redactor pelado de sociedad —«yo, que he dirigido la sección de economía; yo, que he estudiado en Estados Unidos; yo, que he compartido mesa con los principales banqueros de España; yo…»— Gomà se queja amargamente a Mónica Oliver de su nuevo jefe —«este puto pelele corrupto e inculto»—, y cómo —«el muy cabrón»— cada día le encarga un artículo sobre un tema banal, pero cuando Gomà se lo entrega después de imprimirlo, Rodríguez le dice, sin leerlo siquiera, arrugando el papel para lanzarlo en forma de bola a la papelera, que el tema ha perdido interés y que no se publicará.

Gomà aguanta estoicamente —«no sé si estás abusando de estas pastillas que tomas», se preocupa Mónica—, hasta que un día se cabrea y, delante de toda la sección, insulta a voz en grito a su verdugo. Rodríguez, impasible, satisfecho, sólo esperaba una salida de tono para hundir todavía más el estoque y rematar a Gomà: a partir de aquel día el único trabajo que se le encarga al antiguo redactor jefe de economía será el de confeccionar la lista de los artículos que escriben cada mes los colaboradores externos de la sección. Una lista

completamente inútil. Gomà aumenta la dosis de Trankimazin y combina la medicación ansiolítica con sus cada vez más frecuentes excursiones a la coctelería Boadas, donde la septuagenaria Maria Dolors, conocida como «La Reina del Boadas», le prepara un dry martini tras otro sin hacer preguntas. «Maria Dolors sí que me entiende…», lloriquea Gomà un día que Mónica se queja de su actitud autodestructiva, después de que ambos se enzarcen en un cruce de correos llenos de reproches.

Mónica: «… hablas y hablas. Blablablá. Pero sé que no estás dispuesto a dejar a tu mujer. A veces pienso que sólo soy tu pequeño juguete sexual. O tu mamá, que es todavía peor. Antes me emocionaba profundamente cuando llorabas mientras te corrías dentro de mí. Hoy lo percibo como el incesto interruptus de un niño de sesenta años atrapado en una infancia nunca superada. Y te diré una cosa. No te confundas, Lluís: ni soy tu puta, ni soy tu mamá».

Gomà: «Dame algo de tiempo, amor. Perdóname, perdóname. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida».

Mónica: «Acabo de leer la entrevista que te han publicado en el boletín del colegio de periodistas adulándote. "Lo mejor que me ha pasado en mi vida son mis hijos", dices, ¡literal! ¡Vete a la mierda, gilipollas!».

¿Por qué el comisario Nadal, se pregunta Matilda, ha incluido a Gomà entre la lista de posibles sospechosos? El odio que profesa Gomà hacia el director es evidente, pero a la subinspectora no le parece plausible que un panoli semejante tenga la sangre fría para escribir «La internacional» a navaja encima de un cuerpo muerto y seccionarle a continuación el pene para metérselo en la boca después de romperle la cabeza de un golpe. «Dame tiempo, amor…». ¡Menudo calzonazos!

En la última reunión de la división, el comisario ha decidido que todas las amenazas que aparecen en los correos que guardaba el director en su ordenador sean investigadas. «Por si acaso», ha ordenado. Así que Matilda termina de leer la carpeta Gomà-Oliver y escribe algunas notas al margen para que las puedan utilizar Matas y Llavaneras cuando vayan a visitarlos a sus respectivas casas.

La subinspectora abre el siguiente informe. «Manuel Muñoz. Redactor jefe de investigación».

—¿Me permite?

La voz de la mujer del traje chaqueta que regresa de la cafetería la saca de sus cavilaciones.

—Faltaría más.

La subinspectora se levanta para dejarla pasar hasta su asiento junto a la ventanilla y ahorrarse el pisotón. Espera respirar los agradables efluvios a tomillo, pero lo que ahora le llega es un fuerte y fastidioso olor a café de máquina. La fragancia del aliento de los

ejecutivos.

—¿Ya estamos en Zaragoza? —pregunta la mujer mirando por la ventanilla.

—Zaragoza, sí.

—Se me ha pasado volando.

—Zaragoza-Delicias —añade petulante el hombre.

Matilda regresa a sus papeles.

La pareja abre sus ordenadores. Ordenadores gemelos. Ordenadores de empresa. Unas palabras cogidas al vuelo —«nicho de negocio»— llaman la atención de Matilda, que enciende la antena. El hombre y la mujer hablan de unos edificios de viviendas del popular barrio de Lavapiés. Al parecer, trabajan para un fondo de inversiones. El problema es que los edificios tienen todavía unos cuantos pisos habitados. «Pisos con bicho», los llaman. Matilda conoce bien cómo va la cosa: el inversor compra el edificio entero y luego empieza a echar, por las buenas o por las malas, a los inquilinos que se resisten a marcharse y no aceptan la miserable indemnización que se les ofrece. Al parecer, uno de los vecinos, una mujer mayor, se ha atrincherado en el piso de uno de los edificios de la calle Argumosa. Los clientes del fondo de inversiones están dispuestos a pagar, a cerrar el trato hoy mismo, pero quieren que sea el vendedor quien se ocupe de deshacerse del bicho.

Matilda se disponía a repasar la carpeta «Manuel Muñoz. Redactor jefe de investigación», pero la conversación de la pareja no la deja concentrarse. Manuel Muñoz, Manolo, como todo el mundo lo llama, es un hueso duro de roer, un personaje complejo y volcánico al que la subcomisaria conoce bien, quizás demasiado bien.

Sus vecinos empiezan a ponerla de mala leche. Tan jóvenes. Tan guapos. Tan miserables. Decide dejar para más tarde a Manolo Muñoz. Abre la carpeta de Bartolomé Warner. En su interior sólo figura una ficha con los datos personales y la carta que éste le mandó al director con motivo de su despido. Para que un despido sea improcedente, la ley dice que tiene que haber un motivo. La dirección de Las Noticias ha pactado con el comité de empresa tres posibles motivos a escoger: haber desobedecido las órdenes de un superior, incumplir el horario laboral, o trabajar en asuntos privados con el ordenador de la empresa. El crítico de cine Bartolomé Warner ruega en una carta dirigida al director si es posible que a él se lo despida «por haber ido al cine en horas de trabajo».

—¡Qué grande eres, Warner! —exclama Matilda soltando una larga y sonora carcajada.

—¿Perdón? —pregunta a su lado la mujer con gesto severo.

—Nada, nada, cosas mías —contesta la subinspectora.

—Yebes-Guadalajara. Ya estamos llegando —interviene el hombre

señalando una estación vacía a través de la ventanilla.

El tren se para con un leve chirrido. Sólo tres personas esperan en el andén. Nadie baja del tren de alta velocidad.

—Esto sí que ha sido un buen pelotazo —comenta Matilda dirigiéndose a la pareja—. ¿O debería decir un buen nicho de negocio?

—Què vols dir? —la mujer se pone seria.

—¿No os dedicáis vosotros a esto? —contesta Matilda sosteniéndole la mirada con una sonrisa irónica, desafiante, sintiendo cómo un fuego que debería controlar está a punto de tomar las riendas de su personalidad más desenfrenada.

—Deixa-ho estar, Maria Lluïsa —intercede el hombre, nervioso.

Yebes: la subinspectora lo recuerda bien. ¿No fue precisamente Manuel Muñoz quien lo investigó para Las Noticias, y la información salió censurada después de que Llopis le metiera la tijera?

Yebes-Guadalajara es uno de los mayores pelotazos urbanísticos de los últimos años. Un caso muy español, en la línea de lo que el historiador británico Paul Preston llama, refiriéndose a la corrupción y al engaño, una «curiosa pauta» de la historia contemporánea de España desde al menos 1876.

El asunto de Yebes tiene su miga: un aristócrata casado con una de las figuras más importantes de la derecha española posee unos terrenos yermos. Sus amigos del Gobierno regional deciden convertirlos en urbanizables. Donde antes sólo había piedras y matojos se levantarán lujosos bloques de viviendas. Para atraer a los nuevos pobladores la urbanización estará conectada con Madrid por el tren de alta velocidad. Guadalajara, que es por donde debería pasar el tren, queda a unos diez kilómetros. No importa: la estación se hará donde el aristócrata y su esposa aspiran a convertir las piedras en panes. Si los vecinos de Guadalajara quieren subir al tren, deberán desplazarse hasta la nueva estación, de manera que les sale más rápido y mucho más barato seguir utilizando el tren regional.

Matilda abre de nuevo la carpeta de Manuel Muñoz y tal como la abre vuelve a cerrarla. Decide que ya la repasará en el hotel. Ahora no tiene tiempo ni ganas. «¿Por qué los mejores historiadores de la historia de España suelen ser extranjeros?», reflexiona recordando la instructiva lectura del libro de Preston, Un pueblo traicionado.

Una voz metálica anuncia la llegada del tren a la estación de Atocha.

—¿Me permite? —se levanta la mujer sentada a su lado. Tiene prisa por salir. La subinspectora se toma ostentosamente su tiempo. La mujer, de pie junto a la ventana con el abrigo puesto, espera impaciente.

—Pasa, pasa —se levanta finalmente Matilda, dejándola salir para

volverse a sentar.

—Ai, nena, quina mala llet que tens —dice la mujer gesticulando con los brazos, tratando inútilmente de abrirse paso en un pasillo donde los viajeros, amontonados entre maletas, aguardan impacientes la apertura de las puertas, con el tren todavía en marcha.

Bichos, ratas, putos niñatos, masculla Matilda, que siente de nuevo cómo se enciende aquel fuego que tantos disgustos y alegrías le ha dado en la vida.

La cita es en el Museo del Prado.

Manolo Muñoz le ha dicho que la esperaría a primera hora de la tarde delante del cuadro flamenco de Joachim Patinir, El paso de la laguna Estigia.

Y allí está Manolo. Puntual como siempre. Las manos en los bolsillos de la chaqueta de reportero. El pelo alborotado. La sonrisa seductora. La inconfundible figura desgarbada moviéndose en un balanceo nervioso.

—Veo que te siguen gustando los juegos —saluda la policía señalando el cuadro con el dedo.

Manolo sonríe divertido. Trata de abrazarla, pero Matilda, tensa, se separa con un gesto brusco.

—Vale, vale —el periodista levanta las manos en son de paz—. ¿Qué te parece el cuadro?

—Conozco a Patinir, Manolo.

—Una maravilla, ¿no?

—¿Esto es de lo que quieres hablar? De que debemos escoger entre la perdición o la salvación; el infierno o el cielo.

—Veo que te has informado antes de venir —dice Manolo señalando el folleto informativo del museo que sobresale del bolsillo trasero de la policía, abierto por el cuadro de Patinir.

—También he leído tu correspondencia con José Llopis.

—Vaya.

—He tenido toda la mañana para hacerlo.

—Fíjate en la pequeña inclinación de la barca de Caronte —regresa el periodista al cuadro como si no la hubiera oído—. ¿Hacia dónde se dirige? ¿Al infierno? ¿Al paraíso? ¿Es el azar quien la guía o se trata del destino?

—Corta el rollo, Manolo.

—Seguro que coincidirás con Patinir en que el mal siempre resulta el camino más fácil. El más tentador. El más humano.

—¿Me estás preparando para una confesión?

—¿Sabes que es aquí, en el Museo del Prado, donde Jorge Semprún…? Habrás oído hablar de Semprún, imagino.

—No te hagas el imbécil, Manolo.

—Pues cuando Semprún dirigía el Partido Comunista de España en la clandestinidad, cuando se hacía llamar Federico Sánchez, solía citar a sus contactos delante de El paso de la laguna Estigia. Los hubiera podido citar en El Corte Inglés, en una floristería, en un parque infantil, en una casa de putas o en un bar con dos salidas, pero

Semprún lo hacía en un museo.

—¿Porque quería transmitir un mensaje moral?

—Me parece demasiado pretencioso. A mí me gusta pensar que su intención era algo irónica, que buscaba relativizar, precisamente, el fundamentalismo moral. Dar a entender, quizás, que sin la belleza ninguna revolución merece la pena.

—Suena bonito. Pero no te olvides de la soberbia. Quizás lo que quería Semprún era demostrar quién era él en realidad, su pertenencia de clase, su superioridad intelectual. En Francia lo llaman la gauche caviar.

—Me gusta más la gauche divine, que es como Joan de Sagarra llamó a los progres barceloneses que se reunían durante el franquismo en la discoteca Bocaccio. ¿Sabes?, tenía ganas de verte, Matilda —se acerca Manolo para besarla.

—¡De qué coño vas! —protesta la policía, rechazándolo con un gesto brusco.

—Lo siento, pensaba… ¿por qué has venido en realidad?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Sólo por trabajo? Para eso está el teléfono. También podíais haber mandado a otro poli.

Matilda abre el bolso que lleva colgado en bandolera y saca una carpeta que muestra al periodista. Escrito en rotulador puede leerse «Manolo Muñoz. Jefe de investigación».

—Vaya.

—Desde luego, salta a la vista que Pepe Llopis no era tu mejor amigo —dice Matilda blandiendo con la mano la carpeta.

—¿Soy sospechoso? —sonríe Manolo.

—¿Lo eres?

—Te quedarás a dormir, supongo.

—Estoy en un hotel. En Ópera.

—¿Por qué no te vienes a Zarzalejo?

—¿Tu refugio en la sierra?

—Antes te encantaba montar a caballo. Podríamos dar un paseo por el camino de las ollas donde un grupo de colegas que te encantarán tienen un huerto compartido. Te enseñaré los búnkeres del Ejército republicano. La última línea de defensa de Madrid. Y de paso hablas con los vecinos. Te dirán que la noche en que mataron a Pepe Llopis yo estaba jugando a las cartas en el bar de Zarzalejo.

—Y luego me preparas una cena con velas, enciendes la chimenea, descorchas una botella de vino tinto…

—También podemos hablar tranquilamente de lo que llevas en esta carpeta.

—Vámonos a la cafetería del museo —propone la policía.

—Espera un momento —dice Manolo cogiéndola por el brazo,

dirigiéndola hacia la sala de Goya, donde se exponen las pinturas de la familia de Carlos IV.

—La cafetería está hacia el otro lado —protesta Matilda.

—Espera… ¡déjate querer un poco, coño!

Un grupo de colegiales de uniforme escucha delante del retrato de Carlos IV, sin prestar demasiada atención, las explicaciones de su profesora.

—¡Es clavado al rey Juan Carlos! —comenta uno de los chavales tapándose la boca, muerto de risa.

—¿Me dejas terminar con Semprún? —pregunta Manolo mientras los escolares se alejan trotando con sus mocasines de escuela de pago repicando como potrillos domesticados sobre el suelo de mármol impoluto.

Matilda, resignada, se encoge de hombros.

—Siendo ministro de cultura —prosigue Manolo—, a Semprún le tocó acompañar a la reina de Inglaterra en su visita al Prado. Cuenta en sus memorias que Isabel II camina sola, con las manos en la espalda, seguida a cierta distancia del séquito. Se toma su tiempo delante de El Bosco, El Greco, Velázquez. Cuando se acerca a la sala donde se encuentran los retratos de los borbones pintados por Goya, el ministro piensa que es el momento de acercarse hasta su Graciosa Majestad para susurrarle al oído que los ingleses del siglo xvii decapitaron a Carlos I, los franceses del xviii a Luis XVI, y que los españoles no hemos decapitado a ningún rey, pero tenemos a Goya. ¡¿No te parece fantástico?!

—Fantaseó con decírselo, pero no lo hizo, claro.

—Lo que demuestra dos cosas. La primera es que Semprún fue un magnífico escritor. La segunda, que el arte, y en este caso concreto, Goya, resulta veinte mil veces más eficaz que una guillotina. O que un atentado con bomba. En estos cuadros, la bajeza moral queda expuesta para siempre de un modo irrefutable, definitivo. Es un hecho político grandioso, de una eficacia incontestable.

—Veo que te lo pasas bien en tu exilio madrileño.

—No me puedo quejar.

—Un exilio de oro, por lo que tengo entendido —frunce el ceño la policía.

—Vaya. ¿Ni siquiera un momento de distensión para dos viejos amigos?

—¿Nos sentamos? ¿Ha terminado tu visita cultural?

Matilda y Manolo regresan sobre sus pasos por el pasillo central. Bajan hasta la primera planta, donde se encuentra la cafetería del museo. Lo hacen en silencio. Cavilando cabizbajos.

Matilda se sienta en una mesa rinconera y espera a que el periodista haga la cola y regrese con un par de cafés.

Manolo Muñoz tiene ahora el semblante serio, concentrado. Se han acabado los preliminares. El periodista de investigación está acostumbrado a presionar a la gente, a llevarla al límite, a menudo sin piedad. Pero esta vez se han vuelto las tornas y es Matilda quien aprieta.

La policía no se anda por las ramas:

—La correspondencia entre el director de Las Noticias y su reportero estrella, es decir, tú, el gran Manolo Muñoz, no ofrece ninguna duda. José Llopis, Pepe para los amigos, era un corrupto. Pero el chantaje al que lo sometías tampoco te deja en muy buena posición. El dinero que has cobrado de la indemnización por tu despido improcedente apesta.

Manolo no mueve ni una pestaña.

—Sabes que esto no tiene nada que ver con el asesinato de Llopis —dice al cabo de un largo y tenso silencio.

—Todavía no lo sé.

—¿Has pensado en todo lo que yo hice por Las Noticias, el prestigio, el dinero que ganaron gracias a mis artículos, los premios, los contactos, las lamentables cenas que me tuve que tragar con don Alberto y el director porque querían información que ellos eran incapaces de conseguir, información que luego utilizaban para sus negocios, sus trapicheos?

—No es necesario que grites, Manolo. Supongo que este refugio en Zarzalejo también forma parte de to-do-lo-que-he-he-cho por tu puto diario —corta la policía.

Manolo se levanta de la mesa. Regresa con un par de whiskys con hielo.

Matilda saca el hielo de su vaso y deja que se funda en la taza del café. Se toma su whisky de un lingotazo.

—Dime, Manolo… entonces… cuando tú y yo… nosotros… ¿ya eras un corrupto, un chantajista? ¿Un mentiroso? ¿Qué queda de todo aquello en lo que creíamos?

—Entonces todavía era un periodista de investigación. Íntegro. Idealista.

—Un verso libre —ironiza asqueada la policía—. Un verso libre… ¿No es así como te presentó aquel ministro cuando te dieron no sé qué premio?

—Las cosas han cambiado estos últimos años. Tú. Yo. El periodismo. El país. Todos hemos cambiado. Hace mucho tiempo que no nos vemos, Matilda. ¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

—Lo he olvidado. Pero la última vez que follamos fue antes de que yo regresara de Sarajevo. Y mucho antes de que me largara de tu maldito diario —dice la policía cogiendo el vaso de Manolo, apurándolo de un trago.

—Siento mucho lo que te pasó en Sarajevo, Matilda.

—¿En serio? ¿Qué sabrás tú de lo que me pasó? ¿Nos vamos? Necesito fumar un pitillo. ¿Llevas tabaco? —Matilda se levanta y se dirige, decidida, hacia la salida, seguida de Manolo, que camina encorvado, servil, rebuscando en la chaqueta el paquete de tabaco.

La policía se sienta en las escaleras que suben hasta la iglesia de San Jerónimo desde la puerta del museo. Es un día laborable. Por la tarde. Así que en lo alto de la escalera no hay ninguna congregación de ricos vestidos de etiqueta casando a sus retoños. Sólo le faltaría encontrarse con los Aznar, la familia que quiso reinar.

Matilda fuma el pitillo que le alarga Manolo. Fuma en silencio. Aspirando con fuerza el humo del tabaco. Agradeciendo el subidón de nicotina que tan bien acompaña el mareo alcohólico que le nubla la cabeza. No debería fumar. Tantas cosas que ya no se repetirán, piensa apurando una última bocanada del cigarrillo.

—Empieza a refrescar —dice el periodista, que la espera de pie, nervioso, con las manos en los bolsillos.

—Si no tienes nada que decir, mejor te callas —responde Matilda con voz inaudible, levantándose a tientas y dejándose coger del brazo mientras empiezan a caminar, juntos, en silencio, en dirección al Jardín Botánico.

Suben la cuesta de Moyano.

Los libreros de viejo están recogiendo las paradas. Matilda se suelta del brazo de Manolo. Se detiene para hojear en una de las casetas donde se exponen algunos libros de la historia de España.

—¡Cinco euros! —Levanta un grueso volumen en dirección a Manolo—. ¡Cinco miserables euros, Manolo! Es tu libro sobre ETA. Quinientas páginas. ¿Cuántos años le dedicaste?

Matilda abre el monedero. Paga. Guarda el libro en el bolso junto al texto de El paso de la laguna Estigia, que ha arrancado del folleto del Museo del Prado.

—¡El libro definitivo sobre ETA, decías! Convertido en un saldo. Un quilo de papel amarilleando. Fíjate en lo que vale hoy una miserable libra de letras; menos, sin duda, que una libra de carne.

Llegan hasta la estatua de Pío Baroja, en lo alto de la cuesta. Dejan a un lado una de las entradas laterales del parque del Retiro. Caminan por la calle Alfonso XII.

—Tengo el coche aquí mismo —dice el periodista.

—Mejor el arte que la guillotina… qué capullo eres, Manolo, tan listo y tan bobo, tan encantador cuando quieres; y tan cretino.

El periodista rebusca en los bolsillos de la chaqueta, chaqueta de reportero como si todavía estuviera en la trinchera, en la primera línea.

Saca las llaves del coche.

Un enorme todoterreno negro con los cristales ahumados parpadea junto a la acera saludando a su dueño. A Matilda le recuerda los coches de los servicios secretos ingleses de las películas.

—Al menos te habrá costado veinte mil pavos… —dice apoyándose en la carrocería.

—Qué ingenua eres, Matilda. Es un Land Rover Discovery 306 caballos.

—Y te lo has comprado, claro, porque ahora vives en el campo. Lo necesitas. Las carreteras heladas, la nieve, las tormentas, los caminos embarrados… y porque te lo mereces, faltaría más. Te lo has ganado con el sudor de tu frente.

—¿Subes? ¿Ópera, has dicho? ¿Al hotel?

—Todavía no hemos hablado.

—Ahora ya sabes por qué me he retirado. Las circunstancias de mi salida de Las Noticias. Pero no creo que todo esto tenga que ver con el asesinato de Llopis. Ni que hayas venido a Madrid para hablar de la corrupción política o de mi indemnización.

—Estoy mareada, Manolo. Llévame a tu barraca, anda. Necesito tomar una ducha, necesito dormir unas horas. Las circunstancias, dices… Menudo calzonazos…

Manolo conduce por la M-30 hasta encontrar la salida de Madrid en dirección El Escorial.

El sol ha empezado a retirarse recortando la silueta de la sierra del Guadarrama. Poco a poco las luces del tablero del coche despiertan como luciérnagas futuristas en la oscuridad de la cabina. Desde que han dejado la gran ciudad, no han cruzado una sola palabra. Cuando enfilan la carretera de El Escorial, Manolo enciende el reproductor de música. Selecciona una canción. «Al alba», de Luis Eduardo Aute.

—¿Recuerdas? —dice—. A ti te gustaba mucho.

Matilda no responde.

Manolo tararea la melodía y canta algunos versos sueltos.

Matilda permanece en silencio, pero no puede evitar que la canción reviva desde el fondo de su alma como un ardor sin voz. Arder es un don, recuerda que solía decirle una buena amiga del periódico que ansiaba, sin éxito, desprenderse, volando, de su condición de crisálida.

—¿Sabías que «Al alba» es más que una canción de amor? —dice Manolo.

Matilda no se deja camelar.

Manolo insiste.

—Hay un debate sobre este asunto. Están los que dicen que sólo se trata de una canción de amor. Y los que sostienen que la dedicó a los últimos fusilados del franquismo.

Ocurrió una madrugada del mes de septiembre de 1975, recuerda

Matilda. El día 27. Ella era entonces una niña. Conoce bien los versos de Aute. «Maldito baile de muertos, / pólvora de la mañana. / Presiento que tras la noche… / vendrá la noche más larga».

Pasada la entrada del siniestro Valle de los Caídos, antes de cruzar El Escorial, la policía se fija en los destellos producidos por las luces de neón de una gasolinera abierta.

—Para el coche —ordena levantando la voz.

El periodista obedece sin rechistar.

Matilda reaparece al cabo de diez minutos. Pálida. Con el pelo recogido. La cara recién lavada.

—Tanta curva… —maldice abrochándose el cinturón.

—Ya llegamos.

Cruzan El Escorial por el arco de piedra que conduce hacia la carretera de la Cruz Verde. Manolo hace algunos comentarios acerca de la belleza de la luz del atardecer sobre las paredes de El Escorial que no obtienen respuesta. Es noche cerrada cuando atraviesan un frondoso pinar antes de entrar en Zarzalejo.

—Hemos llegado —dice Manolo, que avanza por un camino de cipreses y para el coche frente a un chalé aislado a la entrada del pueblo.

Un nervioso perro labrador se acerca corriendo para abalanzarse sobre la puerta del conductor. Manolo le acaricia el morro y le palmea el lomo tratando de retenerlo. Matilda aguarda dentro del coche hasta que el perro se calma. Una mujer joven, de pie en el marco de la puerta, saluda a los recién llegados.

—Marcela, mi asistenta; Matilda, una buena amiga —dice Manolo haciendo las presentaciones.

Marcela lleva la chaqueta puesta.

—Ya me iba —baja la voz como si se excusara.

—¿Te acompaño hasta tu casa? —pregunta Manolo.

—Prefiero caminar.

—Hasta mañana entonces —se despide Manolo invitando a entrar a la policía, que se dirige directamente a la cocina, coloca la chaqueta en el respaldo de una silla y abre la carpeta encima de la mesa.

Dos horas después, Matilda para la grabadora. Cierra el expediente de Manuel Muñoz. Se levanta.

—¿Tienes hambre? —pregunta Manolo.

—Me tomaré un whisky.

Manolo se lo sirve en un vaso. Sin hielo.

Matilda abre la puerta de la cocina y sale al porche que da al jardín. La noche es fresca. El periodista lía un porro. Lo enciende. Se lo pasa a Matilda.

—Déjame en paz —dice la subinspectora alargando el brazo para coger el porro y darle una larga calada.

—Puedes dormir en la primera habitación que encontrarás subiendo la escalera. Tiene su propio baño —se retira Manolo ofreciéndole una manta para que pueda protegerse del frío.

—Lárgate de una vez. Y deja la botella encima de la mesa, hazme el favor.

Septiembre, piensa Matilda tapándose con la manta. Estamos en septiembre como en la canción, pronto llegará el otoño… Los versos se repiten en su recuerdo como una salmodia… se apagan… «Presiento que tras la noche… / vendrá la noche más larga…».

7

La despiertan los pegajosos lametazos del perro labrador.

Matilda mira el reloj: las tres de la madrugada.

Bajo la tenue luz de la luna observa cómo el jardín se extiende salvaje en una hondonada que limita una hilera de olivos. Entre los árboles se perciben, a lo lejos, las luces del pueblo empañadas por la neblina. El aire huele a humedad y a fuego de leña.

—Ya lo ves, me he quedado dormida —saluda al animal rascándole el morro con la mano.

El perro tira de la manga del jersey y sus jadeos sin voz turban el silencio sobrecogedor de la noche.

Matilda se deja llevar hasta el interior de la cocina.

Recoge sus cosas olvidadas encima de la mesa: el teléfono, el bolso, la carpeta. Sube las escaleras iluminadas por una pequeña bombilla. Abre la puerta de la habitación, que la recibe con la cama recién hecha. Coge la toalla que encuentra doblada encima de la colcha. Espera a que el agua esté bien caliente antes de meterse debajo de la ducha. Siente cómo su cuerpo helado recupera la temperatura. Se toma su tiempo dejándose querer por el chorro hirviente que la relaja. Frota la piel con fuerza conjurando los quejidos huecos que le atormentan el alma.

Piensa: vaya un capullo.

Abre la cama. Se cubre con las confortables sábanas de hilo, el cuerpo desnudo, el pelo todavía mojado recogido en una toalla que huele a jabón de Marsella. Consulta el teléfono. Llavaneras y Matas le han dejado varios mensajes. Responde que todo ha ido bien. Que regresará a Barcelona con el primer tren de la tarde. Que los llamará por la mañana. Apaga la luz. Cierra los ojos. Trata de borrar la imagen servil, derrotada, implorante, de Manolo.

Recuerda: no había pasado ni un mes desde que trabajaba en Las Noticias. Manolo la invitó una noche al Heidelberg, la cervecería alemana de la Ronda Universitat donde a veces, después del cierre del diario, acudían los periodistas a tomar unas cervezas. Sentados a la barra, Manolo sacó de su mochila el libro del reportero polaco Ryszard Kapuściński, Los cínicos no sirven para este oficio. Lo abrió por la segunda página. «Para Matilda Serra, quien todos los días me recuerda que la búsqueda de la verdad es un oficio de riesgo… un compromiso moral para el que no sirven los cínicos».

¡El gran reportero! ¡Menudo fraude!, se desvela Matilda removiéndose en la cama. Enciende la lámpara de la mesilla de noche. Rebusca en el bolso. Saca un par de pastillas de diazepam. Deja que se

fundan bajo la lengua. Estira la sábana cubriéndose los ojos. Espera a que las pastillas surtan efecto.

Aquella noche estuvieron hablando hasta que cerraron la cervecería, sobre la una de la madrugada. Manolo trabajaba entonces en una investigación sobre los GAL, el grupo clandestino de policías y mercenarios creado por el Gobierno de Felipe González para luchar contra ETA siguiendo los mismos métodos que decían combatir. Quería leerle el artículo que iba a publicar al día siguiente y ella lo consideró como un honor. Terminaron en casa de Manolo, en Vallvidrera. Una botella de vino, unos porros… «¿Qué te ha parecido?», la pedestre pregunta de Manolo justo después de correrse, el torso desnudo, la espalda apoyada contra la cabecera de la cama, el cigarrillo encendido en la comisura de los labios… ¡Qué te ha parecido!… ¡Qué te ha parecido… ¿El qué?… ¿El artículo? ¿El polvo?… Evoca la escena Matilda… Se duerme de nuevo…, siente el peso de un cuerpo viscoso que la ahoga, los lametazos en el cuello, las babas en la cara, los ojos sin pupilas que pestañean, la boca entreabierta congelada en una sonrisa boba, la lengua que sobresale erecta, se desprende, toma vida como un gusano sobre la moqueta, avanza sin control por la habitación, rebota como una mosca ciega contra las paredes, desaparece por el agujero del enchufe chillando como una rata herida… Matilda despierta asustada, el cuerpo bañado en sudor. Aparta de un manotazo al perro, que la está lamiendo, se limpia las babas, el perro salta sobre la alfombra, gime, baja la cabeza.

—Lo siento, perrito —dice la policía alargando la mano para acariciarlo, invitándole a regresar entre las sábanas, rascándole la panza hasta que el animal se relaja, mueve la cola, la busca de nuevo con el hocico llenándola de babas.

El ruido de la cocina llega hasta la habitación desde la planta baja.

Movimiento de platos y cubiertos.

La sintonía de una radio que a Matilda le parece la cadena SER. El golpe de una puerta al cerrarse. El motor de un coche que se aleja.

La policía se toma su tiempo en el lavabo. Se acerca al espejo para observar las patas de gallo en torno a sus ojos castaños, el mentón demasiado marcado, las mejillas afiladas; se retira para mostrarse en su desnudez huesuda, el pubis salido, las piernas como dos cañas, todavía fuertes, musculadas. Se pasa la mano por la cabeza agitando el pelo, peinándolo con los dedos como si quisiera dar el volumen que le falta a su cuerpo frágil, escuálido.

Desciende la escalera. Entra en la cocina.

—¿Ha dormido bien la señora? —saluda Marcela, la asistenta, de pie delante de los fogones.

—Muy bien, gracias. Ayer, yo, lo siento… apenas nos saludamos.

—No importa. Parecía usted muy cansada.

Marcela es una hermosa mujer de mediana edad. Lleva el pelo, muy negro, recogido en una larga trenza.

—Manolo ha salido a por el pan —dice.

La radio sigue encendida. Las noticias de las nueve.

—¿La COPE? —pregunta Matilda, que reconoce la sintonía.

—El señor escucha la SER. Cuando él no está, yo prefiero la COPE.

—¿La trata bien Manolo?

—No me puedo quejar.

—¿Colombiana?

—Ecuatoriana.

Su marido, explica, trabaja en una residencia de ancianos en El Escorial. Mantenimiento. Tienen dos niños pequeños. Antes vivían en el barrio Puente de Vallecas, en Madrid, pero ahora, «gracias a Dios», han encontrado un pisito de alquiler en Zarzalejo.

—¿Usted es de Barcelona? —pregunta Marcela.

—Pues sí.

—Tengo una prima que trabaja en Barcelona.

—¿Está contenta?

—No se puede quejar. Su novio es catalán. ¿Le sirvo un café mientras espera?

Matilda se lo sirve ella misma. Con la taza en la mano se dirige a la puerta de la cocina que da al jardín.

—Si no te importa, salgo un momento para hacer unas llamadas.

El inspector jefe Matas está comunicando.

Llavaneras coge el teléfono al instante.

—¿Qué tal te tratan en Madrid? —saluda de buen humor.

—Ahora te cuento. ¿Vosotros?

Llavaneras la pone al día: esa misma mañana, hace sólo una hora, han encontrado a un indigente georgiano con la posible arma del crimen. Todavía se están haciendo las comprobaciones, pero parece ser la misma navaja que utilizaba José Llopis. Cristina, su secretaria, confirma lo que ya explicó el chófer del director. Que Llopis no encontraba aquella tarde la navaja y que tuvo que mandar a Ruiz a comprar unas cuchillas de afeitar. La navaja, de la marca Taylor, la tenía el georgiano, uno de los sintecho que duermen en los jardines de Sant Pau del Camp, en el barrio del Raval. Estaba a punto de degollar a uno de sus compatriotas durante una pelea cuando intervino la policía municipal. La secretaria de Llopis dice que el director tenía una navaja de la misma marca y que, al parecer, se la regaló el propio don Alberto. El indigente está declarando. Dice que la encontró hurgando en un contenedor del Paral·lel hace unos días. Los del laboratorio están analizando los restos de sangre aparecidos en las juntas de la empuñadura de la navaja.

—Si el asesino se hirió mientras la manejaba, igual tenemos suerte…

—Hay más novedades. Ha llegado a la comisaría una carta con un único texto y una cruz: «José Llopis tampoco consiguió asistir al tercer acto de Guillermo Tell».

»La carta va dirigida a ti.

—¿Personalmente?

—Con nombre y apellidos.

—Qué extraño.

—Tomás se ha puesto manos a la obra. Guillermo Tell es la ópera que se representaba en el Liceu el día que mataron a Llopis. Lo interesante es que el 7 de noviembre de 1893 hubo en el Liceu un sangriento atentado anarquista. También se inauguraba la temporada. Durante el segundo acto, justo en el momento en que Guillermo Tell jura liberar a su país de la opresión, el anarquista Santiago Salvador lanzó dos bombas sobre la platea desde el quinto piso, el llamado gallinero. Murieron veinte personas, entre ellas una niña de catorce años.

—Eso refuerza la hipótesis de un asesino con motivaciones políticas…

—Es precisamente lo que ha dicho Álvarez en la reunión de esta mañana.

—¿Álvarez asiste a las reuniones?

—Se ha presentado sin más.

—¿Y qué dice exactamente el Gran Director General?

—Que Guillermo Tell era un patriota que luchaba para liberar a su país de la ocupación austríaca, que Suiza es un modelo político del que deberíamos tomar ejemplo los españoles.

—«La internacional», Maciste, y ahora un anarquista… por cierto, ¿qué sabemos de Maciste?

—Tomás está en ello. De momento no hay resultados.

—Aquella noche, Llopis llegaba tarde al Liceu —frunce el ceño Matilda.

—Así es. Si no hubiera desaparecido en la calle Tallers habría llegado justo cuando empezaba el segundo acto.

—Como en la bomba de 1893.

—Exactamente. «José Llopis tampoco consiguió asistir al tercer acto de Guillermo Tell».

—¿Y la carta? ¿Llegó por correo?

—Con un matasellos de Barcelona. La echaron en un buzón del centro de la ciudad. Escrita con letras recortadas de Las Noticias pegadas sobre una hoja blanca. La cruz está sacada de la página de las necrológicas del propio diario.

—¿Y el sobre?

—Escrito a mano. Con una caligrafía infantil.

—¿Nada más?

—¿A qué hora llegas?

—A media tarde.

—Pasaré a buscarte por Sants. ¿Tú qué tal?

—Manolo Muñoz sabe muchas cosas de la vida interna de la redacción. Pero no creo que tenga nada que ver con la muerte de Llopis. También sabe muchas cosas sobre el Caso Andorra.

—¿Llopis está metido en el Caso Andorra?

—Hasta el cuello.

—¿Por eso lo chantajeaba Muñoz?

—Es lo que parece.

—¿Muñoz también está metido?

—Muñoz se aprovechó de la información que tenía. Pero el despido fue acordado. Y su indemnización es legal. Aunque sea indecente.

—¿Me dices a qué hora llega tu tren?

—Te mando un mensaje cuando salga de Atocha. Ahora tengo que dejarte —cuelga la policía, que oye el motor del coche entrando en la finca, la puerta que se cierra, la voz de Muñoz en la cocina hablando con la asistenta.

—¡Masa madre! —saluda Manolo con una radiante sonrisa, sosteniendo una bolsa de papel de la que sobresale un enorme pan redondo—. ¿Has dormido bien?

Matilda desvía la mirada.

La asistenta coge el pan y lo coloca encima de la mesa, junto a los tomates, el aceite, unos chorizos, jamón ibérico, queso manchego y una jarra de zumo de naranja.

—Sólo tomaré otro café —dice Matilda dirigiéndose a la asistenta —. ¿Nos vamos, Manolo?

—¿No desayunas? Te puedo llevar hasta Madrid en coche, así ganas tiempo.

—Acércame a El Escorial. A la estación de tren.

La subinspectora recoge la chaqueta, apura el segundo café, abre la puerta del jardín, se despide de la asistenta con un gesto de la mano.

—Gracias, Marcela.

El coche está aparcado en el jardín.

Pasan algunos minutos antes de que Manolo salga de la casa.

—Eso es para ti —dice entregándole una gruesa carpeta—. Lo prometido es deuda —añade de malhumor, sin disimular el cabreo.

—¿El Caso Andorra?

—Alucinarás.

Enfilan la carretera hasta la cuesta de la Cruz Verde. Antes de

llegar a El Escorial, Manolo pone la radio. La cadena SER.

—Tu asistenta prefiere escuchar la COPE —sale de su mutismo Matilda.

—¿Ah, sí? ¿Qué más te ha contado?

—Nada más.

—Ya sabes, los latinoamericanos… pueden ser gente muy conservadora, muy religiosa.

—Y tú, claro, eres un progresista, un tipo de izquierdas. Con una finca en el campo, un Land Rover ¿Discovery 306 caballos me dijiste? Y una asistenta de derechas que cree en Dios y en la familia. Pobrecito. Qué cosas tan raras, la vida.

Manolo contrae la mandíbula. Aprieta el volante con fuerza. Acelera.

—No es necesario que tengamos un accidente —protesta la subinspectora.

—Matilda, yo…

—Déjalo.

Manolo aparca en doble fila frente a la estación de tren.

—Quisiera decirte algo antes de que te vayas. Después de todo lo que hemos compartido no me gustaría que…

La subinspectora desabrocha el cinturón de seguridad, sale del coche, cierra la puerta de un portazo.

—¡Espera! —grita Manolo bajando el cristal de la ventana del copiloto.

—Dime —se gira contrariada la subinspectora.

—Joder, Matilda, esta gente está forrada, son unos cabrones, unos corruptos ¡no me iban a echar a la calle de rositas!

—¿Sabes? —dice Matilda—. Tenía la esperanza de que todavía te quedaba algo de decencia y te ibas a ahorrar este comentario. ¡Que te den, Manolo! —se aleja la policía dándole la espalda, tragándose la rabia y las lágrimas camino del túnel de la entrada de la estación.

La habitación del hotel sigue tal como la ha dejado el día anterior antes de ir al Museo del Prado. El ordenador cerrado encima de la mesa. La bolsa sin abrir. La cama sin usar. Las toallas impolutas colocadas cuidadosamente en la repisa del lavabo.

Matilda se cambia de ropa. Abre el ordenador y compra un billete para Barcelona. Manda un mensaje a Llavaneras avisándole que llegará a la estación de Sants sobre las cinco y media de la tarde. En su correo electrónico encuentra los últimos informes sobre los textos del ordenador de Llopis que se han ido clasificando en la unidad y los informes sobre las primeras entrevistas hechas a los trabajadores de Las Noticias.

Tendrá tiempo de leerlos en el tren.

Atocha queda a no más de una hora caminando. Decide dejar el hotel y dar un largo paseo. Compra algunos diarios en un quiosco de la calle Toledo y se sienta a leer en el bar Pan Adoré de la plaza el Cascorro, donde le sirven un par de cruasanes rebosantes de mantequilla, café y zumo de naranja natural.

Se entretiene leyendo durante casi una hora, sentada a una de las mesas soleadas que dan a la calle. A su lado, un grupo de mujeres de mediana edad conversan en inglés con una profesora nativa. Da gusto ver lo bien que se lo pasan. Sus risas desinhibidas. Su intimidad cómplice de mujeres entre mujeres.

El camarero, un francés, quizás el propietario, se acerca para cobrar.

—¿Tú? —pregunta Matilda señalando la foto colgada en la pared donde se ve a un hombre subido en una bicicleta que se protege la cara con una máscara en medio de un horizonte helado.

—Un amigo —sonríe—. Durante un viaje al mar de sal de Potosí, en el altiplano boliviano.

—Parece hielo.

—Lo parece. Pero no lo es. Y allí está mi bici —señala una bicicleta colgada en el estrecho pasillo que lleva hasta los lavabos.

La policía paga su consumición. Se despide del francés. La risa alegre de las mujeres la acompaña, atenuándose a su espalda, mientras cruza la plaza en dirección a la calle Embajadores. En la acera del teatro Pavón, una pareja anciana de gitanos, muy elegantes, él con su bastón de empuñadura de oro, sombrero negro de ala ancha, ella con una flor roja en la pechera, el pelo ensortijado, descansan sentados en el poyete del bar aprovechando el sol de la mañana.

Al llegar al cruce con Fray Ceferino González, la calle de los

pajaritos, la sorprende un mural gigante en la pared que representa a un mantero cargando en la espalda un enorme fardo de ropa. Matilda se detiene para observar de cerca el nombre que hay escrito debajo de la pintada.

—Mbaye —dice a su lado un muchacho joven.

—Es bonito.

—Asesinado por la Policía. Vivía justo aquí al lado, en la calle del Oso. La misma calle donde nació Ana Belén.

—¿Lo conocías? —se interesa Matilda.

El muchacho responde que no lo conocía directamente.

—¿Por qué dices que lo mató la Policía?

—Eso aseguran los senegaleses del barrio. Y yo me lo creo.

—¿Te fías más de los manteros que de la palabra de la Policía?

—¿Tú no?

—¿Qué ocurrió? —elude la pregunta Matilda.

—Mbaye era un mantero. Tenía treinta y cinco años. Llevaba doce viviendo en España. El día de su muerte estuvo vendiendo en la Puerta del Sol con sus compañeros. Hasta que llegó la Policía para echarlos. Tuvo la mala suerte de cruzarse con Vamos a Jugar.

—¿Vamos a Jugar?

—Un municipal. Le gusta perseguir a los manteros con su moto. Por eso se lo conoce por este mote. Dice «vamos a jugar» y te persigue con la moto. Mbaye tenía un problema cardíaco. El policía lo estuvo acosando, obligándolo a correr. Cayó en redondo junto al portal de su casa. Murió de un infarto masivo antes de que llegara la ambulancia. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

—Bueno, ese acento… que conste que no tengo nada en contra de los catalanes, ¿eh? ¿Te apetece tomar algo? Yo iba al Baobab; es un bar senegalés que está en la plaza Nelson Mandela.

—Otro día será —se despide Matilda siguiendo calle Embajadores abajo hasta llegar a la plaza de Lavapiés después de zigzaguear a través de callejuelas donde abundan los locutorios y las tiendas de telefonía móvil.

Aquí, en uno de estos comercios, es donde se vendieron los teléfonos que accionaron los explosivos de la matanza del 11-M, recuerda haber leído. Desde entonces los vendedores de droga marroquíes, acosados por la Policía, fueron perdiendo el control del territorio en favor de los subsaharianos.

En la pared de un gran supermercado situado justo delante del teatro Valle-Inclán, alguien ha pintado con letras moradas: «Machista muerto, abono para mi huerto». Matilda pasa de largo y no es hasta llegar a la calle Argumosa cuando, alertada por una premonición imprecisa, decide retroceder sobre sus pasos y regresar hasta la

pintada.

Marca el teléfono de Tomás.

—¿Tienes delante las fotos de los cortes en el cuerpo de Llopis? —pregunta de sopetón sin darle tiempo a saludarla.

—Aquí las tengo. Colgadas en la pared de la unidad.

—Fíjate en la escritura del estómago. Prueba con esto: «Machista muerto, abono para mi huerto».

Tomás le dice que espere un momento. Que la llama en unos minutos. Matilda mantiene la línea abierta, sin colgar.

—¿Subinspectora? —la apremia la voz de Tomás tras un largo silencio—. Pues te digo que no es ninguna tontería. De hecho, estos cortes en el estómago son una chapuza, están hechos de cualquier manera. Pero podría coincidir. «Maciste» por «Machista». «Huerto», tal como lo desciframos y, luego, entre estas dos palabras hay otros cuatro garabatos indescifrables; pero sí, podría ser lo que dices. ¿De dónde lo has sacado, cómo se te ha ocurrido, subinspectora?

—De la pizarra del barrio.

—¿La pizarra?

—Lo hablamos esta tarde, Tomás. Pero si es lo que parece, a nuestro asesino sólo le falta pertenecer a una asociación para la defensa del oso del Pirineo. Gracias, Tomás —cuelga el teléfono la policía.

Todavía le queda tiempo antes de la salida del tren.

Decide sentarse frente a la estación, en la terraza del bar El Brillante que da al Museo Reina Sofía, donde la tradición dice que se sirven los mejores bocadillos de calamares de Madrid.

Pide también una cerveza. El Águila. Cerveza sin filtrar, como en Sarajevo.

Suena el teléfono.

—¿Comisario?

—Me lo ha dicho Tomás, lo de la pintada —oye con dificultad la voz de Nadal en medio del griterío del bar.

—Ha sido un golpe de suerte.

—¿Suerte? ¡Este tío está como una chota!

—O esta tía… quién sabe.

—Llavaneras te habrá contado lo de la carta. A tu nombre.

—¿Crees que el asesino me conoce? ¿Que hay algo personal?

—No me gusta nada, Matilda. Vete con cuidado. ¿Cuándo llegas a Barcelona?

—A media tarde.

—Te veo en la comisaría.

—Allí estaré —cuelga Matilda hincando el diente al bocadillo para saborear la textura pastosa del pan, el aceite y el calamar fundiéndose

en la boca.

En la cola de embarque del AVE, la subinspectora coincide con la pareja del viaje de ida. Se los ve cansados. Serios. Distantes. Cada uno hablando con su móvil. Matilda baja la cabeza para que no la reconozcan. Quizás, conjetura, no hayan conseguido echar al bicho de su nicho de negocio. Quizás ni siquiera hayan echado el polvo con el que fantaseaban. Y si lo han hecho, ya se están arrepintiendo. La ley de la oferta y la demanda tiene su penitencia. Cuando el valor es el precio, discurre la policía, nunca se consigue colmar el deseo. Ni en los negocios, ni en la cama.

Matilda está tentada de acercarse hasta la mujer para decirle lo que piensa, pero sabe que también ella tiene sus propias miserias. Y que si el hombre que acompaña a la mujer no ha estado a la altura de las expectativas, y Pol debe de ser un plasta de mucho cuidado, la compañía de la iguana Chiquita tampoco es para tirar cohetes.

Sentada en el tren, deja para más tarde los mensajes de Llavaneras y se sumerge en el Caso Andorra.

Nada de lo que lee la sorprende. Ni la trama de financiación irregular del partido del Gobierno catalán, ni el enriquecimiento personal de políticos y empresarios, el tráfico de influencias o el blanqueo de dinero y la fuga de capitales. La documentación que maneja Manolo es la constatación de un olor que apesta desde hace años en la sociedad catalana. A diferencia de lo que dice la rumorología popular, sin embargo, Manolo Muñoz tiene pruebas.

Su investigación —lee las notas del periodista— empieza en un jet privado fletado por un conocido empresario de la construcción, Martín Pedrosa Giménez. Se jugaba en Roma la final de la Champions en la que el F. C. Barcelona disputaba el título al Manchester United. A bordo del avión viajaban como invitados dos consellers de la Generalitat —nada más y nada menos que el de Economía y el de Presidencia—, el director de Las Noticias, José Llopis, el hijo mayor de Alberto Villabona con su novia y algunos amigos. La fuente de la que tira del hilo Manolo es uno de los escoltas del conseller de Presidencia. Según le sopló el escolta, durante el viaje de regreso —muy bien regado con champán francés y unos canapés servidos por la tienda gastronómica Semon— se habló de la futura construcción de una serie de parques eólicos repartidos por toda Cataluña, así como del proyecto de levantar una gran superficie comercial en unos terrenos municipales de Badalona.

Unas semanas después del viaje, el empresario ganó el concurso público para la construcción de los parques. Muñoz sólo tuvo que sumar dos más dos y empezar a encajar las piezas, rebuscar entre sus fuentes, encontrar testigos dispuestos a largar. Su mejor garganta profunda —como no podía ser de otra manera, piensa Matilda— es

una mujer a la que Manolo identifica con sus iniciales M. F. Fue ella quien contactó por iniciativa propia con el periodista citándolo a la hora del vermut en la terraza del Bauma, el bar de la esquina de Roger de Llúria con la Diagonal. Cuando Manolo llegó a la cita, la mujer estaba tomando su segundo dry martini. Dijo que podía ayudarlo en su investigación, pero puso una condición: sería ella quien dictara las normas. El periodista le irá contando lo que sabe, lo que descubre, y ella le dirá si va —o no—, por buen camino. Nada más.

Manolo grabó aquella cita con un micrófono escondido.

La transcripción completa está grapada junto con las notas de aquel primer encuentro. La conversación final de la entrevista descubre a un Manolo en estado puro, el reportero agresivo que conoció en otros tiempos.

Manolo: ¿Por qué has acudido a mí?

M. F.: Porque conozco tu trabajo. Hace años que sigo tus artículos.

M: Entonces sabrás que no me vendo a nadie.

M. F.: Todos tenemos un precio.

M: ¿Todos?

M. F.: No me refería sólo al dinero.

M: Creo que no te estoy entendiendo.

M. F.: Me entiendes perfectamente. El poder, la vanidad, la venganza, eros y tánatos… ¿tú a qué grupo perteneces?

M: A mí me pagan por escribir la verdad. Y soy de los que creen en mi trabajo.

M. F.: ¡La verdad por encima de todo! Suena bonito. ¿A don Alberto le gusta la verdad?

M: ¿Conoces a Villabona?

M. F.: Mis jefes no lo tienen por un extraño.

M: ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

M. F.: No lo sabes.

M: ¿Por qué lo haces?

M. F.: Tú quieres información. Yo tengo información. A lo mejor te conviene aprovecharlo.

M: ¿Cómo sé que manejas realmente la información a la que dices tener acceso?

—Échale un vistazo a esto. Y por favor, paga los martini —dice la mujer rubia tendiéndole un sobre, al tiempo que se levanta y da por terminada la entrevista.

«Esto» es un sobre grapado. Contiene dos fotocopias que demuestran la doble facturación de una pequeña reforma hecha en la sede central del partido por la empresa Pedrosa y Giménez. El tres por ciento de la factura oficial coincide exactamente con la cantidad que

figura en la otra fotocopia, la de una hoja escrita a mano, donde al lado de las iniciales del empresario se reseña el dinero ingresado durante las mismas fechas.

A través del cristal empañado del tren de alta velocidad, los Monegros parecen un aguafuerte de un paisaje lunar. La policía siente como la embarga el cansancio de una noche sin apenas dormir. Cierra los ojos. ¿Quién será, se pregunta, la persona que ha mandado la carta a su nombre? ¿Alguien de dentro de Las Noticias? ¿Alguien que quiere jugar con ella, guiarla, acaso, en la investigación?

Matilda se despierta cuando el tren cruza Tarragona.

Apenas le queda tiempo para echar un vistazo a los informes que le han mandado desde la unidad. Repasa mentalmente lo que le ha explicado Muñoz sobre las interioridades de Las Noticias, los cotilleos, los malos rollos. Habrá que establecer relaciones. Ordenar las prioridades. Se pregunta si Manolo Muñoz sabe más de lo que dice. Si existe una relación entre el Caso Andorra, el director del diario, el maltrato laboral, los despidos y un asesino que ambiciona un protagonismo que trasciende la venganza; quizás algún tipo de reconocimiento o desagravio.

Llavaneras, puntual como siempre, la espera a la salida de la estación, donde tiene aparcado el coche camuflado en la zona de los taxis.

—Bienvenida, subinspectora —dice servicial, abriendo la puerta del copiloto—. ¿Qué tal por la Villa y Corte?

—Había una hermosa luz de otoño.

—Ya. Pero no tienen mar.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Llavaneras? ¡Que Madrid no tiene mar!

—Era una broma.

—Broma de paleto acorde con la mediocridad de los tiempos que corren. Venga, hazme un resumen de las novedades antes de llegar a la comisaría porque en el tren no he tenido tiempo de leer los correos.

—Ninguna novedad que ya no sepas —dice Llavaneras con expresión ofendida.

Es su último comentario hasta llegar a la comisaría.

9

Matilda saluda con un leve gesto de la cabeza y se sienta discretamente junto a Tomás. Sólo faltaban ella y Llavaneras para poder empezar.

El comisario Nadal dirige la reunión. Presenta al subinspector Joan Comellas, de Delitos Económicos, y a la policía Rosa Pascual, de información.

—Ya os conocéis, supongo. Comellas y Pascual se incorporan a la investigación para reforzar la unidad —dice el comisario antes de pasar la palabra al inspector Matas.

Encima de la gran mesa de la sala de reuniones alguien ha colocado una caja de galletas Birba. Matilda alarga la mano para coger un par y mojarlas en el café aguado que se ha servido en la máquina del pasillo.

Matas se levanta para situarse, de pie, frente a la pared de cristal donde la foto de José Llopis destaca pegada en el centro de una constelación de nombres, lugares y fechas.

La novedad más destacable es el arma del crimen. Están a la espera de las pruebas del laboratorio para confirmarlo, apunta el inspector, pero es casi seguro que la navaja hallada en manos de un indigente georgiano sea la misma que falta del despacho del director. El georgiano afirma que la encontró en un contenedor de basuras del Paral·lel y, de momento, dice Matas, nada indica lo contrario. La navaja es la pista más sólida de la que se dispone, de manera que habrá que volver a interrogar a Cristina, la secretaria, y hacer la lista completa de las personas que entraron en el despacho de Llopis días antes del crimen, así como del personal de seguridad, mantenimiento, limpieza y todos aquellos que puedan tener acceso al despacho fuera del horario laboral.

—Quien haya sustraído la navaja se convierte a partir de este momento en nuestro principal sospechoso —sentencia el inspector.

La segunda novedad tiene que ver con el teléfono del director, dice Matas cediendo la palabra a Tomás.

—En el ordenador de la víctima —se levanta el policía en prácticas —, hemos encontrado información sobre una aplicación de contactos llamada Coming. La hipótesis en la que trabajamos es que Llopis la utilizara en su móvil. Y que acudiera a la cita con el asesino guiándose por esta aplicación. A pesar de que sigue sin aparecer el teléfono, éste fue geolocalizado por última vez en los apartamentos Drassanes, justamente veinte minutos después de salir del coche y perderse por la calle Tallers. Esta aplicación de contactos, Coming —continúa Tomás

—, funciona con un localizador. La persona con la que has quedado te va guiando. Sólo tienes que seguir la señal en tu teléfono hasta llegar a la cita. Desgraciadamente, el teléfono del posible asesino debió de utilizar una tarjeta de prepago que dejó de funcionar a la misma hora que el de la víctima. El historial de llamadas de Llopis indica que aquel teléfono lo llamó una sola vez, justo cuando viajaba en el coche al salir del diario. Luego lo guio hasta la cita y se apagó.

—¿Una única llamada? —se extraña el subinspector Joan Comellas.

—Así es —interviene Matas—. Aunque pensamos que quien la hizo no era la primera vez que hablaba con Llopis. Cuesta creer que la víctima acudiera a la cita con un desconocido, justamente cuando iba a encontrarse con el mismísimo rey de España y las principales autoridades catalanas.

—No encaja con el perfil de la víctima, desde luego —sonríe Llavaneras provocando un runrún de comentarios maliciosos entre los policías que el comisario ataja con un seco gesto de la mano.

—¿Coming es una aplicación de citas sexuales? —pregunta Rosa Pascual dirigiéndose a Tomás.

—Su especialidad es la inmediatez. Pongamos que estás bailando en una discoteca y quieres un encuentro allí mismo. La aplicación te llevará hasta la persona contactada como si te guiara un GPS. Cuando estés a su lado, los teléfonos emiten una señal. Se reconocen entre ellos antes que las personas, por decirlo de alguna manera.

—Como perros en celo que se husmean… —comenta Matilda, la voz apenas audible, alargando la mano hacia la caja de galletas, hurgando para encontrar su preferida.

—¿Se han investigado las llamadas telefónicas desde los apartamentos Drassanes aquella misma noche? —insiste Comellas.

—Lo estamos haciendo.

—El asesino podría tener otro teléfono. El teléfono propio. Llamar a alguien mientras esperaba. O hacerlo después. Y si conocía a Llopis, quizás haya alguna llamada registrada durante los días anteriores al crimen. Una llamada que coincida con los números que se activaron aquella noche desde los apartamentos.

—Gracias, Comellas. Parece una buena idea. Hablaré con los informáticos para que las rastreen.

El comisario Nadal mira su reloj de pulsera y hace un gesto al inspector para que pase a otro tema.

—Lo siguiente —dice Matas señalando a la subinspectora Matilda Serra— nos lleva hasta Madrid; tenemos una pintada, en una pared, una pintada feminista…

—El texto no es nada original —interviene Tomás—. Lo he buscado en Internet y aparece como una de las tantas consignas que

los movimientos feministas proponen para escribir en las pancartas del ocho de marzo, el día de la mujer.

—Lo que nos hace pensar que el asesino —prosigue el inspector—, suponiendo que quien escribió todos estos mensajes en el cuerpo de Llopis sea su asesino, el supuesto asesino, pues, saca sus ideas de aquí y de allá. ¿No es eso lo que piensas, Matilda, lo que le has dicho al comisario desde Madrid?

—También hemos hablado de que el asesino no tiene por qué ser un hombre.

—¿Una mujer? ¿Te parece plausible?

—Perfectamente. O un hombre y una mujer. O dos mujeres. Y, por qué no, dos hombres. Lo único que sabemos es que no sabemos nada.

Matas frunce el ceño preocupado.

Los policías de la unidad discuten entre ellos lo que acaba de decir Matilda.

El comisario Nadal consulta de nuevo el reloj.

—Nos queda la carta a nombre de Matilda —dice mirando de reojo al inspector Matas.

Tomás proyecta el texto de la carta en la pantalla:

«José Llopis tampoco consiguió asistir al tercer acto de Guillermo Tell».

—A tu nombre, Matilda… —dice Nadal.

—La frase nos recuerda, como ya lo comentamos —interviene Tomás—, el atentado anarquista de 1893 que desencadenó una ola de violencia y asesinatos entre las bandas de pistoleros de la patronal, la Policía y los sindicalistas.

Justo en aquel momento, la figura enhiesta, envarada, de Miquel Álvarez entra en la sala.

—Director… estábamos hablando de la carta. Del atentado del Liceu.

—Guillermo Tell. Interesante analogía. Una pieza patriótica —apunta el director general—. ¿Nos perdonan? Tenemos al conseller de visita. Con todo este revuelo, ya se sabe… —se despide llevándose del brazo al comisario en jefe.

Matas regresa a la carta dirigida a la subinspectora. Todos están de acuerdo en que quien la haya escrito busca una interlocución personal con Matilda. Quizás la conozca. Quizás sea alguien de dentro del diario, aunque no tiene por qué ser el mismo asesino. ¿Es una casualidad que las letras de la carta estén recortadas de una hoja de Las Noticias?, se preguntan los policías.

—De las necrológicas.

—Quizás sea pura casualidad…

—Nada es casual hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido con Muñoz? —pregunta Matas cortando

la digresión, dirigiéndose a Matilda.

—Muñoz estaba echando una partida de mus en un bar del pueblo de la sierra de Madrid a la hora en que mataron al director. Mañana tendrás el informe completo de la entrevista. De momento aquí te adelanto esto —dice tendiéndole la carpeta del Caso Andorra—. Quizás deberías echarle un vistazo y pasarlo a Delitos Económicos. Es pura dinamita política.

—¿Puedes hacernos un resumen? —la apremia Matas.

—Muñoz hacía chantaje a Llopis porque conocía sus tejemanejes con los implicados del Caso Andorra.

—¿Sugieres que puede haber alguna relación entre el Caso Andorra y la muerte de Llopis?

—¿Por qué no?

—¿Qué más sabe Muñoz del Caso Andorra?

—Lo tienes en la carpeta: encontrarás pruebas suficientes para vincular al constructor Martín Pedrosa Giménez con la financiación irregular del partido del Gobierno. Y para llevar a la fiscalía a un par de consellers con las esposas puestas.

Matas le entrega la carpeta a Comellas.

—Hazte una copia y me la devuelves —dice—. Quiero que lo estudies bien. Y hasta que yo no lo haya leído, este informe no sale de la unidad. ¿Queda claro?

El inspector reparte a continuación las transcripciones de las entrevistas que ya se han hecho a los trabajadores de Las Noticias para que todo el mundo las tenga y distribuye el trabajo para el día siguiente. Matilda se ofrece para visitar a la secretaria de Llopis. El inspector sugiere que la acompañe Rosa. Las dos policías quedan a las ocho de la mañana en la comisaría.

—¿Te llevo a casa, subinspectora? —pregunta Llavaneras en la puerta de la comisaría—. Tengo el coche aquí mismo y tú debes de estar cansada del viaje.

—Prefiero caminar, gracias —se despide Matilda.

—Vete con cuidado, vigila a tus espaldas —la advierte el policía con un gesto de preocupación.

El viento húmedo del mar sopla Ramblas arriba agitando los plátanos, que se desprenden de sus hojas secas haciéndolas revolotear por las aceras. La policía se protege los ojos y la boca con un pañuelo. Desciende hacia Colón por el paseo central hasta llegar a la calle Sant Pau. Siente el cansancio de la jornada y sabe que debería ir directamente a su casa, tomar algo caliente, ducharse, acostarse pronto; dormir. Pero cuando llega a la altura del hotel Fonda Espanya, en vez de continuar hasta la rambla del Raval decide callejear en dirección a la calle Arc del Teatre para tomarse una copa en el bar

Kentucky.

—Tienes mala cara —le dice el camarero, que la conoce de vista.

—Un whisky. Jameson. Sin hielo, porfa —contesta la policía sentándose en uno de los taburetes de la larga barra que cruza el local de punta a punta.

—¿Todo bien? —pregunta el camarero mientras le llena generosamente el vaso.

—Sin más —responde Matilda desabrida.

El camarero se retira para servir a un cliente que le reclama desde el fondo de la barra.

La policía bebe en silencio.

Pide un segundo whisky.

Repasa mentalmente su viaje a Madrid. La conversación con Manolo Muñoz. Hay algo que se le escapa, pero no sabe dónde buscarlo. ¿Qué motivo tiene el periodista para pasarle la investigación sobre el Caso Andorra? ¿No es suficiente con reconocer que estaba chantajeando a Llopis y se había cobrado lo que consideraba merecer? ¿Por qué, en una investigación sobre un asesinato, Manolo le ofrece un caso de corrupción? ¿Puede ser que la quiera ayudar, sugiriendo una posible relación entre ambas cosas? ¿O que, por el contrario, la esté mareando con una pista falsa? Matilda se propone escuchar entera la grabación de la conversación que tuvo con Manolo en la cocina de Zarzalejo. Hay demasiadas cosas que se interponen entre ella y esta investigación, piensa desanimada. Su antiguo diario. El director. Manolo. Y ahora esta carta dirigida a su nombre. Es como si la muerte de Llopis fuera una pieza de teatro en la que ella misma tiene asignado su propio papel. Un horrible juego del destino que la mantiene atada a su pasado.

—¿Tomando una copa?

Matilda mira el reloj.

Lleva dos horas en el local. Pide otro whisky.

—¿Te molesto?

El chico que se sienta a su lado no debe de tener más de veinticinco años. Una sonrisa blanca sobresale en una cara aniñada de piel olivácea.

—¿Fumas? —dice pasándole el porro que acababa de encender.

Matilda aspira una larga bocanada.

—Buena hierba, ¿no? —sonríe el muchacho—. ¿Puedo tomar algo?

La policía hace una señal al camarero.

—Un gin-tonic, con mucho hielo —dice el muchacho acomodándose en el taburete.

El despertador suena a las siete de la mañana en punto. La subcomisaria se levanta desorientada. Tarda unos segundos en darse cuenta de que se encuentra en su propia cama. Extiende la mano entre

las sábanas para comprobar que está sola. ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera recuerda si llegó a preguntárselo. Algunas imágenes incompletas de la última noche empiezan a tomar forma en medio de la bruma espesa de su memoria, pero no es lo que recuerda vagamente lo que le provoca un doloroso malestar, mezcla de culpa y de derrota, sino lo que se le escapa por completo.

Observa su ropa tirada en el suelo de cualquier manera, el desorden de la sala, el cenicero lleno, las copas a medio vaciar. Con un gesto instintivo que la avergüenza, alarga el brazo hacia la mesilla de noche para rebuscar en el bolso. No falta nada, ni las tarjetas de crédito, ni el carné de policía, ni el teléfono móvil.

Se levanta de la cama, camina hasta la cocina. Chiquita duerme tranquila en su jaula. La subinspectora coge un trozo de apio de la fuente donde guarda la fruta y lo introduce a través de las rejas. Abre el grifo de la cocina. Bebe a morro dejando que el agua le chorree cuello abajo. Pone la radio, pero la apaga al instante. Los editoriales radiofónicos parece que los escriba un cura y hoy no está para homilías. Entra en la ducha. Deja que el jabón y el agua la limpien de los olores ajenos. A medida que se le despeja la cabeza y recupera su propia piel, siente cómo la invade una gran tristeza. Todavía mojada, abre el armario del lavabo. Coge dos aspirinas y una pastilla de la caja de diazepam que esconde como reserva entre los botes y tubos de cremas hidratantes. Abre el grifo y se las traga.

Cuando cierra la puerta del portal a sus espaldas son las ocho de la mañana. Camina hasta la parada de taxis de la rambla del Raval. Le quedan treinta minutos antes de su cita con Rosa. Tiempo de sobra para tomarse un café doble en el bar que hay enfrente de la comisaría.

La policía Rosa Pascual está sentada, en la sala vacía de la unidad, reclinada sobre la mesa que se le ha asignado mientras dure la investigación.

«Fresca como una rosa», la observa Matilda a través del cristal.

—Veo que has madrugado —saluda sin quitarse la chaqueta.

Rosa Pascual aparta a un lado los papeles que está leyendo. Levanta la vista.

—Soy de primera hora de la mañana —sonríe—. Es cuando tengo la cabeza más despejada. Estaba repasando las declaraciones de Cristina López, la secretaria.

—¿Y?

—Es evidente que el asesino tuvo que entrar en el despacho de Llopis en algún momento para hacerse con la navaja.

—¿Por qué el asesino?

—Bueno, la navaja es el arma del crimen, ¿no?

—Pero podía haberla robado alguien y olvidarla en el autobús, tirarla a la papelera, vendérsela al asesino —contesta Matilda de malas maneras.

—¿Te pasa algo? —pregunta Rosa, insegura.

—Perdona, he tenido una mala noche. ¿Nos vamos?

Rosa recoge los papeles. Apaga la lámpara de mesa.

—No me hagas caso —dice Matilda—. Cosas mías. Te invito a un café y así preparamos la entrevista con la secretaria. Lo siento de veras. —La coge del brazo mientras avanzan hacia la salida de la comisaría.

Deciden ir caminando hasta la ronda Sant Antoni, donde se encuentra la sede de Las Noticias.

—Espera un momento —dice Rosa acercándose al aparcamiento de bicicletas para asegurar la suya con doble candado.

—¿Te desplazas con esto por Barcelona? —pregunta Matilda.

—Me encanta hacerlo.

—Ya veo.

—Es una Ortler. Holandesa. Funciona como un reloj.

La subinspectora examina primero la bicicleta y luego a Rosa; su rostro enjuto de deportista, el pelo recogido en una larga cola, la silueta estilizada bajo una ropa informal que se adapta como un guante a su cuerpo juvenil. Matilda endereza los hombros, corrige la inclinación de la espalda, saca pecho. «La próxima semana empiezo con el yoga», se propone.

Caminan en silencio hasta llegar al bar Estudiantil, en la plaza

Universitat.

Matilda pide un café doble. Rosa un zumo de naranja y un bocadillo de pan integral con jamón dulce.

—¿Lo quiere con tomate? —pregunta el camarero.

—Sólo con un poco de aceite. El cortado me lo trae, sisplau, cuando termine el bocadillo.

—¿El cortado lo tomarás de sobre, descafeinado y con sacarina? —sonríe Matilda.

Rosa le devuelve la sonrisa.

Las dos policías apenas se conocen de vista. Es la primera vez que trabajan juntas.

Un hombre de mediana edad, vestido con una americana deslustrada, vacía sus bolsillos en la máquina tragaperras. Las monedas desaparecen al ritmo de la música metálica de tiovivo caníbal.

—¿Sabes cuál es la primera fortuna de Cataluña? —pregunta la subinspectora.

Rosa la mira expectante. Mastica lentamente, triturando a conciencia cada bocado antes de tragarlo.

—Los hermanos Lao. Los dueños de estas tragaperras —señala hacia la máquina Matilda.

—¿Lao?

—Andaluces. De un pueblito de Almería. Unos tipos listos. Llegaron como emigrantes, con una mano delante y otra detrás, y empezaron trabajando en un bar de Terrassa, donde además de bocadillos de tortilla, vendían boletos de una rifa ilegal que inventaron ellos mismos. Hoy figuran en la lista Forbes entre los más ricos del mundo. Me contó Manolo Muñoz que, en el despacho que tienen, situado en un edificio que domina la ciudad de Terrassa y la sierra de Collserola, se han construido una enorme jaula de cristal llena de pájaros multicolores. A sus paisanos, emigrados como ellos desde tierras andaluzas, les gusta sacar a cantar a sus pajaritos al sol de las esquinas de la ciudad dormitorio. Los Lao tienen a cientos en una jaula de cristal.

—Te has fijado en que en catalán tragaperras se dice escurabutxaques. Curioso, ¿no? —pregunta Rosa.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Bueno, porque las palabras siempre son significantes. Cosas mías.

—¿Quieres decir que somos como hablamos?

—Sin duda. El lenguaje nos descubre, nos explica mucho más de lo que podríamos llegar a imaginar.

—¡Coño, Rosa! Pensaba que los de la Unidad de Información erais sólo una oreja. Ahora veo que también los hay con voz propia.

—Te sorprenderías —ríe Rosa acercándose cuidadosamente el cortado a los labios para no quemarse—. ¿No deberíamos preparar la entrevista con Marta, la secretaria de Llopis?

—Tenemos tiempo —dice Matilda levantando la cabeza en dirección al reloj pegado a la pared detrás de la barra al lado de una estampita de la virgen del Rocío, un rosario de granos de café, un banderín del día contra el cáncer y una foto del equipo del F.C. Barcelona.

—Entonces te voy a contar una cosa —se anima Rosa—. Hace dos veranos estuve en la selva amazónica. En Brasil. Con los indios guaraníes.

—¿Una investigación criminal?

—Vacaciones. ¿Sabes cuál es la palabra guaraní para decir precio?

—Ni idea.

—¡Venganza!

—¿En serio?

—Cuando un guaraní regatea el precio, el precio de un pescado, por ejemplo, o el de un cuchillo, y lo considera excesivo, dice hepy eterei: la venganza es muy cara. Nada que ver, pues, con nuestra manera de entender el dinero. Para nosotros el dinero es un valor en sí mismo. Para el guaraní el precio de las cosas no lo regula el mercado.

—¿La necesidad? ¿El deseo?

—Más o menos. La necesidad, el deseo también, pero sobre todo el interés mutuo. La reciprocidad.

—Así les va.

—¿Sabes cómo llaman a este sistema de reciprocidad? Jopoi. Manos abiertas. Qué bonito, ¿no te parece?

El ruido de una cascada de monedas acompañado de una espantosa música metálica con pirotecnia de flashes lumínicos que pretende emular una tonadilla con aires de canción popular les hace girar la cabeza en dirección a la máquina tragaperras. El hombre de la americana recoge las monedas. Acecha desconfiado, ansioso, a uno y otro lado del bar antes de llenarse los bolsillos de la americana.

—Premio —dice Matilda.

En vez de largarse con la cosecha de la mañana, el hombre saca otra moneda y sigue jugando. Otra moneda. Y otra más.

—Capitalismo —contesta Rosa.

—¿Entonces tú crees que escurabutxaques y tragaperras descubren dos maneras de ser? —pregunta la subinspectora.

—¿Entre catalanes y castellanos?

—Eso me ha parecido entender.

—Nos da algunas pistas. Mientras que en catalán la máquina vacía los bolsillos, roba, sustrae; en castellano, esa máquina devora, traga. No es lo mismo vaciar que tragar. Entrar que salir.

—¿La boca que el culo?

—¡No me refería a eso precisamente!

—Interesante, de todos modos.

—¿Sabes que a Ted Kaczynski, conocido como Unabomber, el matemático que vivía en una cabaña del bosque, en Montana, sin agua, sin electricidad, apartado del mundo, que escribía largas cartas y mandaba bombas «a los malos de la sociedad industrial, tecnológica, la que contamina y tala los bosques», lo atraparon gracias a la lingüística? El lenguaje que empleaba en sus cartas lo delató y ofreció las pistas para llegar hasta su escondrijo y conseguir una confesión.

—Entonces, escurabutxaques sería un buen hilo del que tirar para el Caso Andorra —arruga la frente Matilda.

—Ya no: hoy, las tragaperras y las escurabutxaques se funden en un totum revolutum. La nación se ha convertido en una macedonia pastosa. El dinero está por encima de las identidades. Aquí y en Paraguay.

—Pero las identidades siguen moviendo la política.

—Porque el relato ficcionado es más potente que la realidad. Ninguna realidad conseguirá jamás doblegar una creencia.

—¿Y cuál es la realidad?

—¿En nuestro trabajo? ¿Te refieres al asesinato de José Llopis?

—Es lo que ahora nos ocupa, ¿no? —sonríe Matilda.

—Yo seguiría que el rastro del poder.

—No creo que debamos descartar la pasión, el amor, los celos…

—¿Con un director de diario? A un tipo como Llopis nada podría ponerlo más cachondo que el poder, la autoridad, el reconocimiento social.

—La escena del crimen era una escena sexual.

—Una escena que nos da más información sobre el agresor que sobre la víctima.

—¿Quieres decir que el agresor era una víctima del todopoderoso José Llopis? ¿Un agraviado?

—O un justiciero.

—¿Un asesinato por encargo?

—También podría ser un accidente durante un encuentro sexual consentido.

—«¡Arriba parias de la tierra!», «¡Machista muerto!». Demasiado retorcido para maquillar un accidente sexual.

—Lo que me parece claro es que el asesino nos quiere decir algo… existe en él una herida, una herida que lo atormenta. También como en el caso de Unabomber sus mensajes tienen un sentido, nos desvelan el estado mental del autor, su paranoia, son el ADN de una personalidad que deberíamos interpretar correctamente.

—Tiene que ser interesante trabajar en la Unidad de Información…

—sonríe divertida Matilda.

—Tú fuiste periodista, ¿no? También trabajaste con las palabras.

—Perdona un momento —dice la subinspectora cogiendo el teléfono que vibra encima de la mesa—. Es Nadal. —Se levanta para hablar desde la calle.

Rosa lo aprovecha para levantarse y dirigirse a pagar a la barra.

Recoge el cambio. Tres euros. En monedas. El hombre de la máquina la mira ansioso, con cara de perro apaleado, la mano tendida, los bolsillos vacíos. La policía levanta el brazo, afina la vista, apunta. La moneda entra limpiamente en la taza de cerámica decorada con la Sagrada Familia, situada en una estantería junto a una botella de Anís del Mono. «Bingo», dice. «Que te den», aguanta la mirada del hombre de la americana, que sigue con la mano tendida.

Recoge la chaqueta de Matilda del respaldo de la silla.

—¿Qué dice el jefe? —pregunta ya en la acera.

—Que ha convocado una nueva reunión para antes del almuerzo. Que espabilemos.

—¿Novedades?

—Aumenta la presión política. Los periodistas aprietan. Álvarez quiere dar una rueda de prensa.

Un hombre sorprendentemente bajito vestido con un traje hecho a medida, la barba perfectamente recortada, las espera en la recepción de Las Noticias. Se presenta como Jorge Sainz de Santamaría, del gabinete de abogados Diagonal Associats.

Uno de los conserjes, un chico joven, los acompaña hasta el ascensor.

—¿Y Castro? —pregunta Matilda ya dentro del ascensor.

—¿Castro? —se extraña el muchacho, con un leve acento eslavo.

—Castro ya no trabaja aquí —interviene el abogado.

—Vaya —se sorprende Matilda—. Me habría encantado saludarlo.

Cristina López las está esperando en la puerta del ascensor.

Las dos mujeres tienen un momento de duda antes de fundirse en un abrazo. El abogado las observa sin mover una pestaña.

—¡Estás igual que siempre! —sonríe la secretaria separándose de Matilda para repasarla de arriba abajo.

—Tú tampoco has cambiado —devuelve el cumplido Matilda.

—Vaya una situación… —Cristina, emocionada, baja la mirada. Disimula, absorbiendo con la lengua una lágrima que se ha posado en el carmín de sus labios.

—¿Entramos? —apremia Sainz de Santamaría.

Al salir del despacho del director, el conserje los está esperando, de pie, en la antesala.

—Dimitri —ordena el abogado—, acompáñalas a la salida. Yo me quedo aquí. Espero que la entrevista les haya sido de ayuda. Don Alberto y todos nosotros deseamos que se resuelva el caso cuanto antes.

—Así que te llamas Dimitri —dice la subinspectora, ya en el ascensor, dirigiéndose al joven conserje—. ¿Serbio?

—Búlgaro —sonríe el muchacho.

—¿Te gusta el trabajo?

—Es lo que hay —encoge los hombros Dimitri.

Al llegar a la planta baja Matilda se da de bruces contra Paco Montañés, que intenta entrar en el ascensor.

—¡Veo que llevas prisa, Montañés! —saluda al periodista.

—¡Matilda! ¡Qué alegría verte! —se abalanza Montañés sobre la policía dándole dos besos—. ¿Has decidido regresar al periodismo ahora que ya no está Llopis? —bromea.

Rosa baja la mirada sorprendida por el comentario.

Matilda coge al periodista por el brazo. «Joder, Paco, podrías disimular un poco», le susurra al oído, separándolo del grupo, arrastrándolo hasta la salida. «¿Tan contento estás?». «¿Y tú, no lo estás?». «No me jodas, Paco». «Pues aquí se pueden contar con los dedos de una mano los que lo lloran». «Eso veo». «¡Cualquiera de nosotros podría haberlo hecho! Como en las novelas de Agatha Christie», sonríe con malicia Montañés.

Un hombre delgado, con pinta de madero, los observa de pie, situado detrás del mostrador, discretamente apartado de la telefonista.

«Es lo que parece», susurra Montañés. «Jefe de seguridad de la casa. Un antiguo policía. Se dice que estuvo en el CESID. No habla con nadie, pero te lo encuentras por todas partes». «¿Espía a la propia redacción?». «Corre el rumor de que incluso interfiere los teléfonos y graba las conversaciones». «¿Quedamos para comer?». «¿Mañana? ¿En Casa Leopoldo?». «¿A las dos, entonces?».

—¿Amigo tuyo, este Montañés? —pregunta Rosa al pisar la calle.

—Un periodista honrado. Y una buena persona.

—Algo indiscreto…

Matilda mira el reloj. Propone caminar hasta el bar Estudiantil para comentar la jugada. La máquina tragaperras sigue en plena forma. Pero ahora es un hombre chino de edad indefinida, vestido con un chándal, el gesto decidido, la mirada impasible, quien la mantiene activa.

—¿Qué te ha parecido Cristina? —pregunta la subinspectora.

—Una buena secretaria. Controlada. Austera. Discreta. Nunca una palabra de más.

—Tendremos que estudiar detenidamente la agenda del director.

Una cosa es su actividad fuera del diario. Otra las visitas que recibía. Y luego está la gente de dentro que entraba y salía de su despacho. Llopis no utilizaba la ducha del despacho todos los días. Y la última vez que lo hizo, según dice Cristina, fue tres días antes de su muerte. Así que la navaja pudo haber sido sustraída durante esos tres días. Entre ducha y ducha.

—En el caso de que aquel día se hubiera afeitado.

—Tenía una cena en casa de don Alberto. Lo más probable es que quisiera dar buena impresión.

—El problema que presenta la agenda es que sólo figuran las visitas concertadas.

—Pero Cristina tiene una memoria excelente —dice la subinspectora abriendo una libreta con una lista de nombres escritos a mano—. Habrá que cotejar a los que entraron sin cita previa durante estos tres días con los que aparecen en los archivos del ordenador de Llopis con amenazas y malos rollos. ¿Nos vamos?

11

Hacía años que Matilda no iba a comer al restaurante Casa Leopoldo. La última vez que lo hizo, allí donde hoy se levanta un moderno hotel luminiscente en forma de supositorio, la piqueta de la especulación había empezado a demoler el edificio que ocupaba la esquina de la calle Sant Rafael con rambla del Raval.

Antes de entrar en el restaurante, recuerda Matilda su última visita, se fijó en unos pantalones colgados del tendedero de una de las ventanas. Aquel día no sabía de qué escribir, estaba sin tema, así que, al salir del restaurante, razonablemente entonada, decidió colarse en el solar para echar un vistazo y averiguar si todavía quedaba algún vecino resistiendo entre los escombros. Efectivamente, al llegar a la cuarta planta, allí estaba el bicho, parapetado tras la única puerta que no había sido reventada, espiando por una fisura abierta en la madera con un garrote en la mano.

—¡Lo recuerdo perfectamente! —ríe Paco Montañés—. ¡Yo era tu jefe! Llegaste a la redacción reclamando una página.

—Y tú sólo me diste treinta miserables líneas.

—El aliento te olía a alcohol, reconócelo.

—La historia era buenísima. Aquel hombre había nacido allí. Lo echaban de su casa, de su barrio; a patadas. Al día siguiente, regresé para tomarle una foto, pero los municipales se habían adelantado: sólo quedaban los pantalones colgando del tendedero.

—Como periodista, Matilda, eres, eras, brillante. Pero algo…

—¿Histérica?

— Iba a decir obsesiva. Testaruda.

—¿Qué te parece el hotel? —pregunta Matilda desviando la mirada hacia los ventanales biselados del restaurante que dan a la calle.

—¿El piramidón este? Me parece un bodrio. Pero no creo que hayamos quedado para hablar de arquitectura. Yo pediré rabo de toro. ¿Tú?

—También. Es el plato estrella de la casa.

—¡Quién nos iba a decir que terminarías investigando la muerte del director! —suelta una carcajada Montañés—. Antes el rabo lo traían directamente de la plaza, después de la corrida del domingo. Hoy el rabo de toro es de vaca.

—¿Interrumpo? —Se acerca Rosa, la propietaria del restaurante—. ¿Qué tal estás, Matilda? Cuánto tiempo.

—Ya ves. Te presento a Paco Montañés, un buen amigo. Rosa —explica la policía dirigiéndose a Montañés— es la esposa del último torero que murió toreando en Barcelona, en La Monumental.

—Vaya, lo siento —se levanta Montañés.

—Aquí seguimos siendo taurinos —sonríe Rosa, ofreciéndole la mano, alejándose para atender otra mesa.

—No llevaban ni un año casados. Su hija —explica Matilda— es la chica que está sentada en la caja. No conoció al padre, José Falcón, portugués, porque cuando lo mató el toro, Rosa estaba embarazada de pocos meses. —Matilda señala una de las fotos colgadas en la pared, donde se puede ver al joven torero, la expresión ceñuda, el pelo negrísimo repeinado hacia atrás, vestido con el traje de luces.

—Bueno, Matilda. Y tú, ¿qué tal estás? —cambia de tema Montañés buscando la mirada de la policía.

—No me puedo quejar.

—Querías hablar de Las Noticias.

—Claro… estamos… bueno… en realidad… como ya te dije al salir del ascensor, ¿o me lo dijiste tú?, a José Llopis… cualquiera podría haberlo matado, ¿no? Cualquiera de dentro de la casa, quiero decir.

—Había motivos y candidatos de sobra, desde luego —Montañés ataca con apetito el rabo de toro—. Aunque una brutalidad semejante, cuesta creerlo. Que fuera alguien de la casa, me refiero. Llopis tenía una personalidad depredadora. Era compulsivo, amoral. Un mal bicho. Lo era incluso, especialmente, remarcaría, con sus colaboradores más fieles, sus amigos, por decirlo de alguna manera. Tú lo conocías bien. Pero esta escena sexual… porque tengo entendido que lo mutilaron, ¿no?

—La investigación está bajo secreto judicial. Sabes que no puedo hablar.

—No me jodas, Matilda. Soy una tapia, ya me conoces.

—Tumba, mejor. No se me escapa que estás tanteando a Juan Tapia para irte a trabajar con él, a El Periódico.

—¿Cómo lo has sabido?

—En realidad no lo sabía. Pero tú mismo me lo acabas de confirmar.

—Eres una cabrona.

—Tal como están las cosas en Las Noticias y conociéndote… ¿sigues siendo un socialdemócrata, un hombre de centro, pallaquista, supongo?

—Venga, Matilda, dispara de una vez.

—Llopis ya estaba muerto cuando lo mutilaron.

Un hilillo marrón oscuro de salsa del rabo de toro salpicado de puntitos de almendra picada asoma de la boca de Paco Montañés. Matilda le tiende la servilleta. Sirve vino en las copas vacías. Deja que Montañés se limpie la barbilla, apure el rabo de toro, se entretenga rebañando el plato con un trozo de pan hasta dejarlo impoluto.

—¿Y dices que no lo puedo publicar? —habla por fin el periodista.

—No me presiones, Paco.

—Tenemos visita —levanta la vista Montañés.

Matilda siente unas manos suaves que le acarician la espalda. Al girarse se encuentra con la sonrisa amable del reportero José Martí Gómez.

—¡Coño, Martí! ¿Qué haces tú por aquí?

—Qué haces tú, debería preguntarte yo. Hoy es miércoles. Tengo la tertulia con los de la peña, La Lamentable. ¿Y éste? ¿Confabulando?

—Hola, maestro —saluda Montañés al veterano periodista.

—Estaréis animados en Las Noticias, Montañés. ¡Menudo marrón!

—¿Qué piensas del asesinato de Llopis, Martí, tú que eres gato viejo?

—Se lo habrá buscado, ¿no? Ahora bien, ¿quién lo hizo? Son tantos los candidatos…

—Esto mismo estábamos comentando con Matilda.

—Igual te puede orientar uno de aquellos dos de allí —bromea Martí señalando una mesa apartada.

Joan de Sagarra entra en aquel momento en el restaurante; lleva una botella de Jameson en la mano, el puro habano encendido entre los dedos, sombrero Kentuky protegiéndole la calva. Se acerca hasta el grupo.

—Hablábamos de José Llopis, Joan —dice José Martí—. Les sugería que pregunten en aquella mesa.

—¡Hostia, el Duran Lleida! No me había fijado. ¡Comiendo con José Antich, el director de La Vanguardia! Saps, nena? —Sagarra acerca la cabeza hasta el oído de Matilda—. Fíjate en lo que bebe. ¿Ves la etiqueta?

—No la veo.

—No la ves, claro, porque se la hace quitar. Pide Moët & Chandon pero esconde la etiqueta para que no se sepa. Paga el partido. Quin pàjaru! Anem, Martí?

Los de la peña empiezan a tomar posiciones alrededor de la gran mesa redonda del comedor principal.

—¿Los conoces bien? —pregunta Montañés.

—Estuve algunos años viniendo casi todos los miércoles. Aquel de allí, el de las gafas, es Mena, fue fiscal jefe de Cataluña. Poeta. Comunista utópico. De un sentido del humor afilado y muy fino. El del bigote es el periodista Eugenio Madueño y a su lado tenemos a Mateu Seguí, abogado, anarquista. Sostiene que la amistad es la única ideología que le interesa. Veo que hoy también ha venido Fabrizio Caivano, pedagogo sin escuela. El que mantiene la espalda erguida es irlandés, John Wilkinson, escribe unos textos deliciosos con el epígrafe de «Especies urbanas». Y aquel que se sienta junto a la mujer, la de los ojos de gato, la fotógrafa Carme Aymerich, es Ángel Alonso, director

de teatro, amigo de Arrabal. Su tesis es que la sociedad se ha vuelto irremediablemente cínica… espera a que corra el Jameson y pon la oreja. Te divertirás.

—¿Y éste que llega ahora?

—Es Paco, albañil. Anarquista. Amigo de Mateu. Vive en el Raval. Fue él quien los ayudó a hacer una de las gamberradas más sonadas de La Lamentable. Luego te lo cuento.

De la conversación con Montañés, Matilda Serra sólo consigue confirmar el halo de mal rollo que rodea la vida del director de Las Noticias. El odio que despierta este personaje, nombrado a sugerencia de José María Aznar durante una cena con Alberto Villabona, es unánime. Es un odio que se expande a su alrededor «como una ventosidad», en palabras de Montañés, atufando, especialmente, a su círculo más íntimo de allegados.

—¿Qué tal lo has pasado durante tu visita a Las Noticias? —se interesa Montañés antes de atacar los postres.

—Puedes imaginártelo, era la primera vez que regresaba después de ocho años…

—¿Todavía te duele?

—A ti qué te voy a contar, Montañés.

—Prueba la crema catalana, Matilda, está deliciosa.

—Prefiero el tiramisú. Muchas caras nuevas, ¿no? Me habría encantado saludar a Castro. No puedo imaginar el vestíbulo de Las Noticias sin Castro.

—Pues creo que está bien jodido, en tratamiento psiquiátrico, según parece. Por culpa del burn out que le provocó el despido.

—¿Y este Dimitri? Un chico muy guapo, por cierto.

—Buen chaval. Lo ficharon a través de una ETT. Le pagan una miseria. Creo que estudia Filología Hispánica o Filosofía. Del diario que tú conociste, aquella empresa familiar que cuidaba a sus trabajadores, ya no queda nada. Cero patatero. A los que tenían buenos sueldos, los han ido echando poco a poco. Ahora está de moda gastar el dinero en articulistas de opinión. Las noticias sirven para rellenar los espacios que dejan libres las grandes firmas de la nueva casta de ideólogos indocumentados que no necesitan salir de casa para saber lo que ocurre en el mundo real.

—Las ideas gustan más que los hechos.

—Y son más baratas, sin duda.

—Castro, decías, ¿está en tratamiento psiquiátrico? Quizás deberíamos investigarlo.

—Tú sabrás. Desde luego, motivos para estar cabreado no le faltan.

—¿Nos vamos? —dice Matilda.

—Pago yo —se levanta Paco Montañés—. Todavía tengo un sueldo

de los de antes —sonríe.

Mientras Montañés paga, Matilda se acerca hasta la gran mesa para despedirse de la peña.

—¡Sennett, Matilda! ¡Lee a Richard Sennett! ¡La corrosión del carácter! Te servirá —levanta la voz José Martí.

—¿Leer? Ya me dirás quién va a leer hoy un libro entero… —trata de hacerse oír en medio del griterío Ángel Alonso.

Al salir del restaurante, Paco Montañés se ofrece para llevarla en taxi hasta la comisaría. La policía dice que primero le quiere enseñar algo. Cogidos del brazo, caminan hasta la esquina de la rambla del Raval.

—¿Recuerdas lo que te había dicho?

Matilda levanta el dedo para señalar una placa de cerámica pegada en la pared en la que puede leerse:

Salvador Seguí i Rubinat El Noi del Sucre. 1886-1923 Defensor de la classe obrera
Assassinat el 10 de març de 1923

—¿Lo mataron en esta esquina?

—Aquí mismo. Tres pistoleros de la patronal. Dispararon a bocajarro mientras El Noi se estaba liando un pitillo.

—¿Y la gamberrada?

—Resulta que un día, la placa de El Noi del Sucre apareció rota y manchada de pintura. Al cabo de unos meses, desapareció. Hubo bastante revuelo. Artículos en los diarios con rumores de todo tipo. Que si habían sido unos fascistas, que si unos anarquistas de la FAI, que si la memoria histórica, que si patatín, que si patatán. Mientras tanto, el alcalde hacía el panoli asegurando a la prensa que la placa sería restituida y los ladrones castigados. Hasta que un día la placa apareció en su sitio. Completamente restaurada.

—¿Los de La Lamentable?

—Hartos de ver cómo se degradaba, la arrancaron de la pared con ayuda de Paco, que es de la CNT, la llevaron al mismo artista que la había hecho, y la volvieron a colocar.

—Más que una gamberrada, parece un acto de civismo.

—Todo acto de cultura es siempre una gamberrada, Montañés. ¿Nos vamos?

La rueda de prensa ha sido convocada para las cinco de la tarde.

El director general de los Mossos, Miquel Álvarez, irradia felicidad. Él hablará primero. A continuación, pasará la palabra al comisario Nadal. Para terminar, se abrirá el turno de preguntas que moderará Arturo Gimeno Díaz, jefe de prensa de la policía autonómica.

La subinspectora Matilda Serra llega a la comisaría pasadas las cuatro y media.

El inspector Matas le hace una señal con la mano a través del cristal de su despacho. La policía Rosa Pascual, de pie, apoyada en la pecera, abre un espacio para hacerle un hueco entre ella y el joven Tomás.

—¿Qué tal la comida? —pregunta Nadal mirando su reloj de pulsera.

—Rabo de toro.

—¿Rico? —susurra Rosa sin disimular una mueca de aversión.

—Muy rico.

—¿Alguna novedad, Matilda? —gruñe el comisario.

—Ninguna.

Nadal está de un humor de perros.

—Entonces —resume lo acordado antes de cerrar la reunión—, decimos que tenemos el arma del crimen. Les entregamos a los periodistas un par de fotos de la navaja. Explicamos, sin dar demasiados detalles, que a la víctima se la esperaba aquella noche en el Liceu, pero decidió bajar del coche en la calle Tallers. También podemos contar la historia del georgiano, así tendrán un poco de literatura. Pero, sobre todo, ni una palabra de las mutilaciones ni de las inscripciones en el cuerpo de la víctima.

—Toda la ciudad sabe a estas alturas que Llopis fue mutilado —interviene el inspector Matas.

—Podemos admitir que lo acuchillaron con saña, sin dar ningún detalle —insiste el comisario.

—En uno de los programas de radio de la mañana —interviene Llavaneras— se hablaba ya de un posible crimen sexual.

—Insistiremos en que el sumario está bajo secreto judicial, y que no descartamos ninguna línea de investigación.

—Preguntarán por el teléfono del director —levanta la mano Tomás.

—El teléfono perdió la señal justo al bajar del coche. Estamos rastreando todas las llamadas que hizo con anterioridad. También las que se hicieron desde los apartamentos Drassanes aquella noche.

—¿Y si preguntan por el Caso Andorra? —levanta la mano el subinspector Joan Comellas.

—¿Qué saben los periodistas del Caso Andorra? —interviene Álvarez con una sonrisa artificial, tensa, que trata de apaciguar el tono seco, contenido, de su voz.

—Poca cosa —duda el comisario Nadal fulminando con la mirada a Comellas—. Sólo rumores.

—¿Rumores de qué tipo? —insiste Álvarez.

—Lo que suele decirse en estos asuntos. Que si hay financiación ilegal del partido del Gobierno, que si pudiera haber dos consellers implicados, un alcalde, el constructor Martín Pedrosa… pero nada sólido… de momento.

—¿Y eso tiene algo que ver con Las Noticias y el asunto que nos ocupa, el asesinato de su director? —insiste Álvarez dirigiéndose al subinspector Joan Comellas—. Por algo lo habrás preguntado. Tú perteneces a Delitos Económicos, si no me equivoco.

—Así es.

—El subinspector Comellas se ha incorporado a la investigación para ayudarnos con la copiosa documentación del ordenador de Llopis —tercia el inspector Matas echándole un capote al comisario—. Al parecer, los periodistas están husmeando sobre la relación entre Villabona y esta supuesta trama de corrupción, así como el trato de favor que recibe Las Noticias con las subvenciones públicas.

Álvarez frunce el ceño, estira la espalda para recolocar los hombros, mueve el cuello relajándolo, se ajusta el nudo de la corbata.

—Nadal, después de la rueda de prensa te quiero en mi despacho —ordena dando por terminada la reunión.

—Muy elegante —comenta Matilda fijándose en su corbata al pasar delante de Álvarez camino de la sala de la unidad.

—¿Te gusta? —sonríe el director general—. Dudaba entre este azul celeste y un rojo borgoña suave.

—El azul es perfecto para las televisiones.

—Por cierto, Matilda, me ha dicho Nadal que estuviste en Madrid para hablar con el periodista Manolo Muñoz. ¿Este tal Muñoz no es uno de los que se dedica al periodismo de investigación?

—Se dedicaba. Ahora vive cómodamente retirado en la sierra madrileña. Come pan hecho con masa madre y tomates biológicos. Odiaba a Llopis, pero no creo que tenga ninguna relación con el asesinato.

—No te hagas la tonta, Matilda. Se conoce perfectamente que Muñoz estaba husmeando sobre el Caso Andorra. Cuando termine la rueda de prensa te vienes también a mi despacho. Os venís los dos, tú y Nadal. Los tres, mejor. Que venga también Comellas.

Tomás busca el mando a distancia. Sube el volumen del televisor. Sintoniza el Canal 33 catalán. Los policías se disponen a seguir la rueda de prensa, cada uno desde su mesa, salvo Rosa, que se desplaza sentada sobre la silla, haciéndola rodar con las piernas, hasta colocarse al lado de Matilda.

—He estado repasando la agenda de la secretaria y cotejando la grabación de la visita que le hicimos. Creo que deberíamos hablar con la asistenta —comenta bajando la voz.

—¿Por qué deberíamos hablar con ella?

—Nuestra hipótesis es que el día que Llopis fue a cenar a casa de Alberto Villabona, es decir, tres días antes de su muerte, utilizó todavía la navaja.

—Correcto.

—Según nos dijo la secretaria, cada vez que el director usaba el baño, ordenaba llamar a la asistenta para que lo limpiara. La asistenta, pues, es quien mejor puede decirnos si aquel día la navaja estaba todavía en su sitio.

—¿Y si no lo estaba?

—Entonces tendremos que ampliar el margen de tres días. Supondría un trabajo de locos. Pero si la asistenta vio aquel día la navaja, los tres días dejan de ser una suposición. Además, una mujer de la limpieza suele ver cosas que otros no ven.

—Tienes razón. ¿Ana Lucía se llama?

—Ecuatoriana —dice Rosa Pascual consultando sus notas—. Treinta y cuatro años. Vive en Badia del Vallès. Una ciudad dormitorio construida al lado de la autopista de Sabadell.

—Luego lo hablamos. —La subinspectora dirige la vista hacia el televisor.

En medio de una avalancha de manos levantadas, el jefe de prensa de los Mossos, Gimeno Díaz, se dispone a dar paso al turno de preguntas.

—Vaya —dice Rosa—, nos hemos perdido la intervención del jefe.

—Espera, que ahora viene lo bueno.

Los periodistas no las decepcionan.

Un chico de la COPE es el primero en disparar.

—¿No resulta precipitado descartar al georgiano como autor del asesinato? —pregunta levantando su voz, que se impone por encima del griterío.

—El georgiano es un sintecho. Encontró la navaja en un contenedor —contesta Gimeno.

—¿Un inmigrante ilegal? —insiste el chico.

—¿Belén? —señala Gimeno a la periodista de La Sexta que ha empezado a mover los brazos ostentosamente.

—¡Joder, Belén Patiño! ¡Que Dios nos coja confesados! —exclama

la subinspectora.

La periodista de La Sexta hace una señal al cámara de su cadena indicándole que le tome un primer plano, se recoloca la larga melena, se retoca el botón superior de la blusa, saca pecho, dispara:

—Señor Álvarez, sabrá usted que los apartamentos Drassanes son un hotel de citas por horas. Mis fuentes me informan que la víctima practicaba el sadomasoquismo. ¿Tiene algo que decirnos al respecto?

—Sin comentarios.

—¿Niega entonces que su muerte sea consecuencia de estas prácticas sexuales?

—Belén, el director general ya ha contestado —corta Gimeno.

—Nuestro deber como periodistas es informar —planta cara Patiño en medio de un murmullo general de aprobación.

—¿No fue una periodista de La Sexta la que se coló en la recepción y se enteró de que Llopis se había registrado como huésped? —pregunta Matilda dirigiéndose a Llavaneras.

—Así es. También consiguió hablar con algunos de los clientes a los que estábamos interrogando. La tuvimos que echar a patadas.

—¿Podía haber visto algo a través de la puerta entreabierta?

—Es posible.

—Pues estamos bien jodidos.

Gimeno, visiblemente tenso, agradece su presencia a los periodistas y da por concluida la rueda de prensa.

Todas las manos se levantan de golpe.

—Sólo dos preguntas más. Las últimas —concede Gimeno señalando a la chica de RAC1 y al chico de TV3.

Belén Patiño no se queda para escuchar a sus colegas. Arrastrando la chaqueta que cuelga a medio vestir de uno de sus brazos, se dirige a codazos hacia la salida escoltada por el cámara, que no deja de filmar en ningún momento. Álvarez y el comisario Nadal la siguen con la mirada, más pendientes de ella que de la pregunta interminable que ahora formula el periodista de la radio.

Tomás baja el volumen del televisor. Los policías regresan a su trabajo.

Matilda hace una señal al subinspector Comellas.

—¿Vamos?

La secretaria de Álvarez los está esperando en la antesala del despacho.

—Podéis pasar —dice.

De pie junto a los grandes ventanales de la quinta planta, Álvarez y Nadal discuten visiblemente preocupados. Gimeno sigue la discusión discretamente alejada, teléfono en mano, la mirada sumisa dirigida a sus zapatos.

—Pasad —los invita con gesto serio Álvarez.

—Mejor que el color borgoña, sin duda —sonríe Matilda señalando la corbata.

—Enséñaselo —ordena Álvarez ajustándose la corbata, dirigiéndose a Gimeno con gesto brusco.

Gimeno alarga el teléfono a Matilda.

—Lo acabo de recibir, de la Patiño, con un mensaje.

Se trata de un wasap. Una foto en la que se ve a través de una puerta entreabierta la cabecera de una cama con unas manos blancuzcas atadas a los barrotes.

— José Llopis —supongo, dice Matilda que reconoce perfectamente aquellas manos y aquella cama.

—Lee el texto —gruñe Álvarez.

La subinspectora lee en voz alta:

«Gimeno, te invito a que mires el programa que hemos preparado esta tarde. Y dile a tu jefe que, si quiere hablar, hablamos. Pero hablamos en serio. Yo pregunto, él responde. Nada de subterfugios».

—¿Cómo consiguió la foto? —pregunta Matilda.

—Creemos que se la vendió uno de los clientes del hotel. De hecho, se trata de un vídeo que se grabó en el pasillo, sin duda con un teléfono móvil, justo al lado de la habitación donde se los estaba interrogando.

—Son cosas que suelen pasar —dice Matilda más asqueada que preocupada.

—¿Y si la invito a un almuerzo para calmar los ánimos? —pregunta Álvarez.

—¿A la Patiño?

Nadal permanece inexpresivo, con cara de funeral. Gimeno opina que es una buena idea.

—¿Tú qué dices, Matilda? —insiste Álvarez—. Sabrás cómo hay que tratar a esta gente, digo yo. ¿Acaso no fuiste tú misma una de ellos?

—Eran otros tiempos, director. Otro periodismo.

Álvarez, nervioso, camina a grandes zancadas a través del despacho tratando de ordenar las ideas. Se sienta llevándose las manos a la cabeza. Se toma su tiempo alineando unos lápices encima de la mesa.

—Bien —carraspea recuperando el tono amable de su voz—. Durante tu viaje a Madrid, subinspectora, Muñoz te dio un dosier sobre el Caso Andorra. Aquí lo tengo, precisamente. Nadal ya me ha hecho un resumen de su contenido. Lo que me preocupa, en este asunto, el asesinato de Llopis, me refiero, es que empiecen a mezclarlo todo y las cosas se nos vayan de las manos. Al parecer, el periodista este, Muñoz, Manuel Muñoz, le hizo chantaje a Llopis. ¿No es así,

Matilda?

—Compró su silencio a cambio de un buen despido.

—¿Su silencio, dices? El chantaje es algo que sabes cuándo empieza, pero nunca cuándo termina. ¿Te parece que podemos fiarnos de Muñoz?

—¿Nosotros?

—No me malinterpretes: quiero decir si tienes la seguridad de que te ha dicho toda la verdad. Todo lo que sabe.

—¿Del Caso Andorra?

—De eso estamos hablando, ¿no? —gesticula Álvarez con fastidio como si quisiera ahuyentar una mosca.

—Si te parece, director, haremos una cosa —interviene el comisario Nadal—. Que Comellas se ocupe exclusivamente del Caso Andorra con la ayuda de Delitos Económicos. Nosotros seguimos con el asesinato de Llopis y lo vamos viendo.

—No me gusta, no me gusta nada. En todo caso, quiero estar informado al segundo de todo lo que vaya saliendo —acepta Álvarez.

—Y con la Patiño, ¿qué hacemos? ¿La invitamos a comer? —pregunta Gimeno.

—De momento esperemos a ver qué bomba nos tiene reservada para esta tarde. ¿A qué hora es su programa, Gimeno?

13

Es de noche cuando la subinspectora Matilda Serra regresa a su piso del barrio del Raval. En el buzón la esperan un montón de papeles publicitarios que deja junto a las llaves, encima del mueble de la entrada donde guarda los zapatos, antes de sacar del bolso los libros que ha comprado en la librería La Central de la calle Elisabets.

Abre la nevera. Rompe un brote de apio, le da un mordisco y le ofrece el resto a la iguana Chiquita, que la saluda acercando los morros a los barrotes de la jaula. Se fija en un libro de recetas de cocina de Manolo Vázquez Montalbán colocado a la vista en uno de los estantes de la cocina. Qué pereza ponerse a cocinar. Tira el libro a la basura. Coge un par de huevos. Llena de agua un cazo y lo pone a hervir. Abre una lata de guisantes. Espera a que hierva el agua. Echa los huevos. Cuenta diez minutos. Pela las cáscaras de los huevos bajo el agua fría del grifo. Los corta por la mitad y los mezcla con los guisantes que ha recalentado en una sartén. Lo condimenta con aceite, sal y pimienta. Se sirve un vaso de vino. Enciende la lámpara de lectura. Hojea La corrosión del carácter, de Richard Sennett, pero se decide por la biografía de Salvador Seguí, conocido como El Noi del Sucre. Se duerme justo cuando El Noi cae abatido y unas chicas de un prostíbulo cercano se acercan para cubrir de flores el cadáver ensangrentado.

La despierta la luz del amanecer. El plato de huevos con guisantes está sin tocar. La copa de vino, vacía. La subinspectora echa la comida al cubo de la basura. Recupera el libro de Vázquez Montalbán. Lo limpia con el trapo de cocina y lo recoloca en la estantería. Entra en la habitación. Se tumba en la cama sin quitarse la ropa. Cuando está a punto de dormirse de nuevo, la desvela el sonido del teléfono. Se trata de un mensaje de voz de Montañés: «Castro se ha tirado por la ventana del hotel Ronda, delante de Las Noticias. Ha muerto al estrellarse contra la acera».

Marca el número de Montañés, que atiende la llamada a la primera.

El periodista explica que justo cuando un grupo de periodistas regresaban al diario después de desayunar en el Bracafé, en la Plaça de la Palla, se ha oído un fuerte ruido, seguido de unos gritos. Han cruzado la calle para ir a ver qué pasaba, y allí estaba, tumbado sobre la acera, el cuerpo sin vida de Castro rodeado de un charco de sangre. Al parecer, Castro se había registrado aquella misma mañana en el hotel. Pidió una habitación en la última planta, que diera a la calle. Una hora después, abrió la ventana y saltó al vacío. Encima de la

mesilla de noche quedó una botella de whisky medio vacía, una caja de Valium, y dos notas. La primera nota iba dirigida a la familia. La segunda, a don Alberto.

—Perdona una cosa, Montañés, ¿de dónde has sacado todo esto? ¿Cómo sabes lo que me estás contando?

—Domínguez.

—¿Domingo Domínguez, el jefe de cierre? ¿A estas horas?

—Es uno de los que estaba desayunando en el Bracafé. Había quedado por la mañana con alguien del comité de empresa.

—¿Y?

—Pues que entró en el hotel aprovechando la confusión y subió hasta la habitación desde donde se había tirado Castro.

—Dices que Castro también dejó una nota dirigida a Villabona.

—Dirigida a él, pero para que la entregara al abogado de la empresa, a Jorge Sainz de Santamaría. Y a El Bulldog.

—¿El Bulldog?

—¿Recuerdas al jefe de seguridad con el que nos cruzamos en el hall de Las Noticias? Los conserjes del diario lo llaman «El Bulldog». En la nota, Castro le recuerda a don Alberto que él y su familia han tenido el honor de trabajar para su abuelo, su padre y él mismo. Y que siempre lo han hecho con lealtad, devoción y agradecimiento. Supongo que sabes, Matilda, que los Castro trabajaban en Las Noticias desde su fundación hace más de cien años. La familia Castro, además, eran todos del barrio, como la mayoría de los linotipistas del diario. Una de las normas no escritas de la empresa era que los familiares de los trabajadores tenían prioridad cuando se necesitaba contratar a alguien. El abuelo Villabona daba mucha importancia a esta relación paternal con sus trabajadores. Hay infinidad de anécdotas que…

—Hablabas del abogado y de El Bulldog.

—Pues resulta que fue el abogado Santamaría quien le comunicó el despido a Castro. Lo hizo personalmente, acompañado del jefe de seguridad. Según cuenta Carlitos…

—¿Carlos Martínez, el chófer?

—Carlitos, sí.

—Sostiene Carlitos, y yo me lo creo porque Carlitos y Castro eran muy amigos, que cuando le enseñaron la carta de despido, Castro se puso algo violento. El Bulldog tuvo que interponerse. El abogado esperó a que Castro se calmara y, entonces, sin levantar la voz, asegurándose antes de que El Bulldog lo tenía bien agarrado, le espetó amenazante: «Mira, Castro, si no sales por la puerta, tendrás que salir por la ventana».

—Joder. Y la nota dice…

—Dice exactamente lo que estás pensando: «Hágales saber a sus perros que me he ido por la ventana».

Cuando Matilda llega a la comisaría, la policía Rosa Pascual está atando la bicicleta a uno de los puntos de anclaje habilitados por el Ayuntamiento junto a la acera.

—¿Entramos? —se acerca la subinspectora.

—He hablado con la asistenta, Ana Lucía. Nos espera mañana en su piso de Badia. Dice que tiene el día libre, que la llamemos para decirle a qué hora llegamos.

—Perfecto. ¿Te has enterado de lo de Castro? —pregunta Matilda.

Rosa no sabe de qué le habla.

—Castro, el conserje, el que fue despedido.

—¿El que ocupaba el puesto de aquel chico tan guapo del ascensor, Dimitri, creo recordar?

—Pues Castro se ha tirado por la ventana hace sólo unas horas.

En la sala de la unidad el suicidio de Castro ha caído como una losa. Llavaneras y un equipo de la científica han salido hacia el hotel Ronda. El juez ha ordenado que el caso se incluya, de momento, como una pieza más de la investigación por el asesinato de Llopis.

—Hay algo más —dice Matilda sacando un sobre del bolso que tiende al inspector Matas.

—¿Otra carta?

Esta vez el texto está escrito a máquina en un folio doblado dentro de un sobre ordinario blanco que alguien debió de depositar en el buzón de la subinspectora, porque no lleva ni sello ni dirección alguna.

Matilda lo recogió la noche anterior entremezclado con los papeles publicitarios que suelen echarle en el buzón. Pero no lo ha abierto hasta esta mañana, justo cuando estaba a punto de tirarlo a la basura con el resto de la publicidad.

Nadal lee en voz alta:

«¿Le gusta la figura de Salvador Seguí, subinspectora? ¿Sabía que cuando Seguí cayó asesinado, la aragonesa María Espés, esposa del compañero de Seguí, el gran Ángel Pestaña, fue la primera en llegar para cubrir con una manta al amigo?».

—¿Seguí, Pestaña…? —se interroga el inspector jefe frunciendo el ceño.

Matilda recuerda que hace unos días, al salir del restaurante Casa Leopoldo, se paró frente a la placa de Salvador Seguí.

—Esto quiere decir que te están siguiendo, vigilando —interviene Rosa, todavía con la chaqueta puesta.

Nadal tiende la carta a Tomás, para que la lleve al laboratorio.

Cuando Tomás regresa, el texto de la nueva misiva puede leerse en el panel de una de las paredes de la sala de la unidad, debajo de las

fotos con los textos que el asesino grabó sobre el cuerpo de Llopis y el de la primera carta sobre el atentado del Liceu.

Rosa, de pie frente al panel, toma notas, traza círculos, líneas, flechas, aísla algunas palabras.

Matilda se acerca curiosa.

Nadal carraspea para llamar la atención de las dos mujeres.

—¿Rosa? ¿Tienes algo que decirnos? —pregunta el comisario.

—Todavía no sabemos si el autor de los mensajes en el cuerpo de Llopis y el autor de estas cartas son la misma persona. Lo que sí sabemos es que conoce a Matilda. Y que le gusta jugar con nosotros.

—Lo que nos lleva al principio de todo —se acerca el inspector Matas incorporándose al grupo—. A Llopis lo han querido convertir en una pancarta. Una pizarra. El propio crimen es una escenificación y quien lo hizo nos quiere decir algo y, sobre todo, quiere ser escuchado.

—Sirviéndose de Llopis —apunta Matilda—. Pero ¿por qué Llopis?

—Tenemos una escena de apariencia sexual, con el morboso detalle del pene amputado —recapitula Matas—. Tenemos las inscripciones de carácter político. Las consignas feministas. Las alusiones anarquistas. La bomba del Liceu. Tenemos el mobbing en la empresa, los despidos, el chantaje de Manolo Muñoz.

—El Caso Andorra…

—Sexo, poder, codicia, venganza. Lo tenemos todo, pero nada sólido, sólo hipótesis, palos de ciego —reflexiona Matas meditabundo.

—Y ahora, el suicidio de Castro. A ver qué más se le ocurre hoy a la Patiño —chasquea la lengua de mal humor el comisario Nadal antes de dar por terminada la reunión.

—¿A qué hora es su programa de televisión? —levanta la voz Comellas desde el fondo de la sala de la unidad sin recibir respuesta.

La autopista de Terrassa está colapsada a la altura de Baricentro.

Rosa se coloca en el carril de la derecha para salir y cortar en dirección Cerdanyola.

—¿Viste ayer el programa de la Patiño? —pregunta.

—Yo no veo esas cosas.

—Pues deberías, aunque sólo fuera de vez en cuando. Un poco de frivolidad en tu vida no te iría mal.

Rosa coge una carretera paralela a la nacional y entra en Badia cruzando el Riu Sec por un vado de hormigón que suele inundarse con las crecidas. A derecha e izquierda del río se levantan pequeños huertos artesanales que marcan el territorio arrancado al lodazal del suburbio con espesas empalizadas de cañas, tablas viejas y somieres herrumbrosos. Casi todas las parcelas tienen una caseta de autoconstrucción, un emparrado de vid para resguardarse del sol, una

barbacoa y una mesa con sillas, algunas hechas de obra, casi todas decoradas con azulejos de colores.

—Huertos terapéuticos, los llaman —dice Matilda—. Se extienden hasta Terrassa siguiendo la vera del río. La mayoría de los inmigrantes que llegaron a Cataluña para trabajar en las fábricas venían del campo. Ocells de bosc, ara ocells de gàbia. En estos huertos tratan de curarse de aquella pérdida, supongo. Pero tú estabas hablando del programa de la Patiño y te he interrumpido.

—Pues la Patiño pasó al menos veinte veces las imágenes de las manos de José Llopis atadas a la cama.

—Muy edificante.

—Luego se metió con Álvarez acusándolo de mentir y emitió el vídeo del momento glorioso en el que ella se levanta y sale de la rueda de prensa dando codazos.

—Un mal bicho, esta Patiño…

—¿La conoces personalmente?

—Empezó en la radio. Tenía instinto. Pronto le dieron su propio programa en la televisión. El dinero y la fama acabaron de conformar una personalidad que no supo madurar en el periodismo y encontró su lugar en el espectáculo.

—Percibo resentimiento…

—¡En absoluto! Además, supongo que ya sabes que la familia Villabona es accionista de la cadena donde trabaja. La Patiño nunca cruzará la raya. Se cebarán en Llopis denigrándolo por el daño que ha hecho a Las Noticias y punto. Lo único importante es la cuota de pantalla. Que no decaiga la fiesta. ¿Te puedo contar una anécdota de la Patiño? ¿Algo que ocurrió durante la guerra de Bosnia?

—Entonces yo tenía doce años.

—Pero sabrás que Barcelona se volcó en la ayuda a la ciudad sitiada de Sarajevo. Hoy vas a Sarajevo y encuentras muchos adultos que hablan catalán porque de niños fueron acogidos como refugiados en Cataluña. Un día, la Patiño, que ya era una estrella, buscaba alguien de Sarajevo para que acudiera a su programa. Quería explicar cómo se vive una guerra desde dentro, en carne y hueso. Y quería hacerlo en directo. «Historias humanas», lo llaman. Abrazos, lloros y todas estas cosas. Según ella, en nombre de la verdad, en nombre de la solidaridad. ¡Del periodismo!

—Pero según tú…

—¡En nombre de la audiencia, por supuesto!

—Sin audiencia no hay televisión.

—¿Me dejas terminar?

—Sorry.

—Pues resulta que se pone en contacto con una ONG que opera en Sarajevo. Consigue sacar a un matrimonio del barrio de Dobrinja, muy

castigado por los combates. Empieza el programa. Suena la música. Trompetas y violines. El matrimonio entra en el plató cogido de la mano. Tienen el miedo marcado en sus rostros escuálidos, pálidos como la cera. El público aplaude. La Patiño los guía hasta sus sillas. Los entrevista acercándose hasta tocarlos, la rodilla en el suelo, la mano de la mujer sujeta entre la suyas. Llora la mujer. Llora el hombre. Llora la Patiño. Llora el público. Las cámaras no pierden detalle. Termina el programa y la Patiño se larga hacia su camerino sin ni siquiera despedirse de sus invitados, que se quedan solos, abandonados en la calle, donde los recoge el taxi que los devuelve al hotel. Al día siguiente regresan a Sarajevo.

—¿Y?

—Pues nada: así es la Patiño, así son las cosas. La información y las personas carecen de valor. Usar y tirar. Todavía recuerdo a la famosa periodista Nieves Herrero cuando preguntó a un familiar de una de las niñas asesinadas en Alcàsser cómo se sentía. Y cómo justo en el momento en el que el hombre arrancaba a llorar tratando de responder, dio paso a la publicidad. «Ahora volvemos», dijo. «No se vayan».

—Tú estuviste en Bosnia, me han dicho.

—Creo que ya llegamos. ¿Sabías que la antiguamente llamada Ciudad Badía se edificó siguiendo la forma del mapa de España vista desde el aire?

—¡No me jodas! ¿Lo sabía Jordi Pujol?

Matilda no puede contener la carcajada.

—Me pones de buen humor, Rosa. ¿Cuántos kilómetros has corrido esta mañana?

—Doce. ¿Por qué no te vienes un día a correr? Te irá bien.

—Sigue la calle Cantábrico hasta la avenida de Burgos. E intenta aparcar cuando encuentres un hueco.

Lo encuentran frente a una tienda de chuches.

Rosa entra en la tienda. Un niño chino está haciendo los deberes escolares apoyado en el mostrador. Rosa pide una botella de agua de Vichy. «De Vichy no en tenim», dice el niño en perfecto catalán. Rosa se decide por una botella de agua sin gas. El niño se dirige a su padre en chino para que le sirva a Rosa.

—¿Quieres? —abre el tapón Rosa.

—Gracias —echa un trago Matilda.

—Me estaba preguntando cómo sabía el asesino que habías pasado por delante de la placa de Salvador Seguí, en el Raval.

—Quizás seamos vecinos. Quizás me siguió hasta Casa Leopoldo. Quién sabe.

—Tú trabajaste en Las Noticias, podría ser alguien…

—¿De dentro? Conozco a casi todos los que trabajan en el diario.

Los conozco personalmente. Pero una cosa es estar cabreado y la otra esta barbaridad.

—Nunca se llega a saber toda la verdad de las personas a quienes creemos conocer.

—Ni que lo digas. A veces fantaseo sobre la posibilidad de una nueva guerra civil. Pienso en mis compañeros de Las Noticias. Pienso en quiénes de ellos dirigirían las purgas. Quién llamaría a mi puerta. Quiénes serían los torturadores. Quiénes los fusilados. Quién el soplón. En la guerra he aprendido que es imprevisible saber cómo puede reaccionar una persona que, en una vida en paz, una vida tranquila, una vida normal suelen parecerte inofensivas. Somos lobos, querida. Sólo corderos circunstanciales cuando abunda la hierba para todo el rebaño.

—¿Tienes la misma fantasía en la comisaría? —la mira con ironía Rosa.

La subinspectora está a punto de decir algo, pero se contiene.

—He visto que disfrutabas llenando la libreta de palabras y garabatos para tu investigación filológica —cambia de tema.

—El asesino empieza a mostrar una propensión a la incontinencia verbal. Esperemos que siga así. Seguro que en algún momento meterá la pata.

—Unabomber era un solitario.

—Que necesitaba al público, también como nuestro asesino.

—¿Por el modo como se expresa te parece un tipo culto?

—Es pronto para saberlo. De momento, yo me inclino por alguien que tiene más bien una cultura de coleccionable de quiosco, de corta y pega. Bastante leído, pero con escasas ideas propias.

—Un hombre de nuestro tiempo.

—Hemos llegado. Piso nueve, escalera B.

—A ver qué nos cuenta esta chica.

Encima de la mesa del comedor, protegida por un tapete de hilo floreado, esperan, ordenadas, las tacitas para el café.

Ana Lucía entra en la cocina. Regresa con una bandeja donde lleva la cafetera y un cuenco de cerámica lleno de galletas.

—Lo compramos en Montserrat —dice.

—Ya veo, la Moreneta —sonríe la subinspectora fijándose en la figura pintada en el cuenco.

—Nosotros tenemos la virgen de El Quinche. También apareció en una cueva. Allí la tengo colgada —señala Ana Lucía en dirección al aparador del salón—. Está tallada en madera, como la de Montserrat. Pero la nuestra es blanquita.

Matilda agradece el café.

Rosa dice que prefiere un vaso de agua.

Ana Lucía entra de nuevo en la cocina y regresa con una jarra de agua a la que ha añadido unas rodajas de limón y unos cubitos de hielo. Toma asiento a una punta de la mesa. Las manos juntas encima del tapete, intimidada, sin duda, por la presencia de las dos policías.

—Gracias por recibirnos —dice Matilda.

Ana Lucía mueve la cabeza en un gesto de humildad. Yergue la espalda.

—Ustedes dirán.

Rosa toma la palabra. Se interesa por el trabajo de la asistenta.

Ana Lucía explica que a ella le toca normalmente el turno de tarde. Suele trabajar hasta las nueve de la noche, a no ser que surja alguna cosa y le pidan que se quede un rato más. Casi siempre es ella quien se ocupa de limpiar el despacho del director. Aunque a veces lo hace Amira, del turno de la mañana, una marroquí. No, estos días Amira estuvo de baja. Badia queda lejos, sí. A veces, cuando sale muy tarde, su compañero la viene a buscar con la furgoneta. Si no, coge el autobús. Sí, tres días antes de que ocurriera eso, lo que ha ocurrido, el señor tuvo una cena. Se duchó y se cambió. La llamaron a ella para que lo limpiara todo. Era tarde, pasadas las nueve serían.

—¿Se fijó ese día si la navaja de afeitar estaba en su sitio?

—Estaba encima del lavabo, la limpié y la guardé en el armario. Con su cajita. Lo mataron con esa navaja, ¿no?

—Es lo que pensamos.

Ana Lucía baja la vista. Trata de decir algo más, pero las palabras se ahogan en un barboteo incomprensible. Matilda le tiende un pañuelo. Espera a que la chica se calme. Desvía la conversación. Ana Lucía tiene dos hijas. Las ha dejado en Ecuador con su madre y una

tía. Tienen un ranchito. En la montaña. La mamá cría terneros, toretes, dice. Ella les manda dinero todos los meses. Aquí, en el piso, está con su hermana. Y su pareja, «el catalán». David. Lo conoció en la playa de la Barceloneta. Era domingo. Él se estaba bañando. Ella no. Ella vendía refrescos a los bañistas con una amiga a la que conoció en la plaza Catalunya, donde suele reunirse la comunidad ecuatoriana para ayudarse. Fue su primer trabajo en Barcelona. Los refrescos los llevaban en un carrito de la compra lleno de hielo. Es duro, sí. Y peligroso. Tuvo que dejarlo porque los paquistaníes se hicieron con el negocio.

—El penúltimo contra el último —saluda una voz desde la puerta que da al pasillo.

—¡David! —se interrumpe Ana Lucía—. No te había oído entrar.

David, alto, enjuto, de unos cincuenta años, las mandíbulas marcadas de fumador empedernido, la mirada escurridiza, saluda a las policías, que se levantan para tenderle la mano.

—Es mi compañero, mi pareja. «El catalán» —sonríe Ana Lucía.

—¿El penúltimo contra el último, decías? —pregunta Matilda dirigiéndose al recién llegado.

—¿Hablabais de los paquis, no? Pues eso: el penúltimo contra el último. No tienen trabajo, no tienen papeles y se matan entre ellos. Es lo que escribió el gran Primo Levi sobre los presos de Auschwitz. Las víctimas se acaban jodiendo entre ellas para regocijo de los carceleros.

—Les explicaba cómo te conocí —dice Ana Lucía.

—¡Si no es por ella tengo que volver a casa en bañador! —ríe David que, sin quitarse la chaqueta, se dirige hasta el bufet y rebusca en el cajón de arriba.

—Os dejo tranquilas. Había olvidado las llaves de la furgoneta —se despide agitando con la mano un llavero.

—Es un poco seco, pero buena persona —lo excusa Ana Lucía tras oír el clic de la puerta del piso al cerrarse.

—Nos hemos quedado a la mitad de la historia.

—Ya.

— En la playa —sonríe Rosa.

—Pues David quiso darse un baño. Dejó la toalla y sus cosas encima de la arena. Entonces yo, que los tenía avistados, a los ladrones de turistas, y los conocía a todos por mi trabajo, vi como uno de ellos rondaba alrededor y decidí sentarme en la toalla hasta que regresó David. Así fue como nos conocimos.

—¿Puedo? —dice Matilda levantándose para mirar las fotografías ordenadas encima del aparador, debajo del cuadro de la virgen de El Quinche.

—Éstas de ahí son mis niñas, con la abuela y la tía. Aquí se puede ver el ranchito. Estamos con mis primos y mis primas celebrando el

cumpleaños de la abuela. Nosotros somos mucho de familia. Ustedes no tanto. En esta otra estoy con mi hermana, el día que fuimos a Montserrat. Qué curioso, ¿no?, que su virgen sea negra.

Matilda coge la foto del ranchito para verla de cerca. Una cara le llama la atención.

—¿Ésta es prima tuya? —pregunta señalando a una de las mujeres.

—Marcela. Nos llevamos quince años.

—Muy guapa.

—Tiene un hijo.

—¿Vive en Barcelona?

—En Madrid, con su marido.

—¿De qué trabaja?

—Lo mismo que yo, de asistenta. En una casa muy buena.

—¿La tuya no lo es? —pregunta Matilda.

Ana Lucía endurece la expresión.

—Con todo lo que ha pasado…

—¿Tenías buen trato con José Llopis?

—Normal.

—¿Normal?

—Bueno, el señor no era lo que se dice una persona muy amable.

—¿Hablabas a veces con él?

—Casi nada.

—¿Solía estar en el despacho cuando entrabas para limpiar?

—A veces.

—¿A veces?

—Mayormente lo hacía cuando él no estaba.

—¿Y cuando estaba?

—Bueno, ya les dije que no era alguien al que pueda considerarse una persona muy agradable.

Ana Lucía encoge las piernas. Juega con el tapete frotándolo con los dedos como hacen algunos niños con la sábana al acostarse. Ambas policías cruzan la mirada. Dejan pasar un largo silencio antes de que Rosa tome el relevo.

—¿Me puedes mirar un momento? —dice la policía.

Ana Lucía levanta la vista. Sus ojos negros están bañados en lágrimas.

—¿Quieres contarnos algo? —la invita Rosa atemperando la voz.

Ana Lucía rompe a llorar. Se protege la cara con las manos.

—Es que… —dice entre hipos sin conseguir hilvanar la frase.

—No tengas miedo, nosotras…

—No es eso, no es lo que están pensando.

—Puedes contarlo.

—¡Es que el señor era un guarro! ¡Un cerdo! —explota subiendo la voz, sin dejar de llorar.

—¿Lo dices porque te hizo algo?

—No es eso. No es eso. Me miraba de aquella manera. Pero nunca me tocó.

—¿Por qué era un guarro?

—Yo sólo soy la mujer de la limpieza; la minyona, como decís los catalanes.

—¿De qué manera te miraba, qué quieres decir, Ana Lucía?

—¿Saben qué le gustaba hacer? Pues si tanto preguntan, se lo diré: además de tocarse con una mano por debajo de la mesa mientras yo limpiaba el despacho, a veces, cuando estaba en el baño haciendo mi trabajo, entraba, se sacaba esa cosa y meaba desde lejos apuntando hacia la taza del váter, dejándolo todo perdido. Y cuando había terminado, se abrochaba satisfecho la bragueta y mirándome con una sonrisa decía: «Ahora lo limpias todo bien limpio, que se pueda lamer. Y calladita».

—¿Lo sabía Marta, la secretaria?

—¡Por Dios! ¡Qué vergüenza!

—¿Nunca se lo has contado a nadie?

—Sólo a mi hermana. ¿Qué podíamos hacer? Mi hermana tiene un trabajo muy malo, en un matadero de pollos. David hace de repartidor. Cuando le sale trabajo. Nada fijo.

Las dos policías se levantan. Matilda deja su tarjeta encima de la mesa junto al bol de galletas. Las tres mujeres se besan en el rellano. Ana Lucía espera a que llegue el ascensor antes de cerrar la puerta del apartamento a sus espaldas.

—Pobre chica —comenta Rosa mientras caminan hacia el coche.

—Parecía asustada. Quizás haya más cosas de las que dice.

—En todo caso, ya sabemos que la navaja seguía en el despacho tres días antes del asesinato.

Matilda saca el móvil del bolso. Se aleja unos metros. Habla por el teléfono sin que Rosa pueda oírla.

—Este cabrón de Muñoz —se queja de regreso al coche.

—¿Muñoz, Manolo Muñoz, el periodista al que fuiste a ver a Madrid?

—¿Recuerdas que Ana Lucía nos habló de su prima Marcela? Pues resulta que Marcela es la asistenta de Manolo Muñoz. Al parecer, cuando Muñoz dejó Las Noticias y fue a vivir a la sierra madrileña, Ana Lucía le preguntó si necesitaría a alguien para trabajar en la casa y le dio el teléfono de su prima.

—¿Por qué no se lo preguntaste directamente a Ana Lucía?

—La vi demasiado tensa. Pensé que primero debía hablar con Manolo. Manolo es muy de darle el palique a todo el mundo, forma parte de su carácter. Pero no tengo clara la confianza que se tenían. Hemos quedado en que lo llamaré más tranquilamente desde casa.

—Jodido mapa de España —dice Rosa, que conduce por la calle Cantabria pero no encuentra cómo salir de la península ibérica para coger la autopista en dirección Barcelona.

—Cuando construyeron la entonces llamada Ciudad Badía —trata de orientarla Matilda redirigiendo el GPS— la llamaban popularmente «La pequeña España». Ya te he dicho que vista desde el aire se parece a la piel de toro. El día de la inauguración mandaron a Juan Carlos y Sofía, que entonces todavía eran príncipes. Conocí a una mujer, la Feli, sevillana, a quien las autoridades franquistas seleccionaron junto a otras diez familias para que recogieran los títulos de propiedad de la mano de los futuros reyes.

—Los periodistas sabéis de todo.

—Un poco de todo, pero nada en profundidad. Espera, que esto te gustará: la Feli sube a la tribuna, saluda al príncipe, ofrece un ramo de flores a doña Sofía. Pero cuando baja las escaleras se encuentra con unos funcionarios del ministerio que le dicen que les devuelva las llaves porque los pisos no están acabados. Que ya la avisarán cuando lo estén. Y lo mismo les pasa a las otras nueve mujeres seleccionadas para la ceremonia. Los pisos no se pudieron habitar hasta pasado el verano, justo a tiempo para celebrar la muerte de Franco el veinte de noviembre.

—No todos la celebrarían.

—Ninguno en público. Pero en privado, muchos. Sé de uno de Badia que tenía una botella guardada en la nevera desde hacía años. Una botella de cava. El veintiuno de noviembre dejó el casco de la botella vacía delante de su puerta. Bien visible para que ningún vecino tuviera dudas. Se llamaba Oswaldo Tejera. Poeta anarquista. Cuando lo entrevisté alquilaba el piso duodécimo de uno de los bloques conocidos como «Alcalá». Hasta la muerte de Franco vivió como un topo, como uno de los muchos españoles que escondían su identidad por miedo a la represión. ¿Has leído el libro de Manu Leguineche Los topos?

—No.

—Pues léelo.

—¿Cuál es la historia de este tal Oswaldo?

Matilda no se hace de rogar:

—Oswaldo pertenecía a una célula anarquista, El Seis Doble, inspirada en las ideas de Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Fue detenido por los franquistas y condenado a muerte por un tribunal militar, pero no lo fusilaron porque era menor de edad. En la cárcel leyó mucho. Escribió poesía.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Tantos detalles?

—Porque leí el sumario. Y decidí entrevistarlo. Oswaldo salió de la cárcel al cabo de diez años. Un amigo de la familia que trabajaba en

RENFE, le ofreció un empleo. Para entrar en plantilla necesitabas un certificado de penales. Falsificaron uno. Y aquí empezó su historia como topo, porque RENFE tenía una brigadilla de la Guardia Civil dedicada a investigar al personal de la empresa. ¿Dónde hiciste la guerra? ¿Dónde has vivido? ¿Qué hizo tu padre? Este tipo de preguntas. Así que cuando a Oswaldo le soplaban que la brigadilla campaba por su zona, él pedía un cambio de destino. Y así, de destino en destino, llegó hasta Cataluña y hasta su piso en Badia.

—Me habría gustado conocerlo —dice Rosa.

—Vivía en un bloque parecido al de Ana Lucía. Un «Alcalá».

—¿Te va bien que te deje aquí, en la parada de metro de Sant Andreu?

—Espera, que falta la historia de amor: recién salido de la cárcel, Oswaldo está trabajando en las vías, en Alcázar de San Juan. Se fija en una chica sentada junto a la ventana del tren con destino a Murcia. Va a buscar al revisor y le ruega que apunte los datos del salvoconducto de la muchacha. Se llama María, tiene diecisiete años, cordobesa. Una belleza. Oswaldo le escribe una carta. Es la carta de un poeta. María no lo duda. Coge el tren hasta Alcázar de San Juan. Cuando yo los visité en los años ochenta tenían cinco nietos y daba envidia sentir lo enamorados que estaban.

—El amor…

—Ay, el amor.

—Nos vemos mañana. ¿En Montjuïc? ¿A las seis y media? —pregunta Rosa acercando el coche a la acera.

—En la comisaría. A las nueve. Todavía no estoy preparada para irme a trotar contigo.

15

La conversación telefónica con Manolo Muñoz resulta mucho más agradable de lo que Matilda podía esperar. El periodista se muestra colaborador, quiere ayudarla en la investigación. Está muy afectado por el suicidio de Castro.

El conserje, dice, era una persona muy querida en la casa, donde todos le perdonaban su carácter sumiso, servil, a veces hasta extremos que rozaban el ridículo, especialmente con don Alberto, a quien recibía todos los días cuadrándose tras el mostrador de la entrada; salía, incluso, siempre que podía, hasta la acera para abrirle la puerta del coche adelantándose al chófer; y los días en los que se esperaban protestas callejeras, cuidaba de que ningún viandante pudiera interponerse en el camino entre el coche y la puerta de Las Noticias. Castro era, sí, un estómago agradecido, pero de trato exquisito. Conocía a todos los periodistas por su nombre y siempre estaba dispuesto a hacerte cualquier favor o servicio.

La relación con Ana Lucía es otra cosa, dice Manolo. Ana Lucía, explica, no pertenece a la plantilla. Está subcontratada por una empresa que se ocupa de la limpieza del diario. Un día coincidieron casualmente en la puerta de Las Noticias y estuvieron charlando camino de la plaza Catalunya, donde ella coge el metro. A partir de entonces mantenían una relación cordial, a pesar de que a Ana Lucía no le gustaba que le diera conversación cuando coincidían en la redacción. Sentía una mezcla de vergüenza y miedo a que le llamaran la atención por hablar con los periodistas. Desde que él vive en Madrid, dice Manolo, ya sólo tiene noticias de Ana Lucía a través de Marcela. Manolo, que nunca pierde la ocasión para meter el dedo en la llaga, se sorprende de que la subinspectora ignore que Ana Lucía sea maestra de escuela. «¿Cómo es que no se lo has preguntado? ¿Qué tipo de entrevistas hacéis los polis?», la reprende. «Claro —se anima —, ésta es vuestra mirada sobre una que limpia suelos, una inmigrante, una chacha». Matilda calla avergonzada. Sabe que Manolo tiene razón. Se traga el orgullo. Acepta su error. Manolo insiste en que la quiere ayudar.

—Tengo algo para ti —dice antes de colgar—, mira tu WhatsApp.

Primero llega una foto.

A los pocos segundos, un texto.

El texto es corto:

«¿Olvidado lo de Madrid?».

La foto está tomada en un jardín. Un grupo de hombres charlan relajados, de pie, inclinados sobre la bandeja llena de copas de cristal

que sostiene un camarero vestido de uniforme. En el centro del grupo destaca la figura altiva de Alberto Villabona. A su lado parecen pasárselo muy bien Miguel Álvarez, José Llopis y el conseller de Presidencia. En una esquina de la foto se distingue lo que parece ser una estatua ecuestre, quizás un hombre a lomos de un caballo.

No pasan ni diez segundos antes de que la subinspectora reciba un segundo texto.

«Fiesta de cumpleaños en casa de don Alberto Villabona. A Llopis le quedaban tres días de vida».

Matilda marca de nuevo el teléfono de Manolo Muñoz.

—¿Tienes más fotos de la fiesta? —pregunta sin más preámbulos.

—Tengo.

—¿De dónde las has sacado?

—Por este camino vamos mal, Matilda.

—¿Me las puedes mandar?

—¿Olvidado lo de Madrid?

—No me jodas, Manolo.

—Vienen de quien ya sabes. La mujer rubia, la de los dry martini.

—¿Sigues en contacto con ella?

—Puede.

—¿Cómo que puede?

—A raíz de la muerte de Llopis nos hemos cruzado algunos mensajes. Tengo que cubrirme las espaldas, ¿no crees?

—Mira, Manolo. Coges un tren y te vienes a Barcelona. Lo puedes hacer por iniciativa propia, o porque te hago llegar un requerimiento judicial. Tú decides.

—No te pases, subinspectora. Vendré muy a gusto. Pero cambia las formas. Dar las gracias de vez en cuando no te iría mal —cuelga el periodista.

La subinspectora abre la nevera. La cierra asqueada. Junto a la jaula de Chiquita queda una botella de vino a medio beber. Saca una copa del armario. Duda. Devuelve la copa a su sitio. Marca el teléfono de Rosa.

—¿A qué hora vas a ir mañana?

—Hemos quedado a las nueve, ¿no?

—Quiero decir a correr.

—¿En serio? ¿Te vienes, entonces?

—Eso parece.

—¡Súper! A las seis y media en el paseo Maria Cristina, en la plaza Espanya, junto a las torres venecianas.

Matilda decide darse una ducha. Al salir del baño abre de nuevo la nevera. Saca un yogur. Trocea una manzana y la mezcla con el yogur. Se sienta en el sofá. Enciende el televisor. Lo apaga a los cinco

minutos. Se levanta para cambiar las sábanas de la cama y ahuecar los cojines.

Se acuesta con el libro de Sennett, La corrosión del carácter. La historia de Enrico y de su hijo, Rico, la absorben completamente: cuando Sennett conoció a Enrico, el hombre trabajaba limpiando lavabos y suelos en un edificio de oficinas. Su objetivo principal es servir a la familia y dar una buena educación al hijo. A punto de jubilarse, Enrico vive sin demasiadas preocupaciones. Sabe el día en que dejará de trabajar, cuánto cobrará de pensión y el dinero que tendrá ahorrado en aquel momento. Su vida ha sido dura, pero ha tenido un sentido. Confía en que su hijo la mejore. El hijo no lo decepciona. Gracias a la educación universitaria que recibe —con el sacrificio de los padres—, Rico tiene una formación que le permite ganarse bien la vida. Pero a diferencia de Enrico, sus vínculos sociales son frágiles porque cambia constantemente de ciudad y de domicilio. Pronto descubre que para abrirse paso en el mundo laboral, el individualismo, el mirar por uno mismo, son una armadura más sólida que la cooperación y el compromiso. Los valores que profesaba su padre pertenecen a una época pasada. Rico no es feliz. Se siente perdido. ¿Cómo podría alguien construir su pertenencia, su identidad, en una sociedad de individuos fragmentados?, se pregunta Sennett.

Matilda cierra el libro. Apaga la luz.

Sueña con Castro. Castro sentado encima de la cama en una habitación aséptica. Castro que levanta la botella de whisky para beber a morro. Castro que coloca dos sobres escrupulosamente preparados encima de la mesilla de noche, la ventana abierta, la duda en el último momento, el salto al vacío, el cuerpo inerte encima de la acera… las imágenes del conserje se entremezclan y confunden hasta altas horas de la madrugada con la historia de Enrico y de su hijo Rico, la cara amenazante de El Bulldog, el apretón flácido de la mano del abogado Santamaría, la sonrisa amable de Dimitri, la maldita frase que se repite en su cabeza con el siseo venenoso de una serpiente: saldrás por la ventana, saldrás por la ventana, saldrás por la ventana…

Matilda apenas ha dormido un par de horas cuando se dispone a calzar las zapatillas de deporte y vestirse un chándal viejo que guarda en el fondo del armario. Decide caminar hasta la plaza Espanya para tratar de despejar la cabeza.

Rosa la está esperando bajo las torres venecianas.

—¿Vamos? —saluda la subinspectora.

Rosa echa a correr atenta a Matilda, que la sigue algo retrasada. Al llegar a las escaleras de la Fuente Mágica, la policía tuerce hacia el Poble Espanyol en dirección al Estadi Olímpic. Matilda empieza a sufrir la dureza del desnivel en las piernas y la falta de aire en los

pulmones. Rosa, que la oye respirar ahogándose, baja el ritmo de carrera.

Al llegar al mirador del Llobregat, la subinspectora se detiene.

—Aquí te espero, querida.

—¿Seguro?

—Ya tengo suficiente para hoy. Tómate tu tiempo.

—Doy una vuelta entera al circuito y te recojo.

La subinspectora camina hasta la estatua que preside el mirador. Se sienta en uno de los bancos. A sus pies, las sombras cúbicas de los bloques de viviendas del barrio obrero de Port escalan los lomos de la montaña de Montjuïc. El infinito mar de plomo salpicado de buques de carga fondeados al pairo empieza a clarear al horizonte anunciando el nuevo día. Cuando al cabo de cuarenta minutos Rosa llega hasta el banco donde la espera la subinspectora, el sol ya ha perdido la redondez amniótica de su nacimiento y alumbra, difuso en el azul gaseoso de la mañana, la ciudad despierta.

—¿Bien? —pregunta, todavía con la respiración agitada.

—Qué bonita podría ser la vida —dice Matilda que parece regresar de algún lugar lejano.

—Podría, sí. Y a veces incluso puede —sonríe Rosa estirando la pierna aprovechando el respaldo del banco, flexionando la espalda hasta tocar la rodilla con la nariz.

Matilda levanta la mirada hacia el caballo y el jinete de la estatua de bronce. Le gusta este Sant Jordi desnudo, el gesto sereno después de vencer al dragón, su contención; humano en la batalla, humano en la victoria.

—¿Quieres ver una cosa? —saca el teléfono del bolsillo.

Rosa cambia de pierna.

—Dime —pregunta sin aflojar la presión del estiramiento.

La subinspectora alarga el teléfono para que pueda verlo.

—Mira la fotografía que me ha mandado Manolo Muñoz.

—¿Éste es Álvarez? —afirma Rosa, más que pregunta.

—El Gran Jefe, sí.

—¡Con Llopis!

—En casa Villabona, celebrando su cumpleaños.

—¿Y esta estatua?

La subinspectora amplía la imagen. La estatua representa a un hombre montado sobre un caballo. La cabeza alejandrina. El pecho hinchado. La mano alzada en un gesto de soberbia y de poder.

—¿El abuelo Villabona?

—Dicen que de joven Villabona era muy buen jinete. Venga, vámonos, que llegamos tarde.

16

La reunión de la mañana ha terminado sin que se vislumbre ningún progreso o aparezca alguna nueva pista. La autopsia confirma lo que ya se sabía: que el director de Las Noticias murió de un golpe en la cabeza y que una vez muerto el asesino esperó algunas horas antes de mutilar a la víctima y grabar sus arengas en el cuerpo, utilizando la navaja del propio director. A continuación, se tomó su tiempo limpiándolo todo y podría incluso haberse dado una ducha, pues había pelos y restos de jabón en el desagüe de la bañera. El ADN indica que los pelos no pertenecen a Llopis, pero tampoco son de alguien que esté registrado en el banco de datos de la Policía. Lo único positivo es, en todo caso, que si el ADN encajara en el futuro con el de algún sospechoso, sería, sin duda, una prueba inculpatoria. Pero, de momento, ni siquiera se sabe si el asesino es hombre o mujer, ni tampoco si podría tratarse de una o varias personas.

Las entrevistas a los trabajadores de Las Noticias son descorazonadoras. A pesar del odio que despertaba Llopis, ninguno de los interrogados ofrece el perfil de un asesino. La visita que ayer tuvieron Matilda y Rosa con la asistenta de Llopis fue, sin embargo, bastante provechosa, pues aporta nuevos datos sobre la personalidad de la víctima, su sexualidad retorcida, el placer que le producía humillar a sus empleados. Otro dato importante es que la navaja fuera sustraída durante los tres días anteriores al asesinato, cosa que reduce a un tiempo limitado la lista de todos aquellos que entraron en el despacho del director.

Las cartas que recibe a su nombre la subinspectora Matilda despiertan, de momento, más dudas que certezas, pues bien podrían pertenecer a alguien que aprovecha el asesinato para enredar en la investigación, buscar un altavoz para hacer su discurso justiciero —«un poti-poti de cultura de coleccionable de quiosco», como lo califica la policía Rosa— y darse notoriedad. Es una línea de investigación que hay que seguir, acepta el inspector Matas, aunque teme que pueda despistarles del asunto principal. Sin duda, habrá más cartas. Ya se irá viendo. En todo caso, el hecho de que vayan dirigidas a Matilda debe mantener a la subinspectora vigilante, pues nunca se sabe qué puede estar maquinando un loco, sobre todo, cosa todavía más preocupante, si el loco en cuestión resultara ser el asesino.

Tomás sigue investigando el ordenador de Llopis con la ayuda de los informáticos de la científica. De momento, sabemos que Llopis buscó información sobre la página de citas Coming, pero la aplicación la debió de bajar directamente a su teléfono, que sigue desaparecido.

También se ha encontrado una carpeta con fotos pornográficas, algunas de menores. Tomás está tratando de rastrearlas para saber cómo llegaron al ordenador del director.

A sugerencia del subinspector Comellas, ya se ha pedido una autorización judicial para conocer las llamadas que se hicieron la noche del asesinato desde los apartamentos Drassanes. «Cuando el juez lo autorice y tengamos la lista de los teléfonos y la de sus propietarios, habrá que visitarlos uno a uno», dice Matas.

Sobre la posible relación entre el Caso Andorra y el asesinato, empiezan a aparecer algunos elementos preocupantes, pero nada que indique que una cosa tenga que ver con la otra. Habrá que estar atentos a los dos asuntos. Comellas sigue ocupándose de esta investigación, siempre en coordinación con Delitos Económicos, quienes, finalmente —finalmente porque, incomprensiblemente, el Caso Andorra lleva en el limbo más de un año—, se lo están tomando en serio.

—Para terminar —levanta la reunión el inspector—, una noticia que no sé si es buena o mala. A sugerencia del departamento de comunicación, el director de la Policía ha decidido invitar a almorzar a la Patiño.

—¡Muy mala noticia, sin duda! —levanta la voz Matilda.

—Álvarez piensa que pueden llegar a un acuerdo que nos ayudará a bajar el tono y a calmar a la opinión pública —responde sin convicción el inspector Matas.

—¿El comisario Nadal está de acuerdo?

—El comisario Nadal piensa como nosotros. Pero quien decide es Álvarez.

—¡La Patiño se lo comerá con patatas! Álvarez no sabe con quién se está jugando los cuartos —vaticina divertido Llavaneras.

El inspector Matas levanta las manos abiertas hacia el cielo en un gesto de resignación.

—El director general piensa que lo mejor es no perder la iniciativa. Por supuesto, la Patiño tendrá algunas informaciones antes que los demás periodistas, pero a cambio nosotros pondremos los límites de lo que puede o no puede decir.

—Santa inocencia… —se levanta Matilda sin disimular el cabreo.

Al cabo de unos minutos Rosa va al encuentro de la subinspectora con un café en la mano. Matilda está sentada a su mesa de la sala de la unidad.

—Sin azúcar, creo.

—Gracias, Rosa. ¡La Patiño! Estarás contenta, ¿no? —sonríe con malicia.

—¿Yo?

—¿No es tu programa de televisión preferido?

—¡Anda ya, mira que eres resentida! ¿Qué tal las agujetas?

—Cuando quieras repetimos.

Tomás se acerca vestido de calle. Lleva en la mano la copia de la última carta dirigida a Matilda.

—¡Trabajo de campo! Me voy a patear el Raval. El inspector dice que es una pérdida de tiempo, pero al final lo he conseguido convencer.

—¿Piensas que se imprimió en un locutorio?

—¿Por qué no? La hoja presenta una señal singular que se debe a un defecto de la impresora. Tengo la lista de los locutorios del Raval. No cuesta nada visitarlos.

—¿Qué te hace pensar que la imprimierna en el Raval?

—Está cerca de Las Noticias. Es donde a ti te estuvieron espiando al salir de Casa Leopoldo. Y por algún sitio hay que empezar, ¿no?

—¿Sabes qué, Tomás? —dice Rosa poniéndose la chaqueta—. Te acompaño hasta la calle Joaquim Costa. Quiero ir a la librería anarquista Rosa de Foc, a ver si encuentro un par de libros sobre Ángel Pestaña.

—El gran Pestaña, como lo llama nuestro anónimo justiciero en su última carta —bromea Matilda.

—Precisamente. No dice Pestaña. Dice «el gran». Y lo dice en relación con El Noi del Sucre. Este «gran» tiene un valor significante. ¿Por qué Pestaña mejor que Seguí, por ejemplo?

—¿Tu investigación filológica?

—¿Nos vamos, Tomás? —dice Rosa cogiendo del brazo al joven policía.

Matilda los observa mientras se alejan por el pasillo. Diez años de diferencia las separan, piensa sintiendo el inexorable paso del tiempo como el peso de una piedra en el estómago.

Rosa se queda hojeando en las estanterías de la librería.

Tomás consulta su lista y decide empezar por un locutorio de la calle Hospital. Detrás del mostrador lo recibe un paquistaní tocado con una taqiyah y que viste una americana de lana encima de la túnica gris. Sentados delante de los ordenadores, media docena de jóvenes marroquíes teclean concentrados. En uno de los locutorios un chico negro habla por teléfono. Tomás se inclina sobre el mostrador y sólo por su tono al dirigirse al paquistaní que lo atiende sabe que acaba de cometer un error. Los marroquíes, que lo están observando, se levantan tratando de no llamar la atención y salen del local cabizbajos, subiéndose la capucha del chándal, saludando con la mano al encargado. El chico negro cuelga el teléfono, deja unas monedas sobre el mostrador y cierra suavemente la puerta a sus espaldas como si se disculpara.

—¿Es usted el encargado? —pregunta Tomás al paquistaní.

—Yo no he hecho nada —contesta el hombre a la defensiva.

Tres minutos después el policía abandona el local con una hoja impresa en la mano. A la entrada del pasaje Bernardí Martorell, los chavales marroquíes que había en el locutorio fuman apoyándose a la reja. Lo siguen con la mirada mientras se aleja en dirección a rambla del Raval. Tomás se siente como un tonto. Aunque no viste el uniforme, en el barrio del Raval a un madero se lo huele a cien metros. Recuerda la anécdota que les contó en la academia de policía uno de sus profesores. Era el día después del atentado del 11-S. Lo habían mandado con un compañero al centro asistencial del Raval para entregar unos documentos. La sala de espera estaba a rebosar. La mayoría, árabes y negros subsaharianos. Cuando los vieron entrar se produjo un espeso silencio y todos se levantaron, niños, mujeres, ancianos, para salir a la calle y dispersarse por el barrio, si te he visto no me acuerdo. «Para los migrantes, especialmente los musulmanes, los policías no somos de fiar», advirtió su profesor. «Y no les faltan razones para ello», concluyó sin más comentarios, dando por supuesto que algo tan evidente no merece explicación.

En el siguiente locutorio, Tomás decide no hacer preguntas. Pide utilizar un ordenador para escribir. Se hace imprimir lo que ha escrito. Repite la operación en los siguientes locutorios, hasta que en la rambla del Raval encuentra lo que está buscando: las señales defectuosas de la impresora coinciden con las de la hoja de la última carta dirigida a la subinspectora. Excitado, llama a Matilda.

—¡Lo tengo!

—¿En un locutorio del Raval?

—En la misma rambla del Raval. A cien metros de la placa de El Noi del Sucre.

Sin poder contener el subidón, Tomás llama a continuación a Rosa.

La policía sigue en el barrio. Está tomando un té en el bar librería Lletraferit, en la misma calle Joaquim Costa. La encuentra sentada frente al gran ventanal, leyendo la autobiografía de Ángel Pestaña, Lo que aprendí en la vida.

Encima de la mesa, reposa un segundo libro del dirigente anarquista: Setenta días en Rusia.

—Veo que has encontrado lo que buscabas.

—Y tú también. Felicidades.

—Un golpe de suerte. Ahora ya sabemos que sea quien sea quien escribe las cartas, estuvo en este locutorio. ¡A cien metros de la placa de Salvador Seguí y de Matilda!

Una mujer rubia con acento eslavo se acerca para preguntarle a Tomás qué desea tomar. Tomás pide una cerveza.

—¿Guapa, eh? —dice Rosa viendo cómo el joven policía la mira y

remira.

—Muy guapa.

—Es la mujer de Diego Gary, el dueño del local. El hijo de la actriz Jean Seberg y del escritor Romain Gary. No te suenan de nada, veo…

Rosa se levanta y se acerca hasta el mostrador. Coge uno de los libros que se exponen para la venta. S. o la esperanza de vida. Se lo entrega a Tomás.

—Un regalo —dice.

—¿La historia del bar?

—En cierto modo…

Diego, explica Rosa, se instaló en Barcelona después del suicidio de su madre, la actriz Jean Seberg. ¿Has visto Al final de la escapada, con Jean-Paul Belmondo?

—Pues no.

—Tampoco has leído a Gary, claro.

—Tampoco.

—Pues al cabo de un año del suicidio de la madre, también se suicida su padre, Romain Gary. Diego decide instalarse en Barcelona. Durante meses vive dilapidando su dinero, que era mucho, llevando una vida errática de borracheras y prostíbulos. Un día, entra en un club de copas de la calle Escudellers, en pleno corazón del Barrio Chino. Se enamora de una de las chicas.

Tomás dirige interrogativo la mirada hacia la barra del bar donde la mujer rubia que les ha servido está ordenando los vasos.

—La chica —continua Rosa— no tiene papeles y la propietaria del local no la quiere dejar marchar. Diego compra el local. Se casan. Abren el Lletraferit. Este bar librería en el que ahora estamos.

—¿Compró el prostíbulo con la chica dentro? —articula incrédulo Tomás.

—Esto es lo que cuenta Diego en su libro. En realidad, se trata de una fabulación inspirada en una novela de Steinbeck. La verdad es que la mujer, Ludmila, trabajaba en un bar de copas y él la sedujo regalándole el libro de Steinbeck, Dulce jueves, con un ramo de flores.

—Entonces, se lo inventa.

—Todos los libros son la continuación de libros ya escritos con una pizca de la propia vida del autor.

—Pero el bar de copas era…

—Sí, lo era.

Rosa se levanta para pagar. Tomás se le adelanta precipitándose en dirección a la barra.

—Pago yo.

Su sonrisa no puede ser más exagerada cuando Ludmila le devuelve el cambio y le desea los buenos días.

17

—¿Te acuerdas de Alina, la chica rumana? —grita exaltado Llavaneras al otro lado del teléfono.

Matilda la recuerda perfectamente.

—Pues aquí la tengo, en la comisaría. Dice que quiere contarnos algo. Que tú también deberías estar.

—¿Algo? ¿Así, sin más?

—Dice que tiene relación con el asesinato del director de Las Noticias.

—¿No podías haber empezado por aquí, Llavaneras?

—¿Cuándo llegarás?

—Estoy viniendo. Cinco minutos. Hazla pasar. Y ofrécele un café.

¡Alina! ¿Cómo podría olvidarla?

La primera vez que Matilda la vio fue a través del cristal de cuidados intensivos del Hospital Clínic: una hermosa chiquilla pálida como la cera tendida en el quirófano donde trataban de devolverla a la vida.

Alina había saltado de un coche en marcha en la ronda del Litoral y al caer sobre el asfalto la atropelló una camioneta de reparto. El coche del que salió disparada se dio a la fuga. Ingresó en estado de coma. A los médicos que la operaban les sorprendieron diversas quemaduras en piernas y pies, anteriores al accidente. La policía municipal llamó a la unidad criminal. Matilda tuvo que esperar todavía unos días antes de poderla interrogar. A través de la intérprete explicó que había venido a España para trabajar. Del accidente no recordaba nada. Del viaje desde Rumanía, tampoco. Cuando Matilda insistió en contactar con su familia, empezó a llorar desconsoladamente rogándole que no lo hiciera, negándose a darles cualquier información.

Decidieron llevarla a una casa refugio para mujeres maltratadas que dirige una institución religiosa. Sólo después de la promesa de anonimato, contó la siguiente historia:

Su nombre era Alina. Su edad, dieciséis años. Había nacido en Lipova, al oeste del país. Allí vivió hasta cumplir los quince años, cuando su padre la mandó a casa de unos tíos, a Bucarest. La madre había muerto debido a la infección producida por un aborto casero y el padre estaba sin trabajo; siempre deprimido, siempre borracho. Una noche, estando ya en Bucarest, acababan de cenar cuando llegó un chico amigo de la familia. La tía le dijo que debería casarse con aquel muchacho. Discutieron. Alina no quería casarse. Al cabo de unos días,

la tía la advirtió: «Ve preparando la maleta porque te marchas». «¿Adónde me marcho, tía?». «De viaje».

Aquella misma noche se presentaron en la casa dos chicos a los que no conocía. La hicieron subir a un coche. Recogieron su maleta. «Tú estate calladita», decían cada vez que Alina preguntaba hacia dónde se dirigían. Cruzaron la frontera búlgara. Alina trató de escapar en varias ocasiones y cada vez que lo intentaba recibía una paliza. Durmieron en un hotel de carretera, todos en la misma habitación, Alina atada con unas esposas al radiador de la calefacción. Llegaron a Italia al día siguiente. Llamaron a la puerta de un piso de una pequeña ciudad. El chico que les abrió era el mismo que había ido a cenar a casa de sus tíos. «¿Qué está pasando?», preguntó Alina. «Quiero regresar con mi tía», imploró. El chico no se anduvo con rodeos: «Mira, niña: eres menor de edad, eres virgen; esto significa mucho dinero». Alina gritó que se lo diría a la tía. Pero la tía era quien la había vendido. «En este piso hay cuatro chicas más. Ellas están destinadas a la calle. Para ti tenemos otros planes: te vas a España», dijo el chico.

Al día siguiente, llegaron en el coche al aeropuerto de Milán. Cogieron un avión hasta Lisboa. Alina tenía un pasaporte falso que le dieron los dos chicos. Estaba a su nombre, con su foto, pero con la fecha de nacimiento cambiada. En vez de dieciséis años, ahora tenía dieciocho. Desde Lisboa vuelan hasta Madrid. Un hombre rumano, de unos cincuenta años, los recoge y los lleva hasta un chalé a las afueras de la ciudad donde una mujer, también rumana, también de unos cincuenta años, los está esperando. En la casa viven otras tres chicas. El hombre las lleva todos los días a trabajar a la Casa de Campo. La mujer es la que manda. Alina se queda en el chalé: para ella tienen reservado un cliente especial.

Una noche Alina se descuelga por una tubería desde la terraza de su cuarto hasta alcanzar el jardín. Pero el hombre le corta el paso antes de que pueda llegar a la puerta de la calle. La arrastra cogiéndola del pelo. La ata a una silla. Le tapona la boca con un pañuelo que envuelve con cinta adhesiva. La tortura quemándola con una plancha eléctrica en los pies y en las piernas. Las heridas se infectan. Durante un mes la atiborran de antibióticos. Para comer sólo le dan pan, galletas, agua y patatas fritas.

Una mañana, la señora entra en la habitación. «Nos vamos a Barcelona, prepárate». Suben al coche. Conduce el hombre. Viajan durante todo el día. Alina está completamente ida, atontada. Le cuesta pensar con claridad. Está convencida de que le meten alguna droga en la comida o la medicación. Se instalan en un piso donde los están esperando. Al día siguiente, la señora la maquilla. La peina. Le da ropa nueva para que se vista. La llevan a un hotel. «Haz lo que te pida o te matamos», dice la mujer antes de salir de la habitación. Entonces

entra un señor mayor. Viste traje caro. Tiene una enorme barriga. Empieza a manosearla. Suda. Está muy alterado. La quiere desnudar. Alina se resiste. Llora. Patea. El hombre la inmoviliza entre sus brazos. Tiene mucha fuerza. Trata de violarla, pero no lo consigue. Enfadado, la tira al suelo de un manotazo. Llama por teléfono. Grita. Alina no entiende lo que dice porque no sabe una sola palabra de español. Entra la mujer. Regresan al piso de Barcelona, donde le dan otra paliza hasta hacerle perder el conocimiento. La tienen castigada en una habitación. Pasan unos días, no sabe cuántos. Una tarde la mujer le dice que se prepare. «Si esta vez no haces lo que te pide el señor, te matamos de verdad». Circulan por una carretera urbana de tres carriles. Alina abre la puerta del coche y salta sobre el asfalto.

Han pasado ya tres años desde el día en que la vio por primera vez en el Hospital Clínic. La subinspectora cuelga la chaqueta en el perchero de la unidad, deja sus cosas encima de la mesa, se toma su tiempo tratando de recordar todos los detalles del caso antes de entrar en el despacho donde la rumana conversa con Llavaneras.

A través del cristal Matilda observa lo mucho que ha cambiado aquella niña de dieciséis años, entonces delgadísima, demacrada, los ojos azules, enormes, enmarcados en unas profundas ojeras.

—¡Qué guapa estás, Alina! —la saluda abriendo la puerta.

—Algunos quilos más que cuando me conociste.

—¿Y estos mofletes?

La rumana sonríe llevándose las manos a la barriga.

—¿En serio?

—De cuatro meses.

—Felicidades. ¿El padre es quien me figuro?

—Andrés, sí.

—Vaya una suerte, ese Andrés —ríe la subinspectora.

—Desde luego —se sonroja Llavaneras bajando la vista.

Las dos mujeres se funden en un abrazo.

—Me alegro mucho de verte, Alina.

Andrés es uno de los policías municipales que la recogieron en estado de coma en la ronda del Litoral y acompañaron la ambulancia hasta el Hospital Clínic. Durante días la estuvo visitando en el hospital y seguiría haciéndolo cuando Alina fue a vivir a la casa refugio para mujeres maltratadas. A Matilda nunca le gustó aquella relación con Andrés: un policía sentimental llevando flores a la muñeca rota. Pero ahora, al verla tan radiante, tan contenta, piensa que hay cosas de la naturaleza humana que se nos escapan por completo: cuando consiguieron localizar a los tíos de Alina en Bucarest, resultó que el tío era policía, un uniformado, un corrupto: la había vendido un policía, su propio tío. Y ahora era también un policía quien la protegía.

Matilda conoció en la guerra de los Balcanes a mujeres maltratadas, violadas por soldados, que al regresar de su infierno se hacían militares o policías. «Para poner orden», le dijo una de ellas en cierta ocasión. Pero hay, por supuesto, algo más, algo oscuro, indescifrable, piensa Matilda, quizás la sobrecogedora imposibilidad que tiene el superviviente de reconstruirse sin poder desprenderse de un dolor que ya es parte consustancial de sí mismo. Un dolor que necesita revivir para poder amar, porque siempre le será negado cualquier placer que no vaya acompañado de la presencia dolorosa de las heridas. ¿Qué extraño mecanismo —se preguntaba entonces, durante la guerra y sigue preguntándose ahora—, qué extraño mecanismo gobierna este juego de espejos, caleidoscopio inverosímil de identidades, en el que aparecen y desaparecen el verdugo, el benefactor y la víctima? La culpa y el deseo, el rechazo y el placer.

—¿El trabajo, bien, Alina?

—Andrés ha querido que coja una excedencia. Por la niña.

—¿Niña, entonces? ¿Ya habéis decidido el nombre?

—Andrés quiere que se llame Montserrat, como su madre. A mí me gustaría llamarla Cosmina.

—Mejor Cosmina. Al final no conseguimos pillarlos —dice Matilda con un gesto de fastidio, cogiéndole maternalmente de la mano.

—Por eso he venido —dice Alina—. ¿Has visto alguna vez el programa de televisión de Belén Patiño?

—¿La Patiño? —pregunta sorprendida Matilda.

—A veces lo miro, me distrae.

—Vaya.

—Pues en el programa llevan días hablando del asesinato de ese periodista famoso. Ayer invitaron a la madre de un hombre que se ha suicidado, uno que trabajaba con el periodista.

—¿Castro?

—Algo así. Qué desgracia, la pobre madre, una persona anciana. No es justo que un hijo muera antes que su madre y menos de esta manera. Pues resulta que en el plató, entre los tertulianos, estaba otro periodista, uno de esos que dicen que investigan cosas, y va el periodista y empieza a hablar de una trama criminal de corrupción.

—¿El Caso Andorra?

—Podría ser. Y mientras está hablando enseñan unas fotos de una fiesta en las que aparece ese hombre asesinado rodeado de gente, gente importante, gente de dinero. Y entonces, lo veo. Es él, no me cabe ninguna duda.

—¿Él? ¿Quién?

—¡El hombre que quiso violarme! ¡El asqueroso gordo del hotel!

—¿Estás segura de que se trata de la misma persona? —se inclina Matilda sobre la rumana sin soltarle la mano, como si la proximidad

de sus miradas le permitiera cerciorarse de lo que acababa de oír.

—Al cien por cien. Esa cara nunca la olvidaré.

Diez minutos después Alina y los policías se sientan delante de la pantalla para visionar el programa de la Patiño.

—¡Ahí está! —dice Alina señalando una imagen proyectada como fondo en la que se ve un grupo de personas hablando de pie en un jardín.

La foto es parecida a la que le mandó a Matilda Manolo Muñoz. Salen también Álvarez, Alberto Villabona, José Llopis y el conseller de Presidencia, pero a diferencia de la otra foto, en ésta se los ve de perfil. Situado en un segundo plano, justo delante de la estatua ecuestre, se distingue a un hombre corpulento, calvo, que levanta sonriente la copa en dirección al grupo.

—¡Míralo! —señala Alina con una mueca de asco.

Tomás amplía la imagen.

—¡El gordo cabrón! ¡Tan feliz, el muy canalla! —grita la rumana.

Los policías se miran entre ellos, desconcertados. Conocen perfectamente esa cara.

—Alina, creo que tenemos todavía muchas cosas de las que hablar —dice la subinspectora.

—¿Ahora?

—Ya te llamaremos. Si tienes que salir de Barcelona, nos lo comunicas. Y, sobre todo, ni una palabra de lo que nos has contado.

—Ni siquiera a Andrés —dice Llavaneras demasiado bruscamente.

—Pero Andrés me preguntará.

—Dile que estamos repasando tu dosier. Que quizás pueda reabrirse el caso. Pero del gordo, ni una palabra.

Alina no parece muy convencida.

Matilda la ayuda a ponerse la chaqueta. La acompaña hasta la puerta de la comisaría.

—¿Te pido un taxi?

—Prefiero caminar un rato.

—Te veo preocupada.

—Yo sólo quería ayudar. Entenderás que no me gusta nada revivir todo aquello. Quizás me haya equivocado viniendo.

—¿No te gustaría que pillemos al gordo? ¿Que los pillemos a todos, a toda la banda? ¡Tú te salvaste, pero hay otras chicas como tú que siguen atrapadas en esta mierda!

—¿Tendré que volver a declarar?

—De momento no te preocupes, ya te llamaremos.

Alina baja la cabeza, acelera el paso.

—¿Te ibas a despedir sin darme un beso? —demanda Matilda con voz maternal.

Alina se acerca a la subinspectora que la mantiene un buen rato entre sus brazos.

—¿Cosmina has dicho? Me gusta.

—Significa promesa. Promesa de una vida… una vida mejor —sonríe Alina acariciándose la barriga.

La subinspectora espera de pie en la puerta de la comisaría hasta que la ve desaparecer al final de la calle.

El inspector Matas da vueltas en la pecera de su despacho, las manos sujetas a la espalda tratando de dominar la ira y digerir lo que le acaba de explicar Matilda Serra.

La subinspectora aguarda sentada con el expediente de Alina encima de la mesa.

—Déjame ver —se abalanza el inspector para coger la carpeta y echarle un enésimo vistazo.

—No le des más vueltas, Matas. Caso cerrado. Archivado. Yo misma fui apartada en su momento, cuando la investigación pasó al Grupo de Atención a las Víctimas, el GAV, que se limitó a ocuparse de Alina mientras estuvo ingresada en el centro para mujeres maltratadas.

—¿Y dices que esta decisión la tomó el comisario Nadal?

—Su firma no ofrece dudas.

—¿Por qué cerraría Nadal la investigación sobre estos cabrones que la secuestraron?

—Es una buena pregunta. Lo mejor será que subamos hasta la tercera planta y se lo preguntemos.

—¿Estás segura de lo que dice la rumana? ¡El constructor Martín Pedrosa Giménez! No me gusta, no me gusta nada. La rumana podría confundirse de persona.

—Podría, pero no es el caso. Llavaneras ha ido a su casa para enseñarle más fotos y no ha dudado en ninguna de ellas. Si quieres, hacemos venir a Pedrosa a la comisaría para someterlo a una rueda de reconocimiento.

—Primero hay que reabrir el caso. Y hablar con Nadal, por supuesto.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos esperar a disponer de más información.

—¿Sin decírselo a Nadal?

—Imagina que Nadal archivara el expediente por alguna razón que se nos escapa. Martín Pedrosa es el puto amo, uno de los principales donantes del partido del Gobierno.

—Sólo nos faltaba esto. ¿Has hablado con Comellas?

—No.

—¿También dudas de Comellas?

—De momento prefiero no mezclar las cosas. Con un poco de suerte igual entramos en el Caso Andorra por una puerta lateral, como cuando consiguieron pillar a Al Capone.

—Si lo que dice la rumana es cierto entraríamos por el tejado con una bomba nuclear. Además, una cosa es el tres por ciento y otra las perversiones de Martín Pedrosa. ¿Piensas realmente que existe una relación entre el asesinato del director de Las Noticias, esta historia de la rumana y el Caso Andorra?

—Si repasamos los hechos tenemos el asesinato de Llopis, con un móvil sin definir, donde se mezcla lo sexual, la venganza y un extraño mensaje ideológico, batiburrillo de asuntos laborales, feminismo y consignas políticas anarquizantes. Tenemos, además, un asunto de corrupción a gran escala, a lo que ahora se suma el tráfico de personas y la prostitución de menores. Los tres casos coinciden en la foto de la fiesta en casa de Alberto Villabona.

—A las fiestas de don Alberto suele acudir la mayoría de la alta sociedad catalana.

—Incluido el director general de la Policía.

—No me gusta tu tono, subinspectora. Sabes muy bien que algunos cargos institucionales deben cumplir ciertas obligaciones. Como decía Marco Aurelio, «Quien huye de las obligaciones sociales es un desertor».

—«Cuánto mayor es el poder, más peligroso es el abuso». Edmund Burke.

—¿Burke? No me suena.

—Era un conservador irlandés. Un liberal de los de antes.

—Los periodistas tenéis siempre la última palabra.

—Experiodista, Matas. Este bonito oficio que tiene la habilidad de cazar al vuelo todo lo que se mueve sin la necesidad de conocer las leyes de la aerodinámica.

—No me líes, Matilda.

Matas alarga instintivamente el brazo hacia el expediente que la subinspectora, adelantándosele, retiene entre sus manos.

—¿Qué hacemos, entonces? —pregunta Matilda desafiante, sin soltar el expediente.

—Tienes dos días para averiguar alguna cosa más antes de que hable con Nadal —suspira Matas resignado.

Rosa le ha dejado una nota pegada a la pantalla del ordenador: «Estamos en el Marsella tomando una copa, ¿te apuntas?».

Al salir de la comisaría Matilda agradece el viento frío que sopla en la calle, anunciando el invierno. Decide entrar en el barrio del Raval callejeando desde la plaza Universitat en dirección a la Biblioteca de Catalunya. En los jardines de Rubió i Lluch, situados dentro del recinto del antiguo hospital de la Santa Creu, un grupo de sintecho prepara los bártulos para dormir bajo los arcos góticos, habilitando nichos vivienda con cajas de cartón, colchones de espuma

y mantas viejas que descargan de sus carros de la compra de nómadas urbanos, aparcados en desorden junto a las sólidas piedras centenarias. Unos adolescentes fuman tumbados en las escaleras de la escuela Massana. Matilda se sienta en una de las sillas situadas en el centro del antiguo claustro. Cierra los ojos. Respira agradecida el olor de los naranjos que le llega mezclado con los efluvios a marihuana. Piensa en el pobre Antoni Gaudí, que murió solo en este hospital para desahuciados después de que lo atropellara un tranvía, sin que nadie se percatara de que se trataba del gran arquitecto modernista. Sonríe divertida al fijarse en la llegada de una figura disfrazada de Sant Jordi que se quita la armadura y deja en el suelo la lanza dando por terminada su jornada laboral como figura humana de las Ramblas. Los sintecho lo reciben blandiendo una litrona de cerveza. El recién llegado echa un trago, toma asiento en uno de los colchones. Eructa agradecido.

Matilda, cierra los ojos, fabula sobre la degradación de la ciudad que tanto ama. La falta de compasión hacia la gente humilde que ha sido aplastada por el turismo y la especulación urbanística. Quizás, piensa, en un futuro no muy lejano, cuando los barrios, vaciados definitivamente del alma de las personas, necesiten reinventarse para reflotar el turismo, un alcalde emprendedor, probablemente antiguo alumno de una escuela de negocios, decidirá pagar a sus conciudadanos un sueldo para que alegren las calles convertidos en figuras animadas. Replicantes de cualquier tiempo pasado fue mejor, dispuestos a escenificar la vida de antaño, de manera que los turistas, además de fotografiar piedras y edificios, tengan la oportunidad de gozar del esplendor humano de lo que un día fue la ciudad: Matilda ya visualiza en las Ramblas la figura del pastelero de tortells y mones de Pasqua, al doble del alcalde Pasqual Maragall armado con una ballesta disparando hacia un pebetero imaginario, la delgada figura de George Orwell sentado en una peana delante del Teatre Principal, máquina de escribir en ristre, mecanografiando crónicas sobre los enfrentamientos de mayo de 1937 entre los trotskistas y los comunistas, la alegría rumbera de Peret y Gato Pérez animados por un grupo de palmeros, la pubilla catalana de pechos generosos tatuados con las cuatro barras y los colores blaugrana ofreciendo de mamar mató de Montserrat, el limpiabotas de gruesas manos nervudas dándole betún a los zapatos de punta de hierro —manchados de sangre— del policía de la Brigada Político-Social con fino bigote perfilado, la pareja de enamorados que se bañan semidesnudos en la fuente de Canaletes simulando una postal romántica, la prostituta de la pensión Lolita sobando al marine de la US Navy frente al restaurante Amaya, Ferran Adrià cocinando el vacío con un cazamariposas, el obrero comunista de la SEAT arengando a las masas sobre la transición pudiente, La Lamentable

Peña de Casa Leopoldo, Vittorio y sus amigos… cae la noche, es la hora de recoger… Matilda oye en su sueño el sonido de los motores de los camiones de la empresa municipal que están aparcando en fila india en el lateral de las Ramblas, adiós, adiós, saludan los turistas mientras las figuras humanas toman asiento en las banquetas, se aflojan la vestimenta, se limpian la cara sudorosa pringada por el maquillaje, adiós, currantes, adiós, adiós, se sueltan las lonas de la trasera de los camiones, rugen los motores Rambla abajo, se dirigen por la Zona Franca en dirección a los asentamientos levantados por una franquicia de ACNUR allí donde la ciudad pierde su nombre. El pobre Pasqual Maragall se ha pegado un buen tortazo al saltar de la caja del camión. Ferran Adrià trata de ayudarlo prestándole el cazamariposas para que lo utilice a modo de muleta, pero los guardias, que lo han visto caer, lo dirigen hacia la fila del control de rendimiento, donde los fatigados, los perezosos, los desafectos, los que no muestran buena disposición y confianza en el proyecto «Barcelona, rebajas olímpicas al por mayor» son desechados mientras el resto se sitúa ordenadamente en la cola atendida por unos trabajadores municipales, contratados por una ETT que les paga el jornal del día, antes de dirigirlos a las duchas, venga, venga, apremian los voluntarios benevolentes de una asociación caritativa promovida por mujeres de exfutbolistas que se ocupa de la comida, gestiona los dormitorios colectivos…

«¡Ladrón, hijo de puta!».

Un fuerte grito saca de sus ensoñaciones a la subinspectora. Matilda gira la cabeza en dirección al campamento de los sintecho.

—¡Negro de mierda! ¡Vete a robar a tu país! —grita una mujer delgada como un junco, el pelo oxigenado, prieto como un estropajo, las piernas enfundadas en unos leggings agujereados, el gesto brusco, amenazante.

Un hombre negro de mediana edad recoge sus cosas, la mirada confusa, asustada, el cuerpo encogido tratando de hacerse transparente.

Incitados por la mujer, un par de hombres se levantan del amasijo de mantas y colchones.

—¡Largo de aquí! —grita uno de ellos dejando ver el brillo de la navaja que saca del bolsillo de su casaca militar, casaca de legionario con la bandera rojigualda decolorada cosida en el antebrazo.

—¡Maricón! —sube el tono la mujer—. ¡Vete a robar a los ricos!

El hombre negro trata de dialogar. Explica que él no ha robado nada, que no tiene donde dormir, que pensaba que podía coger la manta.

—¡Vete a tu país! ¡Aquí sólo venís a jodernos a los españoles! —sigue gritando la mujer.

El hombre cierra a duras penas la maleta y, desanimado, cabizbajo, se dirige por el jardín central hacia la salida que da a la calle del Carme. Matilda se levanta. Se queda un buen rato parada en dirección al grupo. La mujer le aguanta la mirada. El hombre de la casaca pega un buen trago a la botella de vino y se la pasa a la mujer, que bebe a morro, erguida como si tocara un cornetín. Eructa. Sonríe.

—¿Tengo monos en la cara? —pregunta la mujer dirigiéndose a Matilda, arrancando una risotada general entre la manada.

19

El bar Marsella brilla en la oscuridad de la calle Sant Pau con los mismos tonos rojizos de hace doscientos años, como si fuera un aparador modernista suspendido en medio de la posmodernidad lechosa de las tiendas de telefonía iluminadas con neones low cost y el plúmbeo hormigón del mastodóntico edificio de la Filmoteca Nacional.

Matilda encuentra a Llavaneras, Rosa y Tomás sentados a una mesa de mármol colocada junto a la puerta de los lavabos. La luz de la gran lámpara que cuelga del techo irradia, a través de los espejos colocados como un segundo zócalo, una intimidad mortecina de velatorio.

—¿Te pido una absenta? —saluda Rosa a la subinspectora, los ojos alegres, chispeantes.

—Venga, un día es un día —se anima Matilda acercando una silla.

Los policías brindan por el joven policía en prácticas y su golpe de suerte en su primer trabajo de campo.

Están hablando de la reunión de la subinspectora con el inspector Matas a propósito de Alina y del constructor Martín Pedrosa, cuando Rosa se fija en los dos hombres que acaban de entrar en el bar.

—Mira quiénes están ahí —dice sorprendida.

—Dimitri y David. El conserje de Las Noticias y el novio de Ana Lucía —se extraña Matilda alargando el cuello en dirección a los recién llegados, que se quedan de pie tras la desgastada barra de mármol. Piden dos cervezas. Bromean y ríen animadamente.

La subinspectora se levanta para irles al encuentro.

Dimitri es el primero en girarse.

—¡Joder! La señora policía —tarda unos segundos en reconocerla.

—Que casualidad, ¿no? —dice Matilda.

David, visiblemente contrariado, saluda levantando la cerveza.

—Chinchín —choca Matilda contra el botellín su vaso de absenta.

—Salud.

—Hace un momento estaba pensando en ti, David.

—¿Ah, sí?

—El penúltimo contra el último, ¿recuerdas?

—Primo Levi, sí —responde David desconfiado, escrutando receloso a la subinspectora.

—¿Me estoy perdiendo algo? —interviene Dimitri divertido.

Matilda explica la escena que acaba de vivir en el patio del Hospital de la Santa Creu. Lo hace en un tono jocoso que busca el comentario cómplice de los dos hombres.

—La puta realidad real. En esta ciudad el negro es el último. Digamos el penúltimo, porque el peor es el árabe —sentencia David ya más relajado, fijándose en la mesa donde están sentados el resto de los policías.

Rosa, que los está mirando, levanta la mano para saludarlo.

—Fiesta de polis, veo. ¿Celebráis algo? ¿Una nueva pista sobre el asesino del cabrón de Llopis? —comenta sardónico David.

—Un verdadero hijo de puta, ese Llopis —corrobora el búlgaro.

—Veo que sois buenos amigos.

—David es un tío cojonudo —dice Dimitri dándole una sonora y cariñosa palmada en la espalda.

Rosa se acerca hasta la barra para saludarlos. Tiende la mano abierta hacia los dos hombres, que se adelantan para besarla en las mejillas.

—Lástima que seas policía —la repasa de arriba abajo David.

—Siento mucho lo del suicidio de Castro —corta Rosa dirigiéndose a Dimitri.

—Es lo que hay —dice el búlgaro tras chasquear la lengua, abriendo los brazos hacia el cielo en un gesto de resignación.

—A Castro, quien de verdad lo ha matado es el dueño de Las Noticias. Malditos burgueses —escupe David.

—¿Qué quieres decir? —lo mira sorprendida Matilda.

—Lo de Castro ha sido un claro asesinato laboral, un moping, o como coño se diga. ¿Sabes cuánto le pagan a Dimitri por el trabajo que hacía Castro? Venga, díselo tú, tanta universidad, tanta fisiología…

—Filología, compañero.

—Filología, pues. Ya me dirás para qué coño te sirve.

—¿Otra ronda? —pregunta Dimitri—. ¿Absenta para todos?

—Venga —aceptan las dos policías.

—Hablabas del propietario de Las Noticias —recupera el hilo Matilda.

—Te diré una cosa —se anima David—. Vosotros, los polis, no veis a un palmo más allá de vuestras narices, siempre dando palos a los de abajo en vez de apuntar hacia arriba.

—¿Y eso?

—Cuando el sabio señala la luna, el necio se fija en el dedo —sentencia David.

—Tagore —sonríe Rosa.

—¿Has leído a Tagore? —pregunta sorprendida Matilda.

—Es la frase que cuelga en un cartel de la sala de espera de mi dentista.

—Hablabas de Villabona, David —insiste la subinspectora.

—A mí don Alberto siempre me saluda correctamente —interviene

Dimitri tratando de relajar el tono.

—Porque tú eres un lameculos.

—Errancia obliga, compañero.

—¿Os acordáis de cuando Margaret Thatcher cerró las minas de carbón inglesas? —se anima David.

—¿Y eso qué tiene que ver con Villabona?

—Pues tiene que ver y mucho: la muy puta decía que lo hacía para salvar la economía, pero lo que quería era hundir a la clase obrera inglesa. Se cargó todo el tejido social de las grandes zonas mineras. Destruyó a miles de familias. La gente se alcoholizó, los jóvenes empezaron a chutarse. Los matrimonios se separaron. ¡Pero si aquellos mineros tenían incluso orquestas! ¡Y qué coño les queda ahora! ¡Nada!

—Cuando la Thatcher, yo todavía iba a la guardería —sonríe Rosa guiñando el ojo a Dimitri.

—Pues de aquellos barros vinieron estos lodos —sentencia David.

—Polvos, de aquellos polvos, colega.

—Vale, filólogo, polvos, pues, listillo. ¿Sabéis cuántas lenguas habla Dimitri? Incluso habla catalán, que mira que yo, que he nacido aquí, todavía no lo hablo. Hostias, pero fíjate quién llega…

David se gira hacia la puerta de entrada por donde aparece la figura de dandi de Lluís Gomà, vestido con su impecable traje de redactor de economía y unos llamativos mocasines de piel de cocodrilo color borgoña.

—¿También conoces a Gomà? —pregunta Matilda sorprendida mientras David hace las presentaciones.

—Hemos coincidido alguna vez en el Boadas. Cuéntales aquello del otro día, Gomà. Aquello del exce no sé qué…

—¿Tú qué tomas? —pregunta Dimitri solícito.

—Como vosotros, absenta. ¿Lo del Excel decías? Nada, es una teoría mía. Pero ahora, Matilda, eres de la poli, así que tendré que vigilar lo que digo —baja la voz guiñando el ojo a la subinspectora—. ¿Estáis hablando del asesinato de Llopis? A mí me vino a ver para interrogarme aquel de allí, el que está sentado a la mesa, junto a los lavabos, debajo del cartel «Reservado el derecho de admisión».

—Llavaneras.

—Llavaneras, eso es. Bonito cartel. Se hizo en la época de Franco. Acrílico sobre cristal. Imitación modernista. Tal vez fue a aquella misma mesa adonde se sentó Hemingway.

—¿Hemingway estuvo aquí?

—¡Pues claro! Durante la Guerra Civil. Vino como periodista. Se dice que cogía unas cogorzas de campeonato. Y Picasso. ¡Picasso también abrevaba en este bar! El local se conserva tal como era hace dos siglos. Aquel otro cartel, «Prohibido cantar», ya es de la época de Franco.

—Muy bonito —Matilda se fija en el cartel.

—¿Os acordáis de los trenes de la RENFE durante el franquismo? —se dispara el veterano periodista—. ¡Prohibido escupir al suelo! ¡Prohibido sacar la cabeza por la ventanilla! ¡Prohibido, prohibido, prohibido, joder, prohibido todo!

—Estabas hablando del Excel, de no sé qué teoría tuya, Gomà —se impacienta Matilda.

—Elemental, querida: cuando a uno lo despiden o quieren despedirlo, como ha sido mi caso, lo primero que piensa es: joder, estos cabrones van a por mí. No les gusta lo que pienso, no les gusta mi trabajo, no les gusto yo. Soy una mierda.

—¿Y no es así?

—¡Craso error! ¡No se trata de un asunto personal! Para ellos tú eres nada, ni siquiera una mierda. O mejor dicho: sólo eres un número más en la cuenta del debe y del haber. Yo mismo, cuando fui citado porque habían escrito mi nombre en la lista de los despidos, caí en la trampa y cogí una depresión de caballo. Pero luego decidí levantar la cabeza y pelear. Aunque ahora me estén jodiendo bien jodido, claro. Pero yo los voy a joder todavía más porque a mí no me largan de esta puta empresa. ¡Treinta años de servicio!

—Lo del exe, Gomà, nos interesa lo del exel ese… —le toca el brazo David.

Gomà pide otra absenta. La apura de un trago.

—Lo del Excel, claro. Vosotros pensáis, como lo pensaba yo, que los despidos en Las Noticias se hacen para reducir costes, salvar el resto de los puestos de trabajo, rescatar a la empresa. ¡Mentira! ¡Fariseísmos! ¡Bobadas! Lo único que de verdad les importa es el santo Excel, el puto Excel: ahí tenéis la verdadera razón, pura y dura.

—No sé si lo entiendo… —dice Rosa abrumada por la vehemencia de Gomà.

—Te lo diré todavía más clarito: la empresa contrata a unos asesinos de cuello blanco educados en una escuela de negocios a los que les da lo mismo joder a los trabajadores de una fábrica de pollos que a los de una empresa del INI o del diario más importante de la ciudad. Estos mercenarios encorbatados de sonrisa beatífica no apuntan con ningún kalásnikov, pero poseen un arma devastadora, fulminante, ¡tienen el puto Excel!

—Microsoft. Bill Gates. Éste sí que déjalo correr, vaya un pájaro. ¡El gran filántopo! ¡Deja que me muera de risa! —interrumpe David.

—OK —acepta Gomà a punto de perder el hilo.

—Estábamos en el Excel —le echa un cable Matilda.

—Eso, el Excel. Y ahora, os pregunto yo: ¿se puede leer en el Excel la vida de los trabajadores?, ¿están escritas sus capacidades?, ¿su historia personal?, ¿las exclusivas que han dado al diario? ¡No! ¡En el

Excel sólo hay números! ¿Y qué hacen estos asesinos de cuello blanco, mercenarios a sueldo del puto amo? Pues miran la columna de los números y van poniendo cruces a los sueldos más altos, los más antiguos, los que tenían mejores condiciones laborales, derechos adquiridos a base de trabajar y de luchar durante años, porque no os olvidéis de que, antes, los trabajadores luchaban por sus intereses, intereses colectivos, ¡colectivos, eh!, ¡he dicho colectivos, compañeros! Pues nada. ¡Zas! ¡A la puta calle! Y, entonces, fichan a los Dimitri… por un sueldo tres, cuatro, cinco veces inferior.

Dimitri cruza la mirada con Rosa, que le sonríe.

—Me ha tocado —dice devolviéndole la sonrisa.

—¡Esperad, que todavía no he terminado!

Gomà está en su momento de gloria.

Pide otra ronda de absenta.

—Ésta la pago yo —sube la voz en dirección al camarero llevándose la mano al bolsillo de la americana—. Qué coño, yo. ¡Paga don Alberto! ¡Se la voy a pasar como gasto de trabajo, cagoendiós! ¡Treinta años trabajando para la familia Villabona!

—Decías que no habías terminado… —borbotea Matilda, que empieza a sentir los efectos de la absenta.

—Pues a lo que íbamos: entonces, cuando al tipo al que van a despedir le anuncian la buena nueva, éste, acojonado, se va a ver al director, se va a ver al comité… ¿y qué es lo que le dicen los peleles del comité?

Gomà deja la pregunta en suspenso.

Coge el vaso que le acaban de servir. Lo vacía de un solo trago. Saca un billete. Le indica al camarero que le dé el tique.

—No, mejor una factura —corrige con un gesto de la mano como si escribiera en el aire con un bolígrafo imaginario.

—Le dicen: chaval, o chavala, que ahora hay que ser políticamente correcto, chaval, pues; o chavala, lo que sea; o chavale, que también lo he oído; chaval: coge el dinero ahora que puedes porque la próxima vez sólo te ofrecerán la mitad. Y va y lo coge, claro. ¡Está acojonado! Pero yo no, yo no lo cojo, yo les dije que se fueran a la mierda. Y allí sigo, puteado, claro. Rodeado de Dimitris que cobran una miseria y trabajan el doble que yo. Por eso se tiró por el balcón el pobre Castro. Porque no lo pudo soportar. ¡Toda la vida trabajando para la empresa y se lo quitan de encima como si fuera un perro pulgoso! Y yo mismo, si os contara, ay, si os contara, bueno, bueno, bueno, mejor me callo… vaya, con tanta charla me estaba olvidando de tomar la pastilla…

Gomà rebusca en su bolsillo, saca una caja de Trankimazin y echa mano del vaso de Rosa.

—¿Me permites, monada? —se traga la pastilla apurando el culo de absenta que todavía queda en el vaso.

Llavaneras y Tomás se acercan hasta el grupo.

—Nosotros nos vamos —dice Tomás señalando el reloj.

—¿Qué tal está Mónica Oliver? —le pregunta Llavaneras a Gomà.

—¡No me hables de Mónica! —se revuelve Gomà alterado.

—Si este panoli de Gomà aún no ha tenido el valor de matar a Mónica Oliver, es imposible que lo haya tenido para matar al director —suelta una carcajada David dando un manotazo a la espalda de Gomà.

Gomà trata de sonreír.

—¿Otra ronda? —afirma más que pregunta.

—Nosotras también nos vamos —dice la subinspectora haciendo una señal a Rosa.

—Yo me quedo todavía un rato más —contesta la policía.

Matilda está demasiado mareada para insistir. Llavaneras la coge del brazo y la arrastra hasta la salida.

—¿Has visto cómo lo miraba? —pregunta Matilda trabándosele las palabras.

—¿Rosa? Déjala —dice Llavaneras—. Y la verdad es que ese búlgaro no está nada mal. ¿Te acompañamos?

—Gracias. Puedo ir yo sola. Estoy a cinco minutos de casa.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues nosotros seguimos hacia las Ramblas. Nos vemos mañana.

—Portaos bien.

20

La despierta el sonido de un mensaje en el teléfono. Es de Manolo Muñoz. Anuncia que llegará con el primer tren de la mañana. El despertador indica las dos de la madrugada. Sólo ha dormido un par de horas. Al regresar del Marsella, Matilda se había quedado completamente cocida, tumbada encima de la cama sin abrir, con la chaqueta puesta. Las imágenes de la noche anterior se entremezclan, en la confusión del despertar, con las de un grupo de amigos que discuten en el sótano oscuro de lo que parece ser el teatro Kamerni de Sarajevo. Hay toque de queda y algunos de los jóvenes que han acudido al concierto del roquero serbocroata Tifa se quedan a dormir. Matilda está sentada en el suelo de madera del escenario, saca su paquete de Drum y lía un cigarrillo. Se lo ofrece a Vesna, sentada a su lado. ¡Tabaco del bueno!, agradece Vesna con una sonrisa seductora, acercándose el cigarrillo a los labios para ensalivarlo lentamente hasta dejarlo completamente mojado. Así dura más, dice aguantando la mirada. Así lo hemos hecho durante meses cuando nos fumábamos la hierba de los jardines, lame de nuevo el cigarrillo: la lengua que se entretiene humedeciendo el papel, la boca ansiosa por aspirar la primera calada, su hermoso rostro a media luz, desdibujándose entre el humo hasta desaparecer…

Confundida y asustada por los recuerdos, Matilda se incorpora de golpe, abre el cajón de la mesilla de noche. Necesita confirmar que el reloj de Vesna sigue en su sitio. Lo saca del cajón, se lo abrocha en la muñeca. Comprueba, aliviada, el pálpito de la segundera acompasando su pulso a través de la piel. ¡Funciona!, gritó aquel día Vesna al regresar a la superficie, el brazo levantado sobresaliendo en las olas antes de zambullirse de nuevo, el bañador que se le escurre entre los tobillos, la risa tonta ante aquella desnudez huesuda de un cuerpo sometido durante meses a las privaciones, el hambre, el miedo. Vesna era una de las chicas jóvenes que habían sobrevivido en los refugios de los subterráneos del barrio de Dobrinja. Después de tres años de guerra sin poder salir de la ciudad, el mar es lo que más añoraba. Soñaba con el tacto de la arena en los pies. La ingravidez del cuerpo acunado por el agua. La sal en la piel. El horizonte sin límites. Aprovechando un alto al fuego, Matilda decidió acercarse hasta Split para recoger un ordenador y el material fotográfico que le mandaban desde el diario utilizando la estafeta del Ejército español para su misión en Mostar. Fue a finales del verano de 1995. Le sugirió a Vesna que la acompañara. Llegaron a la costa siguiendo el curso del río Neretva. Cuando Matilda desvió el coche hacia la primera playa que

encontraron, ni siquiera le dio tiempo a parar el motor. Vesna salió corriendo del coche, se desvistió tirando la ropa encima de las piedras y se sumergió en el agua. «¡Funciona!», aulló con un grito animal mostrando el reloj al asomar a la superficie. «¡Amo a este hombre!», proclamó alborozada antes de zambullirse de nuevo. Este hombre era Zlatan, que estaba luchando aquellos días como soldado del Ejército bosnio en el frente oriental. La noche antes de partir a la guerra, le dijo a Vesna que tenía un regalo para ella. Se desabrochó el reloj que llevaba en la muñeca, un reloj de pulsera, un sencillo Swatch de esfera blanca, las horas señaladas con números, la correa de plástico, y lo ajustó a la muñeca de Vesna. «Es sumergible», dijo, «ya lo verás cuando nos abran el mar. Mientras el reloj funcione mi corazón seguirá latiendo». A los pocos días de regresar a Sarajevo, una granada de mortero entró en la habitación de Vesna. Cuando Zlatan y Matilda se encontraron en el cementerio para enterrarla, Zlatan sacó del bolsillo el reloj y se lo entregó a Matilda. «Quiero que te lo quedes», se abrazaron entre lágrimas. «Sé lo mucho que te quería. Que os queríais».

Cuando Manolo Muñoz llama al interfono, la subinspectora ha tenido tiempo para dar de comer a Chiquita, regar las plantas, ducharse, secarse el pelo y embadurnarse la piel con cremas hidratantes. Las noticias las ha escuchado no más de cinco minutos, lo justo para constatar que seguimos igual de irritados que siempre y que cada día se le hace más insoportable el tono radiofónico de misa evangélica que tienen los locutores y el guirigay de avemaría-sin-pecado-concebida, fatuas y proclamas inquisitoriales de los contertulios catequistas.

—Ja soc aquí! —oye la voz del periodista por el interfono.

Manolo sube las escaleras de dos en dos.

—Veo que estás en forma —lo recibe Matilda, que lo espera en el rellano con la puerta entreabierta.

—La vida en el campo. Te la recomiendo. He recuperado las ganas de pensar.

Manolo avanza arrastrando una maleta. Sostiene en la mano libre una bolsa de papel que entrega a Matilda. Su chaqueta de reportero huele a una extraña mezcla de pinaza, viento y café de máquina.

—Vaya, de la pastelería Fàbrega —se sorprende Matilda cogiendo la bolsa.

—Xuixos con crema. Hacía tiempo que no los comía. ¿Te gustan los xuixos?

—Me encantan. Me recuerdan a la infancia. ¿Decías que has recuperado las ganas de pensar? ¿Antes no pensabas?

—Pensaba en lo que hacía. Pero nunca pensaba sin estar haciendo

nada. Tienes que probarlo.

—¿Y esta maleta?

—Vengo directamente de la estación. Tengo reservada una habitación en un hotel, si es eso lo que te preocupa.

Manolo se quita los zapatos, cuelga la chaqueta. Se dirige a la cocina.

—¿Todavía sigue viva esta bestia antediluviana? —pregunta acercándose a la jaula de Chiquita.

—Bien cuidada, una iguana puede vivir hasta veinte años. Bastante más que lo nuestro. Y con menos sobresaltos, sin duda.

—Venga, Matilda, tengamos la fiesta en paz. ¿Dónde has puesto el café? —pregunta Manolo rebuscando en el armario de la cocina.

—La cafetera está preparada. Sólo tienes que encender el fuego.

Parece mentira cómo Manolo consigue apoderarse del espacio y hacerlo suyo de un modo natural, piensa Matilda, que lo observa, de pie en un rincón, mientras el periodista pone la cafetera a hervir, coloca las tazas y los platos encima de la mesa de la cocina, abre la bolsa de papel, saca un xuixo, le pega un buen mordisco.

—Joder, qué de puta madre —exclama saboreándolo con fruición, limpiándose con el dorso de la mano el azúcar que se le ha quedado pegado en la barbilla y en la comisura de los labios.

—Supongo que me traes algo más que unos xuixos de crema —dice Matilda tendiéndole un trapo de cocina.

Manolo saca el teléfono móvil del bolsillo. Busca entre los wasaps.

—Aquí las tengo.

La primera foto Matilda ya la conoce.

En la siguiente foto salen los mismos personajes retratados desde otro ángulo, de manera que, justo al lado de la figura ecuestre, aparece el constructor Martín Pedrosa. Matilda está casi segura de que se trata de la imagen que salió en el programa de la Patiño.

De momento prefiere no decirle a Manolo nada de Alina, la rumana.

—¿Conoces a Belén Patiño?

—La conocí hace años. ¿Por qué lo preguntas?

—Esta foto es la misma que sacó en su programa de televisión hace unos días.

—Pues le llegaría por otra persona porque, desde luego, yo no se la di.

—¿La mujer rubia, entonces?

Manolo chasquea la lengua contrariado.

—Podría ser ella, claro. Pero también cualquiera de las casi cien personas que asistieron a la fiesta de cumpleaños de don Alberto.

—La mujer rubia estuvo en aquella fiesta.

—Estuvo.

En la siguiente foto, un hombre de mejillas sonrosadas, el pelo rubio clareando a blanco, la boca carnosa congelada en una mueca de viejo verde baboso, conversa con el conseller de Economía.

—¿Ése no es el alcalde de Badalona? —pregunta Matilda.

—Un caso curioso este alcalde. Es socialista, pero vive en un piso de lujo de la parte alta de Barcelona. Se dice que para ir a trabajar al ayuntamiento se desplaza todos los días hasta la entrada de Badalona en su Mercedes. Lo deja en un aparcamiento y allí lo recoge el coche oficial.

—¿Para que sus conciudadanos no vean el Mercedes?

—Es una nueva modalidad del servicio público: de día vas al ayuntamiento, como hacía antiguamente el patrón cuando iba a la fábrica, de noche regresas a tu mundo protegido, lo más lejos posible de tus queridos ciudadanos y abnegados votantes. Y al partido lo utilizas como una franquicia de tus propios intereses.

—¿Qué más has averiguado del centro comercial que debe construir Martín Pedrosa en Badalona?

—Este mediodía tengo una cita con la mujer rubia. Pero ya sabes cómo funciona la cosa. Yo le doy la información que tengo y ella confirma o desmiente. Así que, si quieres que te ayude, suéltalo de una vez, subinspectora Serra.

Matilda casi había olvidado que Manolo Muñoz ha sido uno de los mejores periodistas de investigación del país. Un sabueso intuitivo y desconfiado que ahora se está oliendo algo a lo que no se lo quiere invitar. La subinspectora decide soltar lastre.

—Tenemos el testigo de una menor rumana que afirma que fue violada por Martín Pedrosa. Creemos que el constructor se servía de una red de prostitución de menores para sus juegos sexuales.

—Vaya. ¿Y esta bomba que te tenías tan callada tiene que ver con el asesinato de Llopis?

—Es lo que estamos averiguando. En todo caso, podrías insinuarle algo a la mujer rubia. Decirle, por ejemplo, que te han llegado rumores, habladurías, sobre las juergas de Pedrosa. Que durante el viaje a Roma para ver la final de la Champions League hubo, quizás, algo más que fútbol y canapés. También podrías sondear al escolta del conseller que te dio el soplo. Los escoltas suelen saber más cosas de la vida privada de sus protegidos de las que deberían.

—¿Rumana, dices?

—Rumana, sí.

—La red de prostitución de la que hablas, ¿rumanos también?

Matilda advierte el cambio de registro de Manolo, la mirada concentrada, el cerebro que empieza a funcionarle a mil por hora, sospesando información, ordenándola en su cabeza.

—También —asiente la subinspectora.

—¿Habéis investigado las empresas de Pedrosa?
—¿Por qué lo preguntas?
—Nada. Cosas mías.
—No me jodas, Manolo. Yo te doy, tú me das.
—Corría un rumor, y te hablo de cuando yo todavía estaba en Las Noticias, justo cuando empezó a saberse lo del tres por ciento, un rumor sobre unos matones rumanos que le hacían ciertos trabajos sucios a Martín Pedrosa.
—Este rumor tendría algún fundamento, supongo.
—Yo me paré en el tres por ciento, los pagos de Pedrosa y la doble contabilidad del partido del Gobierno.
—Con eso ya tenías suficiente para forzar tu bien pagado retiro en la Sierra.
—He venido para ayudarte, Matilda, no para recibir sermones.
—¿A qué hora has quedado con la mujer rubia?
—A la hora del vermut.
—¿Llamarás al escolta del conseller?
Manolo recoge los restos del azúcar del xuixo que quedan en el plato y los apura lamiéndose los dedos.
—Veo que por pedir no queda… —dice torciendo la boca en un gesto que quiere ser una sonrisa.
—Estamos investigando un crimen, Manolo. En realidad, el Caso Andorra me tiene sin cuidado. Lo que busco son las conexiones entre una y otra cosa.
—Pero piensas que Pedrosa y Llopis hacían algo más que negocios.
—El crimen es una escena sexual. Un poco extraña, cierto. Pero sexual al fin y al cabo. Pedrosa violaba menores que le proporcionaba un grupo criminal rumano. Llopis era amigo de Pedrosa, viajaban juntos. Hemos encontrado pornografía infantil en su ordenador. Tiene que haber algo de esta relación que nos lleve hasta los apartamentos Drassanes.
Matilda se levanta. Recoge los platos y las tazas y los deja en el fregadero.
—¿Nos vamos? Tengo que ir a la comisaría —dice.
—¿Puedo dejar la maleta y la recojo por la tarde? —pregunta Manolo poniéndose la chaqueta.
Matilda le entrega un juego de llaves.
—Las dejas en el buzón. No sé a qué hora regresaré. De todos modos, nos llamamos después de tu cita con la mujer rubia.
—¿Y este reloj? —pregunta Manolo fijándose en el Swatch sumergido en un vaso de agua colocado encima del mueble del televisor.
—Cosas mías. Estoy comprobando si resiste dentro del agua sin pararse.

—Mira que eres rara, Matilda.

21

Matilda no espera ni un segundo a sacar el teléfono del bolsillo. Justo cuando la figura desgarbada de Manolo Muñoz desaparece al final de la calle, marca el número de Rosa.

—¿Qué? —dispara a bocajarro.

—¿Qué de qué? —responde jovial la policía, que ya se esperaba el tono conminatorio de Matilda.

—Perdona, Rosa. Buenos días. No sé dónde tengo la cabeza esta mañana. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido?

—Ha ido bien.

—Quiero decir si has tenido resaca, si…

—Pues sí, tengo resaca.

—Vaya.

—Y lo otro que quieres preguntar, pues también —dice Rosa de buen humor, dirigiéndose a la vez a Matilda y a la voz masculina que comenta algo ininteligible a su lado.

—Ya veo —titubea Matilda—. Yo estoy yendo ahora mismo para la comisaría. No te retrases demasiado —cuelga sin conseguir esconder su incomodidad.

La siguiente llamada es para Llavaneras.

Llavaneras tiene buenas noticias. Está revisando con Tomás las empresas del constructor Martín Pedrosa y resulta, efectivamente, que Pedrosa suele contratar a trabajadores rumanos para que vigilen sus obras.

—Cuando tengamos el listado con los nombres y los cotejemos en el ordenador central seguro que nos reservan más de una sorpresa —dice Llavaneras eufórico.

Antes de guardar el teléfono en el bolsillo, la subinspectora hace una tercera llamada.

Ruiz, el chófer de José Llopis, responde al instante.

Matilda va al grano:

—Deberías pasar por la comisaría esta misma mañana —dice sin más preámbulos.

—¿Ocurre algo?

—Necesitamos confirmar algunas informaciones.

—Yo…

—Serán sólo unos minutos —cuelga la subinspectora dejándolo con la palabra en la boca.

Al llegar a la calle del Carme, Matilda duda entre seguir en dirección a las Ramblas y subir tranquilamente hasta la comisaría o

cortar por Joaquim Costa hasta la plaza Universitat. Finalmente se decide por este último camino, más rápido, y al pasar por delante de la panadería Mistral, ya en la ronda Sant Antoni, una voz conocida acompañada de un leve golpe en la espalda la saca de su ensimismamiento.

De pie en medio de la acera, con una barra de pan envuelta en papel de estraza biodegradable bajo el brazo, está el periodista Eduardo Lopetegui luciendo una gran sonrisa.

—Caramba, Matilda —la saluda acercándose para abrazarla después de haberla repasado y sospesado de arriba abajo, deteniéndose algo más en el botón entreabierto de la blusa.

—¿Aprobada?

—Sobresaliente.

Lopetegui es un periodista relativamente joven. Había sido una promesa del reporterismo y de la crónica social. Un tipo locuaz, con una escritura incisiva, precisa, de una gran eficacia. Un sabueso que cuando agarraba una historia no la soltaba. Hasta que decidió pasarse a esta suerte de periodismo de opinión donde lo de menos son los hechos y el único brillo que importa son los halagos que uno recibe por sus piruetas intelectuales destinadas a épater al personal y ganarse un puesto de lacayo en el olimpo del poder.

—Te veo bien, Lopetegui —lo saluda Matilda.

—¡En plena forma!

Eduardo Lopetegui estuvo trabajando en Las Noticias hasta que recibió una oferta muy bien pagada de un diario de la capital. Un diario nacionalista español que ahora lo ha incorporado a su nómina de inquisidores en contra del nacionalismo catalán.

—¿Y eso? —pregunta Matilda fijándose en los pelos negrísimos que repueblan su calva.

—¿Te gusta? ¿Crees que me rejuvenece?

—Francamente, no sé qué decirte… te habrá costado un dineral. Pareces José Bono.

—Y tú, ¿qué tal, inspectora? —desvía la conversación Lopetegui, sonrojándose.

—Subinspectora.

—Subinspectora, pues. He oído por ahí que estás investigando el asesinato del malogrado Pepe Llopis. Vaya un marrón.

—Un final muy triste.

—Precisamente estuve hablando con él sólo unos días antes de que lo mataran.

—Pensaba que os habríais peleado cuando dejaste Las Noticias.

—Coincidimos en la pastelería Farga. Comprando el tortell del domingo. Nos saludamos sin más. Habrás leído mi artículo, supongo.

—Pues no.

—Dame tu teléfono y te mando el enlace. Te gustará. Es un retrato político-literario de Llopis.

Eduardo Lopetegui saca el teléfono y lo manipula concentrado.

—Ya lo tienes. Te lo acabo de mandar. Espero que sepas leer entre líneas. No me gusta hacer leña del árbol caído, así que he tratado de ser comedido.

—Te habrá costado un montón.

Lopetegui suelta una larga carcajada.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad?

—Al contrario. Cuando entraste en Las Noticias incluso te encontraba guapo.

—¿Pero algo se torció?

—Ya sabes lo que pienso de nuestro antiguo oficio.

—Yo sigo en él, subinspectora.

—Tú dejaste de ser periodista hace mucho tiempo, Eduardo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué soy, entonces?

—No me jodas. Lo sabes perfectamente.

—Dímelo tú.

—«José Llopis era la encarnación del espabilado, del oportunista, del buscón… su única ideología era que todo está en venta…» —cita de memoria la subinspectora.

—¡Te has leído mi artículo! —exclama satisfecho Lopetegui.

—Un defecto de fábrica, querido. Todavía me paro delante de los quioscos para mirar las portadas de los diarios. Me ocurre como a los exalcohólicos que se quedan dudando frente a la puerta de un bar. No consigo cortar con toda esta petulante cháchara malintencionada y autorreferencial que escribís la gente como tú.

—¿No te ha gustado mi retrato de Llopis?

—Es ingenioso, como siempre. Lástima que utilices tu inteligencia para lucirte como un pavo real y erigirte en un moralista cuando lo que en realidad ambicionas es precisamente lo que tanto críticas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso que tanto ambiciono, señora policía?

—Que te quieran, supongo. Y que te odien, claro. La cuestión es que se hable de ti.

—El amor es muy bonito, Matilda.

Matilda no puede contener una sonrisa.

—El amor no consiste en recibir palmaditas en la espalda por tus ocurrencias, Eduardo.

—Escribimos para que nos lean. ¿No?

—Déjalo, querido. Tengo prisa. Había olvidado tu capacidad infinita para el embrollo.

—¿Qué te parece si quedamos un día y charlamos tranquilamente?

—Ya sabes dónde encontrarme.

Matilda estira la mano en dirección a la barra de pan que sostiene

el periodista bajo el brazo. Arranca el cuscurro, se lo lleva a la boca.

—Mmmm, qué rico —dice hincándole el diente mientras se aleja en dirección a la plaza Universitat, dejando a Eduardo Lopetegui plantado en la acera, dudando entre entrar de nuevo en la panadería o regresar a casa con su baguette descapullada.

Antes de entrar en la comisaría, Matilda echa un vistazo al aparcamiento de bicicletas. Falta la Ortler de Rosa, comprueba con un sentimiento ambivalente de celos y disgusto.

Tomás y Llavaneras la esperan en la sala de la división.

Están sentados delante del ordenador.

—¡Los tenemos! —la saluda con entusiasmo Tomás señalando la pantalla.

—De momento, sabemos que tres de los trabajadores de Pedrosa —explica Llavaneras— tienen antecedentes policiales y dos de ellos han cumplido una condena por tráfico de drogas y tenencia ilícita de armas. Gracias a los contratos de trabajo que les ofrece el constructor, los rumanos consiguen legalizar sus papeles para poder residir en España. Aquí tienes los nombres y las direcciones —le tiende una hoja impresa—. Dos de ellos son de una misma familia. Al resto de la lista los seguimos investigando.

Matilda coge la hoja y se dirige al despacho del inspector Matas. Entra directamente sin llamar a la puerta.

—Echa un vistazo a esto —dice mostrando la lista que le acaba de dar Tomás.

Un par de horas después, los policías de la unidad criminal apoyados por el Grupo Especial de Intervención (GEI) salen de la comisaría hacia el extrarradio de la ciudad con una orden judicial para detener y llevar hasta la comisaría a los tres rumanos sospechosos de secuestro y tráfico de personas.

El olor a cebolla sofrita que invade la escalera la pone en alerta.

—Cabrón —susurra Matilda, que ya se lo veía venir.

Efectivamente, al abrir la puerta del piso allí está Manolo Muñoz delante de los fogones, en plena actividad culinaria. Viste el delantal de cocina que le regalaron a Matilda en la comisaría el día de su cumpleaños, con la frase «Just do it».

—¿Y esa maleta? —pregunta la subinspectora quitándose los zapatos.

—¡Arroz con escupiñas, querida! Ya he rehogado el arroz, sólo falta añadir el caldo del fumet y lo tenemos listo en quince minutos.

—Supongo que me alcanza para darme una ducha rápida.

—Este libro tuyo de recetas es una maravilla.

—Hace unos días estuve a punto de tirarlo a la basura.

Cuando Matilda sale de la ducha vestida con un chándal, el pelo sin secar, los pies descalzos, Manolo ya tiene puesta la mesa. Está abriendo una botella de vino blanco.

—Un Viña Esmeralda —dice llenando la copa de la subinspectora —, es lo que recomienda esta receta. Parece que Arzak la hace con cocochas en vez de escupiñas. A tu salud —levanta la copa el periodista.

Matilda está demasiado cansada para enfadarse.

—¿Tú no tenías reservada una habitación en un hotel? —pregunta irónica, sentándose en el sofá con las piernas recogidas y la copa de vino en la mano.

Manolo ni siquiera hace ademán de responder. Concentrado sobre los fogones, echa una generosa picada de ajo y perejil que, en contacto con el caldo, hace que se expanda por la cocina una vaharada de olores a puerto pesquero y a secarral.

Aguanta el fuego un minuto antes de retirar la cazuela.

—À table —ordena—. Primero comemos y luego hablamos.

Matilda ataca el arroz con apetito voraz bajo la mirada expectante de Manolo.

—Delicioso —aprueba la subinspectora tomando aire después de tres cucharadas seguidas.

—Mastica bien, las escupiñas necesitan una masticación concienzuda para revelar sus sabores escondidos.

—¿Eso es tuyo?

—Está en la receta.

—Qué bien escribía el cabrón de Vázquez Montalbán y qué obras

universales habría dejado si no hubiera sido tan compulsivamente prolijo.

—Ahí tenemos uno de los dilemas entre la literatura de la vida vivida, o la literatura de la vida pensada. Demasiada vida pensada, queda hueco; demasiada vida vivida, sin pararse a pensar, queda cojo. Por eso me gusta Hemingway.

—En tu nueva existencia de jubilado en la Sierra madrileña ahora tendrás tiempo de sobra. ¿No nos estarás preparando una novela pensada sobre tu anterior vida vivida?

—Veo que no concedes tregua, Matilda —llena de nuevo las copas el periodista—. ¿Qué tal el día?

—Ni siquiera me ha dado tiempo de almorzar.

—Chinchín.

—Gracias por tu llamada. Y por la foto —sonríe Matilda.

—Ya te dije que quería ayudar.

—¿Hasta dónde le contaste a la mujer rubia?

—De los rumanos ya había oído campanas. Sabía que se decía que Martín Pedrosa los contrataba para su propia seguridad. Pero poco más. Lo bueno fue cuando empecé a tantearla sobre lo de las menores y lo de la pornografía infantil. Entonces se puso seria. Pidió otro dry martini. Se lo bebió de un trago. Abrió el teléfono. «El muy hijo de puta», «ahora lo entiendo», dijo. Y me enseñó la foto de esa pobre chica, la foto que te mandé. ¿Alina, dices que se llama?

—En esa foto tenía dieciséis años. Ahora tiene diecinueve. Está casada con un policía municipal de Barcelona. Esperan una niña.

—¿Un municipal? ¿Lo dices en serio?

—Alina se tiró de un coche cuando la llevaban a un hotel para que se la follara Martín Pedrosa. El policía fue quien la recogió del asfalto y luego la estuvo visitando todos los días en el hospital.

—Guapa sí que es. Un caramelito.

—Qué burro eres, Manolo.

—¿Y los rumanos? ¿Han largado?

—Los rumanos son unos tipos duros, ya sabes. Cuando a uno de ellos le enseñamos la foto de Alina dijo que no conocía la verdadera edad de la chica. Que en su pasaporte ponía dieciocho años. Que la había traído a España haciéndole un favor a un familiar, porque así se lo pidió la propia chica. Que no entiende por qué se tiró del coche. Una historia que no se sostiene, por supuesto. Sobre todo si tenemos el testimonio de Alina, quien, además, está dispuesta a testificar en contra de Pedrosa y del rumano al que ha identificado como uno de sus secuestradores. Los otros dos rumanos puede que no tengan nada que ver con Alina, pero son viejos conocidos de la Policía.

—¿Y los contratos de trabajo?

—Suponemos que forman parte del acuerdo: nosotros te llevamos

chicas vírgenes, tú nos das trabajo en tu empresa y, de paso, te arreglamos los asuntos que necesitan mano dura. Uno de los detenidos ya estuvo preso por la paliza que le dio a una okupa de uno de los inmuebles propiedad de Pedrosa.

—¿La Policía no lo relacionó entonces con Pedrosa?

—Martín Pedrosa es amigo del conseller, del jefe de la Policía, de Alberto Villabona, de Aznar, del rey de España… ¡Se trata de uno de los hombres más ricos del país! En vez de investigar a Pedrosa, todas las energías de la Policía se centraron en la okupa, una nigeriana sin papeles que fue encerrada en un CIE al salir del hospital y a la que deportaron al cabo de dos meses a Mauritania, en un vuelo del ministerio del Interior.

—¿Mauritania?

—Ésta es la nueva política europea: se paga a países terceros, generalmente pobres, generalmente corruptos, para que se ocupen del trabajo sucio que nuestras leyes no nos permite hacer. Mauritania tiene un acuerdo con España para recibir a los africanos expulsados que han llegado de forma irregular a nuestro país.

—¿Y el rumano?

—Pasó un mes en la cárcel, pero no dijo una sola palabra sobre quién le había encargado el trabajito.

Matilda da cuenta del segundo plato de arroz. Vacía la copa de vino. Se limpia la boca con la servilleta.

—¿No hay postre? —pregunta.

—Tendremos que conformarnos con abrir otra botella de vino. Aunque si quieres puedo bajar al paqui de enfrente y comprar unos helados.

—Abre la botella. ¿Cómo consiguió tu mujer rubia la foto de Alina?

—Se la robó a Pedrosa. De su teléfono móvil.

—Un poco imprudente, Pedrosa.

—Al parecer, se veían en el hotel Majestic del Passeig de Gràcia. Pedrosa le dejaba una llave en la recepción y subían por separado a una de las suites. Durante una de estas citas de amor, mientras Pedrosa estaba en el baño, la mujer rubia vio cómo su teléfono recibía un mensaje y quiso echarle un vistazo: era la foto de Alina, la foto que te mandé. Con el texto que también te mandé. «Toda para ti, a punto de caramelo».

—Menudo cabrón.

—La mujer rubia hacía tiempo que sospechaba algo raro. La cama no engaña, asegura. Y Pedrosa había perdido el apetito.

—¿Apetito? ¿Así es como te lo dijo?

—Pedrosa es, al parecer, un bon vivant. Un tipo explosivo, locuaz, divertido. Detallista. La mujer rubia cuenta que la conquistó

colmándola de atenciones, haciendo que se sintiera única, guapa, inteligente. Le mandaba mensajes a todas horas. La invitaba a restaurantes caros. En Ca l'Isidre incluso coincidieron con el rey. Pero una vez que se la hubo follado empezó a perder el interés.

—Un clásico masculino.

—No tienes por qué mirarme así, Matilda.

—Anda, sírveme otra copa. ¿Tú crees que la mujer rubia estaba enamorada de Martín Pedrosa?

—Eso me pareció.

—No hay nada peor que una mujer despechada. ¿Piensas que cuando te buscó para filtrarte información sobre el Caso Andorra era sólo para joder a Pedrosa?

—Podría ser.

—No te veo muy convencido.

—Si te digo la verdad, esta mujer tiene la pinta de estar a un paso de mandarlo todo a freír espárragos. El partido. Su marido. Parece que quiere hacer un cambio de vida radical; ir a vivir al campo, quizás.

—¡No me digas que le propusiste pasar unos días en tu finca de la Sierra!

—Bueno, yo…

—Mira que eres capullo, Manolo. ¿Queda vino?

—Justo un culín.

—Me visto y bajamos a tomar una copa al Kentucky, necesito algo fuerte —se levanta Matilda y se dirige al dormitorio.

—¿Y Pedrosa? ¿Lo vais a detener? —pregunta Manolo levantando la voz en dirección a la puerta que la subinspectora mantiene ajustada.

—Pedrosa está citado para mañana. El director de la Policía ha negociado con sus abogados para que se presente a primera hora. ¿Nos vamos?

—Iba a recoger la mesa y fregar los platos.

—Déjalo.

Manolo se quita el delantal de cocina y coge del perchero la chaqueta de reportero.

—Te olvidas algo —dice Matilda señalando la maleta.

El camarero saluda a Matilda por su nombre.

—¿Tu amigo, también sin hielo? —pregunta levantando la botella de Jameson y sirviendo con generosidad los vasos.

—Con hielo —interviene Manolo.

La subinspectora se lleva el vaso a la boca. Bebe con ansiedad.

—Puedes quedarte en el hotel Fonda Espanya. Está aquí al lado, en la calle Sant Pau —dice.

—Puedo arreglármelas por mí mismo, si eso es lo que te preocupa.

—No te enfades, Manolo.

—No estoy enfadado —contesta seco el periodista, que rebusca con los dedos en uno de los bolsillos de la chaqueta, saca un paquete de tabaco Manitou, papel de fumar, lía un pitillo tomándose su tiempo, la cabeza gacha.

En la larga barra del local sólo quedan unos ruidosos ingleses y, al fondo, bajo la luz mortecina del ángulo de la pared, unas chicas, quizás suecas, que se miran embelesadas, ausentes del mundo que las rodea, intercambian pequeños gestos, unos dedos que resiguen el pelo y terminan en una caricia en el mentón, un dedo que se entretiene entre los labios, una mano posándose en la nuca. Matilda, que las observa, siente como una punzada de dolor en el estómago el recuerdo de este calor en la nuca, la lentitud de las yemas de los dedos resiguiéndole el hueco de las clavículas, el roce de las manos bajando por la espalda, los pezones que se erizan. Incómoda, cruza las piernas sintiendo la cálida presión de los muslos.

Manolo le ofrece el pitillo.

—¿Te ocurre algo? —pregunta.

—Cosas mías —trata de sonreír la subinspectora limpiándose las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Viejas heridas?

—Estaba observando a aquellas dos chicas; tan jóvenes, tan hermosas… —sonríe Matilda subiéndose la manga para mirar el reloj —. ¿La última? —dice haciendo un signo al camarero para que les sirva.

—¿Este reloj no es el que tenías en remojo dentro de un vaso de agua?

—Es el reloj de Vesna. Un Swatch. ¡Y funciona! —recupera la sonrisa Matilda.

—Rara de cojones, eso es lo que pienso de ti —masculla Manolo confundido, apurando el cigarrillo—. Pero somos amigos, ¿no?

—Pues claro, tonto —brinda Matilda chocando los vasos recién servidos.

—Lo siento, lo siento mucho. Sé que esperabas algo más de mí.

—Déjalo, Manolo.

—¿Lo añoras? Quiero decir, el periodismo —pregunta Manolo después de un largo silencio.

—A veces. ¿Tú lo añoras?

—Yo siento una gran nostalgia de unos tiempos que no se repetirán.

—Parece que hay una edad en la que lo mejor que tienes son los recuerdos.

—El porvenir de mi pasado, decía Mario Benedetti.

—Ingenioso.

—Todavía no es mi caso, creo.

—Ya.

—Aunque si te soy sincero, pues sí, añoro el periodismo. Y al mismo tiempo pienso que no regresaré jamás, porque no me sentiría cómodo en estas nuevas estructuras comerciales que lo dirigen. Me parece un mundo sacado de un libro de Orwell. Así que vivo entre la nostalgia y el deseo de alcanzar algo que dejó de existir.

—Mmmm, suena a depresión.

—No todos los días son buenos. Aunque tampoco tan malos. Trato de reciclarme; reinventarme, como se dice ahora. Llevar una vida sana en la Sierra. Cuidar de los pocos amigos que van quedando. Ayudarte a ti, si te dejas, claro…

—Claro.

—¿Te he comentado que estoy escribiendo una novela?

—¡Lo sabía! Y yo que te lo decía de coña.

—Bueno… de momento es una novelita.

—¿De qué va la novelita, si se puede saber?

—Te vas a reír.

—Suéltalo.

—Va de periodismo. Sobre nosotros. Sobre Las Noticias. Sobre los cielos que hemos tratado de conquistar y las hostias que nos hemos dado. Quizás incluya un asesinato.

—¡No me jodas, Manolo! ¿No irás a convertir todo este sacramental del asesinato de Llopis en una novela?

—¿Por qué no?

—Supongo que estás de broma.

—Tú has decidido vivirlo. Yo prefiero escribirlo. ¿Acaso no era eso lo que buscábamos cuando nos hicimos reporteros? Escribir sobre los demás, llevar una vida interesante y, de paso, colar nuestras propias obsesiones.

Matilda, desconcertada, se queda un largo tiempo en silencio.

Apura el whisky.

—¿Nos vamos? —dice levantándose bruscamente del taburete.

—No entiendo por qué te lo tomas así, Matilda.

—Eres un cabrón, Manolo: ahora resulta que yo debería haberme retirado tranquilamente, como has hecho tú, a vivir de la vida de los demás escribiendo novelitas y comiendo pan de centeno.

—Siempre has tenido alma de justiciera, querida.

—No sé a qué te refieres.

—Quizás por eso te hayas hecho ahora policía. Porque te gusta poner orden en el caos.

—¿Y a ti no?

—Yo sólo quiero agitarlo.

—Claro, tú eres un artista…

Matilda paga las consumiciones, coge la maleta de Manolo y la arrastra cabizbaja hacia la puerta. Manolo la sigue a unos metros de distancia, molesto por el ruido de las ruedas de la maleta chirriando sobre la acera, resonando como un incordio en las callejuelas del barrio dormido.

Al llegar delante del hotel Fonda Espanya, la subinspectora se gira para despedirse.

—¿Desayunamos juntos, mañana? —pregunta serio Manolo.

—Podemos tomar un café de despedida. ¿A qué hora tienes el tren?

—Todavía no lo he decidido.

—¿A las ocho, entonces? ¿En el bar La Paciencia?

—Seguro que… no crees que podríamos…

—Tú agitas el caos, ¿no? Y yo quiero poner orden. Pues eso. Hasta mañana, Manolo.

23

El director general de los Mossos, Miquel Álvarez, observa desde la ventana de su despacho cómo el constructor Martín Pedrosa, plantado en medio de la acera, el traje ajustado a su cuerpo orondo, la cabeza de toro echada hacia atrás, encaja la mano de su abogado, le da un golpecito en la espalda y se dirige, flanqueado por un guardaespaldas, hasta el Mercedes negro que lo aguarda en la esquina. No le pasa desapercibido el gesto servil del chófer al abrir la puerta trasera del coche, ni cómo, cuando el coche arranca, la sonrisa contenida del constructor se contrae en una mueca torcida, desafiante.

El comisario Nadal, el inspector Matas y la subinspectora Matilda Serra esperan en silencio de pie frente a la mesa del director general, mientras éste se toma su tiempo junto a la ventana, todavía de espaldas, antes de girarse en dirección a sus subordinados, dudando entre si dejarse llevar por las emociones y liberar su rabia echándoles una bronca descomunal, o tratar de mantener fríamente la dignidad coercitiva de su rango.

Pero ni la dignidad ni el carácter forman parte de las cualidades que caracterizan a los cargos políticos nombrados a dedo, moldeados por la flaqueza, el peloteo y el lametón, de manera que Álvarez regresa a la mesa para recuperar su silla de director general, apoya los codos sosteniendo la cabeza, se recoloca el pelo, levanta la vista:

—¿Y ahora qué coño hacemos? —dice arrastrando la palabra coño como si en ella se sintetizara toda su autoridad.

Matilda y Matas esperan a que Nadal sea el primero en hablar.

El comisario, visiblemente contrariado, la voz apenas audible y con escasa convicción, explica que los indicios para traer al constructor a la comisaría eran sólidos.

—Aunque las pruebas, nulas —corta Álvarez.

El comisario se encoge de hombros. Matas se ve obligado a intervenir en auxilio de su superior.

—Teníamos a los rumanos, que han reconocido su relación con la chica secuestrada —dice tratando de controlar el tono de voz—, tenemos a la chica, Alina, que ha identificado a Pedrosa y está dispuesta a testificar, están también los antecedentes penales de los rumanos y esta dudosa empresa de seguridad…

—¿Cómo dices que se llama la empresa?

—Timisecurita.

—¿Estás de coña?

Matilda interviene para explicar que se trata de un acrónimo, que los rumanos son de Timisoara, la ciudad donde empezó la revuelta

contra Ceausescu.

—Y securita, por seguridad, claro… —mueve la cabeza afirmativamente Álvarez.

—También podría ser un aviso para navegantes —dice Matilda—. La securitate era la temida policía secreta del régimen comunista de Ceausescu.

—Vaya, timo seguro, igualmente —comenta Álvarez sin que nadie le ría la gracia.

—Tal como yo lo veo —recupera la palabra el inspector Matas— deberíamos reunirnos con el juez para organizar las nuevas líneas de investigación.

Matilda asiente con la cabeza. Recuerda, no sin vergüenza, cómo el interrogatorio de Pedrosa se les ha escapado de las manos. El constructor llegó a la comisaría «dispuesto a colaborar en todo lo que haga falta», y salió por la puerta grande sin haber contestado una sola pregunta que pudiera imputarle algún delito, evidenciando que la Policía carecía de las pruebas necesarias para hacerlo. Muy bien asesorado por su abogado, Pedrosa aceptó haber tenido una relación con una chica en un hotel de Barcelona y cuando Matilda le mostró la foto de Alina sacada del móvil de la mujer rubia reconoció que bien podría tratarse de ella, aunque era imposible que tuviera dieciséis años pues él mismo había echado un vistazo a su pasaporte mientras la chica estaba en el baño. «¿Suele usted mirar en los bolsos de las mujeres?», preguntó Matilda. «Un hombre de mi posición está obligado a tomar ciertas precauciones», respondió el constructor con una sonrisa cínica que se mantuvo desafiante mientras explicaba que fue una relación consentida, que había conocido a la chica en el bar del hotel donde la encontró tomándose una copa, que estuvieron hablando, subieron a la habitación. «¿Conocía la relación entre Alina y sus empleados rumanos de la empresa Timisecurita?». «Pues no, no tenía ni idea». «Tampoco sabía, por supuesto, que dos de sus empleados rumanos dirigen una red de tráfico de personas». «¡Vaya barbaridad! ¿Cómo iba a saberlo?», se puso serio el constructor, asegurando que, si era cierto lo que le estaban diciendo, él mismo se encargaría de ponerlos a todos ellos de patitas a la calle. «¿Alguna cosa más?». Hubo, por supuesto, más preguntas, pero el abogado de Pedrosa se cuidó de cortar todas aquellas que no tuvieran que ver con el motivo de su citación como testigo en un caso de tráfico de personas, recomendando al constructor que se negara a contestar —en todo caso lo haría delante de un juez— cualquier pregunta sobre el Caso Andorra o el asesinato de José Llopis, asuntos sobre los cuales los policías sólo fueron capaces de especular pidiendo a Martín Pedrosa una colaboración que ellos mismos habían arruinado haciéndole acudir a la comisaría con muchas dudas y escasas certezas.

—Veo que todavía no has hablado con Nadal sobre el asunto del expediente de Alina —dice Matilda al inspector Matas sólo entrar en el ascensor, después de que Álvarez diera por terminada la reunión y le indicara al comisario que se quedara unos minutos más.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Sacar el tema delante de Álvarez?

—Quizás era el momento para aclararlo.

—Nadal es una buena persona.

—Mejor, ¿no? Así saldremos de dudas.

—Ya sabes que a veces estos casos se archivan simplemente porque estamos desbordados de trabajo.

—¿Te fijaste en la cara de Nadal cuando salió de su despacho para recibir a Pedrosa en la comisaría?

—No seas paranoica, Matilda. ¿Qué cara iba a poner?

—Era como si se hubieran cambiado los papeles. Nuestro jefe, encogido, preocupado, servicial; a la defensiva, se diría. Pedrosa, sonriente, altivo, seguro de sí mismo. Y ahora Álvarez, irritado, totalmente acojonado. Algo huele a podrido, querido.

—Con un personaje como Pedrosa toda prudencia es poca. No podemos permitirnos dar palos de ciego.

—No me jodas, Matas. ¡Una relación consentida! ¡Hay que tener morro! Llevemos a este cabrón ante el juez como imputado y hagamos que declare Alina.

—Los abogados de Pedrosa se la comerían con patatas. La destrozarían. ¿Recuerdas el caso Strauss-Kahn? La víctima, una mujer de la limpieza guineana sobre la que el francés se abalanzó compulsivamente (¡tardó menos de un minuto en violarla!), acabó siendo desacreditada por haber mentido sobre su pasado cuando trataba de conseguir la residencia en Estados Unidos. A pesar de las evidencias, el fiscal retiró todos los cargos y la víctima, inmigrante, negra, pobre, madre soltera, se convirtió en la mala de la película, la puta, la mentirosa, mientras uno de los hombres más importantes del mundo, el violador, se iba de rositas gracias al dinero de su mujer, blanca, multimillonaria…

—… y periodista.

—No se te escapa una, inspector.

—Pruebas. Necesitamos pruebas, Matilda. Tenemos el dibujo, lo tenemos en la cabeza, sabemos lo que hizo Pedrosa, pero nos falta pasarlo al papel.

—¿Te vienes a comer? Hemos quedado en Can Lluís, en la calle de la Cera.

—Prefiero quedarme a trabajar.

—¿Hablarás con Nadal?

—Lárgate ya, que llegarás tarde.

Rosa, Llavaneras y Tomás han tomado posesión de la mesa redonda del fondo del restaurante, junto a la cocina, el lugar preferido de la gente del mundo del teatro. Encima de la mesa, un platito de anchoas, aceitunas, tres vasos de vermut negro de la casa con una rodaja de limón y el libro abierto de Ángel Pestaña.

—Este Pestaña es un personaje fascinante —dice Rosa levantándose para hacerle un sitio a la subinspectora—. ¿Sabes que conoció a Trotsky y a Lenin y les plantó cara a los dos?

Matilda hojea con curiosidad el libro, Setenta días en Rusia, donde Pestaña, dirigente anarcosindicalista, cuenta su viaje clandestino para participar en el segundo congreso de la Tercera Internacional, en el que se decidió la creación de los partidos comunistas y la dictadura del proletariado.

—Me encanta el subtítulo, Lo que yo vi, lo que yo pienso —dice Matilda cerrando el libro—. Cuando me jubile igual escribo una novela con el título Lo que yo pienso de todo esto.

—¿Todo esto? ¿A qué te refieres? —pregunta Rosa.

—Pues esto, la vida, la época, el país, todo esto —dice la subinspectora haciendo una histriónica mueca de asco, abriendo los brazos como si quisiera abarcar el mundo entero—. También lo podría titular Os vais a enterar.

—Cabrones —tercia Rosa para rematar la frase.

—Esto mismo: Os vais a enterar, cabrones. Me encanta.

—Veo que la reunión con Álvarez te ha sentado de maravilla —observa Llavaneras rescatando con los dedos la rodaja de limón del vermut para sorberla ruidosamente con los labios.

—A Álvarez sólo le preocupa su silla —sentencia la subinspectora levantando el brazo para indicar al camarero que también ella tomará un vermut.

—Y pensar que al prepotente de Pedrosa casi lo teníamos cogido por los cojones —se lamenta Llavaneras.

—Ha sido culpa nuestra, pero, sobre todo, culpa mía —acepta Matilda—. No se puede ir a un interrogatorio sin tenerlo todo bien atado. Y menos aún con un pajarraco como Pedrosa.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Rosa.

—Seguimos con lo que estamos haciendo —contesta resignada la subinspectora—. Lo único que cambia es que el juez será mucho más estricto. Después del fiasco del interrogatorio de Pedrosa, casi se niega a autorizar que le pinchemos los teléfonos.

—¿Y los rumanos?

—De momento van a la cárcel. Sin fianza. Acusados de tráfico de personas. También tenemos luz verde para vigilar durante las veinticuatro horas a la empresa Timisecurita.

—¿Piensas que los rumanos podrían haber matado a José Llopis? —pregunta Rosa.

—¿Y por qué deberían hacerlo? No hay nada que los vincule al director de Las Noticias. ¿Un asesinato por encargo? ¿De Pedrosa? ¿Con qué motivo?

—Porque compartían algún asunto turbio, innombrable; y el constructor temía que Llopis se fuera de la lengua.

—Si Pedrosa quería deshacerse de Llopis no era necesario montar la delirante puesta en escena que encontramos en los apartamentos Drassanes.

—¿Entonces?

—Yo sigo pensando en un asesino al que se le han cruzado los cables, un justiciero, un resentido…

—Os vais a enterar, cabrones —bromea Tomás.

Matilda, sorprendida, se queda unos segundos descolocada antes de sumarse a la risa de sus compañeros que celebran, divertidos, la aguda y arriesgada ironía del policía en prácticas.

Tomás baja tímidamente la cabeza.

Piden el menú. Habas a la catalana de primero y boquerones fritos de segundo. Rosa, después de dudar un buen rato, dice que tomará las habas de segundo y de primero la ensalada. «¿Las habas pueden ser sin el tocino ni la butifarra?», pregunta. «Entonces ya no serán habas a la catalana, señorita», sonríe el camarero. «Pues mejor la ensalada y la merluza a la plancha», decide Rosa después de releer un par de veces la carta. «¿La merluza viene con patatas fritas?». «Como usted quiera». «No, mejor hervidas. Con unas hojas de perejil sería perfecto».

—Y vino, vino de la casa, tinto —pide Llavaneras.

Tomás espera a que el camarero se largue.

—He estado pensando, quizás sea una tontería… —dice con la voz apenas audible, desplegando sobre la mesa una fotocopia con el mapa del Raval.

—Habla, no te cortes —lo anima Llavaneras.

—No sé, bueno, con una cruz he señalado los distintos lugares del barrio que tienen que ver con el asesinato: los apartamentos Drassanes, la esquina con la placa de El Noi del Sucre, el locutorio donde se imprimió la segunda carta dirigida a la subinspectora, la librería anarquista de la calle Joaquim Costa, el Liceu, el domicilio de la subinspectora…

—¿Y? —pregunta Matilda sorprendida.

—Pues que todo ocurre en el mismo barrio. El asesino…

—O la asesina…

—... o los asesinos...

—... es alguien que se mueve en el Raval, que lo conoce bien.

—Puede que tengas razón —admite la subinspectora después de un largo silencio—. Quizás deberíamos volver al principio, concentrarnos más en Las Noticias, en los trabajadores del diario, hurgar en ese odio que desprendía a su entorno el director...

—¿Qué tal la merluza? —pregunta Llavaneras dirigiéndose a Rosa.

—Insípida.

—Congelada, seguro. Por este precio, no me extraña. Las habitas, sin embargo, están cojonudas. La butifarra negra esclatada, salteada con los ajos tiernos y la menta, tiene un toque prodigioso.

—¿Has encontrado algo en Pestaña que pueda servirnos? —pregunta Matilda dirigiéndose a Rosa, abriendo el libro para hojearlo una vez más.

—Pestaña era un moralista, un asceta, un tipo recto, incorruptible. Para él, la revolución empieza en la propia persona —dice Rosa abriendo el libro por la página 107—. «Muchos granos de arena acumulados hacen un montón» —lee en voz alta—. «No el montón a los granos».

—¿No era el apóstol Mateo quien se preguntaba de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde el alma? —apunta Llavaneras.

—Me suena que Oscar Wilde decía algo parecido —tercia Matilda.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque en el caso de Oscar Wilde puedes citar lo que te dé la gana, que siempre aciertas. También puedes hacerlo con Lao Tse. En el diario La Vanguardia había un columnista que siempre lo citaba y nadie lo contradecía. Lao Tse le servía lo mismo para un barrido que para un fregado.

—Citar siempre produce un gran efecto, una gran impresión —sentencia Llavaneras.

—¿Puedo continuar? —se impacienta Rosa, regresando de nuevo al libro de Pestaña—: «La infinita serie de pequeñas cosas que hemos de realizar día tras día demuestra mejor que ningún otro medio el fondo verdadero de cada uno de nosotros».

—¿Esto es lo que le dijo nuestro anarquista a Lenin? —pregunta Tomás.

—Literal.

—Lenin alucinaría.

—¿Fue un encuentro a solas?

—A solas, en el Kremlin.

—¿Y Trotsky?

—A Trotsky lo vio durante una de las sesiones plenarias del Congreso. Pestaña intervino para decir que la revolución no necesita partidos políticos, y Trotsky le contestó que sin partido comunista no

habría revolución. Trotsky estuvo durante cuarenta y cinco minutos rebatiendo los puntos de vista de Pestaña y cuando al anarquista le tocó el turno de réplica, la Presidencia dio por finalizado el debate.

—¿Y Lenin?

—Lenin parece que fue muy cordial con Pestaña, incluso cariñoso. Quería saber si los anarquistas españoles seguían rechazando la dictadura del proletariado y la creación de un partido centralizado, disciplinado. Pestaña insistió en que la revolución y la dictadura eran incompatibles y puso como ejemplo a los delegados que se alojaban en su mismo hotel, afirmando que eran unos caraduras, unos aprovechados, porque una cosa son los discursos que largan en público y la otra su vida ordinaria y cómo se dejan corromper por los privilegios que da el poder.

—Tenía cojones este Pestaña. ¿En qué idioma se entendían?

—En francés. Pestaña lo había aprendido en Francia, trabajando de minero, a pico y pala. Lenin en su exilio dorado de Suiza. Pero atentos ahí, porque a pesar de la cordialidad del encuentro el anarquista no se muerde la lengua: «¿Se puede creer», le pregunta a Lenin, «en los sentimientos revolucionarios, altruistas y emancipadores de muchos de estos delegados que, en la vida de relación diaria, obran, ni más ni menos, como el más perfecto burgués?». Lenin, sorprendido, le preguntó en qué se basaba para un juicio tan desfavorable. Y escuchad lo que le contesta Pestaña, sin aflojar el pie del acelerador: «¿Cómo se ha de creer en el altruismo de estos delegados que llevan a comer al hotel a infelices muchachas hambrientas a cambio de que se acuesten con ellos?».

—Joder.

—Espera, que no he terminado —dice Rosa subiendo la voz—. «¿Con qué derecho hablan de fraternidad cuando insultan e injurian a los hombres de servicio en el hotel, porque no están siempre a punto para satisfacer sus más insignificantes caprichos? Cada noche, igual que si viajaran por países capitalistas, ponen sus zapatos en la puerta del cuarto para que el “camarada servidor” del hotel se los limpie y embetune. ¡Hay que reventar de risa con la mentalidad “revolucionaria” de estos delegados!».

—A mí nunca me han limpiado los zapatos en un hotel capitalista —comenta Tomás.

—Un Airbnb no es un hotel, querido.

—Un momento, que ahí viene el remate final: «Y el empaque y altivez y desprecio de estos delegados que irrita y desespera hace pensar en cómo procederían estos individuos si mañana hicieran la revolución en sus países de origen y fueran ellos los encargados de dirigirnos desde el Poder».

—¡Un visionario, este Pestaña!

—La triste historia de la humanidad.

—¿Y esta visita dices que fue en el año 1920?

—Dos años después de que en Europa nos diéramos de hostias hasta la coronilla y empezáramos a tomar carrerilla para darnos todavía más de hostias en 1945.

—Sin contar nuestra propia guerra civil.

—Lamentable.

—¿Y qué decías, Rosa, qué es lo que Pestaña y sus debates con Trotsky y Lenin aportan a tu investigación filológica sobre el asesino de Llopis? —regresa al principio de la conversación la subinspectora.

—Mucho. En el caso, por supuesto, de que el asesino sea la misma persona que envía las cartas…

—Vamos a suponerlo —la anima la subinspectora.

—Empecemos por lo que nos ha dejado escrito en el cuerpo del director: «Arriba, parias de la tierra» y «Machista muerto, abono para mi huerto».

—Revolución. Cabreo feminista.

—Exactamente. Pero no se trata de una revolución cualquiera ni de un feminismo amable.

—¿Feminismo amable? —pregunta Llavaneras alargando el tenedor hacia el plato de Rosa para pinchar un trozo de patata a medio comer y llevárselo a la boca después de untarlo con el aceite y el perejil.

—¿Te parece amable convertir a un hombre en abono para las lechugas y los tomates?

—Continúa, Rosa, haz el favor —se impacienta la subinspectora.

—Vayamos a la primera carta. «José Llopis tampoco consiguió asistir al tercer acto de Guillermo Tell».

—Atentado anarquista de 1893, en el Teatre del Liceu —interviene Tomás, siempre con el teléfono preparado, echando mano del navegador.

—Exactamente. A continuación, tenemos una segunda carta donde nos habla de Salvador Seguí y del «gran Ángel Pestaña». El gran, fijémonos bien —el gran dice de Pestaña, pero no de Seguí—, para ensalzar a continuación la figura de una mujer, su esposa, María Espeus. Si lo juntamos todo, las inscripciones y las cartas, vemos que hay una voluntad de hilvanar un cierto discurso: la revolución, aunque no una revolución cualquiera, sino una revolución anarquista, el feminismo, la fascinación por la personalidad austera, ascética, heterodoxa, moralizante de Pestaña.

—Veo que te gustan las novelas.

—No seas burro, Llavaneras —se enfada Rosa.

—Déjala terminar —lo corta Matilda.

—Pestaña es un hombre que detesta el poder, se escandaliza

porque los delegados se acuestan con las criadas del hotel a cambio de dinero, es, también a su manera, un solitario… ¿todavía no lo veis?

Tomás y Llavaneras se miran dubitativos. Matilda, concentrada, hace una seña a Rosa animándola a concluir.

—¡Está muy claro! Nuestro asesino, al identificarse con Pestaña, descubre sus obsesiones, delata su personalidad…

—Tiene sentido —acepta Matilda.

—Nuestro asesino se considera a sí mismo un benefactor.

—El bien absoluto suele ser tan criminal como el mal absoluto… —filosofa Matilda meditabunda.

—Mi opinión es que el hombre, o la mujer, que mató a Llopis no tiene nada que ver ni con Pedrosa ni con los rumanos, su guerra es otra —concluye Rosa triunfante.

—¿Quién de ustedes es la subinspectora Matilda Serra? —interrumpe el camarero acercándose con un papel en la mano—. Me acaban de entregar esta nota —dice mostrando una página de periódico doblada con un texto escrito a mano sobre las letras impresas. Matilda lo lee por encima, se levanta de golpe, sale corriendo en dirección a la puerta del restaurante seguida de Llavaneras.

Regresan al cabo de unos minutos.

—Demasiado tarde —dice Llavaneras con la respiración entrecortada.

El camarero, azorado, pregunta si ocurre algo grave. Explica que el papel se lo ha dado un niño. No lo conoce de nada, no, un chaval normal, del barrio, supone. Matilda le da las gracias.

La nota está escrita con letras mayúsculas completamente deformadas trazadas con rotulador rojo.

Son sólo dos frases:

«Mira por dónde caminas.

Escucha el grito de dolor de los pisoteados».

—Mira por dónde caminas… nos está siguiendo, nos observa, y encima se ríe de nosotros —coge la nota Rosa para leerla de nuevo.

El camarero, que sigue de pie junto a la mesa de los policías, sonríe divertido.

—¿Les importaría echar un vistazo? —dice señalando hacia sus zapatos.

Los cuatro policías bajan la mirada. El suelo, un viejo pavimento de baldosas, muestra unas esquirlas diseminadas en forma de abanico, como si fueran las escamas de un fósil marino.

—Ya veo que no conocen la historia —sonríe satisfecho el camarero.

Los policías, sorprendidos, niegan con la cabeza.

—Pues aquí mismo, justo donde ustedes están sentados, un día del

año 1946, acabada la Guerra Civil, entraron a comer un hombre y una mujer, acompañados de una niña. Eran dos conocidos anarquistas a los que buscaba la Policía. Al parecer, alguien se chivó y cuando los anarquistas iban ya por los postres la Policía entró en el local, pistola en mano, para detenerlos. La mujer, al ver que los tenían rodeados abrió el bolso, sacó una granada de mano y la hizo explotar tirándola al suelo. El dueño del restaurante, el abuelo Lluís, salía en aquel momento de la cocina y el artefacto explotó a sus pies hiriéndolo de muerte. A la mujer la acribillaron a balazos, y la mataron allí mismo. Al hombre consiguieron detenerlo vivo. Se lo llevaron a la cárcel y lo ajusticiaron a garrote vil, después de torturarlo salvajemente.

—¿Y la niña?

—Dicen que cuando empezaron los disparos la niña echó a correr y se escondió debajo de las faldas de la mujer de Lluís.

—Y estas señales en el suelo son…

—La bomba.

El camarero retrocede unos pasos, dejando que los policías se tomen su tiempo para observar el pavimento herido.

—El dolor de los pisoteados… —asiente Rosa.

—¿Me dejan que les cuente una cosa que pasó hace no muchos años? —pregunta el camarero recuperando la atención de los policías.

—Pues resulta que una tarde, debíamos de estar a finales de los años ochenta, entró en el restaurante una mujer muy bien vestida. Una de esas mujeres que te paras por la calle para mirarlas porque irradian un halo de misterio. Preguntó por la mesa donde había explotado una bomba. Se quedó un buen rato de pie justo donde ahora se encuentran ustedes. Algunos dicen que la vieron llorar. Se fue sin comer y nunca más se supo de ella.

—¡La niña! —no pudo contenerse Llavaneras.

—La niña que ya era una señora mayor. ¿Van a tomar postres? —pregunta solícito el camarero.

25

El comisario Nadal, vestido de civil, recoge sus pertenencias. La taza que le regalaron en La Caixa el día que lo invitaron a un congreso sobre delito juvenil y mediación. La estatuilla de bronce de Sherlock Holmes con lupa y gorro de cazador de zorros que compró en Londres durante un curso de la Europol sobre terrorismo. La foto con su esposa y su hijo durante unas vacaciones en Italia… «Joder, los hijos», se lamenta el comisario a punto de estrellar la foto con su marco dorado contra el suelo del despacho… «Joder, joder y joder», sube el tono sintiendo cómo la cabeza se le va, se le acelera el pulso, busca a tientas el respaldo de la silla para sostenerse, respira hondo…

De pie en la puerta abierta del despacho, el policía que lo vigila con expresión severa hace ademán de ayudarlo. «Estoy bien… gracias, muchacho, gracias…», lo rechaza el comisario con un gesto brusco de la mano. «Ya lo ves», trata de suavizar su salida de tono con una sonrisa amarga. «Creo que lo tengo todo», echa un último vistazo a su pequeño reino al que ya no regresará. «¿Nos vamos?». «Quita de ahí, quita, todavía puedo», se abre paso arrastrando un par de bolsas de El Corte Inglés, cruza la puerta del despacho en dirección a la salida, la cabeza baja, la mirada ausente, ciega y sorda al rumor que enturbia el silencio espeso, acusador, de la oficina. Avanza por el pasillo seguido de la figura imponente, inexpresiva del policía que lo acompaña, vigilándolo y guiándolo, tomando ahora posición junto a la puerta de la calle mientras el comisario, ya en la acera, levanta la mano para parar un taxi, abre la puerta trasera, echa las bolsas dentro, descubre con horror cómo la figurita de Holmes se desliza de la bolsa para caer sobre el asfalto, se inclina para recuperarla, olvida en el bordillo la lupa partida, se hunde en el asiento, cierra la puerta…

De pie, a través de las ventanas de la quinta planta, Miquel Álvarez, el director de los Mossos, observa la escena protegiéndose detrás de las cortinas.

Matilda y Rosa aparecen al final de la calle. Caminan hablando animadamente. Tomás y Llavaneras las siguen rezagados.

El comisario Nadal los ve llegar justo cuando cierra la puerta de taxi. «Arranque, por favor», azuza al taxista tratando de ocultar su rostro con un gesto torpe de la mano. «Acelere, coño», sube la voz sin poder modular el grito que se le escapa.

Rosa gira la cabeza en dirección al coche. «¿El comisario?», pregunta dubitativa. «¿Nadal? ¿En un taxi?», se extraña Matilda fijándose en el coche que se aleja.

Álvarez deja caer las cortinas y se gira en dirección al inspector

Matas, sentado en el canapé, frente a la mesa de las visitas. Tres tazas de café vacías permanecen a la espera de ser retiradas junto al expediente de Alina y la placa del comisario Nadal.

«Ya está», dice Álvarez.

«Mierda», se levanta bruscamente Matas saliendo del despacho sin despedirse.

Pegada a la pantalla de su ordenador, Matilda encuentra una nota que le ha dejado el recepcionista de la mañana.

«Teníamos una cita. La he estado esperando durante más de una hora. Si todavía me necesita, ya sabe dónde encontrarme».

—¿Otra carta anónima? —pregunta Rosa.

—Es de Ruiz, el chófer de Llopis. ¡Lo había olvidado completamente!

El inspector Matas, de pie en la sala de reuniones, espera a que los policías de la unidad vayan ocupando sus asientos antes de llamar su atención con un sordo palmeo de las manos. La versión que se ha difundido rápidamente por los pasillos de la comisaría a través de radio macuto es que el comisario Nadal ha cometido una falta grave al ocultar pruebas en el curso de una investigación criminal.

—Ya os habréis enterado de que Nadal ha sido cesado de sus funciones —habla sin más preámbulos—. El caso está en manos de Asuntos Internos. Fuera de las paredes de esta comisaría la versión oficial es que Nadal ha perdido la confianza de sus superiores. A nosotros, sin embargo, la cuestión nos afecta directamente, así que voy a ir al grano: hace unos días, en el programa de televisión de la Patiño proyectaron una foto en la que se veía al constructor Pedrosa…

—Menuda víbora —comenta alguien en medio del cuchicheo general.

—Alina Dalca —prosigue Matas como si no lo hubiera oído—, una chica rumana a la que investigamos hace tiempo por un caso de tráfico de personas y prostitución de menores, se presentó en la comisaría y dijo reconocer a Pedrosa como el hombre que la había intentado violar. Todo esto ya lo sabemos… el asunto es que al revisar el expediente de Alina hemos visto que la investigación fue archivada por el comisario Nadal. Así que este mediodía tuvimos una charla con él y Nadal, muy afectado, reconoció que había dado carpetazo al caso de la rumana a cambio de ciertos favores…

—¡Pedrosa! —levanta la voz Matilda sin poderse contener.

—No exactamente, subinspectora… Si me dejas terminar —pide silencio Matas tratando de acallar los murmullos—. Supongo que ya lo sabéis, Nadal tiene un hijo…

—Gerard.

—Gerard nos dio algunos problemas en el pasado… el chaval es,

digámoslo así, un chico difícil…

—¡Vaya un marrón aquella historia del perro! —interrumpe Llavaneras.

—¿Puedo continuar? —se pone serio el inspector—. Desde que Gerard trabaja de bedel en un centro deportivo municipal de Badalona parece que las cosas van mejor. El problema es que este trabajo lo consiguió como un favor que le hizo el alcalde de Badalona… y luego, claro, Nadal tuvo que devolver el favor.

—¿Nadal le pidió el trabajo al alcalde? —pregunta Rosa.

—No exactamente, Nadal se lo pidió al conseller de Interior y el conseller se lo pidió al alcalde.

—Joder.

—Joder, sí.

—¿O sea que el conseller está al tanto de las actividades delictivas de Pedrosa y, quizás, puede que incluso esté implicado? —pregunta Llavaneras.

—Nadal afirma que lo desconoce. Dice que cuando le pidieron que no siguiera hurgando en el caso de la rumana, él se limitó a archivar la investigación. Sin hacer preguntas, asegura. En honor al comisario Nadal tengo que decir… algunos de nosotros tenemos hijos… lo que quiero decir es que cuando fui a ver a Nadal este mediodía se mostró completamente dispuesto a colaborar. Tuve incluso la impresión de que me estaba esperando para desahogarse, sacarse un peso de encima.

—¿Te parece creíble lo que dice Nadal? —pregunta Matilda.

—Asuntos Internos es ahora quien decide. Por mi parte, considero que Nadal es una buena persona que la ha cagado.

—¿No crees que también deberíamos interrogarlo nosotros?

—Hablaré con Álvarez —asiente el inspector Matas justo en el momento en el que Comellas abre la puerta para sumarse a la reunión.

—Lo siento, estaba con los de Delitos Económicos —se excusa por el retraso el subinspector—. Una reunión muy interesante, muy productiva.

—¿Muy interesante, dices?

—Parece que tenemos buenas noticias —sonríe Comellas dejando que la curiosidad se apodere de los policías.

—Ya sabíamos —continúa Comellas después de dejar pasar algunos segundos— que la empresa de Pedrosa hizo las obras de remodelación en la sede del partido del Gobierno.

—El famoso tres por ciento.

—El tres por ciento, efectivamente. El tres por ciento del valor de las obras, que fue ingresado en la caja B del propio partido. Pero hay algo más —se retiene Comellas disfrutando de la atención que despierta en sus compañeros de la unidad.

—¿Y? —sube la voz Matas, que empieza a perder la paciencia.

—Pues que lo que no sabíamos, y ahora ya sabemos, es que el alcalde de Badalona y el conseller de Interior también han cobrado sus propias comisiones.

—¿De Pedrosa?

—Exactamente.

—¿Y esto cómo lo habéis averiguado?

—Por unas grabaciones.

—¿A Pedrosa?

—Alucinaréis —sonríe satisfecho Comellas.

—Larga ya —se impacienta Tomás.

—Por el mismísimo José Llopis.

—¿Llopis, el director?

—El director, efectivamente. Tenemos una conversación grabada entre el director de Las Noticias y el alcalde de Badalona en la que el alcalde se delata y acusa al conseller.

—¿Tenemos? ¿Qué quieres decir? ¿De dónde la habéis sacado?

—Nos ha llegado en un pendrive de forma anónima.

—¡Tiene que ser El Bulldog! —salta Matilda.

—¿Quién es ese «Bulldog»? —se sorprende Matas.

—El jefe de seguridad de Las Noticias. Parece que espía a los propios empleados. Me comentaron que incluso interviene sus teléfonos.

—¿Y por qué lo habría filtrado?

—¿Por orden de Villabona?

—Esto ya tendremos que averiguarlo nosotros —dice Comellas todavía de pie, esperando, quizás, el aplauso de la unidad.

Matas, preocupado, no disimula su malhumor.

—Alberto Villabona… —dice como si hablara para sí mismo—. ¿Por qué lo habría filtrado precisamente ahora? ¿Tú qué piensas, Matilda? —pregunta dirigiéndose a la subinspectora.

Matilda se encoge de hombros.

—Deberíamos preguntárselo directamente a Villabona, ¿no te parece? Y a El Bulldog…

—Y a Nadal, y al alcalde de Badalona… A ver qué dicen los de arriba —suspira resignado Matas—. En esta investigación ninguna línea de trabajo parece lo suficientemente sólida como para descartar las demás. Desde luego, no es lo mismo un asesinato cometido desde dentro del diario, vete a saber por qué motivo, que este marrón donde se mezclan la corrupción, la política, los negocios…

—Y el sexo —apunta Llavaneras.

Matas, de malhumor, ensimismado en sus pensamientos, hace como si no lo hubiera oído. Antes de dar por terminada la reunión y repartir el trabajo anuncia que dada la situación en la que se

encuentra el comisario Nadal, el director general le ha encargado que sea él quien de momento asuma la dirección de esta investigación.

—¡A trabajar! —dice en un tono poco convincente abandonando la sala de reuniones.

—¿Qué es esa historia del perro? —pregunta Tomás a Llavaneras mientras los policías se dispersan por el pasillo.

—Mandi, creo que se llamaba, un caniche muy mono. El chaval este, Gerard, resulta que se lo robó a una vecina.

—¿Robó un perro?

—Gerard hacía pequeños robos en domicilios y no se le ocurrió nada mejor que llevarse el perro de una señora mayor después de haberla amenazado con un cuchillo y quitarle todas sus joyas. Un día, la señora reconoció al perro por la calle —o el perro reconoció a la señora—, y se montó la de Dios es Cristo. ¡El zoquete del hijo del comisario estaba tocando la flauta en una esquina del barrio, a menos de cien metros de la casa de la señora, con el perro atado a su lado y un platito para que le echaran monedas! Cuando el animal vio a la mujer casi se ahoga de la alegría y la impotencia por liberarse de la correa. A Gerard lo ingresaron, detenido, en un centro de menores. Todos los años, por Navidad, la señora, agradecida, nos manda una foto de Mandi vestido con un gorro de Papá Noel y un lacito atado al cuello. Al parecer, la señora es una pintora bastante conocida, una mujer muy interesante. Uno de sus cuadros, Mandi y el chico de la flauta, se expone en la fundación Vila Casas.

Antes de ir a ver a El Bulldog a la redacción de Las Noticias, Matilda Serra decide hacer una visita al periodista Xavier Vinader, especialista en temas policiales y gran conocedor de la extrema derecha española y europea.

—Ay, ay, ay, ¡Enrique Mercader de Juan! Quin pàjaru! —la recibe Vinader en el rellano de la puerta de su piso de la plaza Tetuan—. ¿«Bulldog» dices que lo llaman en Las Noticias? —sonríe de buen humor.

El periodista, nacido en Sabadell, tuvo de niño la poliomielitis. Tras su enésima operación de cadera, se ve obligado a desplazarse en una silla de ruedas.

—Ayúdame —ordena dándose impulso para dirigirse hasta el amplio salón despacho donde los libros y papeles se acumulan escalando las paredes cubiertas de librerías, encima de las mesas, bajo las ventanas, apilados en dudoso equilibrio en sillas y sofás.

Al cruzar el pasillo del enorme piso del Eixample, Matilda se fija en la colección de armas que cuelga de la pared.

—¿Esta maza…? —pregunta señalando un palo de madera con la cabeza maciza, en forma de bola.

—¿La reconoces? ¡Un regalo del periodista Bru Rovira! ¡De La Vanguardia, tu competencia!

—Qué mal rollo…

—Me la trajo de Ruanda. Vete a saber a cuánta gente matarían con esta maza. Un genocidio a golpes y a cuchilladas. Cientos de miles de muertos a mano, ¡medio siglo después de Auschwitz! ¡Del gas Zyklon! ¡Del asesinato industrial! No som res, querida.

—El otro día te vi en la tele, Xavi.

—Cuando te empiezan a tratar bien, malament. Huele a funeral.

—Una muerte civil, dijiste literalmente. Se me ha quedado grabado. Con dolor te lo digo.

—Mira allí, encima de aquella pila, la carpeta azul —señala Vinader encajando el comentario de Matilda con una mueca amarga, apenas perceptible.

Vinader fue uno de los periodistas más tocapelotas de la dictadura y lo siguió siendo durante la democracia.

—¿Ves la carpeta? La azul.

—¿Esta en la que pone Enrique Mercader de Juan?

—Mercader no tiene la categoría de El Lobo, pero su historia es parecida.

—He leído tu libro sobre El Lobo.*

—Supongo que ya sabes que ahora trabaja en La Vanguardia. Se ocupa de la seguridad y le hace algunos trabajitos al conde de Godó. Parece que espió a su enemigo en los negocios audiovisuales, Mario Conde. El Lobo se ha hecho la cirugía estética, por supuesto. Hace unos días vino a visitarme y estuvimos charlando tan tranquilamente. Me pareció que se gana muy bien la vida. Y no me quedó claro si trabaja para Mario Conde, para Godó, o para ambos a la vez.

—Te debe de odiar.

—Nos tenemos aprecio profesional, cada uno en lo suyo —ríe a gusto Vinader, echando la cabeza hacia atrás, dejando que los agudos histriónicos de su risa de conejo resuenen por la habitación difundiéndose entre las altas paredes—. Pásame la carpeta. —Alarga la mano colocándose detrás de su enorme mesa de madera maciza—. ¿Cómo dices que llaman a Mercader de Juan en Las Noticias?

—El Bulldog.

—Muy adecuado. Aquí lo tenemos. —Hojea los papeles—. Como espía tuvo poco recorrido. Trató de infiltrarse en el movimiento independentista catalán, sin éxito. También hizo algunos trabajos de información sobre la ultraderecha, la gente de la librería Europa y toda esa peña de descerebrados. Pero por lo que veo, este pàjaru tuyo se pasó pronto a la seguridad privada, donde sin duda saca más pasta. No creo que en el CESID, el ahora CNI, lo añoren demasiado.

El periodista cierra la carpeta. Apoya la cabeza entre sus manos.

—¿A que no sabes quién ha pasado por aquí esta misma mañana antes de que tú llegaras? —se queda mirando fijamente a la subinspectora.

—¿El Lobo?

Vinader no puede reprimir una larga carcajada.

—Tu amigo Manolo Muñoz —suelta sin bajar la mirada.

—Vaya.

—Pareces sorprendida.

—Bueno, yo…

—¿Qué tal os lleváis? Habíais sido muy buenos amigos, si no me equivoco.

—Coño, Xavi, soy yo la que quería hacerte las preguntas.

—Todavía no me han enterrado —sonríe el periodista sin poder contener un leve rictus de fastidio.

—Y eso que dijiste en la tele de la muerte civil… que te considerabas un muerto civil, joder, me dolió de veras.

—Me salió así. Aunque lo dije con una sonrisa, creo. ¿Acaso no es como nos tratan a mí y a otros tantos periodistas a los que los grandes medios tienen apartados?

—Bueno, tu casa se ha convertido en una especie de redacción paralela, una escuela de periodismo… incluso creo que viene a

visitarte para pedirte consejo Jordi Évole.

—He levantado en casa una humilde barricada. Como en los viejos tiempos. ¡Cada mesa, un Vietnam!, decía Huertas Clavería, otro defenestrado en vida.

—Deberías escribir tus memorias, Xavi.

—Uy, uy, uy, uy, la que íbamos a liar —se descojona Vinader palmeando el aire como si ahuyentara los malos espíritus.

—¿Y qué quería Manolo Muñoz?

—Pues lo mismo que tú. Parece que está investigando sobre el asesinato de Llopis.

—¿Y?

—¿Has comido, Matilda? Invito yo. He reservado una mesa en el Xampú, aquí al lado. Échale un vistazo a esto mientras yo me preparo —dice tendiéndole la carpeta de Enrique Mercader de Juan, bajo cuyo nombre acaba de añadir con un rotulador negro «El Bulldog».

Al salir del portal, mientras Matilda maniobra concentrada la silla de ruedas, una voz ronca, de fumador, le sopla al oído «Cada dia estàs més bona, nena».

—Joder. ¡Vaya susto me has dado, Roglan! —se gira la subinspectora—. ¿Adónde vas con esta gabardina y esas horribles gafas oscuras? Pareces de la secreta, por no decir otra cosa.

Vinader y Roglan se saludan amigablemente, manteniendo la tensión que suelen tener los periodistas de investigación, auscultándose mutuamente, tratando de adivinar las intenciones del otro, midiendo bien las palabras antes de soltar prenda, a ver qué querrá éste, a ver qué sabe que yo no sepa, a ver qué le puedo sacar.

—Menudo final, José Llopis, ¿no? —baja la voz Roglan dirigiéndose a la subinspectora, hablándole casi al oído—. Tengo entendido que no os llevabais muy bien.

—A cada cerdo le llega su San Martín.

—Creo que me voy a quedar a comer con vosotros —se frota las manos Joaquim Roglan.

Vinader le señala la acera de la Gran Via sin dejar de sonreír.

—Venga, lárgate ya.

Matilda conoció a Joaquim Roglan al principio de su carrera de periodista cuando entró a trabajar en la redacción del diario vespertino TeleXprés. Hacía sólo dos días que trabajaba cuando, el 11 de julio de 1978, un camión que transportaba gas propano licuado se estrelló contra el camping Els Alfacs, en la costa de Tarragona, provocando una gran explosión. Murieron 243 personas y el camping quedó completamente arrasado.

A Roglan lo mandaron para cubrir el accidente. Su primera crónica, dictada por teléfono, es uno de los mejores textos periodísticos que jamás haya leído Matilda.

De aquel trágico suceso, Matilda tampoco olvidará jamás lo que le ocurrió al fotógrafo del diario cuando, encerrado en la sala oscura, al ver las imágenes que empezaban a asomar en la cubeta del líquido de revelado, descubrió, con horror, lo que realmente había fotografiado. Aquella consciencia tardía de lo vivido, cegado por la adrenalina de la acción durante el trabajo, era la misma que a Matilda la había mantenido atenta, comprometida, en guardia, quizás viva, durante toda la guerra de la antigua Yugoslavia.

—Aquí tienen un menú del día que no está mal —dice Vinader.

—Me parece bien —responde Matilda regresando a la tierra.

Vinader, paciente, espera hasta el segundo plato para entrar en materia.

—Ya te he dicho antes —arruga la frente sin perder la sonrisa— que Manolo Muñoz ha venido a verme esta mañana por el asesinato de Llopis, así que «escuchándolo a él» y ahora «escuchándote a ti», yo mismo me he permitido atar cabos, porque tú me preguntas por este tal Bulldog y él me preguntó por unos rumanos que están en el radar de la Policía. No sé si sabes de lo que te estoy hablando, ya lo sabes, claro, unos tipos que suelen hacer trabajos sucios por encargo, que están metidos en distintos tráficos, bueno, al menos uno de ellos, antes de que vinieras, he comprobado que ha sido, o sigue siendo, confidente de la Policía, de la unidad de estupas, ya sabemos que todas estas cosas, este mundo oscuro, acaba por establecer extrañas alianzas, y resulta que este pajarito, mejor dicho este pajarraco, pues también tuvo una relación, una relación laboral antes de que los rumanos montaran su propio chiringuito, con una empresa de seguridad en la que también trabajó… ¿lo adivinas?

—No me jodas, Xavi. ¿El Bulldog?

—El Bulldog, efectivamente.

Terminan la comida hablando de otros temas, pasando revista a sus propias vidas.

Vinader pide la nota.

Matilda le ayuda a salir del restaurante. Lo despide en el rellano dándole dos besos inclinándose sobre la silla de ruedas.

Matilda decide regresar caminando por la acera central de la Gran Via. Tiene que llamar a Rosa para que la acompañe por la tarde a entrevistar a El Bulldog.

Trata de ordenar la información que relaciona a los rumanos con el jefe de seguridad de Las Noticias. ¿Qué interés podría tener El Bulldog para filtrar las conversaciones de Llopis, el conseller y el alcalde de Badalona? Esta nueva información se entrecruza con el Caso Andorra, pero no encuentra ninguna explicación razonable que lo relacione con el secuestro de Alina, los rumanos y el asesinato de Llopis, cuyo único

sospechoso es, de momento, un iluminado que parece ir por libre. A no ser que todo el teatro, las cartas, las consignas políticas, las heridas post mortem en el cuerpo de Llopis sean un cortafuegos para distraer a la Policía, cosa que le parece demasiado enrevesada, demasiado sofisticada, delirante y novelesca para la chusma de la corrupción, el poder y el crimen organizado.

«Tengo que llamar a Manolo», la subinspectora hace el gesto de sacar el teléfono del bolsillo de la chaqueta, pero el encuentro con Roglan, el recuerdo de las imágenes de los turistas carbonizados en Els Alfacs, los coches ennegrecidos, deshuesados de neumáticos y tapicería, decolorados sobre un paisaje de cenizas, despiertan de nuevo las imágenes insoportables del día en el que salió corriendo del hotel Holiday Inn alertada por unos periodistas. Venga, venga, se azuzaban unos a otros entre gritos, preparando las cámaras, ajustándose los chalecos antibalas, colocándose los cascos, venga, venga, parece que ha sido aquí mismo, en un piso de la «Avenida de los Francotiradores», un obús de gran calibre, ha entrado por una pared del edificio, en la quinta planta, hay al menos dos muertos.

De aquellos primeros momentos, la salida del hotel, el coche chirriando en la rampa del aparcamiento subterráneo del Holiday Inn antes de lanzarse a la calle a toda velocidad, la llegada al edificio, a Matilda sólo le quedan algunas imágenes imprecisas. El ruido, la agitación, el terror a confirmar lo que ya intuye, la premonición que deja de serlo cuando descubre el cuerpo de Vesna entre los escombros, tendido como un muñeco desgarrado al pie de la cama en la que ella misma ha dormido, el brazo delgadísimo erguido en una posición antinatural, tieso como el palo de una bandera, la piel cerúlea, el reloj Swatch atado a la muñeca para confirmar que no se equivoca, que es Vesna, que también pertenece a Vesna la fotografía pegada a la pared destripada por el obús, la foto donde se las ve sonrientes en bañador, las cabezas pegadas, el pelo mojado, el mar Adriático al fondo. «Tengo que llamar a Manolo», se traga las lágrimas Matilda, hace el gesto de sacar el teléfono del bolsillo, respira hondo, marca el número.

—¿Matilda?

—¿Sabes con quién he comido, Manolo?

—No tengo la menor idea. Pero antes de que empieces a pegarme la bronca, que sepas que tengo buenas noticias para ti.

—Sé lo que tienes.

—¿Vinader? ¡Has comido con Vinader!

—Quizás deberíamos vernos.

—Vente esta noche. Al Marsella. He quedado con tu Rosa y con Dimitri.

—¿Rosa y Dimitri?

—Dimitri es un tío cojonudo. ¿No estarás celosa?

—Ya veremos lo que decido —cuelga el teléfono sin despedirse. Marca el número de Rosa.

—Estoy de camino. Quedamos frente a la Universidad. El Bulldog nos espera en Las Noticias a partir de las cuatro.

—¿Qué tal van las cosas? —pregunta Rosa.

—Ahora te lo explico.

Su respuesta seca, la voz alegre de Rosa… Sí, está celosa, no hay duda, acepta la subinspectora, pero ¿celosa de qué? ¿De Rosa y Dimitri? ¿De la felicidad de los demás que a ella le es negada?

Matilda Serra se toca con un gesto mecánico la muñeca. Siente con dolor la ausencia del Swatch que ha dejado en el cajón de su mesilla de noche.

* Mikel Lejarza Eguía, El Lobo, fue el mayor infiltrado de la historia de ETA, donde se lo conocía con el nombre clandestino de Gorka. En 1975, sus informaciones llevaron a la detención de más de 150 militantes de ETA, entre los cuales estaba buena parte de la cúpula de la organización terrorista.

27

Ruiz espera en la sala de visitas.

Después del capullo de El Bulldog, ahora le toca el cantamañanas de Ruiz, piensa Matilda echando un vistazo al reloj colgado en la pared de la oficina, fijándose en las luces de la ciudad oscura tras los cristales de la comisaría.

—Espero que no te entretenga demasiado. Nos vemos en el Marsella —se despide Rosa mientras se pone la chaqueta.

El chófer de José Llopis se levanta para saludar a la subinspectora.

—El otro día me dejó plantado —dice de malhumor.

—Lo siento —se excusa seca Matilda—. Puedes sentarte. Será sólo un momento.

—¿Ahora nos tuteamos?

La subinspectora hace como si no lo hubiera oído. Saca una fotografía de la carpeta que lleva en la mano y la coloca encima de la mesa.

—¿Lo conoces?

Ruiz se toma su tiempo mirando la fotografía.

—El alcalde de Badalona, por supuesto. Muy amigo del director. Solían comer juntos algunos mediodías.

—¿Y a estos dos? —coloca las fotos de los rumanos detenidos junto a las del alcalde.

Ruiz arruga la frente.

—¿Por qué debería conocerlos? —pregunta concentrado, mirando atentamente a los dos hombres.

—Piensa. No tenemos ninguna prisa.

—Me suenan de algo… al menos uno de ellos. Dame una pista, subinspectora.

Matilda saca una nueva foto de la carpeta. La coloca encima de la mesa.

—Lo siento, pero no me dice nada. Es la primera vez que la veo. Muy guapa, eso sí.

—Alina, se llama Alina.

—Ni idea.

La siguiente es una imagen recortada de una foto horizontal en la que se ve al constructor Martín Pedrosa levantando una copa de champán junto a una escultura ecuestre, de pie sobre el césped de lo que parece un jardín muy bien cuidado.

Matilda la coloca alineándola a las demás.

—Ahora regreso —dice levantándose—. Te dejo solo, a ver si se te ocurre algo.

Al salir de la sala, Matilda se dirige al lavabo y lo aprovecha para acicalarse un poco. Su pelo enmarañado, sus ojos vivaces, sus facciones angulosas no son las de una mujer de una gran belleza, piensa, pero hay que reconocerle su peculiar atractivo marcado por una fuerte personalidad y un aura de misterio.

Regresa al cabo de unos diez minutos.

—¿Vas a salir? ¿Una cita? —pregunta el chófer de Llopis haciendo un gesto de aprobación.

—No te hagas el gracioso, Ruiz —responde Matilda mordiéndose el labio que acababa de perfilar con un leve toque de carmín.

Las fotos siguen encima de la mesa en el mismo orden en el que las había dejado.

—Éste de ahí es el constructor Martín Pedrosa, ¿no? —dice Ruiz—. Y la figura ecuestre creo que la he visto en el jardín del conde Villabona. ¿Me equivoco?

—Eres buen observador.

—¿Te puedo contar una cosa? ¿Un cotilleo?

—Son las ocho de la noche, Ruiz.

—Te gustará —dice señalando la figura ecuestre.

Matilda apoya la espalda en la silla.

—A ver… —acepta resignada.

—Ya sabrás que los Villabona organizan el Trofeo Hípico Villabona y Hermanos. En el Real Club de Polo, de la Diagonal. Es una gran fiesta de sociedad a la que no suele faltar la clase política y siempre acude algún representante de la familia real. Para la aristocracia los caballos son incluso más humanos, más apegados a la familia, más de fiar, sin duda, que el servicio doméstico…

—Espabila, Ruiz.

—Pues el caso es que el viejo Villabona, cuando ya había perdido la cabeza, siguió entregando el trofeo. Como en una película de Berlanga, el día de su cumpleaños le montaban una especie de teatrillo en el jardín de su casa. Un actor contratado hacía de jockey, otro se disfrazaba de rey de España, el anciano Villabona entregaba la copa, sonaba el himno nacional y todos tan contentos.

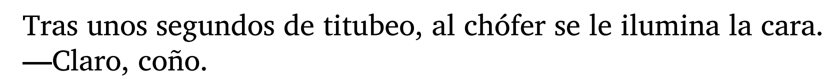
Matilda no puede controlar una divertida sonrisa.

—Decías que uno de estos dos… —regresa a la foto de los rumanos.

—Esta cara me dice algo, desde luego —responde Ruiz indeciso—. ¿Puedo? —Alcanza una de las dos fotos para mirarla atentamente. La vuelve a colocar sobre la mesa junto al resto de las imágenes. Duda.

Matilda le sugiere que trate de recordar las últimas semanas del director. Sus comidas. Sus encuentros. Sus charlas. Sus reuniones.

Coloca ahora la foto de José Llopis junto a la del alcalde y a las de los rumanos.


Tras unos segundos de titubeo, al chófer se le ilumina la cara.

—Claro, coño.

—¿Y? —lo apremia impaciente Matilda.

—Éste de aquí —dice señalando a uno de los rumanos—. Entró al final de la comida y se sentó a la mesa con ellos. En el restaurante Set Portes, ahora lo recuerdo.

—¿Ellos, dices?

—El director y el alcalde de Badalona. De vez en cuando a mi jefe y al alcalde les gustaba quedar en el Set Portes para comer una buena paella.

—¿Recuerdas cuándo fue?

—Sería unas semanas antes de la muerte del director. A principios de septiembre, quizás. Todavía hacía calor.

—Dices que el rumano entró al final de la comida. ¿Iba solo?

—Solo. Y muy bien vestido, por cierto. Nada que ver con esta foto patibularia que me has enseñado. Por eso no caía.

—¿Recuerdas cómo se saludaron?

—¿Qué quieres decir?

—¿Se saludaron como unos amigos que se conocen? ¿Como si fuera encuentro casual entre hombres de negocios?

—Me pareció un encuentro casual. Pero ahora que lo pienso, hubo algo que me puso en alerta, quizás su manera de moverse, demasiado ágil para un cuerpo tan voluminoso. Hice, claro, el gesto de acercarme. Por si acaso. Pero el director me indicó con la mano que todo iba bien.

—¿Dónde te encontrabas tú?

—En una mesa individual, a la entrada.

—¿Nunca lo habías visto?

El chófer niega con la cabeza.

—¿Quién es? —pregunta con curiosidad.

—¿No te lo dijo el director?

—No me comentó nada.

—Decías que se sentó con ellos dos a la hora del café. ¿Se quedó mucho rato?

—Quizás estuvieron hablando una media hora. Quizás un poco más.

—¿Te fijaste si discutían, si era una conversación distendida?

—Parecía una conversación muy seria, ahora que lo dices. Recuerdo que estuvieron pasándose el teléfono de mano en mano, como si el rumano les enseñara algo.

—¿El teléfono del rumano?

—Del rumano, sí.

—¿Salieron juntos del restaurante?

—Nosotros y el alcalde, sí. El alcalde tenía su coche junto a la

acera, al lado del mío. El rumano debió de quedarse dentro porque no lo vi salir.

Matilda decide cambiar de tema.

—Creo que acompañaste a Llopis durante su viaje privado a Roma en el avión de Martín Pedrosa. Para asistir a la final de la Champions League. ¿Me equivoco?

—Siempre viajaba con el director. Ya sabes que también debía ocuparme de su seguridad.

—¿Qué recuerdas de aquel viaje?

—La alegría. La euforia por la victoria del Barça.

—Parece que el champán corrió a raudales. A los escoltas también os invitarían a la fiesta, supongo.

—Nunca bebo en horas de trabajo.

—¿Qué tal te llevas con los escoltas de los consellers y con la seguridad de Pedrosa?

—Algunos nos conocemos bien. Cada uno a lo suyo. La discreción es indispensable en nuestro trabajo.

—Fidelidad. Discreción. Ya me lo contaste cuando hablamos de la destitución de Pablito, tu antecesor. Por cierto, sabrás que Castro, el conserje, se tiró por la ventana de un hotel, delante del diario.

—Una gran desgracia. Y eso que le habían pagado una buena indemnización.

—No todo es dinero, Ruiz.

Ruiz se encoge de hombros.

Matilda regresa al viaje a Roma.

—¿Ningún comentario durante el vuelo? ¿Ningún cotilleo de estos que a ti tanto te gustan? —pregunta.

Ruiz se revuelve incómodo en la silla.

—¿Sólo se brindó por la victoria del Barça? —insiste la subinspectora, que parece ver una grieta en el aplomo del chófer.

—Nosotros, los escoltas, viajábamos en la parte trasera del avión.

—Un avión privado no es el Air Force One.

—No sé adónde quieres llegar, subinspectora.

—¿Lo sabes tú?

Ruiz se pone serio, en guardia.

Matilda, envalentonada, se permite echarse un farol.

—Uno de los escoltas del conseller nos ha dicho…

Ruiz se incorpora de la silla, nervioso. Vuelve a sentarse.

Matilda le aguanta la mirada.

Ruiz ajusta instintivamente la manga de la chaqueta por encima del puño de la camisa.

—¿Ese reloj? ¿Es un Rolex? —pregunta la subinspectora.

El chófer baja la cabeza.

—¿Os dieron uno a cada uno? —vuelve a la carga Matilda.

—No creo que eso sea asunto suyo —responde Ruiz con la voz apagada.

—¿Ahora vuelves a tratarme de usted? ¿Fue Martín Pedrosa quien repartió los relojes? ¡Menudo culé! ¡Vaya generosidad por un simple título de fútbol!

—Ya sabe que el Barça es más que un club… —articula el chófer con una media sonrisa tratando de recuperar la entereza, aunque parece más bien un pez fuera del agua al que todavía le queda algo de oxígeno.

—No me seas cretino, Ruiz —se levanta la subinspectora—. Espera aquí, que todavía no hemos terminado —sale dando un portazo.

El reloj de la sala de la unidad marca las nueve de la noche pasadas.

La subinspectora revisa su teléfono. Rosa la ha llamado un par de veces. También tiene un mensaje de Manolo, diciéndole que se ponga en contacto con él cuando pueda. Decide llamar a Rosa, que le contesta al instante.

—¡Te estamos esperando! —sube la voz la policía tratando de hacerse entender en medio del enorme griterío de fondo del Marsella.

—¿Está Tomás con vosotros?

—Hola, hola —grita Tomás acercándose al teléfono que le tiende Rosa.

—Pásamelo —corta la subinspectora.

—¿Subinspectora? —pregunta el policía en prácticas cambiando el tono.

—¿No estarás bebido?

—Nosotros, estábamos, acabamos de…

—Coges un taxi y te vienes cagando leches a la comisaría ahora mismo. Te necesito aquí. Pásame de nuevo a Rosa. ¿Manolo está con vosotros?

—¡Manolo! —grita Rosa al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa, Matilda? —pregunta el reportero, divertido—. Aquí todos te estamos esperando. La vida no es sólo trabajo.

—¿Me puedes hacer un favor, Manolo?

—A ver, dime.

—Coge ahora mismo tu teléfono, llama al escolta del conseller que te sopló lo del viaje a Roma y pregúntale qué hora es.

—Así, sin más… «qué hora es». ¿Puedes decirme de qué va? ¿Te has vuelto loca?

—Hazlo como te digo. Luego hablamos. Y me cuentas la reacción de tu soplón. ¿Quiénes estáis en el Marsella?

—Llavaneras, Rosa, Dimitri, David… ¿conoces a Gomà, supongo? Un tipo divertido…

—Iré en cuanto pueda. Si cambiáis de local, me mandas un

mensaje —cuelga el teléfono sin responder al beso que le manda Manolo.

Al llegar a la comisaría, Tomás se da de bruces con Ruiz, que sale caminando a grandes zancadas poniéndose la gabardina, una de cuyas mangas se le resiste.

—Cago en la puta d'oros —reniega el chófer, tropezando.

—¿Quién era ése? —pregunta el policía en prácticas a la subinspectora.

—El chófer de Llopis, un antiguo mosso reconvertido al mejor postor.

—Parecía muy cabreado.

Matilda le pide a Tomás que vaya a buscar los archivos clonados del ordenador de Llopis que guardan en el armario de la unidad y que se acerque hasta su mesa.

—¿Qué estamos buscando? —pregunta Tomás mientras manipula el ordenador de la subinspectora.

El propio Tomás y los dos técnicos informáticos que volcaron los archivos del director de Las Noticias los han ordenado por temas.

Matilda señala la carpeta «Pornografía».

Está dividida en dos subcarpetas. «Primavera» y «ALUCI».

Empiezan por la primera.

—¿Esto de primavera se te ha ocurrido a ti? —se extraña Matilda.

—Es tal como lo hemos encontrado, el nombre se supone que lo puso el propio director. Será por la edad de las pobres chicas.

—¡Primavera! Vaya un imbécil.

La carpeta lleva otras cinco subcarpetas con el mismo nombre, pero numeradas, del 1 al 5.

Echan un rápido vistazo, carpeta a carpeta, foto a foto. Se trata de imágenes sexuales explícitas. Chicas muy jóvenes. Solas o con otras chicas. Los hombres aparecen filmados de medio cuerpo, de espaldas, sin que pueda distinguirse sus rostros.

La subinspectora le pide a Tomás que vuelva a pasar más despacio las fotos del archivo «Primavera 1».

—Parecen las mismas chicas en todas las fotos. Y el mismo hombre —comenta Tomás—. ¿Dirías que están drogadas?

—Sin duda, estas miradas ausentes…

—¿Me las puedes mandar al WhatsApp? —pregunta la subinspectora—. Con un par de fotos será suficiente. Estas dos. —Señala con el dedo—. Creo que son las menos brutales. Pon también la que se ve al hombre, la de la polla no, la que está de espaldas. Vaya un cerdo.

La subinspectora abre el teléfono. Redacta un pequeño texto.

«Siento mucho molestarte otra vez. ¿Las conoces? ¿Lo conoces? Es muy importante para la investigación. Lo siento, lo siento, lo siento. Mil besos».

Adjunta las dos imágenes al texto y se las manda a Alina.

Tomás permanece paralizado delante del ordenador.

—Pobre muchacha —comenta la subinspectora todavía con el dedo en el teléfono.

—¿La rumana? —pregunta Tomás.

—Alina, sí. Con lo que le ha tocado pasar, y ahora yo, a estas horas…

—Aquí tenemos esta otra carpeta. —Mueve Tomás el ratón del ordenador.

A pesar de la pésima calidad de las imágenes, la subinspectora descubre al instante a quién corresponde el acrónimo «ALUCI». En algunas de las fotos, Ana Lucía aparece sólo de espaldas. Lleva la ropa de trabajo. Un delantal azul claro muy ligero que al inclinarse para limpiar debajo de los sofás deja los muslos al descubierto. Cuatro fotos están tomadas con la cámara acercándose bajo la falda de la asistenta.

—¿Abro este vídeo? —pregunta Tomás con el ratón encima de un nuevo archivo.

El vídeo dura el tiempo que tarda Ana Lucía en bajarse las bragas, sentarse en la taza del váter, hacer sus necesidades y tirar de la cadena antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

—¿Una cámara oculta? —pregunta la subinspectora.

—Podría ser un teléfono móvil. Fíjate en que la imagen sale borrosa a la derecha del plano, como si el teléfono o la cámara se apoyara en algún objeto.

—O sea que cualquiera podría haberlo filmado… incluso el propio director.

—Sin duda. Sólo tenía que dejar el teléfono encendido y recogerlo después. Siempre que en el lavabo exista un sitio, un armario, quizás, donde colocarlo disimuladamente.

—Qué asco de tío, pobre Ana Lucía. ¿Nos vamos?

Tomás recoge sus cosas. Encima de la mesa, el teléfono de Matilda centellea. Es un mensaje de Alina.

—¿Qué dice? —pregunta Tomás.

—Que la llame. Espérame en la entrada, será un momento.

La subinspectora entra en el despacho de Matas. Marca el número de Alina.

—Lo siento, Alina —dice Matilda sin darle tiempo a saludar.

—A las dos chicas las he reconocido al instante. Estuvieron encerradas conmigo en la casa de Madrid, la que tenía un jardín. El hombre, lo que se ve del hombre, es sin duda el rumano que vino a buscarme al aeropuerto. El guardián de la casa. El tipo que me detuvo

cuando quise escaparme.

—¿Estás segura?

—¿Bromeas? Hay cosas que no se olvidan.

—Gracias, no te molesto más.

—Estábamos a punto de cenar.

—Te dejo, pues.

—Ya se me ha pasado el hambre.

—¿Quieres que vaya?

—Déjalo, no importa.

—Te llamo mañana con más calma. Un beso.

Tomás la está esperando en la recepción con el abrigo puesto. Al cruzar el pasillo de la sala de la unidad, la subinspectora se sorprende por su propia imagen reflejada en los cristales de uno de los despachos; la fastidia el femenino toque de carmín en los labios, que borra frotándose la boca con el dorso de la mano.

—Hay días en que este trabajo es una mierda —dice cogiendo a Tomás por el brazo—. ¿Caminamos?

Hace una típica noche de noviembre barcelonesa, helada y húmeda. Llegan a la plaza Universitat en silencio, sin cruzar una sola palabra, cada uno sumido en sus propios pensamientos. En el centro de la plaza, un grupo de chicas latinas ha colocado un loro con dos altavoces en la barandilla de uno de los parterres. Visten chándales y zapatillas, y se protegen del frío con gorros de lana y bufandas. Hablan y ríen animadamente mientras ensayan los pasos de una cumbia.

A la entrada de la calle Joaquim Costa, un grupo de lateros paquistaníes les quieren vender un par de latas de cerveza.

—¿Has visto dónde tienen la nevera? —comenta la subinspectora.

Tomás no sabe de qué le habla.

—Fíjate —señala Matilda hacia la tapa entreabierta de un sumidero pegado a la acera—. La esconden en la cloaca. Así, si los pilla la policía municipal vendiendo, al menos no pierden el género.

—Nosotros también somos policías.

—¿Sabes qué te digo? —Matilda Serra levanta la mano para llamar la atención a uno de los paquistaníes. Pide un par de cervezas. Saca unas cuantas monedas del bolsillo.

—Thank you —cuenta las monedas el latero.

—¿A esto no se le llama colaboración con el delito? —pregunta divertido Tomás, abriendo su lata.

—A tu salud —choca la subinspectora.

En el cruce del pasaje de Sant Bernat un par de subsaharianos arrastran con dificultad un viejo carro de la compra cargado con tuberías de plomo y lo que queda de la carcasa de una lavadora

oxidada.

A Matilda le encanta entrar al barrio por esta calle, que le parece hecha expresamente para que uno vaya acostumbrándose a la transformación de la ciudad, siempre en construcción.

Numerosos grupos de jóvenes abarrotan los bares de moda con las puertas abiertas, permitiendo a los clientes que ocupen también las aceras, llenando el barrio de gritos y de risas que se expanden escalando la ropa tendida de los balcones. Algunos de estos jóvenes, la mayoría, son de fuera del Raval, pero otros muchos se han trasladado a vivir aquí, quizás en busca de una autenticidad que ya no encuentran en sus barrios de origen, aunque da la impresión de que prefieren mezclarse entre ellos que con la gente del barrio de toda la vida. Y que a los negros y a los árabes —sobre todo a los árabes— los necesitan más como un paisaje que como vecinos.

Al llegar a la calle Valldonzella, reciben una llamada.

—Es Rosa —dice Tomás—. Ya han salido del Marsella. Nos esperan en Ca l'Almirall.

Matilda se planta en medio de la calle para apurar la cerveza.

—¿Te das cuenta, Tomás? —pregunta de pronto.

El joven policía se la queda mirando con cara de sorpresa.

—Quiero decir que nos cegamos persiguiendo grandes historias y siempre acabamos escarbando en el cubo de la basura.

—¿Te refieres al asesinato de Llopis?

—Me refiero al personaje. ¡Un director de diario! ¡Metiéndole el teléfono entre los muslos a la asistenta! ¿No tienes a veces la sensación de que vivimos en una sociedad en la que sólo los muy locos, los más descerebrados, amorales, son capaces de escalar hasta lo más alto?

—¿Quieres saber mi propia teoría? —sonríe Tomás.

—Adelante —se sorprende la subinspectora por el tono de seguridad del joven policía.

—Lo que yo pienso es que somos puros mamíferos. El ser humano es un mamífero. Un animal. Que sea inteligente no significa que sea bueno. Preparado para hacer el bien, quiero decir. El bien es un estadio superior de nuestra personalidad animal. Es un hecho de la educación, una opción ética, de la cultura, si quieres, aunque la cultura también puede ser una herramienta del horror. Fíjate en el lenguaje. ¡Qué gran adquisición! Pero también, ¡cuántas veces lo utilizamos para descuartizarnos! El Parlamento, la casa de la democracia, del diálogo, del encuentro, puede convertirse fácilmente en una cuadra de cerdos husmeándose el culo antes de hincar el diente. La misma inteligencia que tenemos para el mal, la tenemos para el bien. Pero hoy domina el mal, los malos. Porque nos hemos debilitado como sociedad y estamos en una fase animal, de perros y

lobos, dispuestos a sacrificar a los corderos, a los más frágiles. Ocurre siempre cuando una sociedad está asustada, sin proyecto. Es la historia de la humanidad.

—Joder, Tomás. Pensaba que sólo te interesaba la informática, la tecnología.

Tomás sonríe con malicia.

—Habrás flipado con estos archivos —dice Matilda buscando una papelera para echar la lata de cerveza vacía después de estrujarla con las manos.

—Ahí los tenemos —levanta la vista el joven policía señalando hacia la mitad de la calle, justo a la puerta de Ca l'Almirall.

Un skater con el pelo alborotado que baja a toda velocidad haciendo un ruido de mil demonios se interpone entre los policías rozando a Matilda, que suelta el codo. El skater pierde el control y va a darse de morros contra Gomà, derribándolo. David se abalanza furioso sobre el joven skater blandiendo los puños, pero es retenido por Manolo, que lo agarra por la cintura, dejando que el chaval se largue con su tabla, maldiciendo en inglés.

—¡Capullo! ¡Hijo de papá! —grita Gomà, que permanece sentado en el suelo, con la mano en la espinilla, quejándose de que ya no se puede ni caminar tranquilamente por la acera.

Rosa se arrodilla para subirle la pernera del pantalón y observar la herida.

—Nada, Gomà. En un par de días se te baja la inflamación —sentencia.

—Niñatos de mierda… Seguro que ha venido a Barcelona para hacer un puto máster de fotografía. ¡Fotoperiodismo, lo llaman ahora! Paga papá, por supuesto. Algo tendrá que hacer el chaval mientras espera a convertirse en un puto amo cuando empiece a tocar la herencia.

—Veo que vas fuerte, Gomà —sonríe Matilda tendiéndole la mano.

—Qué agradable sorpresa, subinspectora —se levanta el periodista arreglándose la chaqueta con coquetería.

Matilda dice que sólo ha venido a saludar, que está cansada, que necesita desconectar, que se va para casa.

—Sed puntuales —se despide alejándose calle Joaquim Costa abajo, emplazando a los policías para la reunión de la mañana.

Manolo duda un buen rato, pero finalmente decide ir tras ella. La alcanza a la altura de la calle del Carme.

—¿Te largas así, sin más? —dice reteniéndola por el brazo.

—Necesito pensar, Manolo.

—Tengo muchas cosas que comentarte.

—¿Has llamado a tu oreja, el escolta?

—Lo llamaré mañana por la mañana, no me gusta despertar a la

gente y preguntar qué hora es sin saber de qué va.

Matilda le explica por encima la entrevista con Ruiz. La historia de los relojes que se repartieron en el avión.

—Era sólo una corazonada —dice la subinspectora excusándose—, quería saber cómo reaccionaba el escolta, a ver si también a él lo están comprando.

Todavía de pie, hablan de El Bulldog. De la relación entre los rumanos, de su empresa de seguridad, del constructor Pedrosa y del tráfico de mujeres, aunque la subinspectora se calla la información sobre lo que han encontrado en los ordenadores del director de Las Noticias.

—¿Sigues en la Fonda Espanya? —pregunta Matilda haciendo el gesto de despedirse.

Manolo baja la cabeza sin poder disimular lo embarazoso de la situación.

—Bueno, yo… —farfulla.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¡Te has instalado en casa de la mujer rubia! Mira que eres burro, Manolo. —Lo abraza para darle un beso—. Anda, lárgate antes de que se me suelte la lengua. —Se aleja dejándolo plantado en medio de la acera.

Cuando Matilda era una niña, algunos domingos su padre la llevaba con sus hermanos hasta el rompeolas. Compraban unas paperines de altramuces, subían en una de las Golondrinas que fondeaban en las escaleras del muelle de Colón y se sentaban en el piso de arriba, donde un acordeonista amenizaba el viaje. A veces tenían la suerte de cruzarse con uno de los grandes barcos de la línea que une Barcelona con las islas Baleares y a Matilda le fascinaba observar las maniobras del práctico cuando pegaba su lancha al barco, atrapaba la larga escalera de cuerda que le ofrecían desde la borda y escalaba ágilmente el muro férreo del casco hasta alcanzar la cubierta. Aquel hombre gravitando en el vacío para atrapar un barco en movimiento le hacía soñar en la posibilidad de un futuro lleno de destinos lejanos y aventuras exóticas.

Las Golondrinas tenían una única parada en la dársena del faro. Antes de regresar, mientras su padre leía el diario sentado en las escaleras de la dársena —siempre El correo catalán, siempre protegiendo la franela bien planchada de los pantalones con un pañuelo desplegado encima del hormigón— ella y sus hermanos saltaban de piedra en piedra hasta alcanzar el final del rompeolas, se entretenían aquí y allá para observar a los pescadores de caña, espiar de reojo a las parejas escondidas entre las rocas, bajar la vista, azorados, cuando se cruzaban con la mirada ambigua y babosa de algún bañista con el culo al aire y la piel quemada por el sol.

Los días en que su padre estaba de buen humor compraban una caña para cazar cangrejos a uno de los numerosos vendedores ambulantes que se abalanzaban sobre los niños para que éstos convencieran a sus padres. La caña tenía un simple hilo con un lazo corredero que había que tensar para atrapar al cangrejo, si es que conseguías hacerlo salir de su escondite entre las rocas.

Con los Juegos Olímpicos de 1992, la fachada marítima de Barcelona cambió radicalmente. La ciudad dejó de darle la espalda al mar y se abrió en forma de abanico hacia el norte —más allá de la frontera natural del río Besòs—, después de derribar fábricas, almacenes, viviendas de autoconstrucción y asentamientos de barracas, urbanizar cloacas y torrenteras, liberar las largas playas de arena que hoy resiguen, perdiéndose en el horizonte, la línea natural de la costa. Aquel inaccesible, lejano «nord enllà», que el poeta evocó como un sueño de libertad durante la España franquista.

Encogida dentro de su abrigo, acurrucada a resguardo de uno de los muros laterales de las escaleras donde se ha sentado, Matilda Serra

encuentra por fin la paz mental después de una jornada intensa.

Le gusta el olor a puerto, el sonido grave, acompasado, de las olas chocando con el hormigón, el sabor de la brisa salada en el arco de los labios.

Todavía hoy, las escaleras del muelle de Colón siguen siendo uno de sus lugares preferidos cuando necesita pensar, y las prefiere a las playas de la Villa Olímpica.

Mañana, ordena sus ideas, presentará al inspector Matas las conclusiones sobre el caso de Alina. Está convencida de que existen suficientes pruebas para detener a Martín Pedrosa y a los rumanos, cerrar la empresa Timisecurita y empapelar al conseller de Interior y al alcalde de Badalona. La entrevista en Las Noticias con El Bulldog ha aportado nuevos datos que confirman los trapicheos entre José Llopis, el conseller y el alcalde. Más de lo mismo, piensa asqueada: poder, corrupción, sexo. Nada que pueda sorprendernos.

El asesinato de José Llopis, sin embargo, sigue escapándoseles de las manos. Algo le dice en su interior que no están buscando en la dirección adecuada. Quizás se deba a las interferencias provocadas por el Caso Andorra. A esta tendencia natural a condierar el mal como algo ajeno a nosotros mismos, incapaces de ver aquello que tenemos delante de nuestras propias narices. El diablo está en los detalles, dicen los ingleses.

Curioso este Tomás.

Se le hace difícil, razona —sin duda debido a su propia edad, Matilda es de las que cuando se inventó Internet llevaba veinte años dictando sus reportajes por teléfono—, imaginar a un informático hablando de filosofía, de la condición humana, como si la tecnología hubiera decapitado forzosamente el pensamiento que ella identifica con la letra impresa.

Matilda pasa la lengua por los labios humedecidos y sorbe la sal de la brisa marina mezclada con el goteo de su propia nariz. Piensa en todos los pasos que han dado hasta ahora en la investigación del director de Las Noticias y la invade de nuevo la misma sensación de estar equivocándose.

Durante la entrevista con El Bulldog le sorprendió la displicencia, el desprecio, incluso, con el que el jefe de seguridad hablaba de José Llopis, al que se refería como éste, sin ni siquiera nombrarlo por su nombre o cargo. Según El Bulldog, eran habituales las escenas de humillación a las que el dueño de Las Noticias sometía a Llopis, incluso delante de los demás. «Pepe, te importaría hacerme estas fotocopias». «Pepe, llamarías al chófer, por favor». Matilda conoce bien esta figura retórica del condicional simple que suelen utilizar las clases pudientes cuando se dirigen a la servidumbre, hablando siempre, por supuesto, en un tono educado, amable, demasiado

afectado y empalagoso para ser sincero.

«¿Molesto, bonita?».

La sombra de un hombre sentándose a su lado en los escalones, con una xibeca en la mano y la voz gangosa, saca a Matilda de sus cavilaciones.

«Que te den, gilipollas».

Camina hacia la estatua de Colón, pero al llegar delante de la Comandancia Naval prefiere dejar las Ramblas a su derecha y dirigirse directamente a casa, cortando por la Escuela Oficial de Idiomas.

Antes de la guerra, donde hoy se levanta la Comandancia Naval estaban los cuarteles de las Drassanes. A Matilda le parece haber leído que uno de los que participó en los combates contra los amotinados del 18 de julio fue el mítico dirigente anarcosindicalista Francisco Ascaso, miembro del grupo Los Solidarios, del que también formaban parte Buenaventura Durruti y Juan García Oliver.

La subinspectora decide sacar el teléfono del bolsillo y consultarlo en Google. Efectivamente, según Wikipedia, Ascaso estuvo en el asalto al cuartel. Le sorprende, sin embargo, leer que el anarquista muere dos veces en el mismo texto: su primera muerte ocurrió «durante los sucesos de mayo de 1937», «asesinado por los comunistas». Su segunda muerte queda reseñada un año antes y dos párrafos después, precisamente durante el asalto al cuartel en julio de 1936.

«Se lo tengo que explicar a Rosa. Le divertirá este error significante», sonríe completamente despejada, dándole vueltas a la idea según la cual nuestros errores nos definen mejor que nuestras certezas, y cómo, muy a menudo, los ideales que nos empujan suelen asentarse en las ilusiones y los deseos, pero muy poco en los hechos.

No le extrañaría, piensa Matilda, que haya sido un anarquista quien ha escrito el texto de Wikipedia sobre Ascaso. Al hipotético redactor anarquista, sigue elucubrando la subinspectora, le debe de pesar tanto su cultura emocional, la pelea entre poumistas y anarquistas en plena Guerra Civil (primero hay que ganar la guerra, decían los comunistas; la revolución y la guerra son una misma cosa, sostenían los anarquistas y el POUM), que cuando reseña la vida de Ascaso para Wikipedia, lo asesina un año después de su muerte, precisamente en este momento de epifanía de la historia del trotskismo y del anarquismo, inmortalizada por Orwell en su libro Homenaje a Cataluña.

Se pregunta Matilda si este benévolo y esforzado redactor de la enciclopedia universal online no tendrá el mismo perfil que la persona anónima que les manda las cartas sobre el asesinato de Llopis, la misma formación de corta y pega que acostumbra a privilegiar las suposiciones a los hechos, y que, en algunas mentes criminales, como

ocurrió en el caso de Unabomber, puede incluso habilitarte para el asesinato redentor.

La subinspectora saca de nuevo el teléfono del bolsillo. Siente una irresistible necesidad de hablar con Rosa, pero cuelga al instante. No es la avanzada hora de la noche lo que la retiene, sino el temor de encontrarse a Rosa en la cama de Dimitri.

Al llegar a la rambla del Raval, se cruza con las camionetas eléctricas —no contaminantes— de la limpieza y los hombres y mujeres vestidos con el traje verde canario del Ayuntamiento —un trabajo subvencionado para trabajadores frágiles—, que avanzan con las mangueras a presión por la calle Sant Pau, limpiando los vómitos y los restos de basura esparcidos por el barrio por los turistas de borrachera y los niñatos acostumbrados a que alguien —las instituciones públicas, se supone— se ocupe de recogerles su propia mierda, mientras sus padres de los barrios altos se quejan vehementemente del deterioro y la suciedad de la ciudad.

Se rebota Matilda contra esta preocupación de las instituciones públicas por ocuparse del ocio de la manada. Subvencionarlo y pasar a continuación la bayeta. Siente que necesita una copa, pero los pocos bares que todavía están abiertos tienen ya la persiana medio bajada. Mañana será otro día.

Los gritos de Miquel Álvarez pueden oírse por toda la planta de la dirección general de la Policía. Dentro del despacho, el inspector Matas y la subinspectora Matilda Serra aguantan pacientemente el chaparrón, esperando a que Álvarez se calme.

El jefe de prensa, el periodista Gimeno Díaz, permanece de pie, algo alejado de los policías, pálido como la cera, el cuerpo encogido, las mandíbulas apretadas como si se dispusiera a recibir un estacazo, intuyendo la descarga que finalmente ocurre, porque Álvarez, después de gritar agitando los brazos contra enemigos imaginados, golpea la mesa con el puño cerrado y, levantando el dedo índice, señala al jefe de prensa para gritarle lleno de rabia:

—¡Tú, Gimeno!

—¿Yo? —balbucea Gimeno sin levantar la cabeza.

—Sí, tú, cojones, cagoendeu. La hemos jodido bien —añade girándose hacia los dos policías.

Ni Matas ni Matilda tienen intención de corregir el hemos del director de la Policía, a pesar de que ambos recuerdan perfectamente haberle advertido de que tuviera cuidado con la periodista Belén Patiño.

—Y encima se comió una langosta a la brasa, la muy puta. ¿A cuánto nos subió la factura, Gimeno?

—Pues…

—No, no me lo digas, prefiero no saberlo. ¿Un albariño, pidió?

—Un Mar de Frades, criado en barrica.

—¡El más caro de la carta!

—¿No lo recuerda? Fue usted mismo quien se lo sugirió, ella le estaba hablando de las rías baixas donde nació, de Arousa, de su infancia, de las setenta palabras que tienen los gallegos para hablar de la lluvia, y usted…

—Déjalo, Gimeno, déjalo —corta el director general con un signo de la mano—. La invitas al Botafumeiro para demostrarle buena disposición, hablas off the record confiando en su discreción, y no le falta tiempo para apuñalarte por la espalda. Putos periodistas…

Matas gira la cabeza en dirección a Matilda, que permanece tensa.

A Matilda no es precisamente el periodismo lo que más le preocupa en estos momentos.

—Espero por su bien, director, que nada malo le suceda a Alina —dice conteniendo la ira, tratando de modular la voz, sin poder evitar un pequeño temblor de labios.

Álvarez, sorprendido, tarda algunos segundos en reaccionar al tono

desafiante de la subinspectora.

—¿Me estás amenazando, Matilda? —se encara, dubitativo, después de mirar a izquierda y a derecha buscando, sin encontrarla, la aprobación cómplice de Matas y de Gimeno, que también permanecen tiesos como dos velas.

Matilda pide disculpas al director general con un gruñido apenas inteligible que más bien parece una maldición.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Álvarez bajando el tono.

—Hacemos lo de siempre —responde el inspector Matas—. Seguir trabajando.

Álvarez da una nueva vuelta por el despacho. Esta vez en silencio, cabizbajo, las manos recogidas detrás de la espalda. Se sienta tras la mesa. Suspira. Abre uno de los expedientes que se amontonan para ser revisados. Baja la cabeza como si lo leyera.

—Pues a trabajar —ordena displicente, sin levantar la mirada.

Gimeno consigue atrapar a los dos policías justo cuando están entrando en el ascensor.

—Lo siento —dice reteniendo la puerta con el pie.

—No lo sientas, arréglalo —responde Matas apartándolo suavemente con la mano.

En el despacho de la unidad, reina una gran agitación.

Los policías no quitan ojo del televisor, que permanece encendido. Rosa, con el mando a distancia en la mano, cambia una y otra vez de canal.

Las detenciones de dos consellers de la Generalitat y del alcalde de Badalona ocupan todas las tertulias matutinas desde hace dos días, pero el tema que se está hinchando como un suflé es la historia de Alina y la fuga de uno de los rumanos implicados en el Caso Andorra. El programa de Belén Patiño encabeza todos los índices de audiencia.

—Déjame escuchar un momento —dice Matilda cuando Rosa está a punto de zapear a TV3, donde debaten animadamente una conocida escritora histriónica que se sienta encima de la silla cruzando las piernas como una yogui, un periodista de La Vanguardia vestido de Francisco Umbral y un joven expresidente del Parlament con melenita de paje —un tipo que vive del erario público a cuerpo de rey a pesar de que sólo trabajó dos años en la función pública y no se le conoce más oficio que el de tertuliano— y el periodista de Las Noticias, Eduardo Lopetegui, quien ahora toma la palabra.

—¿Lo conoces? —pregunta Rosa a la subinspectora.

—Fuimos buenos amigos. Si quieres ya puedes cambiar de canal —responde Matilda tras escuchar unos segundos a Lopetegui y comprobar que habla de las generalidades de siempre, defendiendo la presunción de inocencia de los consellers, el alcalde de Badalona y el

empresario Martín Pedrosa.

—¿Cómo os ha ido con Álvarez?

—Gritó. Gesticuló. Sabe que le quedan dos telediarios como director de la Policía. Ya le encontrarán alguna cosa.

—¿Y Gimeno? ¿No fue él quien propuso ir a comer con la Patiño?

—Gimeno regresará seguramente a su antiguo puesto en la emisora de radio de la Generalitat, si no lo ficha antes el conde de Godó para RAC1. ¿Sabes qué me dijo un subdirector cuando entré a trabajar en Las Noticias siendo una niñata? Me dijo que, para un periodista, lo importante es la credibilidad. Si pierdes tu credibilidad, tu independencia, dijo, estás acabado. Ahora los periodistas entran y salen de las redacciones y de los gabinetes de comunicación con una alegría que marea. Un poco de política, un poco de marketing, un poco de periodismo y mucha cara dura. ¡La independencia! Un día te los encuentras al frente de una cadena de televisión vendiendo cuota de audiencia, y a la semana siguiente están dirigiendo un gabinete ministerial o una campaña electoral. En este tiovivo de puertas giratorias, este batiburrillo de complicidades, egos y traiciones siempre ofrece alguna silla en una tertulia para los que se han quedado en la segunda división.

—¿Quieres ver a la Patiño? —pregunta Rosa, que no suelta el mando a distancia—. Alucinarás. Por cierto, Alina dice que la llames cuando puedas.

—¿Has hablado con ella? ¿Cómo la has visto?

—Preocupada, triste. Resignada.

Cuando hace sólo dos días el juez dio luz verde al operativo para detener a los consellers, al alcalde de Badalona y al rumano identificado por Alina, algunos minutos antes de la hora en la que se producían las detenciones, las cámaras de la cadena de la Patiño ya se encontraban frente al domicilio de los consellers y de Pedrosa. Pero lo peor, lo más grave, fue que también habían localizado el domicilio de Alina, sin duda porque Álvarez se había ido de la lengua con la Patiño, mientras masticaba una langosta regada con albariño. Alina dormía todavía cuando la despertó el timbre del interfono y una voz que se identificó como periodista la apremiaba para que abriera la puerta de la entrada del edificio. Asustada, Alina llamó a Matilda, que acudió rápidamente para rescatarla, la ayudó a preparar la maleta, la cubrió con una manta y abandonaron juntas el piso, abriéndose camino a codazos hasta alcanzar el coche que había dejado aparcado en doble fila, largándose a toda velocidad hasta conseguir deshacerse de los reporteros de la Patiño que las perseguían montados en una moto.

—Qué cabrones —dice Rosa subiendo el volumen.

En el plató, Belén Patiño preside una mesa de tertulianos.

—No cambies el canal. Déjame escuchar —dice Matilda.

Los tertulianos gritan y se interrumpen los unos a los otros. Como fondo de la pantalla, se ven las imágenes de Matilda y la rumana saliendo del portal. Una filmación que dura escasos segundos, pero que se repite, machaconamente, una y otra vez.

Uno de los tertulianos, después de soltar unos cuantos berridos acompañados de una gesticulación exageradamente teatral, consigue que el realizador le regale un primer plano para felicitar a la Patiño por la «gran exclusiva» de sus compañeros.

Lo que no sabía Matilda es que los dos perseguidores de la moto, los susodichos compañeros —así es como se llaman ahora entre ellos esta nueva calaña de periodistas—, se habían estrellado contra una farola y se encuentran malheridos en el hospital. «¡Gran trabajo, compañeros!», dirige un beso al ojo de la cámara la Patiño. «¡Recuperaos pronto, que os necesitamos!». ¿Está llorando la presentadora?, se pregunta sorprendida Matilda.

—¿Te has fijado, Rosa?

—Es buena, la muy bruja —sonríe Rosa fascinada por la escena, la lágrima de la Patiño surcando la mejilla como la baba de un caracol, el realizador que aparece en el plató con un pañuelo para ofrecérselo, el primer plano de la presentadora estelar secándose la lágrima, el escote que pierde un botón, la maquilladora que entra en escena para empolvar la mejilla ultrajada, la Patiño que mira de nuevo a la cámara, se ajusta la falda, pide perdón a los periodistas hospitalizados, los comentarios de los tertulianos diciéndole que no es culpa suya, que así es el oficio del reportero, «pero es que habéis estado a punto de mataros, no me hagáis esto, compañeros, os lo ruego de corazón», gimotea la Patiño, y mientras lo dice, ¡oh, milagro!, aparecen en directo desde el hospital los dos heridos.

Grita el público, el realizador aumenta el volumen de los aplausos, gritan los tertulianos, se emociona de nuevo la Patiño, saludan los reporteros desde el hospital, la chica con la pierna enyesada, el chico con la cabeza vendada, el brazo en cabestrillo.

—A la puta guerra los mandaba yo —explota Matilda, que no sabe si reír o llorar.

—Espera, espera.

Rosa, completamente abducida por la escena, sube el volumen.

—¿A éste lo conoces? —pregunta.

—¡Salvador Cañas, el que nos faltaba!

Cañas hace rato que tiene el brazo levantado.

—Sólo quiero decir una cosa —grita.

Al parecer, todos quieren decir una cosa.

El realizador deja que el gallinero de tertulianos cacaree todavía un buen rato antes de regalarle la cámara a Cañas.

—Lo primero, compañeros, felicitaros por esta gran exclusiva —dice Cañas relamiéndose al saberse bajo los focos—. Pero yo quería entrar en un tema que aquí no se ha tocado y que me parece importante, sustancial, diría…

—¡Dilo ya! —grita otro de los tertulianos, un tal Isaías, un chico que al parecer se hizo famoso follando en un programa sociológico que presentaba Mercedes Milá, un tipo musculado, lleno de tatuajes.

—Lo que a mí me revienta —retoma el hilo Cañas— es esta falsa moralidad de la izquierda buenista que consiste en penalizar a los hombres, lincharlos si es necesario, porque simplemente se limitan a contratar a una mujer que cobra por un servicio en un intercambio libre, beneficioso para ambos. ¡Ahora resulta que esta rumana, Alina creo que se llama, no sabía lo que estaba haciendo!

—¡Era una menor! —grita Risto Espada, editorialista del diario más conservador de la capital.

—Ahí es adonde iba yo —se levanta de la silla Cañas—. ¿Cómo lo puede saber el cliente, que era una menor? La chica lo sabe, sin duda. ¿Pero lo sabe el cliente? —Da una vuelta por el plató a grandes zancadas, gesticulando histriónicamente antes de recuperar su silla como el boxeador que regresa a la esquina del cuadrilátero, victorioso después del primer round.

Rosa cambia de nuevo de canal. Regresa a TV3.

Ahora es la escritora quien habla.

—Lo que me parece detestable es esta violencia de los vecinos —concluye después de una incomprensible perorata donde mezcla como argumento preparatorio a su sentencia una alusión a Helena de Troya y al consumo de proximidad.

Los tertulianos hacen signos de aprobación.

—Evidentemente. Todos estamos en contra de la violencia, venga de donde venga —interviene dubitativa la presentadora al tiempo que da paso a un periodista de la cadena que espera para intervenir en directo.

—Ramón, vosotros os encontráis ahora mismo delante de la casa del alcalde.

—Así es —responde el reportero recolocándose el micro, ajustándose la gabardina mal abotonada.

—¿Cuál es la última hora?

—Bueno, de momento las cosas se han calmado, aunque todavía queda un pequeño grupo, aquí los tengo detrás de mí, que protestan con pancartas delante del portal, acusando al alcalde de corrupto y de pederasta. Como podéis ver, los bomberos ya han apagado el Mercedes del alcalde de Badalona, que ha quedado completamente calcinado, aunque todavía hay algunos contenedores ardiendo en medio de la calle. Hemos podido hablar en exclusiva con una

empleada de la pastelería de al lado y nos ha dicho que ha pasado mucho miedo cuando una piedra se ha estrellado contra el aparador de la tienda.

—Gracias, Ramón, ten cuidado, cuídate mucho —se despide la presentadora cortando la conexión.

—En toda protesta, aunque sea una protesta legítima, cuando empieza la violencia todo se desvirtúa —interviene el expresidente del Parlament, pasándose la mano por la melena con gesto preocupado, como si le embargara una gran responsabilidad por el futuro de la nación.

Tomás interrumpe a las dos policías.

—Ha llegado esto. A tu nombre. Parece la misma letra —dice tendiendo un sobre a la subinspectora.

—¿Nuestro mensajero anónimo? —pregunta Rosa apagando el televisor.

—Eso parece —responde Tomás.

31

Rosa fija la carta recién llegada en el tablón de la sala de la unidad, escribe el número cuatro, la fecha de llegada, y la coloca al lado de los otros tres anónimos enviados a nombre de Matilda Serra, debajo de las fotos del abdomen de José Llopis caligrafiados con el alfabeto cuneiforme.

Se toma su tiempo buscando similitudes, un hilo conductor, una repetición, una pista que abra una nueva puerta a la investigación.

Lee la primera frase en voz alta, tratando de interiorizarla.

«La aceleración suprime cualquier entretiempo».

La lee una, dos, tres veces. Repite ahora la segunda frase.

«Deja que las cosas se acerquen al ojo, educa al ojo para una mirada larga, pausada».

Memoriza ambas frases. Cierra los ojos. Las vuelve a leer lentamente, palabra a palabra.

Tomás, con un folio impreso en la mano y una gran sonrisa, la saca de sus cavilaciones.

—Ya lo tengo —dice tendiéndole el papel.

—¿Han Byung-Chul? ¿Y eso qué coño es?

—Un filósofo surcoreano de moda. Vive en Alemania. Los dos textos están sacados de su libro La sociedad del cansancio.

—¿Cómo lo has sabido?

—Muy fácil. Escribiendo las frases tal cual en el buscador del ordenador.

—Corta y pega, una vez más. Si el autor de las misivas es el asesino, hay que reconocerle que sintoniza perfectamente con la contemporaneidad de la cultura collage.

—¿Sabes lo más divertido?

Comellas se acerca para sumarse a la conversación.

—Cuando he escrito las frases —prosigue Tomás—, lo primero que me ha aparecido es una cita del trabajo final de carrera del máster de un diputado de las Cortes Generales.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta Llavaneras.

—Estábamos hablando de un filósofo coreano y de un excelentísimo señor diputado —dice Rosa dejándole un espacio delante de la cartelera.

—El caso —prosigue Tomás— es que el político en cuestión ni siquiera cita a Han Byung-Chul. Y hay que ser memo, porque basta teclear un poco en las redes para descubrir el plagio.

—A veces, los políticos, de tanto repetir lo que les escriben los demás, acaban por pensar que se trata de sus propias ideas; su propio

personaje. ¿Qué más has aprendido de Han Byung-Chul?

—No lo conocía, la verdad. Parece un tipo interesante. Aunque, como les suele ocurrir a todos los que nacieron en el siglo pasado, odia los ordenadores.

—¿Y eso?

—Dice que el ordenador te puede convertir en un estúpido, porque anula la capacidad de vacilar, contemplar, dudar. Te mantiene en una permanente pregunta-respuesta, una acción-reacción, sin tiempo para pensar.

—Parece razonable.

Tomás sonríe. Señala las frases de la cartelera que Rosa trataba de descifrar. Señala el folio que le acaba de entregar.

—¿Me consideras un estúpido? —pregunta.

La subinspectora Matilda se acerca hasta el grupo.

Rosa explica lo que Tomás acaba de descubrir.

Matilda mueve la cabeza, preocupada.

—«Educa el ojo para una mirada larga, pausada…» —lee—. A este capullo está claro que le gusta jugar con nosotros.

—¿Sigues pensando que el asesinato de Llopis y el caso de Alina son dos piezas separadas? —pregunta Rosa.

La subinspectora mueve dubitativa la cabeza.

—He llamado a Ana Lucía —cambia de tema—. Le he dicho que iríamos a visitarla esta misma mañana. Quiero informarla en persona de lo que hemos encontrado en el ordenador de José Llopis. ¿Te preparas, Rosa? ¿Nos vamos?

Deciden ir a Badia cruzando el centro de Barcelona para entrar en la autopista de Terrassa cogiendo la Meridiana. Cada vez que Matilda sale de la ciudad por esta arteria principal la embarga el recuerdo del atentado del supermercado Hipercor, cuando una bomba de ETA, colocada en un coche estacionado en el aparcamiento subterráneo mató a veintiuna personas. Ocurrió a principios del verano de 1987. Hacía escasas semanas que ella trabajaba en Las Noticias. Llegó al lugar del atentado subida detrás de la moto del fotógrafo Serrat, a tiempo para ver cómo los bomberos iban sacando los cadáveres carbonizados por la rampa del aparcamiento ante la mirada atónita, descompuesta de los vecinos, en medio de un silencio sepulcral salpicado de distónicos gritos de venganza. Cada vez que recuerda la escena, Matilda revive con una claridad mortificante el olor a carne chamuscada, el humo espeso que se expandía por la plaza con una vaharada asfixiante de calor, el llanto atascado en la boca del estómago, las palabras ahogadas por la hiperventilación, el temblor incontrolable del bolígrafo sobre el papel en blanco.

Aquel primer bautismo del horror fue un fogonazo de realidad para

su inocencia virginal, su idealismo bondadoso labrado a base de lecturas compartidas, debates de bar con sus colegas de la universidad, noches de sol, días de luna, sueños de un mundo mejor donde los periodistas serían «la voz de los sin voz»; el final traumático de aquellos hermosos días del «esplendor en la hierba, gloria en las flores», tiempos que ya nunca más regresarían.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Rosa rompiendo el silencio.

—Pensaba en la guerra…

—¿Bosnia?

—En todas las guerras. El horror. En cómo puede ser que después de lo que sabemos, de lo que hemos visto, haya todavía gente capaz de considerarla justa; necesaria, incluso.

—No te entiendo.

—Sabes por dónde acabamos de pasar, ¿no?

—Hipercor. Yo todavía no había nacido.

—Yo era muy joven entonces, una periodista novata. Cuando regresé a la redacción, un antiguo jefe de sección de conocidas ideas conservadoras le soltó al redactor de política, especialista en ETA, «mira lo que hacen tus amigos», y se liaron a tortas. No me lo podía creer. Yo estaba a punto de vomitar y ellos discutiendo aquello mientras pasaban por el televisor las imágenes del atentado.

—El terrorismo no es la guerra. Decir que se trata de lo mismo es el argumento que sirve a los etarras y a los yihadistas para librarse de la responsabilidad de los hechos.

—¿Los hechos?

—Matar a gente inocente.

—¿Te parece que en una guerra las víctimas no son inocentes?

—No quiero decir esto, pero la guerra… no sé… la guerra es… a veces sirve para mejorar las cosas, ¿no? Mira la Segunda Guerra Mundial.

—La guerra la hace un Estado. El terrorismo, un grupúsculo. El concepto es el mismo. La violencia como un ideal redentor. Las personas se convierten en daños colaterales. Puras cifras. Dejan de ser el valor principal.

—Siempre ha sido así, están los buenos y están los malos. ¿Un mundo sin guerras? Me parece una visión muy idealista de la historia.

—Los lobos y los corderos, como dice Tomás.

—¿Tomás dice estas cosas?

—Tomás es una caja de sorpresas. ¿Qué tal se llevan Dimitri y Alina?

—Muy bien.

—Gracias por acogerla en tu casa. Espero que no sea para mucho tiempo.

—No hay problema. Ayer estuvieron comiendo kebapche** y

bebiendo cerveza mientras veían por la televisión una serie rumana muy divertida.

—¿Dimitri sabe cocinar?

—No es lo único que hace bien… —sonríe con picardía Rosa.

Matilda aparta la mirada, ruborizándose.

El GPS del coche indica que hay un atasco en el tramo entre Cerdanyola y Sabadell.

—Hablabas de la guerra. ¿Querías decirme algo sobre Bosnia? Tengo la impresión de que…

—Otro día. Gracias, de todos modos.

—Cuarenta minutos —dice Rosa mirando en el GPS el tiempo estimado para la llegada.

—He visto que antes de marcharnos estabas concentrada releyendo los mensajes de nuestro supuesto asesino. ¿Te parece que existe un relato lógico en sus cartas? —pregunta Matilda después de un largo silencio.

—¿Quieres decir si hay una cierta unidad?

—O si son cosas que se le van ocurriendo a medida que se suceden las noticias y avanza la investigación.

—Más bien lo segundo.

Un camión de la mudanza hace una extraña maniobra tratando de avanzar a un autobús escolar. Rosa se ve obligada a dar un golpe de volante para sortearlo y recuperar su posición en el carril derecho.

—Uno que cambia de vida. Vete a saber qué es lo que deja atrás, qué es lo que espera encontrar —comenta fijándose en el rótulo de «Mudanzas Trallero» escrito en grandes letras en la caja del camión.

—Había un periodista de Las Noticias que sostenía que siempre debemos estar preparados para partir. Que todo lo que uno necesita cabe en una furgoneta.

—«Ligeros de equipaje…».

Matilda recita la poesía de Machado desde el principio. Las dos policías la tararean con la música de Serrat —«Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde madura el limonero…»—, cuando las interrumpe el teléfono.

Es el periodista Paco Montañés.

Montañés parece muy contrariado. Habla deprisa, atropellándose con las palabras.

—Más lo siento yo —se despide Matilda cortando la comunicación sin disimular el cabreo.

—¿Qué pasa? —pregunta Rosa.

—Lo que nos faltaba… Hace sólo unos minutos, la edición digital de Las Noticias —explica Matilda— ha colgado una foto de Alina donde se la ve saliendo del portal de tu casa. Al parecer alguien filtró al fotógrafo del diario dónde se escondía. Y el fotógrafo la ha pillado

mientras iba a comprar el pan. Montañés dice que en el consejo de redacción han estado discutiendo sobre la conveniencia de colgar la foto, pero se ha quedado solo defendiendo lo contrario.

—¿Las Noticias no es un diario de información?

—La información dejó de existir hace tiempo, querida, hoy los diarios los dirige el puto algoritmo. Las cosas importantes las decide una fórmula matemática que mide las visitas que tiene una noticia. Y la foto de Alina está arrasando en las redes.

Matilda le indica a Rosa que salga en la próxima gasolinera.

—Tienes que llamar a tu casa.

Dimitri coge el teléfono a la primera. Se encuentra en la recepción de Las Noticias. Dice que sale pitando para el piso, justo el tiempo de pedir permiso y ponerse la chaqueta.

Matilda, nerviosa, decide llamar a Alina.

—¡Lo sabía! —grita Alina al otro lado del teléfono, subiendo la voz para hacerse oír en medio del griterío de fondo.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde te encuentras?

—¡Dijiste que ibas a protegerme!

—¿Dónde estás ahora mismo?

—Estamos en la portería del piso de tu amiga.

—¿Estamos?

—¡Andrés!

—¿Tu marido?

—Andrés, sí. Se está liando a puñetazos con los periodistas.

—¡Pásamelo!

Matilda oye un fuerte golpe. Ruido de cristales. El grito de una mujer. Y luego, silencio.

—Se ha cortado. Da media vuelta, Rosa. Nos vamos para tu casa.

** Plato búlgaro de carne picada a la parrilla aliñado con especias.

Ana Lucía está mirando el programa de la Patiño cuando recibe la llamada de Matilda diciéndole que ha surgido un imprevisto y que no las espere. Le propone irla a buscar a la salida del trabajo, pero la asistenta le dice que prefiere que se encuentren en su casa. Quedan para el lunes por la mañana, después del fin de semana.

—Esta pobre chica, Alina, está embarazada, ¿no?… —pregunta Ana Lucía antes de despedirse.

—De cuatro meses.

—No tienen corazón —cuelga el teléfono la asistenta.

Matilda siente de pronto una gran tristeza mezclada con un sentimiento de culpa que la hacen regresar a unos tiempos que creía olvidados.

Rebusca en el cajón del escritorio. Encuentra la reserva de Trankimazin que guarda entre las cajas de ibuprofeno y omeprazol. Coge una pastilla de cada y se las traga aprovechando el culo que le queda del café color agua de castañas que le ha llevado Tomás.

Se gira en dirección al televisor de la unidad con el mando a distancia en la mano. Baja el volumen. Coge una segunda pastilla. Deja que se funda en la lengua.

Primero la llamada de Andrés. Completamente trastornado. Amenazante. «Te has lucido, hostias». «Ya lo sabía, cojones, sabía perfectamente la que se iba a liar».

Ahora esta conversación con la asistenta. ¿Cómo se sentirá la pobre Ana Lucía cuando le enseñen las fotos que le hacía José Llopis y la película donde se la ve orinando en el baño del director?

En todos los programas de la tarde, incluidas las cadenas públicas, pasan una y otra vez el vídeo de Andrés vestido con el uniforme de la policía municipal, propinándole un fuerte puñetazo al cámara de Antena 3, justo enfrente del portal del piso de Rosa.

Después de la gran exclusiva de la subinspectora avanzando a codazos con Alina cubriéndose con una manta, estas nuevas imágenes son la noticia del día. Matilda se fija en la cara asustada de Alina, en cómo se protege la barriga con ambas manos y trata, sin éxito, de arrastrar a Andrés fuera del compacto círculo de periodistas que los acosan. Andrés consigue soltarse. Dispara un segundo y certero puñetazo al cámara, que cae tendido en el suelo, las gafas rotas sobre la acera, la nariz sangrando mentón abajo. «Cabrón», grita una chica blandiendo el micrófono como si fuera un escapulario. La subinspectora sube el volumen para escuchar al coro de reporteros asustados, farfullando en retirada —«Somos pe-pe-periodistas»,

«estamos haciendo nuestro trabajo», «libertad…»—, momento que el policía municipal y la rumana aprovechan para alcanzar el coche patrulla y huir con la sirena puesta.

Matilda baja el volumen hasta dejar el televisor en silencio.

«Ya tenemos el circo montado, fuera de control», piensa con fastidio, consciente de que el Caso Andorra despierta más interés por su morbo sensacionalista que por su importancia y trascendencia política.

Llavaneras se acerca con un café en la mano.

—Han encontrado el coche patrulla a la entrada del Turó Park —dice cogiendo el mando del televisor para cambiar de cadena.

Matilda hace una nueva llamada al teléfono de Alina, pero salta el contestador automático.

—Vete a saber dónde se encuentran, dónde se habrán metido —cuelga preocupada.

—¿Éste no es Gerard? —pregunta Llavaneras señalando hacia el televisor.

—¿Gerard? ¿Qué Gerard?

—¡El hijo del comisario Nadal!

Matilda, que ya empieza a sentir los efectos sedantes de los ansiolíticos, observa embobada al grupo de jóvenes que vuelcan contenedores y lanzan cócteles molotov en la esquina de la portería donde vive el alcalde de Badalona. Efectivamente, uno de los muchachos que se cubre la boca con un pañuelo palestino se parece enormemente a Gerard.

—Pobre Nadal —dice Rosa acercándose hasta la mesa de la subinspectora.

—Necesito una copa —se levanta Matilda.

El subcomisario Comellas aparece sonriente con un dosier en la mano.

—Veo que ya estamos todos —interrumpe arrogante.

—Nosotros ya nos íbamos.

—Será que no —señala Comellas hacia la puerta de la sala de la unidad donde el inspector jefe Matas les hace señas para que se acerquen.

Matas empieza la improvisada reunión dándole la palabra al subinspector Comellas.

Comellas explica que la fiscalía ha decidido separar en dos piezas el asunto de la corrupción del partido del Gobierno, el asunto, en concreto, de la caja B y las comisiones de Martín Pedrosa, y la investigación sobre el tráfico de menores, prostitución y pornografía infantil.

La fiscalía no recurrirá la libertad bajo fianza de los dos consellers ni la del constructor Martín Pedrosa, mientras siguen abiertas las

investigaciones del tres por ciento, del parque eólico y de los terrenos del centro comercial de Badalona.

Matilda interrumpe a Comellas. «Pedrosa», dice atropellándose con las palabras, «se quiso follar a Alina, ofrecía trabajo a los rumanos a cambio de que le trajeran chicas. ¡Niñas, cojones!», grita subiendo la voz.

Comellas, sin inmutarse ante la salida de tono de Matilda, responde que no existen pruebas sólidas contra Pedrosa, «sólo suposiciones».

—Tú misma, subinspectora, tuviste la oportunidad de interrogarlo, ¿no es así? —apostilla con una sonrisa maléfica girándose hacia Matas, que rehúye la mirada bajando la cabeza.

—A partir de ahora —explica de malhumor Matas—, Comellas regresa a la Unidad de Delitos Económicos, que se hará cargo de todo lo referente al Caso Andorra, y la División Criminal seguirá concentrada en el asesinato del director de Las Noticias.

—¿Y Rosa? —levanta el dedo Llavaneras.

—Rosa se queda de momento con nosotros —responde Matas.

—¿Esta decisión de separar los dos casos viene de arriba? —pregunta Matilda al inspector jefe.

—Es una decisión del nuevo conseller. Ahora mismo vengo, venimos —añade girándose hacia Comellas— de una reunión en el despacho del director general, Miquel Álvarez. Antes de que os enteréis por la prensa, tengo que anunciaros que Álvarez y Gimeno acaban de ser cesados. El nuevo conseller quiere demostrar su voluntad de limpiar la imagen pública de la Policía.

Matilda está a punto de soltar un sarcasmo sobre el nuevo conseller y la madre que los parió, pero la retiene el misericordioso efecto de las pastillas.

De regreso a la sala de la unidad, Matilda cae rendida en un sueño profundo, la cabeza entre los brazos apoyados sobre la mesa. ¿Es ella la niña que corre entre los pinares, en medio de un griterío de voces infantiles, la niña que se esconde tras unas zarzas, siente el borrajo pinchándole como agujas las rodillas, ovilla el cuerpo tratando de hacerse invisible, hunde la cara en la tierra seca, siente en la cabeza el zumbido de las cigarras, llora asustada? «¡Pillada!», grita una voz a su espalda. «T'has pixat!», se fija en el vestido mojado. «S'ha pixat!», se acercan los otros niños. «S'ha pixat, s'ha pixat!», corean señalándola con el dedo, entre risas y burlas…

—Creo que es tu teléfono —dice Llavaneras tocándole el hombro paternalmente, señalando el teléfono que vibra en silencio sobre la mesa.

—¿Sí? —descuelga Matilda, liberando la mano que retiene entre

los muslos para limpiarse la saliva de los morros.

—Os estáis luciendo. —Oye una voz metálica entrecortada por unos pitidos y un molesto ruido de fondo.

—¿Hola? ¿Con quién hablo?

—A ti te lo voy a decir, no te jode. —Se corta la comunicación.

Pasan sólo unos segundos antes de que se repita la llamada.

—¿Sí?

El mismo número de teléfono. La misma voz distorsionada.

—Estaba viendo por la tele lo de la pobre rumana. ¡Qué vergüenza! ¡Y ese cabrón de Pedrosa que se va de rositas! Siempre pagan los mismos pringados, los de abajo.

—¿Nos conocemos? —acciona Matilda el manos libres.

—Más de lo que tú te piensas.—Se corta de nuevo la comunicación.

Matilda hace un gesto con la mano para indicar al resto de los policías que se acerquen.

Esta vez, el teléfono tarda un par de minutos en volver a sonar.

—A ver si os enteráis de una puta vez. Educa el ojo para una buena mirada, ¿te suena? —Cuelga la voz sin que Matilda tenga oportunidad de responder.

—Qué extraño, ¿no? —reflexiona Rosa.

—¿Cómo era la frase?

—«Educa el ojo para una mirada larga, pausada».

—¿La misma persona, entonces? —pregunta el inspector jefe Matas.

—Sin duda. Pero lo que resulta interesante es que no repite la frase tal como la escribió; «buena mirada» no es lo mismo que «una mirada larga, pausada».

—Y esto, ¿qué importancia tiene? —pregunta Llavaneras.

—Mucha. «Buena mirada» es una manera vulgar de decir una obviedad; una «mirada larga, pausada» es poético, mucho más profundo, hermoso.

—No te sigo, Rosa —se impacienta Llavaneras.

—Pues está muy claro: el hombre que acaba de colgar el teléfono es con toda probabilidad el autor de las cartas, quizás el asesino de Llopis, pero no se trata de alguien que sea capaz de hablar con propiedad, usando sus propias palabras, su corpus imaginatio, sino que se trata de un tipo que las saca de aquí y de allí. Que necesita alimentar su paranoia, su malestar, con ideas deslavazadas capaces de armar su argumentario psicótico, pero que no puede recordarlas sin leerlas. Como esos estudiantes que suelen sacar buenas notas porque repiten como cotorras lo que dice el profesor, pero no saben nada por sí mismos.

—Un argumentario, sin embargo, que, en nuestro caso, lo ha

empujado a pasar al acto —interviene Matilda rompiendo el largo silencio que les ha dejado a todos, incluido al inspector jefe, dándole vueltas a la utilidad de sus propios diplomas y estudios.

—Y si lo ha hecho una vez…

—Podría hacerlo una segunda, o una tercera vez —termina el inspector jefe la pregunta que todos tienen en la cabeza.

Tomás, que se ha retirado hasta su mesa y teclea concentrado en el ordenador, grita de pronto, eufórico.

—¡Lo tengo!

Los policías se giran sorprendidos.

—¿Has localizado la llamada? —pregunta Matas.

—Imposible con tan poco tiempo. Pero acabo de comprobar el número. Y resulta que el número que nos acaba de llamar ¡es el del teléfono de José Llopis, el director de Las Noticias!

En el despacho de la División Criminal se produce uno de aquellos momentos de epifanía que llegan cuando se descubre un hilo que empieza a ceder en la madeja enmarañada de una investigación.

Para Matilda se trata de una sensación única que ya ha vivido en el periodismo. Una mezcla de euforia y sosiego: la tensión acumulada salta de pronto por los aires y lo que antes era frustración, inseguridad, contención, prudencia, confusión, se transforma en felicidad. Una suerte de fogonazo emocional que los místicos atribuyen a una señal divina, los poetas a la inspiración, y los policías, los políticos y los periodistas, a sí mismos.

33

El tren de Figueres lleva un retraso de diez minutos. Chiquita parece dormitar dentro de su jaula. Justo en la misma fila del vagón, separados por el pasillo, un niño de unos cuatro años ha abierto su tablet y juega concentrado mientras una mujer joven, sin duda su madre, lo desviste del gorro de lana, la bufanda, trata de quitarle la chaqueta tirando por las mangas, pidiéndole perdón cuando el niño se queja porque una de sus manos queda atrapada en la bocamanga. «Ho sento, Jan», dice la mujer mientras el niño, que no ha quitado la vista de la pantalla en ningún momento, consigue recuperar con un gesto de fastidio la libertad de su mano, toca compulsivamente la pantalla, resopla, bufa ausente al mundo que lo rodea. «Tens gana?», pregunta servicial la mujer, abriendo ahora una mochila escolar decorada con el dibujo de la gatita Kitty, saca un yogur bio que el niño rechaza de un manotazo, «Una pastanaga, doncs?», insiste sin éxito la mujer con una zanahoria pelada en la mano, «Has de menjar, rei, que dinarem tard», se queja la madre, que pierde la paciencia, se recuesta en su asiento junto a la ventana, abre el teléfono, se recoge el pelo en una coleta, lee los wasaps, teclea ágilmente con los dedos pulgares, sonríe por fin.

Chiquita levanta la vista y rasca la jaula con sus patitas llamando la atención. El niño pierde por un momento la concentración. «Mira, mama», grita señalando a la iguana. La mujer refunfuña sin levantar la vista de su teléfono. Matilda señala la zanahoria, señala a la iguana. El niño coge la zanahoria y la acerca hasta la jaula de la iguana. Chiquita saca la cabeza entre las rejas, empieza a roer la zanahoria, arranca la punta, la arrastra hasta el interior de la jaula. El niño, animado, trocea la zanahoria y la va introduciendo a través de las rejas. «Què fas, Jan!», grita de pronto la mujer cogiéndole la mano para limpiarla con una toallita para bebés biodegradable. «Aquests nens», se excusa dirigiéndose a Matilda, tratando de calmar al niño que llora desconsolado, insulta y golpea a su mamá.

Matilda roza con la mano la gruesa carpeta que ha colocado encima del asiento, debajo de la jaula de Chiquita, pero la deja donde está. Tiene tres días por delante. Quiere repasar desde el principio, fuera del ruido de la oficina, toda la documentación sobre la investigación del asesinato de Llopis.

Su amigo Emili Biosca la ha invitado a pasar el fin de semana en el Empordà. Le ha jurado y perjurado que estarían solos hasta el domingo, cuando Emili celebrará su cumpleaños y tiene previsto hacer una paella con algunos vecinos del pueblo. También ha invitado a la psicoanalista argentina Mónica Payeska y a Dragan Babic, un

refugiado de Sarajevo que se instaló en Roses huyendo de la guerra y lleva diez años escribiendo un libro que no acaba de terminar.

Una voz femenina anuncia por el altavoz del tren la llegada a Girona. Su vecina recoge las cosas. Arranca la tablet de la mano del niño, que trata de conservarla, se resiste, llora. Los pasajeros que bajan en Girona los obligan a avanzar atropellándose entre las maletas por el pasillo; los gritos del niño se diluyen al ritmo que el tren se vacía.

Emili Biosca la está esperando de pie en la entrada de la estación de Figueres, algo apartado de dos fornidos policías que miran a los pasajeros con cara de pocos amigos en busca de emigrantes indocumentados y paran a todos los negros.

Emili Biosca tiene el pelo blanco enmarañado. Viste un viejo jersey de lana con restos de hierbas en los brazos y la pechera. La recibe con una gran sonrisa, abriendo los brazos para que la policía se funda en su orondo cuerpo de sesentón. El coche, un Citroën Berlingo destartalado de color blanco, huele a tierra y a manzanas. Emili Biosca deja la maleta y la carpeta de Matilda en la parte trasera después de apartar hacia un lado una desbrozadora.

Matilda coloca la jaula con la iguana entre las piernas.

Biosca se sienta al volante.

—Veo que te has venido con la familia. ¿Hijo o marido? —señala irónico al animal.

—¿Por qué no ambas cosas? Aunque se llama Chiquita y es una hembra, Emili. Y tú, ¿qué tal?

—En plena forma.

Biosca sale de la estación en dirección a la carretera nacional de Besalú. Viajan en silencio. Matilda observa a su derecha las nubes sobre la sierra del Canigó, la sombra imponente de la Mare de Déu del Mont, la cima del Bassegoda anticipándose a la ordenada línea del Pirineo que empieza a teñirse de rojo anunciando tramontana.

Antes del cruce de Banyoles, Biosca tuerce a la izquierda para entrar en una gasolinera.

—Butano —dice bajando del coche.

Regresa con dos bombonas que coloca en el portaequipajes.

Rehace un trozo de carretera en dirección a Figueres y coge el cruce de Espinavessa. La masía en la que vive queda a un kilómetro del pueblo.

—Si te animas puedes ayudarme a terminar de construir el gallinero —dice Biosca tendiéndole la maleta a Matilda.

—Pensaba que a tus gallinas las tenías en libertad.

—Las tenía, por eso ya no las tengo.

—¿Un zorro?

—Quizás.

La casa huele a comida y a fuego de leña.

—Tu habitación está arriba. Ya la conoces. Comemos en diez minutos —señala la escalera Biosca.

Cuando Matilda baja a la cocina se encuentra con la mesa puesta.

Biosca sirve las copas de vino. Corta en rodajas un bull casero.

—De hígado —dice—. Lo hacen en el pueblo.

Matilda, todavía de pie, echa un vistazo a la cocina. Pone un tronco en el fuego. Abre la tapa de la cazuela.

—¿Lentejas?

—Con butifarra negra.

Matilda se termina la copa de vino.

Biosca se sienta a la mesa frente a la policía. Le aguanta la mirada. Sonríe socarrón.

—¿Qué? —pregunta Matilda dejando escapar una risa nerviosa.

Biosca sirve la comida.

Comen en silencio.

Apuran las últimas gotas de la botella de vino.

Matilda ha traído una tarta de crema con fresones de postre. Se levanta para cortarla y cambiar los platos.

—¿Café?

—Café.

Emili Biosca coloca una botella de ron Zacapa encima de la mesa. Sirve los cafés. Toman asiento junto al fuego, con la copa en la mano.

Matilda Serra conoció a Emili Biosca cuando el viejo periodista entró a trabajar en Las Noticias. Tenía entonces más de cincuenta años y contaba que había sido su padre quien le había recomendado jubilarse en aquel centenario diario donde la madera que recubría zócalos y columnas era madera de verdad, y los conserjes, muy bien vestidos, te trataban siempre con una gran corrección.

Se lo dijo un día que fue a visitarlo y Biosca lo encontró de pie examinando atentamente una de las columnas de la recepción para cerciorarse de la calidad de la madera. Al parecer, el padre de Emili Biosca, un obrero textil jubilado, pensaba que ya era hora de que su hijo sentara la cabeza después de una carrera profesional cambiando continuamente de diario, plantando cara a todos los directores que había tenido, sin ceder jamás un milímetro su independencia. «Fill meu —le dijo aquel día su padre dando golpecitos a la columna con los nudillos de la mano—, ¡madera de primera!, ni se te ocurra dejar jamás esta empresa».

De niña, Matilda lo había leído en El Correo Catalán y cuando Biosca fue fichado por Las Noticias no tardaron en congeniar. Quizás lo único que le sobraba a Biosca era su orgullo excesivo, aunque con el tiempo descubrió que se trataba de una coraza que lo protegía de la

timidez y la tensión debida a este pudor a mostrarse que tienen todos los católicos de su generación, divididos entre lo que es aceptado socialmente y lo que a uno le hierve por dentro. Especialmente si resulta que te gustan los hombres y has nacido en la España de los años cuarenta.

Cuando empezaron los despidos en Las Noticias, Emili Biosca decidió jubilarse, cabreado por la manera de proceder de la empresa. El último día de trabajo llegó puntual y se fue puntual después de entregar su columna. Pero esta vez, en vez de salir directamente a la calle para ir al Boadas a tomar una copa, subió al piso de la administración, dio dos besos a la secretaria y le comunicó que a partir de aquel día no le enviaran el diario a su casa, una deferencia que Las Noticias tenía con sus jubilados.

—Y aquí me tienes tan tranquilo —dice Biosca con un puro en la boca, la copa medio llena.

—¿No te aburres? —pregunta Matilda.

—Leo, releo, escucho música, como mis propias lechugas, veo a quien me da la gana.

—Pero está el mundo, no sé, a ti, el mundo…

—¿El mundo? Puede ser, es cierto, a mí el mundo, como tú lo llamas, siempre me ha interesado, pero al retirarme he descubierto que cada uno tiene su tiempo, un tiempo para nacer, un tiempo para morir, un tiempo para plantar, un tiempo para recoger, dice el Eclesiastés. Quizás yo ya he plantado bastante.

—Pues ha llegado el momento de compartir con los demás lo que ahora recoges —dice Matilda sirviéndose la copa.

—No te preocupes, me queda otra botella.

—No me mires así, Emili. Te lo digo en serio, ¡qué cojones haces encerrado aquí, en el Empordà, rodeado de tomates y de lechugas!

—Y de libros, Matilda, de libros.

—No me dirás ahora que ya está todo escrito.

—Curiosamente, cuando entré en el seminario, ya sabes que los seminarios españoles educaron a muchos hijos de familias humildes que no se podían permitir una buena educación…

—Y bien que os toquetearon.

—Te decía, Matilda, que yo del seminario salí hablando latín y griego, había estudiado filosofía, tenía dieciséis años, pensaba que el mundo, ¿has leído a Hegel?, bueno, pensaba que el mundo era una continua evolución, que el ser humano evolucionaba hacia el bien.

—¿Eso pensabas?

—Este pensamiento es el que ha marcado el siglo xx. La idea de que podemos dominarlo todo, transformar la naturaleza sirviéndonos de la ciencia. Y ya lo ves… dándonos de hostias una y otra vez.

—Sísifo cargando una gran piedra.

—Coronamos la cima, la piedra nos arrastra por la pendiente, volvemos a empezar, caemos de nuevo…

Emili Biosca se levanta. Enciende la lámpara.

—Los días se hacen cortos en invierno —dice con una nueva botella de ron en la mano.

Matilda llena su copa.

Biosca llena la suya.

—Pero dime, subinspectora, no habrás venido aquí para hablar de mí —se acerca la copa a los labios.

Es noche oscura cuando Matilda Serra termina de explicarle la investigación sobre el asesinato de José Llopis.

—¿Piensas que ha sido alguien de dentro, de la casa? —pregunta Biosca, que había seguido las informaciones por la radio, había comentado los hechos con algunos antiguos colegas periodistas, pero nada sabía de los detalles que ahora le ha dado a conocer la subinspectora.

—Eso es lo que pienso.

—¿Y el Caso Andorra?

—Un golpe de suerte. Cualquier cosa que rasques, siempre acaba saliendo la corrupción por algún lado. La corrupción es estructural. Es el ADN de nuestra sociedad. Para mí tiene escaso interés. Ni siquiera da para una novelita. Es la misma gula que podría tener un perro cuando se termina su plato y mete la boca en el plato del vecino. Una gula instintiva, la del animal que somos.

Biosca la mira divertido.

—El factor humano, eso es lo que a ti te gusta.

—Exacto —ríe Matilda atropellándose con un ataque de tos.

—¡Las emociones fuertes!

—El alma, Emili, el alma.

—¿Por eso te fuiste a la guerra? ¿En busca del alma humana?

—¿De dónde has sacado este ron?

—Un regalo de un amigo. Igual lo conoces. Ramón Lobo.

—Joder, claro, tal para cual.

Matilda se levanta y se dirige al lavabo caminando a tientas, agarrándose a los muebles.

Regresa con la cara lavada, las puntas de su pelo desordenado mojadas, los ojos brillantes.

—La última —dice llenando la copa.

—Te había hecho una pregunta.

—La guerra, sí. Claro, la puta guerra. La guerra, escribió no sé quién, no admite otra amante, incluso los que la odian son prisioneros de su hechizo. Y te diré una cosa, querido, de acuerdo, la guerra es destrucción, sufrimiento, pero todo esto, incluso su sentido —o su

falta de sentido para ser más exactos—, cuando estás bajo los tiros y las bombas, resulta completamente irrelevante, porque hay algo superior, una pertenencia…

—Un odio.

—Coño, Biosca, claro, pero el odio es otra cosa, ¡el odio son los otros! Yo te hablo de la fraternidad, del amor. Es algo que si no lo has vivido es imposible que lo puedas comprender. Algo que siempre te faltará… no sé si me entiendes.

—Tú, recuerdo…

—Sí, claro, ya sé a dónde quieres llegar, yo, pues sí, me enamoré de la guerra, me enamoré de Vesna, y ahora ya no tengo ni a Vesna ni a la puta guerra, ni nada de nada… —Matilda se levanta para dirigirse hacia las escaleras.

—Joder, creo que he bebido demasiado —farfulla despidiéndose.

—¿Me dejas que le eche un vistazo a tu carpeta?

—Haz lo que te dé la gana.

—Hasta mañana, Matilda.

La despiertan los ladridos de los perros. Emili Biosca ya ha encendido el fuego, arreglado la mesa y lavado los platos. Está preparando el café. Matilda, todavía sin vestir, cubriéndose con un jersey de lana que ha encontrado colgado detrás de la puerta de su habitación, observa desde el marco de la entrada de la cocina cómo Emili llena la cafetera con el agua del grifo, muele los granos de café utilizando un molinillo manual, huele el resultado con gesto de satisfacción, coloca la cafetera sobre el fuego con la tapa abierta, se queda mirándola a la espera de que el líquido negro emerja, espumoso, y la chimenea de la cafetera se desahogue con un rumor de juguete de vapor hasta vaciarse totalmente en su cubeta superior para llenar la cocina del agradable aroma que deberían tener las mañanas de domingo; el primer café de un día sin prisas.

—No te había oído —se gira al notar la presencia de Matilda.

—Veo que también te ha dado por moler el café.

—¿También, dices? Sólo estoy aprendiendo a darle un sentido a cada cosa que hago.

—Eso debe de ser complicadísimo —dice Matilda todavía apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—El secreto está en hacer pocas cosas.

—Ya.

Emili coloca un par de tazas encima de la mesa.

—Supongo que te habrás traído unos zapatos para caminar —pregunta.

No los ha traído. Prueba a calzarse unas viejas botas que alguien ha olvidado en el armario de la entrada. La tramontana ha cesado y el cielo ha amanecido luminoso, de un azul virginal, limpísimo. Caminan en silencio en dirección al pueblo de Navata. Cruzan unos campos de cultivo. Se internan en un denso bosque de pinos y encinas. Biosca abre la marcha. Matilda lo sigue a una cierta distancia, recuperando la respiración, sintiendo cómo el aire helado le despeja la cabeza embotada por la resaca. A lo lejos se oyen los ladridos de los perros y, de vez en cuando, algún disparo de los cazadores.

—¡Mira! —grita Biosca, parándose para señalar con el bastón hacia el tronco de un pino—. Un agateador. ¿Lo ves? En catalán lo llamamos raspinell. Fíjate en el pico. Es largo y estrecho, con una pequeña curva que le va muy bien para buscar insectos y larvas entre la corteza. Al raspinell siempre lo verás subiendo por los troncos, pero nunca bajando.

—¿No sabe bajar?

—Caminando, no.

—¿Le da vértigo la bajada?

Biosca se ríe a gusto.

—El único pájaro que tanto sube como baja por el tronco es el trepador azul, el pica-soques blau.

Al salir del bosque se cruzan con una masía abandonada. Caminan todavía una media hora larga hasta llegar a un muro de cañas que oculta la hendidura profunda de un acantilado, al fondo del cual el río Fluvià avanza perezoso sobre la llanura dibujando amplios meandros de playas de cantos rodados. La presencia de las gaviotas picoteando en las pozas verdosas que se forman en los suaves saltos de agua anuncian la proximidad del mar.

Biosca busca una piedra donde sentarse. Saca un par de mandarinas de la mochila y le ofrece una a Matilda, que permanece de pie.

Matilda se asoma sobre el acantilado abriéndose paso entre el muro de cañas. Tira al vacío la piel de la mandarina. Suspira.

Durante el camino de regreso, Emili Biosca modera el paso dejando que la subinspectora se acerque para caminar a su lado. Después del silencio de la ida, Matilda siente cómo sus palabras fluyen ahora sin ningún esfuerzo, como si su estado de ánimo, antes agitado, se hubiera ido aplacando con el esfuerzo, armonizándose con la naturaleza que los envuelve.

Abre los brazos abrazando el paisaje.

—Aquí, en medio de esta inmensidad, de esta soledad, te haces pequeña —dice.

—Te haces uno más, que es lo que en realidad somos —responde Biosca.

Un ave rapaz sobrevuela sus cabezas y se queda volando en círculos por encima de un campo yermo. De pronto se lanza en picado para remontar el vuelo cargando con sus garras un pequeño animal, quizás un ratón o una lagartija.

Biosca saca la cantimplora de la mochila y se la ofrece a Matilda.

Hablan de Gomà y de Mónica. De los líos amorosos que solía haber en Las Noticias. De cómo cada vez que entraba una chica en prácticas o una nueva redactora sabías que pronto te la encontrarías en uno de los bares del barrio con el gallo del gallinero de turno tirándole los tejos.

—A mí siempre me gustó esa tensión sexual —dice Biosca.

—Ahora lo llaman acoso.

—Pues te diré que yo no entiendo el trabajo sin un punto de fantasía, sin esa pequeña emoción que produce la posibilidad de algo más. El trabajo por el trabajo me parece un coñazo, una deshumanización, un retroceso colosal. Hay más verdad en la hora del

café, la comida del mediodía, el rincón oscuro de un bar al final de la jornada, que en una reunión de trabajo.

—Castro se tiró por el balcón porque perdió su trabajo.

—Lo que perdió fue el sentido de su trabajo.

Matilda echa un vistazo al reloj.

—¿A qué hora llegan tus invitados? —pregunta.

—Tenemos tiempo de sobra. A la paella sólo le falta añadir el arroz.

—¿Sabes? —dice Matilda, parándose de pronto—. Estaba dándole vueltas a eso que has dicho de los pájaros.

—¿Los pájaros?

—Eso de que saben caminar hacia arriba pero luego no pueden retroceder sobre sus pasos.

—Es como la vida, ¿no? Avanzamos y lo que dejas atrás no lo puedes cambiar.

—Ya has tenido tu opción… —asiente la subinspectora meditabunda.

Biosca se queda un largo rato en silencio rumiando lo que acaba de decir Matilda.

—¿Y si fuera alguien que la ha cagado? —pregunta.

—¿El asesino de Llopis?

—Claro, ¿no es eso en lo que estabas pensando?

—Quieres decir que se trata de alguien que ha dado un paso en falso y ahora no puede retroceder.

—Algo así. Que quizás se ha pasado de la raya, ha tenido un accidente…

—… y cuando ve que no hay marcha atrás…

—… decide montar toda esta película.

Matilda se detiene de pronto.

—¿Sólo llevas agua, Emili?

Emili le pasa la cantimplora.

La subinspectora bebe a morro. Se limpia los labios con la bocamanga del jersey.

—¿Regresamos?

Lo hacen en silencio. Emili Biosca camina delante. Matilda lo sigue algo alejada, concentrada en sus propios pensamientos.

35

Rosa la espera con el coche frente a la comisaría.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Relajado. ¿Y tú?

—Estuvimos trotando por el Montseny.

—¿Dimitri bien?

—Muy bien. ¿Y tu amigo? ¿Emili se llama?

—Emili Biosca. Sabe un huevo de pájaros. Invitó a una psicoanalista y a un bosnio que vive instalado en el Empordà. Nos hartamos de paella. Joder, cómo bebe la psicoanalista…

—¿Más que tú?

—Vaya, otra vez un atasco.

—¿A qué hora has quedado?

—Ana Lucía me ha dicho que tiene toda la mañana libre. Pero no me gusta hacer esperar a la gente.

—¿El bosnio y tú…?

—Nada que ver. Ni siquiera lo conocí durante la guerra.

—¿Es de Sarajevo?

—De Sarajevo, sí. Croata. Se llama Dragan. Está escribiendo un libro.

—¿Sobre la guerra?

—Lleva más de diez años escribiéndolo, pero no se atreve a terminarlo.

—¿Y eso?

—Teme que si lo termina se quedará sin los recuerdos.

—Suena fatal.

—¿Tú piensas que el deseo es lo que realmente nos mueve?

—No te entiendo.

—Quiero decir que, si dejas de desear, estás perdida, te conviertes en una simple superviviente.

—¿Eso es lo que piensa la psicoanalista?

—Es lo que piensa Dragan. Dice que ya no le queda la energía necesaria para alcanzar los deseos.

—Entonces es que todavía los tiene.

—Los tuvo. Y todavía puede sentirlos vivos en el recuerdo. El recuerdo, dice, es lo único que le queda. La vida que fue.

—Debisteis pasar un alegre fin de semana.

—Muy agradable.

—Esa psicoanalista…

—Mónica. Mónica Payeska, se llama.

—¿Judía?

—Sus padres eran polacos. De Lviv. Una ciudad que ahora pertenece a Ucrania. Cuando se relaja y deja de interpretarlo todo es muy divertida. Y muy frágil, también. Sostiene que nuestro asesino es un paranoico clásico.

—¿Hablasteis del asesino del director?

—Coge la salida de Sabadell norte. Según el GPS ganamos diez minutos.

—¡Qué plasta, esta tía del GPS! Siempre tan segura de sí misma.

—¿Tú crees que existe de verdad esta mujer?

—¿La voz del GPS? Pues claro.

—Su tono es tan impersonal, tan frío, sin una palabra de más…

—Ella sólo pone la voz, graba las frases. Luego la inteligencia artificial pone el sentido, se sirve de su voz para dar las indicaciones correctas.

—Me parece muy inquietante. Sobre todo, cuando te equivocas y te corrige sin inmutarse, sin expresar ningún sentimiento, ninguna sorpresa.

—Porque no es ella la que decide, ella sólo habla.

—La máquina decide por ella, claro. Como un reloj de cuco. Me gustaría conocerla. ¿Tú cómo te la imaginas?

—Por la voz parece una mujer joven.

—¿Rubia?

—Quizás.

—¿Tendrá hijos?, ¿marido? ¿Utiliza el mismo tono cuando les dice a los niños que salgan de la bañera y se pongan el pijama? ¿Leerá la prensa?

—¿Leerá la prensa? ¡Qué preguntas haces, Matilda!

Matilda abre el bolso y saca un tubo de crema hidratante para las manos. Se las embadurna lentamente, a conciencia, hasta dejar que la piel la absorba completamente.

—¿Quieres? —Levanta el tubo antes de cerrar el tapón.

—Estoy conduciendo. Gracias.

—No paro de darle vueltas a cómo se lo tomará Ana Lucía cuando le enseñemos los vídeos que encontramos en el ordenador de Llopis.

—Mal, sin duda.

—¿No te parece que esta chica sabe más de lo que nos dice?

—¿Y a ti no te lo parece?

—La navaja del director, el ordenador, las visitas que entraban y salían del despacho… sin duda, tiene que haber visto algo que se nos escapa. Puede ser algo que sabe, pero no nos lo quiere decir. O bien, algo que todavía no sabe que sabe, pero que quizás intuya.

—Pobre chica. Así que tu psicoanalista polaca…

—Argentina polaca.

—… sostiene que nuestro asesino es un paranoico clásico.

—Un tipo que siente que sus propios problemas, traumas, angustias son culpa de los demás; eso es lo que piensa, sí.

—¿Lo dijo antes o después de la paella?

Matilda saca el lápiz de labios, baja el parasol del cristal del coche, hace muecas con la boca mirándose en el pequeño espejo pegado en el anverso del parasol.

—Tú te oxigenas trotando —dice todavía con la mirada en el espejo—. Dándole alegría al cuerpo, haciéndolo con Dimitri…

—Follando, querrás decir. ¿Tanto te cuesta decir la palabra follar?

Matilda devuelve el pintalabios al bolso, baja la cabeza.

Rosa ríe divertida.

—Perdona, te he cortado. —Alarga la mano para darle unas palmaditas en el muslo—. ¿Decías que yo me oxigeno trotando, haciéndolo? ¿Y tú, vosotros, cómo lo hacéis? ¿Con una paella? ¿Necesitáis anestesiar el cuerpo para sentirlo gozar? ¿Empacharlo a base de engullir y beber para silenciarlo, conjurar el deseo?

Matilda se encoge de hombros.

—Estaba pensando… eso que dijiste…

—¿Lo de follar?

—¿Recuerdas la conversación del bar?

—¿El bar? ¿Qué bar?

—Lo de las tragaperras. ¡Tu investigación filológica, coño! «¡No es lo mismo vaciar que tragar! ¡Entrar que salir!». ¿No lo recuerdas? ¡En el bar Estudiantil! ¡Lo del chino y los indios guaraníes!

—¿Te encuentras bien, Matilda?

—Sólo trato de atar cabos, establecer relaciones… lo tenemos delante de las narices y no lo vemos. ¿Cómo era aquello, hepy eterei?

—La venganza es muy cara.

—Pues a eso me refería, tú dirías «precio», ellos dicen «venganza». ¡Para una misma cosa!

—¿Y qué tienen que ver ahora los guaraníes?

—Pues que nuestro hombre sube cada vez más el tono, nos quiere decir algo, pero nosotros no escuchamos, sólo vemos las palabras. Como si las palabras tuvieran un único significado.

—Quieres decir que hablamos lenguajes distintos.

—Utilizando las mismas palabras, claro.

—¿Y?

—¿No eras tú la filóloga?

—Lo que está claro es que saca las ideas de aquí y de allá, y que no tiene ideas propias.

—Pues dejemos de darle vueltas a las ideas y centrémonos en las palabras propias. Voy a llamar a Tomás —dice Matilda cogiendo el teléfono.

—¿Tomás?

—Las repeticiones. Que busque las repeticiones. Que lo haga en todos los interrogatorios que hemos hecho, en todos los mensajes de nuestro hombre, en la llamada telefónica. Que utilice el ordenador. Para eso sirven los ordenadores, ¿no?

Rosa encuentra un hueco para aparcar el coche delante de la misma tienda donde lo dejaron la última vez. Detrás del mostrador, sentado en un taburete, el niño chino está coloreando una libreta en lo que parece un ejercicio escolar. Su padre asoma la cabeza desde la trastienda. El niño salta del taburete, abre la nevera, saca una botella de agua.

—Vichy —dice victorioso, tendiéndole la botella a Rosa.

—Joder, estos chinos… —Sale de la tienda la policía, abre el tapón de la botella, se la ofrece a Matilda.

—¿Qué pasa ahora con los chinos? —se extraña la subinspectora.

—Nada. Si no tienen alguna cosa, se espabilan para tenerla al día siguiente. Mientras que aquí todos nos quejamos de lo que tuvimos. Y encima, el chaval habla un catalán mejor que el mío.

Ana Lucía responde al instante la llamada del interfono.

Las recibe en el rellano, a la salida del ascensor. Viste un chándal de estar por casa, zapatillas de paño. El pelo recogido en una trenza.

En el comedor del piso las espera la misma escena de la última vez: el tapete de hilo floreado protegiendo la mesa, las tacitas preparadas para el café, el cuenco de cerámica con las galletas, la virgen de El Quinche tallada en madera, la foto de la abuela con las hijas de Ana Lucía en el ranchito, las fotos de los primos y las primas repartidas sobre el aparador.

Desde la cocina llega un ruido de platos y de cajones que se cierran y se abren.

—¿David? —pregunta Matilda.

—Mi hermana. Norma. David ha ido a pasar la ITV de la furgoneta. A ver si esta vez tiene mejor suerte.

—¿Le tumbaron la ITV?

—Es una furgoneta vieja. La necesita para trabajar.

Matilda abre el ordenador y lo coloca encima de la mesa. Norma entra en el salón con la cafetera en la mano. Ana Lucía hace las presentaciones. Norma saluda con una pequeña genuflexión de rodillas y regresa a la cocina.

Matilda explica que le quiere enseñar unas fotos y una película que encontraron en el ordenador del despacho del director, José Llopis. Ana Lucía se sienta a la punta de la mesa, la espalda erguida, la mirada tensa, inexpresiva. Norma regresa de la cocina, se acerca hasta colocarse de pie detrás de su hermana. Posa maternalmente las manos

sobre sus hombros.

—No sé si su hermana… —dice Matilda señalando el ordenador.

—Entre nosotras no tenemos secretos.

Rosa y Matilda las observan en silencio.

Si las dos ecuatorianas sienten dolor o sorpresa mientras ven pasar las fotografías es algo que las policías son incapaces de percibir. Ningún parpadeo, ningún temblor de la boca, nada que pueda expresar sentimiento o sensación alguna. Es como si ambas se encontraran muy lejos, en este más allá del silencio y de la máscara que las poblaciones indígenas, obligadas a inclinarse durante generaciones, han aprendido a habitar con tal de preservarse de la amenaza y la negación de un poder que les es ajeno.

Matilda se levanta para teclear en el ordenador.

—Ahora la película —dice regresando a su silla.

El crepitar del papel higiénico frotando las nalgas de Ana Lucía, la apacible intimidad de su respiración, el ruido del agua de la cisterna resuena en el comedor adelantándose al espeso silencio que se impone al final de la proyección.

Las dos hermanas permanecen inexpresivas, tiesas delante de la pantalla.

A Rosa le parece percibir una leve presión de la mano de Norma en la espalda de Ana Lucía, pero es más un deseo que una certeza.

Matilda alarga el brazo hasta el cuenco de galletas. Se sirve otro café.

—¿Sabías que existían estas fotografías? ¿Que el director te había estado filmando? —pregunta dirigiéndose a la asistenta.

Ana Lucía niega con la cabeza.

Norma camina hacia la cocina y regresa con una jarra de agua.

—Veo que usted no toma café —llena un vaso para ofrecérselo a Rosa.

Rosa bebe agradecida.

—Pero usted —dice Rosa demasiado bruscamente—, la otra vez que vinimos, sí nos comentó que el director la miraba y la molestaba mientras limpiaba el despacho.

—Molestar no dije. Nunca me tocó.

Matilda alarga el brazo para buscar la mano de Ana Lucía, que la aparta suavemente.

—Nosotros sólo la queremos ayudar —baja la voz la subinspectora como si le hablara a un enfermo.

—Pero para poderla ayudar, necesitamos que también usted nos ayude a nosotras —insiste Rosa.

Ana Lucía permanece un largo rato en silencio.

—¿Me van a echar del trabajo? —pregunta asustada, levantando la mirada.

—¡Usted no ha hecho nada malo!

Las dos policías recuperan el hilo de la conversación de la anterior visita. La asistenta se mantiene en lo que ya les explicó. El director, «el señor», dice, la miraba a veces, se tocaba, sí, esto sí lo vio, solía mear manchando todo el lavabo para humillarla, esto también es verdad porque un día así se lo dijo, «ahora lo limpias todo bien limpio», dijo exactamente, pero lo de las fotografías no sabe, tampoco la película. Sí, es cierto que una vez se sacó «esa cosa» y meó delante de ella, también esto es la pura verdad, ¿quién más podría haber colocado la cámara en el lavabo?, pues esto no lo sabe, claro, eran muchas las personas que entraban en el despacho, pero ella solía estar casi siempre sola, ella hacía su trabajo y no se metía en las cosas de los demás.

—¿Me van a echar? —pregunta de nuevo la asistenta tratando de adivinar la respuesta en la mirada de las dos policías.

Norma explica que su hermana tiene mucho miedo de perder el trabajo. Que lo necesitan. Que ellas no han hecho nada malo.

—Esta pobre chica rumana… —dice Ana Lucía camino de la puerta, señalando el televisor apagado.

—¿Alina? ¿La conocías? —se extraña Matilda.

—No, no, para nada. Sólo que la he visto en la televisión, lo que le han hecho, lo que le puede pasar a una, ustedes… —deja sin terminar la frase la asistenta mientras su hermana la agarra maternalmente del hombro haciéndola retroceder hacia el interior del piso y cierra la puerta.

El ascensor huele a tabaco y a sudor. Rosa tose molesta, agita la mano en un gesto inútil tratando de renovar el aire. Matilda tampoco está muy contenta. La entrevista, lo saben las dos policías, ha sido un desastre. De nada sirve insistir en que las fotos y la película nunca saldrán a la luz pública. El miedo de las ecuatorianas es un miedo antiguo, ancestral, y si bien hubo un momento de confianza durante su primera visita, los programas de la televisión, que sin duda siguen las dos hermanas, la historia de Alina convertida en un espectáculo, no hacen más que acrecentar este recelo preventivo que tienen todos los inmigrantes, conscientes de la fragilidad de su situación, siempre señalados, presuntamente culpables antes de que se demuestre lo contrario.

Las dos policías pueden imaginar el pánico que siente la asistenta a que sus fotos salgan a la luz pública para ensañamiento de la prensa carroñera y la vergüenza —íntima, privada, innombrable— de los suyos. Saben también que ellas no pueden garantizarles el anonimato prometido, pues tanto la Policía como la Justicia son un coladero de información y nada protege a los más frágiles cuando tienen la desgracia de chocar con los intereses del politiqueo y de los medios.

Al llegar a la planta baja un hombre acompañado de un perro las saluda amablemente. Lleva un diario y una barra de pan en la mano. A Matilda le parece una cara familiar, quizás porque la asocia —o la confunde— con sus propias fantasías, esta serena amabilidad que transmiten algunos jubilados a la que a ella le gustaría tener acceso algún día: una barra de pan, los diarios, el crucigrama a medio terminar, el paseo sosegado de todas las mañanas y estos «buenos días» que salen del alma, como si cada día fuera el mejor día de los últimos días de una vida.

Rosa propone tomar algo en el bar del mercado.

Deciden dejar el coche. Cruzan el ambulatorio y caminan por la calle La Bètica, donde se levantan los edificios de las escuelas públicas La Jota y La Sardana, construidas en ladrillo, una al lado de la otra. Dos cataluñas sin bajar de la acera.

—Nenes? ¿Os importa echarme una mano?

Una señora mayor vestida con una bata de boatiné rosa de estar por casa trata de sacar el carro de la compra, que se le ha quedado trabado en el agujero del alcorque de un escuálido y sediento árbol.

—Estaba distreta, no sé dónde tengo la cabeza —dice la mujer mientras Rosa tira del carro liberando con cuidado una de las ruedas atrapada en la reja protectora del alcorque.

—Estas rejas —se queja la mujer—. Las ponen para que no se caguen los perros, pero nadie piensa en las pobres mujeres mayores como yo. De noche, si no vigilas, puedes romperte una pierna. Vosotras no sois de aquí, ¿verdad? ¿O me equivoco?

—Íbamos a tomar algo al mercado.

—Os recomiendo los pinchos de tortilla de patata —dice una voz masculina a sus espaldas.

—¡Vaya! —se sorprenden las dos policías.

—¿Se conocen? —pregunta la señora.

—Ahora mismo venimos de tu casa, David —saluda Matilda tendiendo la mano.

—¿Tú eres el que estás con esa chica, la Ana Lucía, la del cuarto segunda? —pregunta la señora dirigiéndose a David.

David hace un gesto afirmativo. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Fumáis? —pregunta llevándose un cigarrillo a la boca.

—¿Tienes tiempo para tomar un café? —lo invita Rosa.

David dice que ahora mismo está liado con el asunto de la ITV de la furgoneta. Que necesita ir todavía al mecánico para cambiar los dos neumáticos traseros.

—Suerte que el mecánico es un tío enrollado y me los presta —comenta con malicia.

—¿Te presta los neumáticos?

—Claro, y luego se los devuelvo. Los pobres tenemos que ayudarnos entre nosotros.

—Pero esto no es muy legal, que digamos —se pone seria Rosa.

—¿Me vas a denunciar? ¿Sabes lo difícil que es para la gente como yo, la gente humilde, ser completamente legal? ¡Es prácticamente imposible! —sube la voz, cambia el tono David.

—Ya, pero…

—¿Sabes cuánto cuesta una furgoneta nueva?

Las dos policías asienten sin mucha convicción.

La señora sigue de pie en la acera, observándolos entre curiosa y sorprendida.

David, irritado, echa la colilla al suelo con un brusco gesto de despecho.

—Es que la furgoneta es mi herramienta de trabajo, cojones —dice ya más calmado, apagando la colilla con el zapato—. ¿Así que habéis estado de visita en el piso? —cambia de tema.

Matilda le explica que han encontrado unas fotos y una película de Ana Lucía en el ordenador de José Llopis. Le habla de la entrevista con Ana Lucía y con su hermana. David escucha sin hacer preguntas.

—Tengo que dejaros —dice de pronto mirando el reloj.

—Te invitamos a un café. Sólo serán unos minutos —insiste Rosa.

—Nada, que no, que ahora mismo no puedo, gracias de todos modos. Otro día será. ¡El gran director, menudo hijo de puta! —se despide con un gesto despectivo de la mano antes de darles la espalda y dejarlas plantadas en medio de la acera, observando cómo su figura desgarbada desaparece caminando a grandes zancadas al final de la calle.

De regreso a Barcelona, las dos policías apenas cruzan una palabra. Sólo a punto de llegar a la comisaría, Matilda rompe el silencio.

—Hay algo en ese muchacho…

—¿David?

—¿Recuerdas la primera vez que nos cruzamos con él en su casa? El gran Primo Levi. ¿No fue eso lo que nos dijo?

—Y ahora, el gran director…

Matilda, nerviosa, saca el teléfono para llamar a Tomás. Tomás ha hecho lo que le pedían, pero no ha encontrado ninguna palabra que se repita de un modo insistente, significativo. Otra cosa son los conceptos. El odio al director, por ejemplo, es algo que se repite una y otra vez en todos los interrogatorios.

—Prueba con la palabra «gran» —le sugiere Matilda.

Tomás sólo necesita unos minutos para devolver la llamada.

—«Gran» sale en la segunda carta, cuando, después de citar la figura de Salvador Seguí, El Noi del Sucre, se refiere «al gran Ángel Pestaña». También sale en el interrogatorio del chófer del director, Francesc Ruiz, cuando éste habla del antiguo chófer, Pablo Martínez, y se refiere a él como «el gran Pablito».

—Todavía puedo oír su tono despectivo. Vaya un capullo engreído, ese Ruiz —dice Matilda.

Rosa, concentrada, trata de recordar algo que le ronda por la cabeza.

—¿En qué estás pensando? —la apremia la subinspectora.

—La noche que estuvimos en el bar Marsella…

—Apenas recuerdo nada de lo que ocurrió aquella noche, Rosa.

—Estábamos hablando del Excel. Con Gomà. De los despidos de Las Noticias. Y entonces no sé quién dijo el nombre de Bill Gates, y David soltó algo así como «vaya un pájaro», y luego, añadió, si no me falla la memoria, «el gran filántropo».

—Ya —se desanima Matilda—, pero con eso no vamos a ninguna parte. Además, eso del gran tal, el gran cual, suele ser un modo de hablar muy coloquial, muy corriente. Entre los periodistas se usa muy a menudo para hacerse la pelota, casi siempre con la intención de apaciguar los celos que, irremediablemente, sienten los unos de los otros. Es un reconocimiento irónico, por decirlo de alguna manera. Un sí, ya, pero yo…

—Sigo pensando que ese David tiene algo oscuro…

—Todos tenemos algo oscuro, Rosa. Pero no vamos a ir al inspector jefe con una corazonada lingüística, es demasiado débil, fantasioso, diría.

—¿Y si lo citamos en la comisaría?

—¿Como testigo?

—¿Por qué no? También podríamos vigilarlo.

—A ver qué dice Matas. ¿Tu Dimitri y David no son amigos?

—A veces han ido a tomar juntos alguna copa. Se conocen de Las Noticias, de cuando David va a buscar a Ana Lucía al salir del trabajo.

—Habla con Dimitri —dice Matilda bajando del coche para dirigirse hacia la entrada de la comisaría.

37

Llavaneras y Tomás charlan animadamente junto a la máquina del café.

—¿Interrumpo? —se acerca Matilda hurgando con la mano en el bolsillo del pantalón, buscando algo que no encuentra.

Tomás echa una moneda.

—¿Lo quieres sin azúcar?

—Gracias, Tomás.

—¿Qué tal con la asistenta? —pregunta Llavaneras.

—Estaba pensando… ¿tú, Llavaneras, no eres de estos pirados a los que les gustan los pájaros?

—¿Los quinquis? —ríe sorprendido Llavaneras.

—Los pajarracos de verdad, coño. ¿No sueles ir a mirar pájaros con tus hijos?

—Siempre que puedo. Precisamente acabo de comprar unos prismáticos nuevos, una maravilla.

—Es que estaba pensando… este fin de semana… un amigo… bueno, no lo conocéis, Biosca, se llama… el caso es que estuvimos paseando y nos fijamos en un pájaro, el raspinell, el agateador… y Biosca me contó que, salvo el trepador azul, el resto de los pájaros cuando suben por el tronco de un árbol resulta que no lo pueden desandar.

Llavaneras y Tomás se miran sorprendidos.

—Pues así es como lo veo yo —continúa concentrada la subinspectora—. Nuestro asesino es un raspinell, un agateador, un pájaro que la ha liado. No puede echarse atrás y cada vez la va liando más. ¿Me seguís? Habréis leído los libros de Patricia Highsmith, supongo.

Tomás hace amago de consultar en su teléfono, pero se retiene.

—Empecemos por el asesinato. Tenemos una muerte limpia, producida por un golpe con un objeto romo, quizás un accidente. A partir de ahí, sin embargo, al ver que la cosa se le ha ido de las manos, en vez de parar, el asesino decide seguir adelante, darle un sentido. Primero se le ocurren las inscripciones en el cuerpo de Llopis. Luego las cartas. La llamada telefónica. Nuestro hombre está enfadado con el mundo. Con la sociedad. Con sus propias heridas. Su malestar es un batiburrillo de ideas cogidas al vuelo, de aquí y de allá…

—Lo que Rosa llama ideología de coleccionable de quiosco… —interrumpe Llavaneras.

—De corta y pega, sí. Un personaje, por cierto, muy de nuestra época porque ¡quién no está hoy cabreado!, ¡nos acostamos cabreados

y nos despertamos cabreados!

—O vais a enterar —dice Tomás.

—¡Exacto! ¡Os vais a enterar, cabrones! —se anima cada vez más la subinspectora—. Tenemos a un cabreado convertido en un justiciero. Quizás nuestro hombre fuera, antes de pasar al acto, un tipo anodino. Nadie le hace caso. Nadie se lo toma en serio. Pero resulta que, gracias a un accidente, a un hecho fortuito, de pronto se convierte en el centro de todas las miradas. Tiene su pizarra y sus lectores. Así que ha llegado su momento, el momento de decir lo que piensa, estampar su firma. —La subinspectora levanta el brazo, apunta en dirección a la máquina del café, lanza el vaso con gesto decidido—. Su cagadita. —Remata victoriosa viendo cómo el vaso entra limpiamente en el cubo de plástico colocado junto a la pared a modo de papelera.

Los dos policías se quedan mirándola, rumiando lo que les acaba de decir.

—¿Y el Caso Andorra? —pregunta Tomás después de un largo silencio—. ¿Sigues pensando que no existe ninguna relación entre una cosa y la otra?

—Se entremezclan… quizás por una casualidad. ¿Tú qué opinas, Llavaneras?

—Estaba pensando en el cuco.

—¿El cuco?

—Pensaba que, si nuestro hombre es un agateador, el Caso Andorra podría ser el cucut.

—¿Cucut? ¿El de la canción?

—El cuco, cucut en catalán.

—¿Qué le pasa al cuco, al cucut o como diablos se llame?

—El cuco sería a la corrupción lo que nuestro hombre es al agateador —sentencia el policía con cara de satisfacción.

—¡No me jodas, Llavaneras!

—¿Sabes lo que hace el cuco cuando tiene que poner los huevos? —se anima Llavaneras ante el desconcierto expectante de sus colegas—. Pues en vez de currárselo, en vez de construir su propio nido, lo que hace es buscar el nido de otro pájaro, casi siempre un pájaro más pequeño, y allí deposita el huevo para que se lo incuben. ¿Y sabéis qué pasa cuando el polluelo de cuco sale del huevo? Pues lo primero que hace es tirar el resto de los huevos del nido al suelo para que se rompan.

—Qué cabrón.

—Pero la cosa no termina aquí, porque la pareja de pájaros que han sido engañados por el cuco y han incubado el huevo intruso con el sudor de su frente, resulta que ahora lo alimentan hasta que pueda valerse por sí mismo y se largue tan campante.

—Tú trabajas, yo me quedo con la cosecha —dice Tomás.

—Exactamente. Capitalismo en estado puro. Voilà el Caso Andorra perfectamente resumido sin necesidad de leer a Marx —concluye triunfante Llavaneras.

Tomás no lo ha podido resistir y pone la canción del cucut que ha encontrado por YouTube. Los policías están coreando el estribillo cuando Rosa aparece por el pasillo.

—¡Ana Lucía al teléfono! —grita Rosa con gesto preocupado dirigiéndose a la subinspectora.

En vez de oír la voz de Ana Lucía, Matilda oye la voz grave de un hombre que, después de arrancar el teléfono a la asistenta, se identifica como policía municipal de Sabadell.

Dice que están buscando a David, David González. Que los han llamado de la ITV de Can Roqueta para denunciar que ese tal David se había liado a tortas con un empleado de la ITV, había estrellado la camioneta contra las instalaciones y se había dado a la fuga después de robarle la motocicleta a una chica que estaba haciendo la cola para pasar la inspección técnica. La motocicleta ya la han encontrado cerca de la estación de la RENFE, en Sabadell, pero todavía no han conseguido dar con el paradero de David. Al empleado de la ITV lo están atendiendo en el hospital Parc Taulí, donde ha ingresado con heridas leves. Ellos, el policía municipal y su compañero, han acudido al domicilio de David, pero las chicas que viven allí dicen que no tienen noticias del hombre y han pedido hablar con ella, con la subinspectora.

Matilda pide que la pasen con Ana Lucía. Intenta calmarlas, a ella y a su hermana, les dice que se queden en casa, que no contesten a la puerta ni al teléfono, que ahora mismo manda a Rosa y a un compañero.

—Llévate a Llavaneras —ordena la subinspectora a Rosa al colgar el teléfono—. Y llama cuando llegues.

Antes de marcar el número de los Mossos de Sabadell, Matilda se dirige al despacho del inspector jefe Matas. Diez minutos después, la comisaría central ya ha emitido una orden de busca y captura de David González y se ha decidido que la Unidad de Homicidios coordine el operativo desde su comisaría de Barcelona.

—¿Tú crees que el tal David tiene algo que ver con el asesinato de Llopis? —pregunta Matas escéptico antes de que Matilda salga del despacho.

—No lo sabemos. Pero algo me dice que ese tipo es capaz de hacer una locura si no lo encontramos a tiempo —responde la subinspectora encogiendo los hombros, saliendo del despacho sin cerrar la puerta.

Ana Lucía y su hermana Norma permanecen sentadas junto a la mesa del comedor, la cabeza baja, las manos en reposo encima de la falda, tiesas e inexpresivas como estatuas de granito.

Los de la científica ya han terminado su trabajo.

El secretario judicial se recoloca la chaqueta.

Matilda hace una señal a Rosa y a Llavaneras. También ellos han terminado y pueden irse.

—Cualquier cosa nos llaman —dice la subinspectora.

—Nosotras… —levanta la vista Ana Lucía, la voz apenas audible.

—Mañana las quiero en la comisaría para tomarles declaración.

—Pero nosotras…

—Nosotras no hemos hecho nada —protesta implorante Norma.

Matilda, tan fatigada como asqueada, hace como si no la hubiera oído.

—Ustedes no han hecho nada, pero ustedes veían, ustedes sospechaban… —espeta Llavaneras.

—Nosotras no sabíamos nada —responde Ana Lucía con la voz temblorosa.

—Tienen suerte de que no las llevemos detenidas —amenaza Llavaneras para disgusto de Matilda, que lo apremia con un gesto de fastidio para que la siga hacia la puerta del piso.

Tomás espera a la entrada del edificio. Sostiene una caja de cartón abierta de la que sobresale el ordenador de David. Matilda y Rosa se dirigen a su coche. Tomás se va en el coche de Llavaneras.

—Tú crees que David todavía podría… —comenta Rosa sentándose al lado del copiloto.

—¿Pedrosa, quieres decir?

—Pedrosa y el alcalde de Badalona, claro.

—Menudo par de mamones. Hace unos días los íbamos a enchironar. Y ahora los tenemos que proteger. Quizás si no hubiera sido por esta historia de la ITV, David habría hecho el trabajo que nosotros no fuimos capaces de hacer.

—Qué cosas dices, Matilda…

—No has oído nada. Ahora sólo nos queda esperar los resultados de las pruebas de ADN que hemos recogido en el piso. Si fue David, su ADN estará en la navaja y, quizás, en las muestras que sacamos del desagüe de la ducha del lugar del crimen.

—Los indicios son irrefutables.

—Teníamos que haberlo visto antes, Rosa. Ni siquiera se nos ocurrió entrar en la habitación de David las dos veces que estuvimos

en el piso.

Rosa chasquea la legua cabreada, con la mirada concentrada en la conducción.

Matilda baja el respaldo del asiento del copiloto, cierra los ojos.

—El último contra el penúltimo… —murmura.

El libro de Primo Levi es lo primero que le llamó la atención a Rosa cuando pidió, esta vez sí, entrar en la habitación de David para buscar alguna pista que las ayudara a encontrar al fugado. El libro estaba justo al lado del ordenador y, al levantar la vista para fijarse en los pocos libros colocados en una pequeña estantería situada encima de la cama, allí estaban las obras de Ángel Pestaña y la biografía de Salvador Seguí, escrita por el periodista Huertas Clavería. Cuando Tomás consiguió arrancar el ordenador, el rastro de las páginas visitadas en Internet eran una enciclopedia de indicios inculpatorios que fueron aumentando a medida que abría las carpetas del escritorio y aparecían algunas de las fotografías de menores que habían encontrado en el ordenador de Llopis, así como las fotografías de Ana Lucía y la película grabada en el baño del despacho del director.

David escribía también una especie de diario, un batiburrillo de textos políticos salpicados de citas y comentarios personales. A Tomás no le sorprendió que David utilizara el alfabeto ugarítico para dar voz a unos extraños y tétricos personajes dibujados en tinta china que ilustraban una especie de cómic futurista. Pero lo que disparó todas las alarmas de los policía fue que Tomás abrió una carpeta sin título y se encontró con diversos archivos fotográficos donde aparecían el constructor Pedrosa y el alcalde de Badalona, así como un archivo de texto con sus direcciones y una serie de anotaciones sobres sus horarios y desplazamientos más frecuentes.

—¿Todavía lo ves capaz? —insiste Rosa.

—De hecho, ya no tiene nada que perder. Y debe de estar completamente disparado; si no se entrega, si no lo pillamos, puede que siga su huida hacia delante, a no ser que antes decida quitarse la vida.

La subinspectora se incorpora y manipula el asiento para fijarlo en su anterior posición.

—Estuvimos dos veces en el piso y ni siquiera se nos ocurrió echar un vistazo a su habitación —insiste Matilda.

—Lo hemos tenido delante de las narices desde el día que nos lo encontramos en el bar Marsella.

—En este trabajo, lo peor es lo que uno desearía. Los deseos te impiden muy a menudo ver la realidad, aceptarla. Es algo que ya me ocurría en el periodismo. A veces mirabas más con la predisposición de lo que te gustaría que fuera que con las gafas de los hechos tal y como se presentan. Por cierto, ¿has hablado con Dimitri? Se debe de

haber quedado de pasta de boniato.

—Como todos, supongo.

—En Las Noticias seguro que lo estarán celebrando. Ni directores, ni políticos, ni empresarios corruptos. ¡El novio de la asistenta! Un pobre desgraciado, repartidor a horas sueltas, un iluso que ha querido vengar a su novia del atropello y la humillación de todo un señor director del primer diario de la ciudad. ¡Bravo!

—El Caso Andorra todavía no está cerrado, Matilda. Quizás en el ordenador de David aparezcan cosas que nos permitan enchironar a Pedrosa y a sus amigos.

—Ay, Rosa… debería de estar contenta porque casi lo tenemos, pero sólo siento tristeza, una terrible desazón; estas dos chicas sospechaban algo, claro, se lo olían, sin duda, David entraba en el despacho cuando la iba a buscar, hurgaba en el ordenador, se llevó la navaja, pero el miedo que le tienen a David es todavía mayor al miedo y a la desconfianza que nos tienen a nosotros, a la ley.

Al llegar a la comisaría, el ambiente que las recibe es de euforia. Ha empezado la cacería y esta vez ya saben quién es la presa. El propio conseller se encuentra reunido en la quinta planta de la comisaría, junto a los altos mandos de la Policía. También ha llamado Alberto Villabona en persona ofreciendo las páginas de Las Noticias «para lo que sea necesario», y la Patiño está tratando de convencer al director general de la Policía en funciones, el sustituto de Miquel Álvarez, para que alguno de los policías que participan en la investigación acudan al plató de su programa, donde se está siguiendo en directo la cacería de David González.

La última noticia que se tiene de David es su imagen captada en el andén de la estación de Sabadell, donde se lo ve subiendo a un tren en dirección a Barcelona, y luego, una segunda filmación más borrosa en la que se lo ve saliendo del vagón a su llegada a la estación de la plaza Catalunya, abriéndose paso con la cabeza gacha entre la masa de viajeros.

A las nueve de la noche, la Patiño da paso a los informativos, pero no tienen ninguna novedad que añadir. El conseller y los mandos de la Policía abandonan la comisaría. Y Matas decide dejar de guardia a Tomás mientras manda a casa al resto de la unidad.

La mujer, que se presenta como una vecina del barrio, aparenta esa edad indeterminada que, en algunas personas mayores, evocan un pasado al que uno desearía asomarse con la misma atracción irrefrenable que debe de sentir un beduino al asomarse al agujero de un pozo en un oasis sabiendo que aquella misteriosa oscuridad le deparará un reservorio de vida.

Viste un sencillo abrigo y lleva el pelo suelto, recogido a los lados con unas pinzas.

—Siento molestarla a estas horas —saluda disculpándose.

Matilda la invita a pasar.

—Qué monada —dice fijándose en la iguana Chiquita.

—Es lo que hay.

Matilda sonríe como si se excusara por tener una familia tan reducida.

La mujer comenta que nunca se sabe lo que nos pueden enseñar los animales.

Matilda pone agua a calentar.

Le ofrece una de las sillas de la mesa de la cocina para que se siente.

—¿Café, una infusión?

—A estas horas, mejor una infusión.

—¿Hinojo?

—Perfecto. Y todavía mejor si le echamos unas gotitas de anís. ¿Tienes anís?

—Tengo.

La mujer se quita el abrigo. Se acomoda en la silla. Alisa con coquetería la blusa.

—Usted me ha dicho por teléfono que tenía información… —se impacienta la subinspectora.

La mujer echa unas gotas de anís a la infusión, remueve la taza con la cucharilla.

—Claro. —La mujer prueba el mejunje acercando con cuidado los labios a la taza para no quemarse—. He venido para hablarle de David… David González, y lo mejor será empezar por el principio. David, usted probablemente ya lo sepa, nació en el Raval, en este mismo barrio. Su madre es de la calle Riereta. Aquí, en el Barrio Chino, que es como se lo ha conocido siempre popularmente, después de la guerra se refugió mucha gente, gente humilde, republicanos que huían de sus pueblos, anarquistas, comunistas, catalanistas, gente que buscaba el anonimato en la gran ciudad y que, también como otros

muchos vecinos del barrio, habían estado comprometidos con la República. El Barrio Chino ha sido famoso por sus meublés y sus casas de citas, y tuvo la mala reputación de ser el prostíbulo de la ciudad. El caso es que había también una importante vida vecinal, además de esta otra vida más conocida, las chicas, las casas de gomas, los curanderos, las luces rojas, las borracheras y las broncas de los marinos que abarrotaban ansiosos las casas de citas, ¡qué tiempos aquellos en que recalaban en Barcelona los marines de la US Navy camino de Vietnam, se emborrachaban y cogían todo tipo de enfermedades venéreas antes de que los matasen como conejos en aquella absurda guerra!… todas las guerras son absurdas, claro, una salvajada, un horror… lo que le estaba diciendo, perdóneme que me desvíe, es que la madre de David fue una de aquellas mujeres nacidas en el barrio en aquellos tiempos de hambre y miedo, pero no es lo que ahora mismo usted está pensando… Juana, que así se llamaba la madre de David, Juanita, no fue una de tantas mujeres de vida alegre, todo lo contrario, Juanita era una chica a la que la necesidad la obligó a trabajar muy temprano, tendría unos catorce años cuando entró de aprendiz en la panadería de la calle Om, que regentaban los padres del escritor Sebastià Sorribas, nacido también en la misma calle, ¿ha leído su libro sobre el Barrio Chino?, muy interesante, léalo si puede… el caso es que usted sabrá que, después de la guerra, la Policía y la Guardia Civil se adueñaron del barrio, policías y guardias civiles venidos de todos los rincones de la España franquista para meter en vereda a los rojos, a los rojos, masones, separatistas, así es como los llamaban ellos… pues estos policías se convirtieron en los amos y señores del barrio… todavía se recuerdan los gritos que salían de las paredes del cuartel de la calle Sant Pau donde se torturaba a los detenidos. Algunas de las mujeres de aquellos guardias civiles, porque allí, dentro del cuartel, vivían los guardias con sus familias, tenían incluso la cara dura de ir a comprar y no pagar lo que compraban… pregunte si no en las paradas del Mercat de la Boqueria, donde las temían como si fueran el mismísimo diablo… pero había que callar, claro, bajar la cabeza, por algo éramos los perdedores… el caso es que Juanita, que era una chica muy hermosa, apenas una adolescente, trabajaba en la panadería y resulta que un teniente de la Guardia Civil, un tipo más malo que la tiña, le había echado el ojo, iba a esperarla a la panadería, se ofrecía para acompañarla a su casa, le hacía regalos, hasta que una noche, el teniente, se ve que había bebido, que había estado montando la bronca por el barrio, pues resulta que aquel cabrón ya va de regreso al cuartel cuando se topa con Juanita que ha salido de casa porque la han mandado a hacer algún recado… la acorrala, la obliga a entrar en un portal y usted ya puede imaginarse lo que ocurrió, lo que aquel cabronazo le hizo a la

pobre chiquilla… pasan los meses, Juanita está embarazada, sus padres, hartos de rumores, de humillaciones, de comentarios, deciden mandarla a un pueblo de Igualada, a casa de una buena gente, vecinos conocidos del barrio, libertarios, que viven ahora en el campo, y es aquí donde entro yo, porque yo, después de la guerra me quedé sin padres y me acogieron en aquella familia, así que con Juanita nos hicimos como hermanas, hoy ella, la pobre, tendría mi misma edad… y, claro, nació su hijo, un niño hermoso… David, sí, ya veo que usted es una mujer inteligente, David, David González, González era el apellido de su madre… el caso es que la pobre Juanita nunca se repuso de la agresión de aquel cerdo y un buen día, el niño tendría ya unos dos años, la encontramos muerta en la bañera, con las venas cortadas. Así que aquel niño creció con nosotros. Era una vida agradable, no me puedo quejar, de pueblo, familiar, una vida libre… pero había algo dentro de aquel niño que lo atormentaba, quizás la semilla de su padre… no le interesaba la escuela, se peleaba con todo el mundo, un día desaparecía por la mañana y regresaba a la hora de cenar sin decir nada… hasta que al cumplir los dieciocho años decidió largarse a la gran ciudad y, aunque perdió el contacto con sus padres, nuestros padres adoptivos, nunca lo perdió conmigo, a veces me llamaba, quedábamos en algún lugar, hablábamos, discutíamos… hace sólo unos pocos meses estuvimos precisamente comiendo en el Rey de la Gamba, en la Barceloneta… yo he sido, todavía lo soy, como una madre para este pobre muchacho, una persona de buen corazón, que no siempre ha tomado las decisiones adecuadas, que no ha tenido suerte en su vida…

—¿Y usted es…? —reflexiona Matilda, que ha dejado de escuchar y trata de buscar la respuesta a una pregunta que la inquieta desde el momento que la ha visto plantada frente a la puerta de su piso.

—Como una madre, se lo estoy explicando.

—Usted debe de ser… ¡Claro! La niña de la bomba de Can Lluís.

—¿Y usted de dónde saca eso que está diciendo? —se levanta asustada la mujer.

—De su ahijado. David. David González.

La mujer, descolocada, se sienta de nuevo. Matilda sirve un poco de anís en los vasos vacíos. Beben en silencio. Cada una concentrada en sus propios pensamientos.

—David quiere entregarse. —Levanta la vista la mujer después de un largo silencio.

—¿Ha acudido a usted y usted lo ha convencido para que lo haga?

—Ahora qué más da. Quiere entregarse. Me lo ha confesado todo. Dice que lo mató por accidente. Que él sólo quería asustarlo. Amenazarlo por lo que le hacía a su novia. Quizás sacarle, también, un poco de dinero. Su novia, Ana Lucía, no sabía nada, por supuesto.

Ni siquiera conocía la existencia de las fotografías y de la película. David lo descubrió un día que fue a buscarla y estuvo fisgando en el ordenador. Para entregarse, pone como condición que sea usted quien le tome declaración. Y pide que mantengan a la prensa alejada. Yo misma lo acompañaré a la comisaría. Mañana por la mañana, a las ocho. Ya hemos contactado con nuestro abogado, Mateu Seguí, quizás lo conozca.

La mujer deja que Matilda le ayude a ponerse el abrigo.

—No entiendo —se gira con un pie todavía dentro del piso, la puerta entreabierta—, así que dice usted que David le contó lo de la bomba de Can Lluís.

—¿Hasta mañana, entonces? No me ha dicho su nombre…

—Aurora, como mi madre.

Epílogo

La subinspectora de la División de Investigación Criminal Matilda Serra se despertó con las fuerzas renovadas y un buen humor que no conocía desde el último mes de septiembre, cuando empezó la investigación sobre el asesinato del director de Las Noticias, José Llopis.

Después de un dubitativo mes de abril incapaz de imponerse a los tardíos coletazos del invierno menguante, la primavera se había instalado en la Ciudad Condal con esa fiesta de la ocupación del espacio público que tan bien conocen las ciudades mediterráneas, cuando la vida animal y la vida vegetal parecen ponerse de acuerdo para una floración compartida, y olvidan, hasta el otoño si Dios quiere, el repliegue a la vida interior: la larga clausura invernal que invita a los humanos a tomar conciencia del peso del alma, y a las plantas les ofrece el reposo de la oscuridad del subsuelo, donde la vida es espera y la tierra, casa.

Matilda había soñado que viajaba en un autocar por una carretera que serpenteaba la costa adriática. Vesna iba sentada a su lado. Vestía un vaporoso vestido blanco. Hablaba y hablaba señalando, alegre, aquí y allá a través de la ventanilla. El sueño era sin voz, como una película muda. Pero Matilda podía sentir la presión de la mano de Vesna en el antebrazo apostillando sus palabras con el contacto físico. Al bajar del autocar, el chófer se las quedaba mirando un buen rato, como si las conociera. Vestía una bata de médico, con el fonendo colgando en la pechera. Tenía el pelo largo, blanquísimo. Las facciones amables. A través de la ventana abierta, sacaba su mano huesuda agitándola en un gesto de despedida. «¡Vesna, es tu reloj! ¡Ajustado a la muñeca del chófer!», gritó Matilda mientras el autocar se alejaba, «¡tu reloj, Vesna!», se giró hacia su amiga para descubrir, sorprendida, que no había nadie a su lado. Sólo el mar, los pinos, los cactus y las buganvilias.

Matilda abrió las contraventanas del dormitorio.

Caminó hasta la cocina para dar los buenos días a Chiquita.

Regresó a la cama dispuesta a holgazanear unos minutos, dejándose mimar por el calor de la luz de la mañana sobre las sábanas.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo para coger el teléfono, que vibraba encima de la mesilla de noche.

Era Alina, desde Bucarest. La llamaba para agradecerle el paquete que le había enviado. El pijama era monísimo. La niña estaba perfectamente. Dormía como un lirón. Tres quilos y medio. Una

barbaridad. Se parecía a Andrés. ¿Montserrat? No, no. Costó convencerle, pero al final ganó ella. Cosmina, claro. Promesa de una vida.

Matilda se incorporó para dejar el teléfono sobre la mesilla de noche. El reloj de Vesna seguía dentro de su vaso de agua. Lo sacó del vaso y se bebió el agua de un trago, apurando aquel cáliz. Envolvió el reloj con un pañuelo. Abrió el armario de la ropa y lo guardó en un cajón.

Era domingo y tenía todo el día por delante.

Nota del autor

El periódico Las Noticias no existe. Todos los personajes que trabajan en él son inventados. El contexto en el que transcurre la narración es el de la Barcelona de finales del siglo pasado en la que podías cruzarte con algunos de los personajes que aparecen en la novela con su nombre real, como los tertulianos de Casa Leopoldo, y algunos otros periodistas o políticos ilustres. La historia de la bomba de Can Lluís es también un hecho real, pero el final del episodio es una licencia de la imaginación del autor.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Romanyà Valls,
en Capellades (Barcelona),
en febrero de 2024